

**LA ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD EN
HISPANOAMÉRICA Y BRASIL:
NUEVOS APORTES Y DEBATES
HISTORIOGRÁFICOS**

*CARLOS AGUIRRE
(Coord.)*

*CAMILA TOWNSEND
CHRISTOPHER SCHMIDT-NOWARA
JEFFREY NEEDELL
MARÍA HELENA PEREIRA TOLEDO MACHADO
BARBARA WEINSTEIN*

ÍNDICE

LOS ESFUERZOS DE LOS ESCLAVOS EN POS DE LA ABOLICIÓN EN ECUADOR	3
<i>Camilla Townsend</i>	3
EL CASO ECUATORIANO	5
LAS LUCHAS DE LOS ESCLAVOS.....	8
EL ÚLTIMO ACTO.....	16
CONCLUSIÓN	18
APÉNDICE	19
LA POBLACIÓN ESCLAVA EN EL ECUADOR.....	19
EL FINAL DE LA ESCLAVITUD Y EL FINAL DEL IMPERIO:.....	20
LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS EN CUBA Y PUERTO RICO	20
<i>Christopher Schmidt Nowara</i>	20
I. EL AUGE Y CAÍDA DE LA ESCLAVITUD ANTILLANA.....	21
II. LA POLÍTICA DESPUÉS DE LA EMANCIPACIÓN	31
III. CONCLUSIÓN.....	38
LA ABOLICIÓN DE LA TRATA DE ESCLAVOS EN BRASIL EN 1850:.....	40
HISTORIOGRAFÍA, ACCIÓN ESCLAVA, Y EL ARTE DEL ESTADISTA.....	40
<i>Jeffrey D. Needell</i>	40
I. LA ESCLAVITUD BRASILEIRA Y EL TRÁFICO DE ESCLAVOS, C. 1780-1850	41
II. LA ACCIÓN DE LOS ESCLAVOS BRASILEROS Y LA FIEBRE AMARILLA	45
III. LA POLÍTICA BRASILEIRA, 1834-1850	55
LA ABOLICIÓN EN EL BRASIL:.....	66
MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICOS EN EL SUDESTE CAFETALERO.....	66
<i>María Helena Pereira Toledo Machado</i>	66
EL GOBIERNO Y EL DESGOBIERNO DE LOS ESCLAVOS	69
MOVIMIENTOS REBELDES.....	73
VÍNCULOS Y CONEXIONES: UN JUEGO DE PODERES.....	77
AGENTES DEL MOVIMIENTO ABOLICIONISTA.....	80
BIOGRAFÍAS E IDEOLOGÍAS.....	91
LA DECADENCIA DEL PLANTADOR PROGRESISTA Y EL AUGE DEL AGENTE SUBALTERNO:.....	98
CAMBIOS EN LAS NARRATIVAS DE LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS EN EL BRASIL.....	98
<i>Barbara Weinstein</i>	98

LOS ESFUERZOS DE LOS ESCLAVOS EN POS DE LA ABOLICIÓN EN ECUADOR

Camilla Townsend

Ninguno de los seis esclavos que se reunieron el 23 de agosto de 1822 para firmar su petición al intendente de Guayaquil, necesitaba usar una marca. Francisco Rosi, Bernardino Arboleda, José María Mácsimo, José Chavarría, Simón Camba y José Ignacio Cortazár podían todos escribir su nombre.¹ “Siendo natural en toda criatura el amor a la libertad”, escribieron, “en nosotros [como esclavos urbanos calificados] es tanto más vehemente, cuanto es casi más positiva y dolorosa nuestra cautividad, nuestras pensiones, y nuestros trabajos”. Habían tenido una idea realmente maravillosa—no obstante su “estólido entendimiento”, se apresuraron a añadir discretamente. “Todo cautivo [que quiera participar] de oficio y de trabajo procurará economizar uno o dos reales diarios de lo que gana con el objeto de contribuirlo a la Caja fondo de su libertad”. Tan pronto como tuvieran 500 pesos, “inmediatamente se daría la libertad con ellos a uno o dos cautivos”. Pensaban que podrían encontrar 500 esclavos que desearan unirse al “cooperativo voluntario”, cada uno de los cuales prometería entregar un real diariamente hasta que *todos* los participantes hubiesen sido comprados a sus dueños. De este modo podrían liberar a dos o tal vez tres de ellos por semana, usando una lotería para determinar el orden de la manumisión. No desistirían hasta que cada uno de los miembros firmantes estuviese libre.

Para calmar a sus preocupados dueños, los esclavos sostenían que sus contribuciones no les causarían daño alguno (léase: hambre o enfermedad debilitadora) puesto que de otro modo el dinero probablemente sería desperdiciado (“se hubiera disipado”), pero en realidad estaban prometiendo hacer esfuerzos hercúleos para ahorrar tanto: la mayoría de los esclavos urbanos ganaba entre tres y cuatro reales por día, con los cuales debían pagar por su mantenimiento si vivían lejos de sus dueños y entregar una parte a sus amos. Ellos no podrían haber acostumbrado “disipar” un tercio de sus ingresos. Es claro que estaban dispuestos a hacer un gran esfuerzo para conseguir su libertad.

El primer paso era usar todos sus conocimientos del ambiente político actual y su elocuencia conjunta para así intentar asegurar la legalización de su cooperativa. Astutamente jugaban con las sensibilidades del nuevo gobierno patriota republicano: “La libertad de los cautivos siempre ha sido privilegiada y recomendable; mucho más esperamos lo sea en el Gobierno tan justo, humano y equitativo como el que hoy gozamos”. A fin de no parecer ingratos, agradecían profusamente al joven gobierno por ciertos cambios legales que ya se habían dado en favor de los esclavos y explicaban que estaban obligados a pedir más debido a “circunstancias urgentísimas”. Con esto último se referían a los efectos colaterales irónicos y nada placenteros de las nuevas leyes. En primer lugar, dada la recientemente implementada “libertad de vientres”, los hijos nacidos en adelante a mujeres esclavas serían libres al cumplir dieciocho años, pero los “hijos mayores” de las esclavas vieron el contraste con su destino y pidieron ayuda a sus padres,

¹ “Expediente sobre establecimiento de un sistema mutualista o cooperativo voluntario entre los esclavos para su liberación con la intervención de una Junta de Manumisión, 23.VIII.1822”, reproducido en *Revista del Archivo Histórico del Guayas*, 5 (junio de 1974), pp. 115-116.

que en este momento no la podían dar. Y segundo, como tales cambios legales parecían sugerir que la abolición vendría pronto, los esclavos descubrían que era imposible cambiar de amo como tenían acostumbrado, “porque no hay quien quiera comprarnos”.² En un último esfuerzo por asegurar la aceptabilidad de su propuesta, los seis solicitantes añadieron que asumirían la plena responsabilidad por la conducta ordenada y el buen comportamiento de los esclavos involucrados en el proyecto. Quedaba implícito, claro está, que no podían prometer nada en caso que se les negara su única esperanza de salvación. En un momento de desorden político y de guerra con España, los problemas con los esclavos se alzaban como un espectro especialmente ominoso.

El intendente primero mostró el documento a Simón Bolívar, quien estaba acuartelado justo afuera de la ciudad reclutando un ejército con el cual intentar liberar el Perú. Él aprobó un plan “tan análogo a mis sentimientos” y lo devolvió al intendente, quien encargó a un comisionado que redactara reglamentos específicos.³ En su introducción al texto final, José Leocadio Llonca lo defendió usando varios de los mismos argumentos que los esclavos solicitantes habían usado. Dijo: 1) que la esclavitud es bárbara y no debería existir en la nueva nación republicana; 2) que este plan garantizaba el mantenimiento del buen orden entre personas que podían muy bien ser revoltosas; y 3) que este plan no debilitaría los derechos de los propietarios.⁴ Este último punto, claro está, era extremadamente importante: era la falta de disposición de la élite a transar en él lo que había impedido una anterior abolición de la esclavitud. Y si bien los esclavos no se referían directamente a eso en su documento, la misma naturaleza de su propuesta indica que ellos se daban cuenta de que no habría trato alguno si a los dueños no se les pagaba cada peso que sentían les correspondía.

Aunque en cierto modo singular, aquí veremos que la notable petición de los esclavos resalta muchas de las tácticas y preocupaciones comunes a las diversas partes involucradas en las luchas políticas que finalmente culminaron con la abolición de la esclavitud en el Ecuador en 1852. Infortunadamente, el fracaso subsiguiente en implementar el plan en la gran escala concebida fue también típico. Aunque algunos esclavos tal vez contribuyeron a la “lotería de la libertad”, no lo hicieron por centenares pues no he encontrado ninguna otra mención de este plan en los archivos. Para muchos esclavos habría sido imposible conseguir un real extra cada día. Pero el hecho de que un plan tal fuese concebido, y probablemente implementado hasta cierto punto, es en sí mismo significativo: esto demuestra que los esclavos realmente fueron agentes activos en el intento de terminar con la esclavitud, y no sólo su propia servidumbre sino la de todos.

La actual historiografía sobre la esclavitud y la abolición ciertamente enfatiza las actividades que los esclavos realizaron en beneficio propio, y esto no es menos cierto para las naciones andinas que para otras realidades.⁵ Sin embargo, se sigue deliberando acerca de

² Los seis sólo se refirieron, pero no explicaron, la miseria de sus hijos mayores y la escasez de personas dispuestas a comprarlos, pero los cambios legales de 1822 ciertamente explican sus comentarios.

³ Como es bien sabido, la posición de Bolívar con respecto a la esclavitud había evolucionado considerablemente desde que formara una alianza con la nación de Haití. Para una crítica interesante véase a Oruna Lara, “La place de Simón Bolívar dans le procès de destruction du système esclavagiste aux Caraïbes”. *Cahiers des Amériques Latines*, 29-30 (1984): 213-240.

⁴ “Expediente sobre el establecimiento”, p. 122.

⁵ En este sentido, los estudios sobre el Perú han liderado a la historia andina. Véase Peter Blanchard, *Slavery and Abolition in Early Republican Peru* (Wilmington, DE: Scholarly Resources, 1992); Carlos Aguirre, *Agentes de su propia libertad: los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854* (Lima: Fondo Editorial Universidad Católica, 1993); Christine Hunefeldt, *Paying the Price of Freedom: Family and Labor among Lima's*

la *efectividad* de sus esfuerzos. En última instancia, ¿hicieron una diferencia o no? ¿Los cambios económicos en realidad determinaron los actos de quienes tomaban las decisiones políticas? ¿La resistencia a la esclavitud de parte de Francisco Rosi y sus co-solicitantes fue relevante para la extinción del sistema? Después de todo, la esclavitud no fue abolida en el Ecuador sino treinta años más tarde. En un reciente debate en la *American Historical Review*, Rebecca Scott sostuvo que “el problema de cómo incorporar la comprensión de la participación esclava dentro de un análisis de todo el sistema sigue en su mayor parte sin resolver”.⁶ Por cierto que la revolución haitiana presenta un ejemplo emocionante y dramático de una situación en la cual los esclavos evidentemente lograron tomar el asunto en sus propias manos, ¿pero qué hay, nos dice Scott, de la “participación que opera de modo menos trascendental”? De hecho, la naturaleza misma de un enfoque sistemático y comparativo del estudio de la esclavitud llama la atención hacia los “banqueros y comerciantes y plantadores” que operaban a gran escala. Pero si nos resistimos a esta tendencia y nos concentramos en los actos de esclavos y libertos, nos topamos con otros problemas: “El término ‘participación’ [agency]... se ha gastado algo y tiene sus propios problemas metodológicos ya que estimula a los investigadores a que enfatizen fragmentos de autonomía incluso en situaciones que sabemos fueron de constreñimiento extremo”. ¿Qué podemos hacer con este problema, y dónde encaja el Ecuador?

EL CASO ECUATORIANO

Es un perogrullo que la esclavitud fue abolida primero en aquellas zonas en donde era menos importante estructuralmente (Nueva Inglaterra, por ejemplo, o Chile), y perduró más allá donde era un elemento crucial de la economía (el sur de los Estados Unidos, Brasil y Cuba). Las personas esclavizadas lograron hacer gestiones más exitosas en provecho propio en las primeras zonas que en las segundas, y los movimientos abolicionistas blancos asimismo fueron proporcionalmente más fuertes. Sin embargo, el Ecuador se parece a aquellas regiones que caen en medio, donde la esclavitud no era ni superficial ni crucial, como en la región del Atlántico medio de los Estados Unidos, Perú, Argentina, Venezuela, etc.

Un estudio a profundidad del caso ecuatoriano sugiere que para que la esclavitud llegara a su fin en estas regiones fue necesario que hubiese dos elementos: 1) cambios en el mercado internacional que hicieron que el cultivo de exportación más rentable fuera uno que no necesitaba atención constante durante todo el año, con lo cual la esclavitud de plantación fue algo menos atractiva para los terratenientes; y 2) una insistente y exigente estrategia de parte de los esclavos mismos: qué esfuerzos eran más exitosos en las ciudades cosmopolitas. El primer elemento —cambios estructurales que hacen que la esclavitud sea menos necesaria en las grandes haciendas— no basta por sí mismo. Por sí solos, los

Slaves, 1800-1854 (Berkeley: University of California Press, 1994). Sin embargo, en el Ecuador, los estudios sobre la emancipación también se han estado moviendo en esta dirección. Camilla Townsend, “En busca de la libertad: los esfuerzos de los esclavos guayaquileños por garantizar su independencia después de la Independencia”, *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia* 4 (1993): 73-86; Bernard Lavalle, “‘Aquella ignominiosa herida que se hizo a la humanidad’: El cuestionamiento de la esclavitud en Quito a finales de la época colonial”, *Procesos* 6 (1994): 23-48; María Eugenia Chaves, *María Chiquinquirá Díaz, una esclava del siglo XVIII. Acerca de las identidades de amo y esclavo en el puerto colonial de Guayaquil* (Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas, 1998).

⁶ Rebecca Scott, “Small-Scale Dynamics of Large-Scale Processes” *American Historical Review* 105, 2 (2000), pp. 473-74.

dueños no sacrificarán su propiedad sin más, sino que más bien buscarán alguna otra forma de beneficiarse con ella, ya sea vendiendo los esclavos en otra región o colocándolos como artesanos en una ciudad. De igual modo, el segundo elemento —la resistencia inexorable de parte de los esclavos— tampoco basta por sí solo. En lugar de ser parcialmente receptivos a las propuestas hechas por los esclavos, los dueños simplemente serán más draconianos en sus castigos si los cambios estructurales no les obligan a reconsiderar ya sea la venta de su propiedad humana, o a permitir que los esclavos tengan un estilo de vida urbano como artesanos y jornaleros.

Estas ideas han sido demostradas en otras zonas. A medida que los campos del tabaco se agotaban en el tardío siglo XVIII y temprano XIX, y los cereales surgían como el cultivo de exportación dominante en la región del Atlántico medio de los Estados Unidos, los propietarios llegaron a estar más dispuestos a permitir que los esclavos se compraran a sí mismos o a manumitir a sus preferidos en su testamento. Este hecho ha sido tradicionalmente interpretado como una evidencia de que los cambios estructurales por sí solos favorecieron la abolición, sin importar lo que hicieran los esclavos. Sin embargo, T. Stephen Whitman recientemente realizó algunos descubrimientos notables: en primer lugar, que si bien la proporción de esclavos cayó en el campo de Maryland, ella inicialmente *subió* en la ciudad de Baltimore, donde los esclavos eran empleados ventajosamente como artesanos y trabajadores en talleres; y en segundo lugar, que en la mitad de los casos, los dueños que les permitían comprarse a sí mismos inmediatamente reemplazaban al esclavo comprando otro. De hecho, sostiene Whitman, los dueños estaban usando la posibilidad de su liberación después de varios años de duro trabajo como un señuelo con el cual estabilizar a su fuerza laboral, y no tenían la más mínima intención de abolir este sistema de trabajo en su totalidad. Lo que impidió que siguieran con este plan fueron las acciones de los esclavos mismos: el flujo del campo a la ciudad persistió, engrosando el número de los que interactuaban con las legiones cada vez mayores de libertos, e incrementando su descontento y demandas legales con mayor rapidez de lo que sus amos podían apaciguarlos.⁷

Una mirada a la situación ecuatoriana confirma que allí se iban dando situaciones similares, por lo menos en la costa. En 1828 la sede de gobierno novogranadina en Bogotá envió una carta especial al intendente del Guayas, insistiendo en que hiciera algo con respecto a lo que ya claramente era una situación lamentable en su capital, dado el gran y cada vez mayor número de esclavos que vivían allí separados de sus amos, asalariados y dando un mal ejemplo a los demás.⁸ Los esclavos rurales eran atraídos a esta Meca, y fueron planeando cómo llegar allí. Cuando un amo mostraba estar dispuesto a vender se daba el caso que, por ejemplo, tres esposos decidieran que lo mejor era comprar a sus mujeres y enviarlas a la ciudad, donde podrían trabajar y ganar más dinero para sus familias.⁹ Probablemente estaban también pensando en el nacimiento de sus hijos en estado libre.

⁷ T. Stephen Whitman, *The Price of Freedom: Slavery and Manumission in Baltimore and Early National Maryland* (Lexington: The University Press of Kentucky, 1997), capítulo 4. O. Nigel Bolland describe este tipo de negociación en varios países en su artículo “Proto-Proletarians: Slave Wages in the Americas”, en Mary Turner, ed. *From Chattel Slaves to Wage Slaves: The Dynamics of Labor Bargaining in the Americas* (Bloomington: Indiana University Press, 1995).

⁸ Archivo de la Biblioteca Municipal de Guayaquil (en adelante “BMG”), Volumen 77, “Ministerios y Secretarías” (1828).

⁹ Archivo Histórico del Guayas, Sección Escribano Público (en adelante “AHG”), documento 784, Procurador General en defensa de Josef Hurtado, etc., contra Francisco Granja” (1823).

Estas anécdotas eran una parte integral de cambios más amplios. Debido a la apertura del comercio causada por las reformas borbónicas, en la parte final del siglo XVIII las plantaciones de panllevar y tabaco de la red ribereña del Guayas se pasaron cada vez más al cacao, usado para hacer la popular bebida europea. Este cultivo no requería de atención durante todo el año: muchas veces era igual de rentable para un amo dejar que sus esclavos se compraran a sí mismos y que luego se ofrecieran a trabajar a cambio de un salario durante las temporadas en que los necesitaba. Se estima que entre 1780 y 1820, varios centenares de esclavos aprovecharon esta nueva realidad.¹⁰ Sin embargo, no se produjeron cambios similares en todo el Ecuador. La esclavitud siguió siendo una parte central de la economía en la sierra de Imbabura. Allí los jesuitas habían establecido una serie de plantaciones y talleres en el siglo XVI, que siguieron siendo viables en la larga duración específicamente debido a su naturaleza diversificada, que recordaba en algo a la costumbre incaica de ocupar una amplia gama de nichos ecológicos. Si el precio del azúcar bajaba, los jesuitas podían transferir trabajadores a sus otras empresas, incluyendo el cultivo de tabaco y la producción textil. Cuando Gran Bretaña inundó el mercado con sus telas baratas, a los padres aún les quedaban sus trapiches. La estabilidad relativa hizo que los esclavos a su vez pudieran proteger durante generaciones unas profundas e intrincadas conexiones familiares.¹¹

Esta afirmación sobre dónde fue que la esclavitud ecuatoriana cayó o no, *no* debiera hacernos creer nuevamente que ella se extinguió “naturalmente” al hacerse menos rentable, sin ninguna ayuda de los esclavos. Sí disminuyó en el Guayas luego del boom del cacao, pero ello no tenía por qué ocurrir así. Los dueños podrían haber convertido su propiedad humana en ganancia en otra forma, y en realidad comenzaron a andar por ese camino. Al igual que los propietarios de esclavos en otros lugares, primero consideraron venderlos a otras regiones: por ejemplo, los vendieron en Barbacoas (en la actual Colombia).¹² O los mandaron a las minas de oro de Zaruma.¹³ También los vendieron en la provincia costeña

¹⁰ Nick D. Mills, “Economía y sociedad en el período de la independencia (1780-1845): retrato de un país atomizado”, en Enrique Ayala, ed., *Nueva historia del Ecuador*, Vol. 6 (Quito: Grijalbo, 1983), pp. 155-56. Hamerly, *Historia social y económica de la antigua provincia de Guayaquil, 1763-1842* (Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas, 1987), pp. 102-103. Para un examen global de la situación económica véase a Kenneth J. Andrien, *The Kingdom of Quito, 1690-1830: The State and Regional Development* (Nueva York: Cambridge University Press, 1995), o María Luisa Laviana Cuetos, *Guayaquil en el siglo XVIII: recursos naturales y desarrollo económico* (Sevilla: Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1987).

¹¹ Sherwin Bryant, “Slavery and Slave Life in the Kingdom of Quito, 1600-1800”. Tesis de M.A., Departamento de Historia, Ohio State University, 1998. Para otros aspectos de las empresas jesuitas véase a Nicholas Cushner, *Farm and Factory: The Jesuits and the Development of Agrarian Capitalism in Colonial Quito, 1600-1767* (Albany: State University of New York, 1982). La estabilidad de las plantaciones jesuitas es tanto más notable dada la cercanía de las comunidades costeñas de negros libertos en la zona de Esmeraldas, aldeas que al parecer se originaron como comunidades cimarronas en el siglo XVI. Véase a Fernando Jurado Noboa, *Esclavitud en la costa Pacífica* (Quito: Ediciones Abya-Yala, 1990).

¹² Este tráfico volvió a ser “internacional” después de la ruptura política de 1830. Era tan importante para los dueños mantenerlo, que resistieron fuertemente a las presiones de Gran Bretaña y no firmaron un tratado con esa nación hasta que pusieron un artículo especial para protegerlo. Abandonaron el artículo sólo en 1846 después de la Revolución de Marzo. James F. King, “The Latin American Republics and the Suppression of the Slave Trade”, *Hispanic American Historical Review*, 24 (1944), p. 406.

¹³ Lavallé, “Aquella ignominiosa herida”, pp. 42-44. Kris Lane nos dice que la mayoría de los esclavos vendidos en Zaruma en este momento fueron en realidad puestos a trabajar en un trapiche vecino y no en las minas mismas. Los trabajadores africanos nunca fueron una presencia común en las minas, aunque algunos inversionistas habían intentado introducirlos ya en el siglo XVI. Un inmenso desembolso habría sido necesario para pagar suficientes esclavos africanos con los cuales hacer que Zaruma fuera rentable, dado que el lugar estaba geográficamente aislado y su output sujeto a altos costos de transporte, y dado que la ubicación

de Manabí: mientras que la población esclava cayó globalmente en todo el resto de la costa, allí subió de un puñado en 1780 (127) a casi 400 en 1831.¹⁴ Las fuentes no nos dicen en qué trabajaron los nuevos esclavos del Manabí, pero la región no era conocida por el cacao puesto que éste no crecía bien en ella. Es posible que la burguesía nativa de Jipijapa y Montecristi haya estado comprando esclavos, puesto que a ellos mismos les iba bastante bien en esta época, alimentando y proveyendo a las regiones cacaoteras y exportando los sombreros de paja de su industria doméstica.¹⁵ Sin embargo, la mayoría de los propietarios de esclavos transfirió su propiedad humana a la ciudad de Guayaquil, donde el número de esclavos siguió subiendo hasta 1790. Los astilleros y las industrias incipientes dependían de ellos.¹⁶ Allí en la ciudad fueron personas como nuestros seis solicitantes los que hicieron que para la élite fuera casi imposible asumir que podían seguir dependiendo de una fuerza laboral esclava.

LAS LUCHAS DE LOS ESCLAVOS

La lucha de los esclavos por su propia libertad comenzó incluso antes que la era de la independencia brindase el lenguaje idóneo que vimos usar a los solicitantes. Ella comenzó apenas surgió una división visible entre las élites que podía ser aprovechada. Sherwin Bryant señala que la expulsión a nivel continental de los jesuitas en 1767 habría tenido reverberaciones especiales en el Ecuador, en tanto que ellos operaban las plantaciones de esclavos más grandes y exitosas.¹⁷ Ellos eran los amos *par excellence*, que ahora habían sido declarados personas *non gratas*. Es más, la división de algunas de sus plantaciones dio lugar a ventas que causaron una dolorosa dislocación en la vida y las redes familiares de los esclavos, exacerbando así el resentimiento de este grupo.

Una generación más tarde y como parte de las reformas borbónicas, la corona emitió la real cédula de 1789, un conjunto de reglas referidas a las prácticas de tenencia de esclavos. La nueva ley estipulaba que los dueños estaban obligados a brindar instrucción religiosa, estimular el matrimonio, mantener los castigos dentro de ciertos límites, etc. El objetivo subyacente no era mejorar la calidad de vida de los esclavos para beneficiarlos, sino más bien eliminar potenciales “fallas sísmicas” y hacer que el sistema fuera más sostenible. Por ejemplo, se esperaba que los dueños no pusiesen a sus esclavos a trabajar en las ciudades, donde estarían expuestos a las ideas ilustradas. “La primera y principal ocupación de los esclavos debe ser la agricultura y demás labores del campo, y no los

y la calidad específicas del mineral requerían de prolongados procesos de extracción y refinamiento. Los inversionistas escogían otros lugares como Potosí, y los mineros de Zaruma decidieron salir en busca de tributarios indios. “Gold and Labor in Zaruma, 1699-1820”. Ponencia presentada en la Latin American Studies Association (LASA), 22º Congreso Internacional, marzo de 2000.

¹⁴ Hamerly, *Historia social*, p. 92. Carmen Dueñas de Anhalzer, *Soberanía e insurrección en Manabí* (Quito: Abya-Yala, 1991), p. 87.

¹⁵ Maritza Aráuz, *Pueblos de indios en la costa ecuatoriana: Jipijapa y Montecristi en la segunda mitad del siglo XVIII* (Guayaquil: AHG, 1999). Aráuz me ha sugerido, en comunicación personal, que estos esclavos Manabitos también hubieran podido ser parte del ejército que se estacionaba con frecuencia en Manabí.

¹⁶ Hamerly, *Historia social*, p. 92. Camilla Townsend, *Tales of Two Cities: Race and Economic Culture in Early Republican North and South America* (Austin: University of Texas, 2000), pp. 95-98. Para la importancia de los trabajadores negros en los astilleros véase Lawrence Clayton, *Los astilleros de Guayaquil colonial* (Guayaquil: AHG, 1978).

¹⁷ Bryant, “Slavery and Slave Life”, p. 68.

oficios de vida sedentaria”.¹⁸ Un historiador calificó sarcásticamente a la cédula como un “manual de amos” emitido por el Estado.¹⁹ Con todo, no cabe duda de que ésta produjo una apertura discursiva que funcionó en beneficio de los esclavos: “La normativa reformista disminuía el poder que el amo ejercía, e incrementaba el de los representantes del estado quienes asumían la tarea de vigilar el comportamiento del amo y proteger al esclavo”.²⁰

Los plantadores aristócratas se sintieron tan amenazados al ver su poder erosionado a ojos de sus esclavos, que protestaron hasta lograr que la ley fuese revocada. Sin embargo, el daño ya estaba hecho gracias a su discusión pública. A través de sus defensores blancos, los esclavos se familiarizaron con los debates legales, y a fines del siglo XVIII enjuiciaron a sus amos en número nunca antes visto. Ocasionalmente exigían la libertad que les había sido prometida, o que se les debía porque sus dueños habían quebrado la ley de algún modo. Por ejemplo, María Chiquinquirá Díaz llevó su caso ante el sistema judicial de Guayaquil y apeló en Quito, basando su demanda en el hecho de que su madre —una leprosa— había sido abandonada por su dueño incluso antes de que ella naciera.²¹ Por lo general, los esclavos abrían juicios para mejorar sus condiciones de vida dentro de la esclavitud, exigiendo que ciertas conductas cesaran, que su precio de compra bajase, etc. Cada vez más fueron exigiendo el derecho a ser vendidos a un nuevo amo: uno que les tratase mejor o que les permitiera alquilarse, o los reuniera con otros miembros de su familia. Bernard Lavallé ha señalado que casi ningún esclavo exigía tener un nuevo amo a mediados del siglo XVIII, pero que lo hicieron cada vez más en el periodo analizado, hasta que en la década entre 1801 y 1810 hubo treinta casos de éstos solamente en la ciudad de Quito. Para entonces, un tercio de todos los juicios relacionados con la esclavitud eran en realidad entre los amos actuales y los antiguos, que discutían sobre las condiciones físicas y tipos de personalidad de los esclavos que se les había inducido a comprar o vender, mientras que, por lo general, los esclavos se regocijaban conservando ciertos secretos.²²

Por supuesto, la gran apertura discursiva llegó con las guerras de independencia. Esta fue una época realmente tempestuosa para todos los involucrados, blancos y negros. En un principio muchos jóvenes criollos que habían estado expuestos al pensamiento ilustrado prefirieron participar en la reforma del gobierno español antes que romper con él pero no eran tradicionalistas. En general, estos eran más liberales que la mayoría de sus pares en cuestiones sociales, y habían tenido sus conversaciones más estimulantes en Europa. En 1809, el quiteño Antonio de Villavicencio, residente entonces en España, hizo un apasionado pedido a las Cortes de Cádiz para que aboliera la esclavitud. En 1810, cuando las Cortes invitaron a participar a unos americanos residentes en España, el quiteño José Mejía Lequerica apoyó fuertemente la idea de incluir a la gente libre de color de las Américas en los censos que determinarían el número de representantes de ultramar. El

¹⁸ Instrucción de 1789, “Ocupación de los esclavos”.

¹⁹ Bryant, “Slavery and Slave Life”, p. 40.

²⁰ Chaves, *María Chiquinquirá*, p. 116.

²¹ *Ibid.* (María Chiquinquirá ganó el juicio).

²² Lavallé, “Aquella ignominiosa herida”, pp. 26 y 36. Véase también a Bryant, “Slavery and Slave Life”, y las obras más viejas de David Chandler, “Slave Over Master in Colonial Colombia and Ecuador”, *The Americas* 38, 3 (1982): 315-326; y Juan Villegas, “Negros y mulatos esclavos, audiencia de Quito” (Montevideo: Centro de Estudios de Historia Americana, 1992). Las evidencias de los archivos guayaquileños reflejan los de Quito en este sentido.

poeta guayaquileño José Joaquín Olmedo fue posteriormente elegido a las Cortes y él eventualmente se mostró comprometido con la causa abolicionista.²³

Después de retornar a casa en 1816, Olmedo dejó de creer que la mejor opción fuese trabajar con los liberales en España; en lugar de ello abrazó la causa patriota y se convirtió en uno de los líderes del movimiento independentista. En 1820 la asamblea gobernante del Guayas declaró a su provincia como ciudad-Estado soberana, y así permanecería hasta que fuera presionada para unirse a la Gran Colombia en 1822, cuando Bolívar arribó a la cabeza de su ejército. En el clima político imperante reinaba un lenguaje de “libertad”, y entre los entusiastas patriotas blancos como Olmedo surgió cierta incomodidad con la esclavitud. ¿Acaso un pueblo que combatía la “tiranía” tenía derecho a tiranizar a otros? El mismo año que los seis solicitantes presentaron su idea, el Procurador General tuvo el agrado de recordar a sus oyentes que habían sido los derrotados españoles quienes introdujeron la esclavitud en el Nuevo Mundo. Él hablaba de “los infelices de dicha clase [de esclavos] cuya libertad fue arrebatada tan bárbaramente por los Españoles”.²⁴ Como parte del triunvirato gobernante, Olmedo ayudó a aprobar dos medidas referentes a la esclavitud, una que prohibía la participación en el comercio internacional de esclavos, y otra que declaraba que todo hijo de esclavos nacido en adelante sería libre, aunque tendría que vivir con sus amos hasta los dieciocho años de edad. De hecho, era a estas leyes a las que los seis solicitantes se refirieron en su declaración de agosto de 1822.

En ese entonces Guayaquil se encontraba en vías de ser anexado al estado de Quito, en la nación de la Gran Colombia. Las leyes grancolombianas sobre la esclavitud habían sido aprobadas en 1821 y eran similares a las de Guayaquil, salvo que también estipulaban el establecimiento de *fondos de manumisión* locales, basados en un pequeño impuesto a la herencia. Durante el periodo de incertidumbre política casi no se había comprado o vendido esclavos en el Guayas, pero ahora tuvo lugar una racha de ventas de parte de los dueños, “temiendo los titulados amos que en breve se pronuncie el Decreto de la Libertad”, a otras personas que habían sido tranquilizadas por la idea de la unión con la Gran Colombia y que estaban convencidas de que la esclavitud iba a perdurar.²⁵

Sería un gran error asumir que la Ilustración y el movimiento independentista automáticamente traían consigo la abolición de haber sido correctas las condiciones estructurales. A pesar de los elevados ideales de personas como Olmedo, la mayoría de los costeños adinerados resistieron la abolición con una tenacidad extraordinariamente desvergonzada. Una mujer se quejó públicamente que los curas locales y una madre esclava sostenían que la bebé de esta última debía ser libre no obstante haber nacido unos días antes de que se promulgara la ley de vientres libres. El ama hablaba como si la niña le hubiese nacido a ella. “Habiéndome nacido una esclavita del día 16 del presente mes, antes del establecimiento y aun pronunciamiento del decreto... los sacristanes pretenden ponerla en la partida bautismal por libre, solo por que un acaso de familia retardóse hubiese bautizado cuatro días antes...”. Olmedo replicó que la niñita debía ser considerada libre,

²³ Julio Tobar Donoso, “La abolición de la esclavitud en el Ecuador”, *Boletín nacional de Historia* [Quito] 39 (1959), p. 11. Margarita González, *Ensayos de historia colonial colombiana* (Bogotá: El Áncora Editores, 1984). Julio Estrada Ycaza, *La lucha de Guayaquil por el estado de Quito* (Guayaquil: Archivo Histórico del Guayas, 1984). James F. King, “The Colored Castes and American Representation in the Cortes of Cadiz”, *Hispanic American Historical Review*, 33 (1953), pp. 33-64.

²⁴ AHG, documento 1546, “Causas varias” (1822), p. 11. La documentación legal de la década de 1820 está repleta de cientos de ejemplos de este lenguaje.

²⁵ *Ibid.*

pero ordenó al Tesoro que pagase 50 pesos a la dueña para así suavizar el asunto.²⁶ El esclavista José Maruri llegó al puerto varios meses después de que la ley prohibiendo la trata hubiese entrado en vigor. Encontró fácil evadirla: sostuvo no haber estado al tanto de la ley cuando vendió la primera parte de su cargamento, con lo que se permitió que las ventas quedasen vigentes siempre y cuando tomara el resto y partiera rápidamente, esto es, en treinta días.²⁷ La ley que obligaba a usar un impuesto sobre las herencias para crear un fondo de manumisión fue ignorada tan rotundamente en diversas localidades que Bolívar volvería a promulgarla como edicto años más tarde. Después que Ecuador proclamara su independencia de la Gran Colombia en 1830, la legislatura de Quito amputó regularmente la ley, reduciendo los impuestos destinados a abastecer el fondo y oscureciendo el lenguaje que explicaba cómo era que la manumisión de personas reales se iba a llevar a cabo, incluso cuando se encontraba bajo el liderazgo del liberal guayaquileño Vicente Rocafuerte. “Podemos decir”, escribió Julio Tobar Donoso después de un cuidadoso estudio, “que las primeras administraciones que tuvo el país, las del General Flores y de don Vicente Rocafuerte, no fueron propicias a la manumisión de esclavos”.²⁸

Es imposible no concluir que de haber podido, la mayoría de los legisladores ecuatorianos habrían estado encantados con eliminar un fondo de manumisión que les había sido impuesto por los liberales colombianos, pero para ese entonces los esclavos sabían de la ley y confiaban en ella. De haber sido anulada tan rotundamente habrían habido protestas vehementes y tal vez incluso peligrosas. Los amos ciertamente estaban preocupados con la actitud de sus esclavos. En 1823, cuando un blanco llamado Francisco Cora fue acusado de haber dicho “que se caga[ba] en la Patria”, y que “mejor era el Gobierno del Rey”, su acto fue considerado doblemente criminal por haber dicho sus palabras frente a esclavos que hacían sus pagos de manumisión semanales en la Casa del Gobierno.²⁹ Aún más amenazador fue que en 1831 (después de la famosa rebelión de Nat Turner en los Estados Unidos), alguien denunció a los pardos Francisco Paredes y Bernardo Villamar por haber dicho “palabras subversivas contra la clase de blancos” en un bautismo.³⁰ Los plantadores y sus colegas en la legislatura ciertamente eran conscientes de que las leyes que buscaban desmontar los cambios debían necesariamente ser sutiles.

Parece claro que pocos cambios se habrían producido en los años posteriores a la independencia si los esclavos no hubiesen hecho oír su voz, alertando así a sus amos de su furia potencial. En las ciudades ellos no estaban dispuestos a simplemente esperar y ver que pasaba. En Quito incluso había una masa crítica lo suficientemente grande como para que se produjeran algunas protestas legales, pero fue en la ciudad portuaria de Guayaquil, situada en medio de la tierra del cacao, que las demandas pasaron de ser unas cuantas a constituir un aluvión.³¹ La situación del esclavo fluctuaba entre la retórica de la

²⁶ *El patriota de Guayaquil*, 4 de mayo de 1822.

²⁷ AHG, documento 985, “Sobre la introducción de esclavos en Guayaquil” (1821). Véase también Mariano Fazio Fernández, *Ideología de la emancipación guayaquileña* (Guayaquil: Banco Central del Ecuador, 1987), pp. 105-115.

²⁸ Tobar Donoso, “La abolición de la esclavitud”, pp. 17-18.

²⁹ AHG, documento 609, “El ciudadano Francisco Cora sobre falso calumniante” (1823).

³⁰ BMG, volumen 104, Causas Criminales, 1831.

³¹ La sección “Esclavos” del Archivo Nacional de Historia de Quito ha sido examinada por varios historiadores ya citados (Bryant, Chandler, Chaves, Lavallé y Villegas). En estos juicios abiertos por los esclavos desde el temprano periodo colonial hasta 1845, los investigadores hallaron excelente información sobre su vida cotidiana y conciencia, pero no encontraron numerosos casos de esclavos que pleiteaban por su libertad. Entre los que existen, unos de los casos más notables son apelaciones presentadas por esclavos

independencia y la libertad que flotaba en el ambiente y en las nuevas leyes, y unas pésimas condiciones de vida. Era obvio que en esas circunstancias todo esclavo buscaría su libertad ardientemente, aunque los amos interpusieran obstáculos. Algunos intentaron escapar de la esclavitud huyendo de sus amos. La frecuencia de las fugas se convirtió en una gran preocupación de los amos. Algunos insistieron en el transcurso de una venta en que se les eximiera de la “responsabilidad que podría resultar en caso que el Esclavo fugue o muera...”. Un aviso rezaba así: “Se necesita un esclavo de catorce años robusto, sin vicios, y que no se haya huido nunca del poder de sus amos”.³² A veces los esclavos de la ciudad se ausentaban por varios días a la casa de algún conocido (o para “traficar libremente en las calles”, en palabras de un amo furioso), pero en un mundo tan pequeño resultaban siendo localizados en seguida.³³ Los esclavos rurales podían huir y esconderse en la ciudad con mayor éxito, pues poca gente les conocía. Una mujer libre de color fue castigada con una multa de cuatro pesos por haber acogido a un esclavo fugado.³⁴ Algunos podían encontrar la ansiada libertad en la ciudad, pero ese era un camino peligroso. A los esclavos se les buscaba infatigablemente. En 1834, el periódico *El Colombiano* comenzó a publicar los nombres de los “esclavos aprehendidos”, dos o tres cada mes. Casi todos eran hombres, pero también hubo una mujer. Los amos no olvidaban. En cierta ocasión un hacendado mencionó haber encontrado a un peón y un esclavo en la ciudad, ambos suyos, que se habían fugado doce años atrás. (No sabemos si los capturó o no.)

Claro que los esclavos preferían los métodos legales, cuando existían. Y ciertamente varios estaban ya a su alcance después de la independencia. Se suponía que cada región contaba con su Junta de Manumisión, que se reunía por lo menos una vez al año para escoger los esclavos a ser liberados con los fondos del Banco de Manumisión. En Guayaquil, el banco tenía dos funciones: cobrar el impuesto sobre la herencia, y recoger la contribución semanal de los esclavos mismos. Sin embargo, parece que en un principio la primera función existió sólo por escrito y no en la práctica, puesto que no se ha encontrado ninguna evidencia de su funcionamiento. Pero la segunda función del banco también tenía sus problemas, y estos no radicaban precisamente en los clientes: ya en 1823 los esclavos llegaban con frecuencia a la Plaza de San Francisco para pagar su contribución semanal.³⁵ El problema era administrativo, puesto que el dinero rescatado se perdía. El comisionado Ignacio Cevallos no quiso aceptar la responsabilidad, pero hubo diversas historias que denunciaban el asunto, como la de Petra Iler:

...tuve a bien ponerlos para fondo en el banco de manumisión, según era costumbre, y bajo la seguridad que podían ofrecer a los esclavos las disposiciones del Excelentísimo Sr. El Libertador. Casi he contribuido con la mitad de mi valor, y después nada he conseguido veo que el dicho banco se halla destituido.³⁶

guayaquileños. De otro lado, mis investigaciones en Guayaquil muestran que entre 1822 y 1830, el 5% de todas las quejas legales que han sobrevivido se refieren a las demandas de libertad de parte de los esclavos, y éstas constituyen un porcentaje aún mayor de los casos arreglados fuera de la corte.

³² AHG, documento 3477, “Fernando Pareja contra José Pío Rodríguez” (1830). *El patriota*, 1 de febrero de 1832.

³³ Unos ejemplos en el AHG, documentos 894, “Sra. Juana Avellán contra el Dr. José Mascote” (1827); y 1546, “Causas varias” (1822).

³⁴ *El Colombiano del Guayas*, 7 de enero de 1830.

³⁵ AHG, documento 609, “El ciudadano Francisco Cora sobre falso calumniante” (1823).

³⁶ AHG, documento 6145, “Petra Iler, sobre 50 pesos” (1824).

En vista de que Petra acudió a la corte en 1824 y luchó duramente por sus intereses, la dirección finalmente encontró los fondos necesarios para comprar su libertad.

Después de tantas quejas, en enero de 1826 el gobierno se preocupó por el problema de la administración de los fondos. Desde Bogotá se envió una carta al intendente de Guayaquil sobre los “abusos” relacionados con los impuestos sobre herencia para el Banco de Manumisión.³⁷ Después de esta fecha hay varias referencias a la recolección de estos impuestos, pero todavía en 1830, la gran mayoría de los casos estaban “pendientes” y no “pagados”.³⁸ Por orden del Libertador, en 1827 apareció en el periódico un anuncio sobre la refundación del banco, ahora llamado el Banco de Amortización. Allí, en la Casa de Gobierno, los esclavos podían comprarse, pagando por lo menos un peso semanalmente.³⁹ La Junta de Manumisión (que constaba de un primer juez, el vicario foráneo, un tesorero y dos vecinos nombrados por el gobernador) tenía la responsabilidad de escoger los esclavos que serían liberados, es decir, los que habían contribuido con más dinero, los que habían luchado por la Patria y los que traían buenas recomendaciones. Pero nadie podía alcanzar la libertad si la Junta no se reunía. A fines de 1827, Francisco de Icaza, miembro de una poderosa familia cacaotera, pero de inclinación liberal, escribió al intendente:

No pudiendo reunirse la Junta de Manumisión de esta Capital para tratar de la recaudación de los fondos destinados para la libertad de Esclavos por falta de Tesorero y otro de los individuos que la componían; se lo hago a Usted presente para que se sirva nombrar las personas que deben subrogarlos, y tenga efecto un establecimiento tan benéfico.⁴⁰

A pesar de todas las demoras y de tantos obstáculos, los esclavos seguían empeñados en aprovechar la nueva ley. Varias de sus solicitudes, algunas de ellas muy elocuentes, llegaban cada pascua de navidad antes de la reunión de la Junta: “Yo, esclavo que fui...”; otros se expresaban así: “Yo, Zeledonio Morillo, residente en esta ciudad e hijo del Choco...”. Y si alguno todavía se entendía en condición de esclavitud, insistía también en sus derechos de ciudadano: “Yo, Petra Ilera [a quien ya conocimos], vecina de esta ciudad y Esclava de mi Señora Francisca Ayala...”. A veces el procurador general ofrecía sus servicios, pero los esclavos mismos eran finalmente sus mejores defensores, pues esgrimían argumentos de excelente calidad para obtener su libertad.

La mayoría de los hombres que presentaron peticiones habían luchado en el ejército libertador. En 1825, Alejandro Campusano todavía recordaba el día en que salió de la casa de su amo: “Llegó a mis Oídos la dulce voz de la Patria y deseando yo ser uno de sus soldados tanto por sacudir el yugo de la Opresión General como por liberarme de la esclavitud en que me hallaba, corrí veloz a presentarme a las tropas libertadoras”.⁴¹ Ya en

³⁷ BMG, volumen 61, “Gobernaciones” (1826).

³⁸ BMG, volumen 71, “Diversos funcionarios” (1827).

³⁹ *El Patriota de Guayaquil*, 6 de enero de 1827.

⁴⁰ BMG, volumen 71 (1827). Los esclavos probablemente se habían quejado a los Icazas y solicitaron su ayuda: eran conocidos entre los más ricos de los comerciantes y plantadores de cacao por su compromiso con la causa de la justicia social: a Martín de Icaza, el padre, se le pidió que supervisara el establecimiento del sistema de lotería solicitado por los esclavos en nuestro primer párrafo, pero no aceptó. El mismo hijo aquí citado fue quien delató a algunos comerciantes que intentaban evadir los aranceles. Townsend, *Tale of Two Cities*, p. 77.

⁴¹ AHG, documento 5996, “El procurador municipal en defensa de Alejandro Campusano” (1826).

1825 este negro, viviendo libre en la ciudad de Guayaquil, tuvo que defender en la corte la libertad que había ganado. Solicitó la ayuda del banco. Otros tenían suerte y su anterior amo no presentaba dificultades. “Ahora que veo tan fundada su solicitud de ser libre, y que no me consta que haya cometido delito por el cual haya perdido ese derecho, hago presente al juzgado que no tengo inconveniente...”⁴² Supuestamente no se necesitaba el permiso de los amos si sus esclavos habían luchado por la Patria, pero en algunos casos hicieron todo lo posible para demostrar que sus ex-esclavos se habían integrado al ejército por poco tiempo, que no habían luchado con mucha energía, o que habían sido demasiado jóvenes como para servir efectivamente. Por ejemplo, la viuda del general Juan Paz de Castillo adujo que el muchacho esclavo que siguió a su esposo no habría podido luchar, “mucho menos manejando las armas del ejército... todavía estaba pequeño y incapaz de servir aún de tambor”.

Con todo, varios además de Alejandro Campusano lograron derrotar a dueños obstinados. Pedro Franco, otro antiguo soldado, fluctuó entre una diestra manipulación de las preocupaciones de su audiencia y una conmovedora expresión de su fe en un mundo más libre. Comenzó con un práctico recordatorio de que el país seguía dependiendo de hombres como él. “No me parece lícito tales pretensiones de dichos señores porque yo soy libre, y estoy pronto para tomar las armas [de nuevo]... como fiel soldado colombiano”. Luego invocó el liberalismo y los derechos del hombre. No dijo simplemente que deseaba desesperadamente ser libre. Dijo: “Sr., no tengo otro delito sino que no quiero ser de nuebamente esclavo y por este motivo me tienen preso en esta cárcel”.⁴³ En este nuevo mundo republicano, que un hombre quisiera ser libre no era un crimen ni una ofensa castigable con la prisión. Esto era lo que las élites mismas habían argumentado al defender su propio honor no hacía mucho. Si eso había sido radical en su boca, lo era tanto más en la de Pedro.

Cada uno de los solicitantes exitosos vinculó su propia causa con la honra de los liberales en la lucha que éstos libraban con los criptorealistas, esperando así ganar seguidores. Alejandro Campusano dijo de su supuesto amo: “Él tubo la devilidad de desirme que la Patria no tenía Autoridad para mandar en los esclavos”, subrayando la última frase de modo notorio. ¿El gobierno republicano iba a permitir semejante desafío a su autoridad? Pedro Franco fue más allá y realmente acusó a su supuesto amo de traición a la nueva república, de modo que este último se vió obligado a reunir varias declaraciones de ciudadanos prominentes que daban fe de su buen nombre.

Las mujeres no podían basar su petición en el servicio militar, pero en lugar de ello ahorraron el dinero, negociando constantemente con el banco y con sus dueños. Por ejemplo, en 1825 Estéfana García, quien evidentemente debió tener alguna extraordinaria habilidad para los negocios, explicó pacientemente que había logrado pagarle al banco tres pesos por semana durante casi un año, uno para sí misma y dos para sus dos hijos. Una vez hubo ahorrado un total de 100 pesos, su dueña dijo que podía ser libre si el banco le entregaba los 200 pesos restantes del precio pedido de 300 pesos. El banco propuso más bien que Estéfana siguiera pagándole a la dueña semanalmente, pero su ama dijo que en ese caso prefería retenerla. La esclava llevó el caso a la corte y se llegó a un compromiso según el cual ella debía seguir pagando cada semana hasta la navidad siguiente, momento en el cual el banco haría entrega a su dueña del valor restante del deseado monto total. Los esclavos cotizados podían rehusarse a rendir servicios desesperadamente necesarios si sus

⁴² AHG, documento 6196, “El procurador municipal en defensa de Diego Pinedo” (1826).

⁴³ AHG, documento 501, “Sr. José Santa Coloma reclama la entrega de su esclavo” (1830).

dueños no bajaban el precio pedido: una mujer, por ejemplo, aceptó actuar como nodriza para el bebé de la amiga de su dueño sólo a condición de que éste bajase su precio, y él rápidamente aceptó.⁴⁴ En 1822 y 1823, la mayoría de los casos presentados ante la “corte de conciliaciones” fueron entre amos y esclavas por un precio de venta justo. Por lo general, el dueño y el esclavo firmaban un “papel de venta” y según los términos, el segundo dejaba la casa del primero para trabajar y mantenerse a sí mismo, a cambio de pagarle cada semana un monto concertado al dueño.⁴⁵

Sin embargo, varias esclavas no estaban en posición de ahorrar dinero alguno y no podían siquiera argumentar con el problemático banco. En lugar de ello litigaron por su libertad sin hacer referencia alguna a este último, utilizando una serie de estrategias lingüísticas y políticas. De hecho, su cultura les ofrecía una tradición litigante con la cual estaban bastante familiarizadas. Vimos que con la apertura brindada por la “Instrucción de 1789”, algunas se habían querellado por su libertad y no simplemente para suavizar sus condiciones de vida, incluso antes del periodo de la independencia. Sin embargo, el periodo postindependentista ofreció una serie de materiales y tácticas nuevas a los esclavos políticamente conscientes, que estos no dudaron en usar.

Ángela Batallas presentó un caso ilustrativo en 1823. Ella sostenía que su amo le había convencido para que tuviera una relación sexual con él prometiéndole que la liberaría. Por lo menos una mujer había intentado ya litigar sin éxito, en base a una promesa rota similar.⁴⁶ Sin embargo, en este caso el amo que hizo la promesa, Ildefonso Coronel, había sido un líder de la causa patriota y ahora trabajaba activamente para el nuevo gobierno. Ella sostuvo que un hombre que se había proclamado a sí mismo libre de las ataduras coloniales no podía unirse con una persona que no era libre y hacerse físicamente una sola persona:

La unión de dos personas de diversos sexos, las constituye en una misma, pues de ésta resulta regularmente la prole: et erum due in carne una. Y es posible que con buen juicio se crea que Ildefonso Coronel, cuando me propuso su unión, quisiese que la mitad de su cuerpo fuese libre, y la otra mitad esclava, sujeta a servidumbre, venta y más odiosidades, que en algunas desgraciadas personas, se conservan como reliquias del sistema feudal en que cerca de tres siglos hemos estado envueltos.⁴⁷

Los cuerpos unidos de la pareja simbolizaban en cierto modo al cuerpo político: para que el todo fuera libre, todas sus partes debían ser liberadas. Ángela y su abogado sostuvieron luego de modo sumamente específico que un gobierno que se promovía a sí mismo como republicano y exigía la lealtad popular sobre esta base, iba a tener que ponerse del lado de la Libertad para conservar su lógica interna y un amplio respaldo. Podríamos preguntarnos cuánto de estas estrategias visibles fueron realmente las de una esclava sin educación, y cuánto de un abogado blanco con simpatías abolicionistas. Sin embargo, un detenido análisis textual de todo el caso brinda evidencias convincentes de que las ideas

⁴⁴ AHG, documento 769, “Testamentarios” (1823).

⁴⁵ David Chandler encontró que justo antes de la independencia, era más probable en la ciudad de Quito que las cortes reales dividiesen la diferencia entre el precio que el esclavo exigía y el que el dueño deseaba. Sin embargo, no se asumía que el esclavo deseara dejar el hogar de su dueño mientras estuviese ganando dinero. Véase “Slave Over Master”, pp. 320-321.

⁴⁶ Lavallé, “Aquella ignominiosa herida”, p. 33.

⁴⁷ AHG, documento 698, “Ángela Batallas contra su amo” (1822).

fueron expresadas primero por Ángela en sus declaraciones, aunque en forma mucho menos elegante. Es más, ella misma posteriormente decidió visitar al Libertador en su cuartel militar, donde consiguió su respaldo político.⁴⁸

EL ÚLTIMO ACTO

Las personas esclavizadas siguieron presentando demandas enraizadas en la noción de la independencia a lo largo de las décadas de 1820 y 1830. Sin embargo, para la siguiente década la independencia de España y la ruptura de las cadenas no eran ya las metáforas dominantes en su medio cultural. Después de años de tensión entre dos facciones políticas se llegó a un acuerdo en 1835: la presidencia habría de alternarse entre los relativamente más liberales costeños y los relativamente más conservadores serranos. Así, el concepto del acuerdo pasó a ser la noción del día. Sin embargo, mientras cumplía con su segundo gobierno en 1843, Juan Flores, quien había nacido en Venezuela y contraído matrimonio con la élite quiteña, intentó hacer cambios que aseguraran su reelección continua. Una constitución que los liberales llamaron la “Carta de la esclavitud”, expresó claramente sus ideas, y la resistencia a ella creció no sólo en Guayaquil sino también en Quito. La mayor parte de la agitación provino de las élites educadas, pero también hubo algunas fuertes protestas populares en contra de una nueva capitación incluida en el paquete floreanista. Puede haber sido igualmente relevante que una insidiosa ley de 1843 reafirmaba que la importación de nuevos esclavos era ilegal, ¡pero añadiendo una condición según la cual las excepciones eran posibles cuando ello fuera absolutamente necesario! Además, si bien los niños obviamente nacían libres, ahora debían servir a los amos de sus padres hasta los 25 años y no hasta los 18. En marzo de 1845, las élites guayaquileñas, incluyendo a Olmedo, lograron reunir un ejército para marchar contra las fuerzas de Flores en Babahoyo: su ejército estaba conformado casi con toda seguridad por muchos hombres que habían sido esclavos, o estaban emparentados con esclavos o con ex-esclavos. En mayo, la ciudad costera de Esmeraldas, mayoritariamente negra, se unió a la revuelta, y hasta los conservadores que asumían haber tomado firmemente las riendas del poder comenzaron a temer “el derramamiento de sangre y la destrucción de la propiedad”.⁴⁹

La “Revolución del 6 de Marzo” sacó a Flores del gobierno y trajo consigo un gran cambio político. Con todo, varios de los liberales costeños eran ellos mismos dueños de esclavos: la abolición no fue inmediata. El artículo 108 de la nueva constitución primero reafirmó las leyes originales de la república, de comienzos de la década de 1820, referentes a la servidumbre humana: “Nadie nace esclavo en la República, ni puede ser introducido en ella en tal condición sin quedar libre”. La edad a la cual los hijos nacidos a los esclavos podían dejar de servir a los amos de sus padres volvió a ser 18 años, en lugar de los 25 declarados por la ley de 1843. Las Juntas de Manumisión fueron reactivadas en varias localidades: en 1846 el nuevo gobierno contabilizó 3,452 esclavos en el país y para 1852 su número se había reducido a 2,484.⁵⁰

⁴⁸ Camilla Townsend, “‘Half my Body Free, the Other Half Enslaved’: The Politics of the Slaves of Guayaquil at the End of the Colonial Era”, *Colonial Latin American Review* 7, 1 (1998): 105-128.

⁴⁹ Frank M. Spindler, *Nineteenth Century Ecuador* (Fairfax, Virginia: George Mason University Press, 1987), p. 37.

⁵⁰ Informes del Ministro de Gobierno, 1846 y 1853. Tobar Donoso sugiere que algunas de estas cuentas podrían haber estado infladas: él sospecha que algunos hacendados estaban enumerando como “esclavos” a

Aún más importante es que hubo un marcado cambio en el debate sobre la abolición final de la esclavitud: en el contexto de la reciente y hasta decisiva victoria de los liberales, y el respaldo evidente de las clases de color, ninguno de los representantes legislativos argumentó que la esclavitud debía conservarse. En lugar de ello, el tema debatido fue si los dueños debían ser indemnizados íntegramente antes de que todos los esclavos fuesen liberados, y si el concepto de la propiedad misma se vería amenazado si no lo eran. En respuesta a un discurso del presidente Urbina, los miembros de la Asamblea expresaron su esperanza de “que se realicen vuestros filantrópicos deseos, haciendo cuanto esté a su alcance, para que desaparezca de nuestro país la esclavitud; pero sin perder de vista el respeto sagrado a la propiedad particular para no invadirla violentamente”.⁵¹

Al parecer, las élites estuvieron parejamente divididas sobre si era más inútil conservar la esclavitud (librando una batalla cuesta arriba en contra de trabajadores involuntarios), o más peligroso liberarlos sin compensar a los dueños (enviando así un mensaje de que el trabajo esclavo había sido algo esencialmente malo). El asambleísta de Guayaquil, miembro de la familia Icaza, dio discursos apasionados en contra de la esclavitud. Finalmente, el 27 de setiembre de 1852, la Asamblea votó 19 a 17 en favor de abolir la esclavitud a partir del 6 de marzo de 1854 (en honor a la fecha de la “Revolución de Marzo”), se hubiese compensado a todos los propietarios o no. Entretanto, a modo de compromiso, incrementaron la renta fiscal disponible para la indemnización. Tal vez no fue una coincidencia que al día siguiente los jesuitas, que habían vuelto a ser readmitidos en el país después de la independencia, volvieron a ser expulsados. Después de todo, ellos habían sido los más grandes propietarios de esclavos del país. Resulta interesante que su expulsión, y no la abolición, fue lo que provocó los mayores comentarios en la prensa nacional esa semana.⁵² Es difícil establecer si los editores de los periódicos no fueron sorprendidos por la abolición, que sabían pronto vendría, o si más bien fueron profundamente afectados por ella y prefirieron no discutir dichos asuntos en público. Es posible que ambas posibilidades hayan sido simultáneamente verdaderas. La presión que la élite sintió de los esclavos mismos podría muy bien haber llevado a ambas reacciones.

Que las cosas habían estado tensas por algún tiempo queda evidenciado no sólo por los centenares de esclavos que habían buscado la manumisión desde 1846, sino también por un hecho que tuvo lugar en julio de 1852, apenas dos meses antes de que tuviese lugar la votación final en la Asamblea y mientras proseguían los debates. Un esclavo que al parecer encontraba que la relación con su amo se hacía cada vez más insoportable con el paso del tiempo, obtuvo un arma y lo mató en público, en frente de otra persona adinerada. El amo había sido un descendiente directo del conquistador Belalcázar. El esclavo intentó obtener clemencia sosteniendo ser un patriota y denunciando que su amo había estado complotando para ayudar al exiliado general Flores, quien planeaba invadir el país (lo cual era cierto). “Esta invención”, tronó el futuro presidente García Moreno, “digna de un Negro, le hará ver el estado de inmoralidad en que se ha puesto el populacho con las sociedades democráticas en que se le enseñan las quimeras socialistas”.⁵³

hombres y mujeres que ya habían sido manumitidos, con la esperanza de ser compensados por el gobierno. “La abolición de la esclavitud”, p. 15.

⁵¹ Citado en Tobar Donoso, “La abolición de la esclavitud”, p. 21.

⁵² Ibid., 24.

⁵³ Citado en Wilfredo Loor, ed., *Cartas de García Moreno, Vol. I*, p. 252.

CONCLUSIÓN

Los cambios estructurales habían despejado el camino para que por lo menos parte de la élite ecuatoriana —principalmente la de la costa— considerase la posibilidad de alterar su relación con los trabajadores. Sin embargo, no hay evidencia alguna de que habría estado dispuesta a abolir la esclavitud del todo en lugar de simplemente usar a los trabajadores en nuevas formas, si los esclavos no lo hubiesen sugerido repetidas veces: comprándose a sí mismos en masa y reduciendo así su número; involucrándose en la política nacional en tiempos revueltos, e incluso pronunciándose directamente en contra de la esclavitud, como lo hicieran nuestros seis solicitantes. Ellos hicieron que le resultara imposible a la clase dominante asumir que las cosas podían seguir como estaban. El hecho de que la esclavitud haya durado otros treinta años más después de que Francisco Rosi y su cohorte hicieran su pronunciamiento, no quiere decir que sus palabras hayan sido olvidadas. En realidad, una lucha de treinta años para dar fin a una institución de 300 años de antigüedad no parece demasiado larga.

Si los esclavos de algunas zonas fueron más ruidosos y activos en sus protestas que los de otras, el caso ecuatoriano sugiere que debemos buscar una explicación en la presencia o ausencia de una ciudad atractiva, así como un campo en vías de cambio. Las acciones tomadas en contra de la esclavitud de parte de los esclavos comenzaron a incrementarse en Guayaquil después de 1790, año en que su número alcanzó su punto máximo, al transferirlos sus dueños del campo a los astilleros y tiendas de artesanos urbanos. Ellos aprendieron el uno del otro, aprendieron de los simpatizantes blancos, aprendieron de los marineros en el puerto. Estaban listos cuando la retórica de la “libertad” comenzó a surcar los aires en la era de la independencia. De otro lado, en Imbabura una constelación estable de variadas plantaciones siguió dependiendo de los trabajadores esclavos, y cuando éstos ocasionalmente se mudaban a una ciudad vecina, había otras entre las cuales escoger, además de Quito. De este modo, los esclavos de la sierra tuvieron menos oportunidades para desarrollar su propia lucha política. Aunque en esta última ciudad hubo juicios por la libertad, su monto y frecuencia jamás igualaron a los de Guayaquil. Ni tampoco el número de manumisiones. Entre las décadas de 1790 y 1840, la población esclava del Guayas se redujo de unos 2,000 a aproximadamente 700; de éstos, los 1,250 que habían vivido en Guayaquil bajaron a unos 380. De otro lado, en la sierra, los 2,800 esclavos de 1780 mantuvieron su número casi constante, contabilizándose 2,400 en la década de 1840; de éstos, alrededor de 1,200 habían vivido y siguieron viviendo en tierras jesuitas.⁵⁴ Los historiadores han mostrado que estos mismos esclavos fueron activos en la creación y recreación de vínculos familiares e identidades culturales: de ninguna manera fueron pasivos. Sin embargo, no tuvieron las mismas oportunidades para desarrollar estrategias como sí las tuvieron los que vivían con esclavos libertos y otros de diversa extracción en una ciudad portuaria cosmopolita. En Guayaquil, ellos lucharon incansablemente para “extinguir muy breve y fácilmente la indecorosa esclavitud”.⁵⁵

⁵⁴ Véase el cuadro del apéndice “Población esclava en Ecuador”.

⁵⁵ “Expediente sobre establecimiento”, p. 115.

APÉNDICE

LA POBLACIÓN ESCLAVA EN EL ECUADOR

	c. 1780			c. 1845	
Guayas	1,980			696	
Sólo Guayaquil		1,251			378(a)
Manabí	127			195(b)	
Imbabura	1,203			1,186	
Sierra norte	1,099			730	
Sólo Quito		550			683
Cuenca	254			92	
Loja	312			553(c)	
Total	4,975			3,452	

- (a) En Guayaquil, los esclavos alcanzaron su máximo número de 1,345 en 1790. Falta la cuenta de 1845. El estimado de 378 se obtuvo tomando el total de la provincia del Guayas y luego restándole los esclavos registrados en los “censos jenerales de cantones” efectuados en 1840 en toda la provincia, salvo la ciudad
- (b) En Manabí, los esclavos alcanzaron su máximo número de 373 en 1831.
- (c) La región de Loja comprendía varias minas, lo que explica el incremento.

Fuentes: Archivo Nacional de Historia (Quito), Empadronamientos, Padrones de 1779 y 1780. Archivo de la Biblioteca Municipal de Guayaquil, Diversos Funcionarios, “Censos Jenerales [sic] de las Poblaciones de 1840”. Citado en Michael Hamerly, *Historia social y económica de la antigua provincia de Guayaquil, 1763-1842* (Guayaquil, 1987), y Kenneth J. Andrien, *The Kingdom of Quito, 1690-1830: The State and Regional Development* (Cambridge, 1995). Memoria del Ministerio de Gobierno de 1846. Citada en Julio Tobar Donoso, “La abolición de la esclavitud en el Ecuador”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 34 (1959): 5-30.

EL FINAL DE LA ESCLAVITUD Y EL FINAL DEL IMPERIO: LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS EN CUBA Y PUERTO RICO

Christopher Schmidt Nowara

Departamento de Historia, Fordham University

En medio de la crisis política revolucionaria en España y Cuba, el abolicionista y parlamentario Rafael María de Labra publicó una carta abierta a sus electores en la región española de Asturias. Labra explicaba que su defensa de una inmediata emancipación de los esclavos en Cuba y Puerto Rico no sólo era un acto de justicia, sino que además era políticamente prudente. Dado el respaldo a la insurrección anticolonial en Cuba oriental por parte de los trabajadores no libres, la acción hispana en contra de la esclavitud y otras formas de servidumbre era crucial: “hoy el nervio de la insurrección (no se olvide) está alimentado por la raza de color, por esclavos huidos, por chinos prófugos, por hombres que con las armas en la mano hacen la propaganda abolicionista en los linderos del departamento occidental, al pie de los grandes ingenios y al alcance de las grandes manadas de siervos”. Al abolir la esclavitud y la servidumbre forzosa de los trabajadores chinos importados a Cuba desde la década de 1840, Labra y la Sociedad Abolicionista Española buscaban minar la legitimidad de la insurrección cubana y recuperar la hegemonía en la colonia hispana más importante.¹

Los comentarios de Labra condensan una de las características más sorprendentes de la emancipación de los esclavos en las Antillas: la confluencia de movimientos anticoloniales y antiesclavistas, semejante a la interacción entre las rebeliones de esclavos y la revolución política en la colonia francesa de Santo Domingo.² La lucha por terminar con la esclavitud siempre involucró un conflicto sobre la legitimidad del régimen colonial, una convergencia que en años recientes ha recibido cada vez más atención de parte de los investigadores. Dos líneas interrelacionadas de investigación han configurado esta perspectiva de la emancipación de los esclavos antillanos. De un lado, los estudios de la construcción de los regímenes esclavistas han mostrado que lejos de ser un sistema laboral arcaico, como lo sostenían las versiones clásicas,³ la esclavitud fue flexible y productiva. Se ha demostrado que los esclavos pudieron realizar las tareas más avanzadas en una forma cada vez más industrializada del procesamiento del azúcar (siendo el sector azucarero el

¹ R.M. de Labra, *Carta que a varios electores del distrito de Infiesto (Oviedo) dirige su ex-diputado a Cortes* (Madrid: Imprenta de José Noguera, 1872), pp. 15-16.

² Para Santo Domingo véase C.L.R. James, *The Black Jacobins*, segunda edición (Nueva York: Vintage, 1963); y R. Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery* (Londres: Verso, 1988).

³ El estudio más importante de la esclavitud y el azúcar cubanas es M. Moreno Fraginals, *El ingenio*, 3 vols. (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978), en el cual el autor argumenta que los trabajadores esclavos no podían llevar a cabo las sofisticadas tareas requeridas por los cambios en la tecnología, y que la inversión de capital en mano de obra retrasó la modernización. Para la esclavitud puertorriqueña véase L.M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*, tercera edición (Río Piedras: Editorial Universitaria, 1981). El autor argumenta que la esclavitud fue una institución marginal en la vida económica de Puerto Rico. Las posiciones de ambos autores han sido cuestionadas en los últimos años (véase *infra*).

principal sector de la economía antillana, y el usuario principal de trabajadores esclavos).⁴ Así, la esclavitud no se extinguió por sí misma, sino que finalmente colapsó bajo la presión de cuestionamientos políticos específicos a su existencia. De otro lado, los historiadores han demostrado que los esclavos no fueron receptores pasivos de su destino, sino agentes activos que resistieron la esclavitud y finalmente la subvirtieron, en parte participando en la lucha contra el Estado colonial español.⁵ Es más, mientras los plantadores reconstituían exitosamente la producción azucarera en Cuba (pero no en Puerto Rico) una vez abolida la esclavitud, la desregulación de la sociedad y la política inaugurada por la emancipación y por los cambios en la naturaleza del tardío estado colonial permitieron que se desarrollara una cultura política vigorosa y en realidad explosiva, en la cual los antiguos esclavos y otros grupos militaban agresivamente en pos de la ciudadanía.⁶ El presente ensayo revisará ambas tendencias historiográficas, comenzando con un examen de la economía política de la esclavitud y la emancipación, antes de considerar los efectos políticos de su desaparición.

I. EL AUGE Y CAÍDA DE LA ESCLAVITUD ANTILLANA

Muchas historias de la esclavitud y el azúcar cubanas presentan la ocupación británica de La Habana, en 1762-63, como un giro decisivo en la historia de la isla. España siempre había regulado el tráfico de esclavos a sus colonias americanas, y en la América hispana la esclavitud jamás había alcanzado la escala que tenía en el Brasil y en algunas de las colonias francesas, británicas u holandesas. Sin embargo, los ingleses abrieron La Habana a un mercado libre en esclavos y dieron a los plantadores cubanos una idea de las fortunas que se podían alcanzar con la trata y el uso de mano de obra esclava. Después de retomar La Habana, los españoles re-estructuraron el sistema de defensa imperial de tal modo que Cuba adquirió una importancia estratégica cada vez mayor. Para asegurar la lealtad de la élite criolla cubana, la monarquía hispana concedió importantes libertades políticas y económicas que permitieron a los plantadores liberalizar la trata de esclavos y obtener cierto control de los asuntos políticos y militares locales. De este modo, la ocupación

⁴ F. Scarano, *Sugar and Slavery in Puerto Rico: The Plantation Economy of Ponce, 1800-1850* (Madison: University of Wisconsin Press, 1984); R. Scott, *Slave Emancipation in Cuba: The Transition to Free Labor, 1865-1899* (Princeton: Princeton University Press, 1985); y L. Bergad, *Cuban Rural Society in the Nineteenth Century: The Social and Economic History of Monoculture in Matanzas* (Princeton: Princeton University Press, 1990).

⁵ En este campo resultó fundamental la obra de Rebecca Scott. Véase *Slave Emancipation, passim*. Véase también G. Baralt, *Esclavos rebeldes: conspiraciones y sublevaciones de esclavos en Puerto Rico (1795-1873)*, tercera edición (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1989); R. Paquette, *Sugar is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict between Empires over Slavery in Cuba* (Middletown: Wesleyan University Press, 1988); L. Figueroa, *Facing Freedom: The Transition from Slavery to Free Labor in Guayama, Puerto Rico, 1860-1898* (tesis de Ph.D., Universidad de Wisconsin, 1991); y A. Ferrer, *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1999).

⁶ Ferrer, *Insurgent Cuba*; J. Ibarra, *Ideología mambisa* (La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972); A. Helg, *Our Rightful Share: The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994); J. Casanovas, *Bread or Bullets!: Urban Labor and Spanish Colonialism in Cuba, 1850-1898* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1998); A. Cubano-Iguina, "Political Culture and Male Mass-Party Formation in Late-Nineteenth-Century Puerto Rico", y R. Scott, "Race, Labor and Citizenship in Cuba: A View from the Sugar District of Cienfuegos, 1886-1909", *Hispanic American Historical Review*, Vol. 78 (1998), pp. 631-62, y pp. 687-728; A. de la Fuente, "Race, National Discourse, and Politics in Cuba: An Overview", *Latin American Perspectives*, Vol. 25 (1998), pp. 43-69; y C. Schmidt-Nowara, "From Slaves to Spaniards: The Failure of Revolutionary Emancipationism in Spain and Cuba, 1868-1895", *Illes i imperis*, no. 2 (1999), pp. 177-90.

británica y la respuesta hispana conformaron el escenario de un dramático crecimiento de la esclavitud cubana.⁷

La esclavitud puertorriqueña comenzó algo más tarde. Mientras que Cuba ya importaba casi 70,000 esclavos en la década de 1790,⁸ los plantadores de Puerto Rico no se volcaron a este tipo de mano de obra en número significativo sino hasta comienzos del siglo XIX. Francisco Scarano atribuye el surgimiento más tardío del azúcar y la esclavitud puertorriqueña a la menor provisión de capital de su economía en el tardío siglo XVIII, que seguía dominada por la producción campesina. Ello no obstante, la apertura del mercado mundial del azúcar iniciada por la revolución de Santo Domingo, la liberalización del control político y económico hispano, y el crecimiento de la demanda en los Estados Unidos, crearon oportunidades para que los plantadores puertorriqueños se dedicaran a la producción de las plantaciones. Hasta su abolición, la esclavitud conformaría el núcleo de la fuerza laboral de la plantación.⁹

Recientemente, los historiadores han visto a la década de 1830 como otro hito en la historia de la esclavitud antillana. Aquí, las corrientes políticas y económicas se entrelazan una vez más en forma significativa. En dicha década el gobierno español, al pasar de una monarquía absoluta a un régimen parlamentario liberal, no sólo consolidó la trata y la esclavitud, sino que también comenzó a retirar varias de las libertades concedidas en el tardío siglo XVIII a la élite antillana. Es más, luego de perder la mayor parte del imperio americano en la década de 1820, los plantadores y comerciantes españoles entraron al Caribe agresivamente y ayudaron a sentar las bases de una segunda expansión de la esclavitud y los complejos azucareros cubanos, al desplazarse ésta desde La Habana hacia el oeste, a la provincia de Matanzas, que hasta ese entonces se hallaba mayormente sin desarrollar. El periodo entre la década de 1830 y el año revolucionario de 1868 vio una marginalización cada vez mayor de los criollos de los asuntos políticos y militares, y la mayor prominencia de los comerciantes hispanos en la vida económica de la isla, bajo un régimen estrictamente proteccionista. Es más, a lo largo del siglo, Cuba en particular fue cayendo cada vez más bajo la órbita de los Estados Unidos, en donde encontró el principal mercado para su azúcar, lo que hizo que España pasase a ser un mercado prácticamente irrelevante. El proteccionismo metropolitano, acrecentado aún más en la década de 1830, intensificó las fricciones entre España y las Antillas. Aún así, España fue la única potencia europea que defendió tanto la esclavitud como la trata de esclavos hasta finales del siglo XIX, y la posición central de ambas instituciones en las economías antillanas aseguró la lealtad de la élite colonial.¹⁰

⁷ Véase Moreno Friginals, *El ingenio*; F. Knight, *Slave Society in Cuba during the Nineteenth Century* (Madison: University of Wisconsin Press, 1970); D. Tomich, "World Slavery and Caribbean Capitalism: The Cuban Sugar Industry, 1760-1868", *Theory and Society*, 20 (1991), pp. 297-319; A. Kuethe, *Cuba, 1753-1815; Crown, Military and Society* (Knoxville: University of Tennessee Press, 1986); y J.M. Fradera, *Gobernar colonias* (Madrid: Península, 1999).

⁸ Véase D. Eltis, *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Slave Trade* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), p. 249.

⁹ Véase Scarano, *Sugar and Slavery*, pp. 3-34; y J. Curet, *From Slave to 'Liberto': A Study on Slavery and Its Abolition in Puerto Rico, 1840-1880* (Tesis de Ph.D., Universidad de Columbia, 1980).

¹⁰ Sobre el nuevo orden político, véase Fradera, *Gobernar colonias*; y J.R. Navarro García, *Entre esclavos y constituciones* (Sevilla: CSIC, 1991). Sobre la esclavitud y la trata de esclavos, véase Bergad, *Cuban Rural Society*; y D. Murray, *Odious Commerce: Britain, Spain and the Abolition of the Cuban Slave Trade* (Cambridge: Cambridge University Press, 1980).

Algunas divergencias importantes entre la naturaleza de la esclavitud cubana y puertorriqueña se dieron poco después de la consolidación del orden colonial. Una diferencia que configuró la esclavitud en ambas islas fue el nivel de inversión de capital en mejoras tecnológicas. Los plantadores cubanos estuvieron en la primera línea de la modernización, invirtiendo en ferrocarriles que transportaban la caña de azúcar con mayor rapidez a los trapiches y el azúcar terminada al puerto, y en la más novedosa tecnología de procesamiento que les permitió bajar los costos en un mercado mundial del azúcar cada vez más competitivo. Debido a la escasez de crédito los plantadores puertorriqueños, en cambio, se vieron impedidos de invertir en nuevas tecnologías y tuvieron menos capacidad para modificar la producción en respuesta a los cambiantes mercados. Para mediados de siglo, la tendencia de largo plazo en la producción azucarera de Puerto Rico era al estancamiento y la decadencia, un proceso agudamente percibido por los contemporáneos. Como dijera un crítico de la economía puertorriqueña: “si la Isla continúa en el mismo camino que hoy sigue respecto a la fabricación de azúcar sufrirá una crisis de donde es probable salga arruinada”.¹¹

A pesar de las diferencias en inversiones tecnológicas, ambos sectores de plantadores siguieron haciendo un uso intensivo de la mano de obra. Sin embargo, la tremenda riqueza de los plantadores cubanos y la penuria relativa de sus contrapartes puertorriqueñas nuevamente produjeron diferencias importantes. En Puerto Rico, la trata de esclavos mayormente intra-caribeña que había alimentado el crecimiento de los trabajadores de las plantaciones virtualmente se detuvo en la década de 1840. La población esclava llegó allí a su pico de aproximadamente 50,000 a mediados de dicha década y cayó a alrededor de 40,000 para 1860, menos del 10% de la población total, manteniéndose dicho nivel hasta el inicio del proceso emancipador. Aunque los plantadores presionaban para que se reviviera la trata de esclavos o se iniciara un nuevo tráfico de trabajadores forzados africanos o chinos, era difícil para ellos pagar una forma laboral tan costosa. En lugar de eso miraron hacia adentro, obligando, con ayuda del Estado colonial, a los trabajadores sin tierra y los pequeños propietarios a que trabajaran en las plantaciones gracias a la institución conocida como la “libreta”, mediante la cual los trabajadores tenían que mostrar que estaban empleados ventajosamente. Aunque fue una fuente constante de descontento para todos, la libreta siguió siendo un complemento crucial para el trabajo esclavo en la economía de plantación desde la década de 1840 y hasta su abolición, en 1873.¹²

En cambio, el tráfico de esclavos a Cuba siguió siendo la fuente principal de nuevos trabajadores para la economía de plantación, no obstante los esfuerzos británicos y los tratados españoles para suprimirlo. Cuba importó 780,200 esclavos entre 1790 y la supresión de la trata en 1867. En 1846, la población esclava de la isla sumaba 323,759 personas, de un total de 898,752. Para 1862, en cambio, estas cifras habían subido a

¹¹ J.J. Acosta y Calbo, “Artículo segundo”, *Colección de artículos publicados* (Puerto Rico: Imprenta de Acosta, 1869), p. 32.

El análisis clásico de la industria azucarera cubana es Moreno Fragnals, *El ingenio*. Véase también a Bergad, *Cuban Rural Society*; y O. Zanetti y A. García, *Caminos para el azúcar* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1987). Para Puerto Rico véase Curet, *From Slave to Liberto*; Scarano, *Sugar and Slavery*; y A. Ramos Mattei, *La hacienda azucarera: su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)* (San Juan: CEREP, 1981).

¹² Véase F. Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1979); L. Bergad, *Coffee and the Growth of Agrarian Capitalism in Nineteenth-Century Puerto Rico* (Princeton: Princeton University Press, 1983). Para los debates sobre la esclavitud y la “libreta” en este periodo véase C. Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery: Spain, Cuba, and Puerto Rico, 1833-1874* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1999), pp. 37-50.

368,550 de 1'359,238.¹³ Sin embargo, los plantadores también empleaban otros tipos de mano de obra. La demanda de trabajadores de plantación no sólo era constante, sino que la vulnerabilidad de la esclavitud como fuente de mano de obra también fue motivo de preocupación.

Dos eventos demostraron la potencial inseguridad del complejo esclavista cubano. El primero de ellos fue el muy conocido incidente del *Amistad*. Un motín de esclavos a bordo de una balandra que transportaba unos 53 trabajadores cautivos de La Habana a Puerto Príncipe en 1839, puso la ilegal trata de esclavos cubana bajo la dura luz de la política internacional. En 1817 y 1835, España había firmado tratados con Gran Bretaña que prohibían la trata. Sin embargo, era un secreto a voces que el tráfico floreció en dichos años con la cooperación de la Capitanía General de La Habana. Cuando los esclavos a bordo del *Amistad* fueron capturados en Long Island por la guardia costera de los Estados Unidos, se abrió un largo juicio sobre los derechos de los esclavos y de sus putativos dueños españoles. El juicio y la publicidad fueron sumamente vergonzosos para el gobierno español, pues dejaron en claro la extensión de la trata de esclavos en violación de los tratados con los ingleses. En 1841 se esparció el pánico por Cuba y España: los rumores decían que el gobierno español cedería ante la presión inglesa y liberaría a los esclavos introducidos en Cuba después del tratado de 1817. Aunque el gobierno español no cedió, con todo, el juicio por el *Amistad* y las subsiguientes iniciativas diplomáticas británicas resaltaron la sensación de vulnerabilidad experimentada por el gobierno hispano y la clase plantadora cubana.¹⁴

Los ingleses estuvieron involucrados en otro evento que desató una búsqueda de nuevas formas de trabajo forzado de parte de los plantadores cubanos. David Turnbull, uno de los representantes del gobierno británico en la Comisión Mixta de La Habana para la Supresión de la Trata de Esclavos, que se suponía debía monitorear las violaciones de los tratados del tráfico de esclavos, ayudó a organizar una gran conspiración que involucró a miembros de todas las capas de la sociedad cubana: miembros de la élite criolla, hombres libres de color y esclavos prepararon una rebelión que destruiría la esclavitud y pondría a Cuba bajo la soberanía británica. Sin embargo, la inestable coalición se rompió y cuando el gobierno colonial, encabezado por el capitán general Leopoldo O'Donnell, supo de ella en 1843, desató una masiva ola represiva contra los supuestos conspiradores. Si bien los miembros de la élite como Domingo del Monte se fueron al exilio, los esclavos y la gente de color libre sufrieron crueles torturas y ejecuciones. La conspiración finalmente tomó su nombre, La Escalera, de las escaleras a las cuales los funcionarios coloniales ataban a sus víctimas para interrogarlas y castigarlas.¹⁵

La posibilidad de una revuelta de esclavos y las intervenciones del gobierno británico obligaron a los plantadores a buscar otras fuentes de trabajadores forzados en caso que la trata de esclavos cesara. La alternativa más importante fue el tráfico en siervos chinos entre las décadas de 1840 y 1870. Este tráfico era llevado a cabo principalmente desde el puerto portugués de Macao e involucró a más de 100,000 trabajadores chinos. Aunque estaban nominalmente protegidos por contratos que especificaban sus derechos, la falta de auxilio legal redujo a la mayoría de ellos a un estado de esclavitud *de facto* en las plantaciones

¹³ Véase Eltis, *Economic Growth*, p. 249; y Scott, *Slave Emancipation*, p. 7.

¹⁴ Véase H. Jones, *Mutiny on the Amistad*, edición revisada (Nueva York: Oxford University Press, 1987).

¹⁵ Sobre La Escalera y los británicos en Cuba véase Paquette, *Sugar is Made with Blood*; y L. Martínez-Fernández, *Fighting Slavery in the Caribbean; The Life and Times of a British Family in Nineteenth-Century Havana* (Armonk: M.E. Sharpe Publishers, 1998).

cubanas. Los plantadores asimismo iniciaron un breve tráfico de trabajadores indígenas procedentes del Yucatán en la década de 1860.¹⁶

Aunque la clase plantadora cubana capeó las tormentas de las décadas de 1830 y 1840, y mantuvo el acceso a diversas formas de trabajo no libre, la década de 1860 fue un momento de crisis real para las economías esclavistas tanto de Cuba como de Puerto Rico. La Guerra de Secesión y la liberación de los esclavos en los Estados Unidos, y la nueva arremetida angloamericana en contra del tráfico de esclavos cubano, obligaron a la clase plantadora colonial y al gobierno español a introducir y contemplar cambios importantes. La trata finalmente concluyó en 1867, una vez que una efectiva iniciativa angloamericana obligara a los españoles a cumplir con sus numerosos tratados que la prohibían. A lo largo de toda la década, las élites española y antillana debatieron reformas políticas y hablaron vagamente de medidas en favor de la eventual abolición de la esclavitud. Enfrentados con una población esclava estática y relativamente pequeña en toda la isla, los plantadores puertorriqueños estaban dispuestos a considerar una emancipación compensada. Sin embargo, los plantadores cubanos no estaban preparados para discutir la emancipación, puesto que seguían dependiendo fuertemente de la mano de obra, mientras que la población esclava total de la isla, que ascendía a 368,550 personas (1862), hizo que la compensación cayera lejos del alcance del maltrecho gobierno español. Es más, varios miembros de la élite criolla pensaban que la liberación de los esclavos en Cuba llevaría inevitablemente a un violento conflicto racial.¹⁷

Uno de los desarrollos más importantes de este periodo fue la fundación de la Sociedad Abolicionista Española en Madrid, en 1865. Los fundadores de la Sociedad fueron defensores puertorriqueños de la abolición y prominentes liberales y republicanos de Madrid. En sus primeras fases la Sociedad fue conservadora, semejando lo que Seymour Drescher ha caracterizado como el modelo europeo continental de los movimientos antiesclavistas. Esto es, ella proponía un proceso emancipador en el cual el Estado y la clase plantadora trabajasen al unísono con los cuerpos legislativos para llevar a cabo un proceso emancipador muy gradual y controlado que protegiera los intereses de los plantadores. Sin embargo, la Sociedad cobijaba en su seno tendencias más radicales en la cuestión de la liberación de los esclavos. Ya en la década de 1850 en Puerto Rico, algunos miembros fundadores como J.J. Acosta y Julio de Vizcarrondo habían recomendado la inmediata abolición de la esclavitud como la mejor solución para el crónico estancamiento económico puertorriqueño y el déficit de mano de obra, pues ello crearía un mercado laboral libre. Es más, a diferencia de sus contrapartes cubanas, los reformadores puertorriqueños argumentaban que dado el bajo porcentaje de esclavos dentro de la población total de la

¹⁶ Véase Scott, *Slave Emancipation*, pp. 3-41; Bergad, *Cuban Rural Society*; D. Helly, "Introduction" a *The Cuba Commission Report: A Hidden History of the Chinese in Cuba*, trad. de Sidney Mintz (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1993); P. Estrade, "Los colonos yucatecos como sustitutos de los esclavos negros", en C. Naranjo Orovio y T. Mallo Gutiérrez, eds., *Cuba, la perla de las Antillas* (Madrid: Doce Calles, 1992), pp. 93-107; y L. Bergad, F. Iglesias García y M. Barcia, *The Cuban Slave Market, 1790-1880* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).

¹⁷ Para la crisis general de la década de 1860 véase R. Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición* (La Habana: Editorial Cénit, 1948); Murray, *Odious Commerce*, pp. 298-326; Casanovas, *Bread or Bullets!*, pp. 71-96; Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*, pp. 100-25; y A. Corwin, *Spain and the Abolition of Cuban Slavery, 1817-1886* (Austin: University of Texas Press, 1967). Para los plantadores puertorriqueños véase Curet, *From Slave to "Liberto"*, pp. 226-60. Para Cuba véase Scott, *Slave Emancipation*, pp. 3-45; y Bergad, *Cuban Rural Society*, pp. 89-182.

isla (menos del 10%), el temor racial que seguía atemorizando a Cuba había quedado opacado en Puerto Rico.¹⁸

Entre los españoles de la Sociedad, republicanos como Emilio Castelar argumentaban que la naturaleza coercitiva del colonialismo español había sido, de manera consistente, su propia ruina. La mejor forma de fomentar la productividad colonial y afianzar la lealtad de la población colonial era a través de un régimen liberal que reconociera a *todos* los varones de Cuba y Puerto Rico como ciudadanos españoles iguales, con derecho a controlar su trabajo y persona. Entonces, en esta imagen de la política colonial hispana, la esclavitud era un obstáculo extremo para la estabilidad y la productividad colonial; como veremos, la Sociedad Abolicionista estaba dispuesta, dadas las circunstancias apropiadas, a librar una campaña a nivel nacional en pro de la inmediata destrucción de la esclavitud antillana. Así, aunque el movimiento abolicionista hispano-antillano inicialmente se parecía a sus conservadoras contrapartes francesa y holandesa de mediados de siglo, éste pronto recurrió a tácticas radicales que se parecían más a las estrategias de los abolicionistas angloamericanos, quienes atacaron frontalmente a la esclavitud.¹⁹

El estallido de rebeliones en España, Cuba y Puerto Rico en el otoño de 1868 hizo que el reformismo moderado de la década de 1860 fuese aún más urgente, y abrió un espacio para la aparición de ataques frontales a la esclavitud colonial. En Cuba, los descontentos plantadores del extremo oriental de la isla se alzaron contra el dominio hispano después de años de inercia política. Si bien inicialmente estuvieron comprometidos con el derecho de propiedad, el liderazgo rebelde finalmente se hizo abolicionista al reconocer que en las provincias orientales, el levantamiento había movilizó a personas de toda clase y raza, y había debilitado la disciplina laboral en dichas regiones. A pesar de la presencia de una fuerza separatista y abolicionista activa en Cuba, los plantadores de las provincias occidentales, donde trabajaba la mayoría de los esclavos cubanos, se resistieron desafiante y exitosamente a la abolición inmediata. De hecho, algunos grandes plantadores como el español Julián Zulueta siguieron abriendo nuevas plantaciones con grandes contingentes de mano de obra esclava hasta bien entrada la década de 1870.²⁰

El conflicto cubano habría de durar diez años. El levantamiento puertorriqueño de octubre de 1868 duraría menos. El Grito de Lares tuvo lugar en la provincia interior de Utuado, una región cafetalera dominada por comerciantes españoles. Aunque formaba parte de una conspiración que comprendía a toda la isla, el levantamiento se arraigó en el pueblo de Lares. Plantadores criollos marginales, pequeños terratenientes, el proletariado rural y los esclavos se unieron en contra del Estado español y la clase mercantil local. El

¹⁸ Véase, por ejemplo, la intervención de Julio de Vizcarrondo en la reunión de la Sociedad Libre de Economía Política (Madrid), reimpresa en *El Abolicionista Español* (Madrid), 15 de septiembre de 1865, p. 50.

¹⁹ Sobre los modelos de los movimientos abolicionistas véase S. Drescher, "Brazilian Abolition in Comparative Perspective", en R. Scott *et al.*, *The Abolition of Slavery and the Aftermath of Emancipation in Brazil* (Durham: Duke University Press, 1988), pp. 23-54. Para la Sociedad Abolicionista Española, véase Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*.

²⁰ Sobre insurrecciones y esclavitud véase Scott, *Slave Emancipation*, pp. 45-62; Ferrer, *Insurgent Cuba*. Sobre los plantadores occidentales véase Bergad, *Cuban Rural Society*, pp. 183-259. Para un cuadro global del conflicto véase R. Guerra y Sánchez, *La guerra de los diez años, 1868-1878*, segunda edición, 2 vols. (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1972).

gobierno recuperó el control de Lares y la zona circundante luego de una semana de combates, e inició una dura represión contra los sospechosos de conspiración.²¹

La rebelión colonial forzó la mano del gobierno español, sujeto a su vez a los cambios producidos por el levantamiento cívico-militar de setiembre de 1868. El nuevo régimen llegó al poder con un evidente deseo de llevar a cabo reformas en las colonias. Figuras prominentes entre los líderes de la revolución, como los generales Francisco Serrano, Domingo Dulce y Juan Prim, habían sido capitanes generales en las Antillas, y los dos primeros tenían reputación de reformadores. Es más, los partidos liberal y republicano que respaldaban la revolución proponían la liberalización política y económica de las colonias. Por último, la Sociedad Abolicionista comenzó a agitar en favor de la inmediata abolición de la esclavitud colonial, usando las muy amplias libertades de la nueva constitución (1869). Aunque inicialmente fue una asociación bastante restringida de élites políticas e intelectuales reunidas en Madrid, la Sociedad tuvo éxito en unir su campaña con la agenda política de los principales partidos revolucionarios, y mientras duró la revolución (1868-74) transformó el abolicionismo metropolitano en un movimiento de ancha base con considerable respaldo popular.²²

En 1870, el nuevo gobierno aprobó una ley emancipadora que sí produjo descontento entre ambos partidos. La Ley Moret, así llamada por Segismundo Moret y Prendergast, el Ministro de Ultramar, inició un proceso gradual de emancipación que cedía a los intereses de los plantadores cubanos. Los hijos de los esclavos nacían libres, pero tenían que trabajar para el dueño de su madre. La ley asimismo liberaba a los esclavos que alcanzaban la edad de 60 años y a los “emancipados”, aproximadamente diez mil hombres y mujeres capturados por el gobierno en sus esporádicos intentos de eliminar la trata negrera. Aunque nominalmente libres, los emancipados por lo general habían sido forzados a trabajar para los plantadores, quienes los trataban como esclavos. La ley asimismo proponía un acta emancipadora definitiva, una vez que la insurgencia cubana terminara.²³

La Ley Moret enfrentó inmediata resistencia. Los plantadores de Cuba y Puerto Rico se rehusaron a permitir que los funcionarios del gobierno entraran a sus plantaciones a realizar los censos necesarios para implementar las medidas estipuladas por la ley. Los primeros tuvieron éxito en demorar su publicación en Cuba y llenaron los comités de vigilancia con personas de su propia clase. En ambas islas, los plantadores y comerciantes, los españoles en particular, habían organizado una milicia irregular conocida como los Voluntarios, lo que les dio una considerable potencia de fuego en su desafío al gobierno y para proteger las plantaciones de las fuerzas insurgentes. Aún así, algunos esclavos sí obtuvieron su libertad tanto en Cuba como en Puerto Rico con la Ley Moret. La población esclava declinó en ambas islas, aunque no tanto en las principales regiones azucareras, donde los plantadores tuvieron éxito en conservar la esclavitud como el núcleo de su fuerza laboral, complementándola tanto con trabajadores libres como forzados. Por ejemplo, en la provincia cubana de Matanzas, la población de esclavos en edad de trabajar sólo disminuyó

²¹ Sobre Utuado, véase Picó, *Libertad y servidumbre*; y Bergad, *Coffee*. Para el Grito de Lares véase O. Jiménez de Wagenheim, *Puerto Rico's Revolt for Independence: El Grito de Lares* (Princeton: Markus Wiener Publishing, 1993).

²² Para la Revolución de Setiembre española y las colonias véase Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*, pp. 126-76; Casanovas, *Bread or Bullets!*, pp. 97-126; J. Maluquer de Motes, “El problema de la esclavitud y la revolución de 1868”, *Hispania* 31 (1971), pp. 56-76; y J.A. Piqueras, *La revolución democrática (1868-1874)* (Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992).

²³ Véase Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, pp. 63-83.

de 78,800 en 1862 a 70,850 en 1877, mientras que en dicho lapso la población esclava total de Cuba bajó de 368,550 a 199,094. De este modo, uno de los efectos de la Ley Moret fue concentrar la esclavitud en el sector económico clave, el azucarero.²⁴

El descontento en la península era también manifiesto. Los grupos de presión organizados por la burguesía española buscaban defender la esclavitud para así asegurar la estabilidad social y la prosperidad antillana. Dado su control de los mercados antillanos a través de un régimen estrictamente proteccionista, los navieros, plantadores y manufactureros defendieron celosamente el *status quo* antillano en nombre de la economía “nacional”. Las críticas también vinieron de la izquierda revolucionaria. La Sociedad Abolicionista y los partidos de izquierda, como los Republicanos Federales y los Radicales, argumentaron que sólo la emancipación inmediata pondría fin a la rebelión en Cuba oriental, al ganarse la lealtad de la población esclava. Como primer paso en esta estrategia, la Sociedad Abolicionista y sus aliados en las Cortes españolas actuaron primero contra la esclavitud en Puerto Rico. Los reformistas puertorriqueños habían contribuido a fundar la Sociedad en 1865 y la abolición gozó de algún respaldo entre la clase plantadora. En diciembre de 1872, el Partido Radical presentó un proyecto de ley que abolía de inmediato la esclavitud en Puerto Rico. El proyecto se convirtió en ley el 22 de marzo de 1873, ahora bajo el auspicio de la Primera República española, que había sido proclamada en febrero de 1873. La nueva ley pedía la indemnización (la que en última instancia se demoró en hacerse efectiva) y que los esclavos firmaran contratos de tres años de duración con sus antiguos amos o con el gobierno. La república tendía a no ser estricta con el cumplimiento de los contratos, pero su caída en 1874 y la eventual restauración de la monarquía borbónica en 1875 hizo que éstos fuesen más rigurosos, y asimismo impidió los esfuerzos de los abolicionistas por llevar a cabo un plan similar en Cuba.²⁵

Aunque la monarquía restaurada no pudo revertir la abolición puertorriqueña, sí ayudó a los plantadores a que durante varios años siguieran forzando a la población que ahora era libre. El Estado colonial no sólo hizo cumplir los contratos de tres años, sino que también formuló leyes más estrictas contra la vagancia e incrementó la actividad policial. Con todo, la derrota inminente de la insurgencia cubana hizo que el gobierno hispano disminuyera su control del mercado laboral. Como estaban a la vista un nuevo plan para la emancipación de los esclavos cubanos y la reintroducción de los derechos constitucionales en ambas islas, el gobierno se rehusó a obligar a los libertos a que firmaran nuevos contratos o a introducir un nuevo sistema de “libreta”, no obstante los constantes pedidos hechos por los plantadores puertorriqueños. Es más, el nuevo código penal español, también introducido en las colonias, despenalizó la vagancia. Cuando el Pacto de Zanjón (1878) puso fin a la guerra en Cuba, el Estado español había decidido dejar librados a su suerte a los plantadores y trabajadores puertorriqueños. Aunque el Estado colonial no fue del todo pasivo en la sociedad antillana posterior a la emancipación, éste jamás contempló un proyecto tan masivo como la reconstrucción en los Estados Unidos.²⁶

²⁴ Para la respuesta de los plantadores y los efectos de la Ley Moret véase Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, pp. 84-110; Figueroa, *Facing Freedom*, pp. 169-80; y A. Cubano Iguina, *El hilo en el laberinto: claves de la lucha política en Puerto Rico (siglo XIX)* (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1990).

²⁵ Véase Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra*, pp. 315-48; Casanovas, *Bread or Bullets!*, pp. 97-126; Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*, pp. 139-60.

²⁶ Véase Ramos Mattei, *La hacienda azucarera*; Curet, *From Slave to 'Liberto'*, pp. 261-80; Figueroa, *Facing Freedom*, pp. 169-243; Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*, pp. 161-76. Para la esclavitud urbana véase F. Matos Rodríguez, “¿Quién trabajará?: Domestic Workers, Urban Slaves and the Abolition of Slavery in

La desaparición gradual del trabajo forzado produjo una severa caída en la industria azucarera puertorriqueña. Si bien la considerable densidad poblacional de Puerto Rico obstaculizaba la opción de la fuga y de ocupación de tierras baldías a los libertos, aún así ellos tenían derecho a escoger su trabajo y muchos se desplazaban de plantación a plantación. Dada la movilidad de la mano de obra y la renuencia del Estado colonial para obligar a los trabajadores libres a trabajar en las plantaciones, los plantadores tuvieron que idear nuevas formas de reclutar mano de obra. Éstas incluían mercedes de tierras de cultivo y casa, y el pago de salarios en fichas, canjeables sólo en el almacén de la compañía. Aunque hubo intentos de invertir en una nueva tecnología procesadora, la escasez de crédito y la competitividad del mercado azucarero mundial hicieron que la modernización fuera difícil. Para finales del siglo el café, un sector que se desarrolló usando trabajadores libres, había reemplazado al azúcar como el principal producto de exportación de la isla.²⁷

En Cuba, los efectos económicos de la emancipación fueron bastante distintos. La estrategia de los plantadores cubanos fue conservar un núcleo de trabajadores esclavos por tanto tiempo como fuese posible, mientras diseñaban nuevos métodos de reclutamiento de mano de obra y de organización de la producción. Por lo general, el estado español cooperó en este proceso. En 1880, las Cortes hispanas aprobaron una nueva ley de emancipación conocida como el “patronato”, que en principio abolía la esclavitud pero en la práctica conservaba las prerrogativas tradicionales de los propietarios de esclavos, a través de aprendizajes de ocho años de duración y la preservación de los castigos corporales. La guerra en el este había liberado a muchos esclavos, al igual que la Ley Moret y el pacto de Zanjón, que liberaron a aquellos esclavos que combatieron tanto en las fuerzas rebeldes como en el bando hispano. Pero en 1877 aún había poco menos de 200,000 esclavos en Cuba, la mayoría de los cuales estaban concentrados en las plantaciones azucareras occidentales. Numerosos factores llevaron a la destrucción final de la esclavitud cubana. El patronato liberaba a cierto número de esclavos al año por cuota y por sorteo, y asimismo daba a éstos (ahora conocidos como “patrocinados”) mayores posibilidades de comprar su propia libertad o la de miembros de su familia. Rebecca Scott ha mostrado que en este periodo los esclavos sintieron que cada vez tenían más poder; los esclavos y los miembros libres de sus familias hicieron valer su nuevo derecho a cuestionar la autoridad de los plantadores de modo más agresivo.

Si bien la iniciativa de los esclavos fue fundamental para la destrucción de la autoridad de la plantación y para minar el patronato, otros grupos también presionaron para darle fin cuanto antes. Por ejemplo, aunque trabajaba bajo la atmósfera política más constreñida de la restaurada monarquía borbona, la Sociedad Abolicionista solicitó repetidas veces a las Cortes hispanas la inmediata emancipación, denunciando toda infracción a la nueva ley de la que se enteraba. Asimismo buscó convencer al recién formado Partido Liberal Cubano (también conocido como el Partido Autonomista), el vehículo político de la élite criolla, de que exigiera su supresión. Sin embargo, muchos criollos blancos, fueran plantadores o no, estaban atemorizados por la emancipación. La

Puerto Rico”, en F. Matos Rodríguez y L. Delgado, *Puerto Rican Women's History: New Perspectives* (Armonk: M.E. Sharpe Publishers, 1998), pp. 62-82.

²⁷ Véanse los dos artículos de A. Ramos Mattei, “Technical Innovations and Social Change in the Sugar Industry of Puerto Rico, 1870-1880”, en M. Moreno Fraguinals, F. Moya Pons y S. Engerman, eds., *Between Slavery and Free Labor: The Spanish-Speaking Caribbean in the Nineteenth-Century* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1985), pp. 158-78; y “La importación de trabajadores contratados para la industria azucarera puertorriqueña: 1860-1880”, en F. Scarano, ed., *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*, tercera edición (Río Piedras: Ediciones Huracán, 1989), pp. 125-41.

década de 1880 vio la aparición de una serie de nuevas publicaciones dedicadas a la población negra cubana, que exhibían una temerosa fascinación con la criminalidad y la cultura africana. Un autor buscó calmar a sus lectores asegurándoles que la población negra de Cuba rápidamente se parecería a su población blanca: “El hombre negro tiene sobre los otros de distinto origen que el blanco una cualidad recomendable: su espíritu de imitación”.²⁸ Para muchos miembros de la élite, dicha imitación era crucial. Como lo dijera un libro de texto usado en las escuelas cubanas: “los usos y costumbres de los habitantes especialmente en la Africa central, tienen mucho de repugnante”.²⁹

Si bien este racismo estaba generalizado entre la élite cubana, algunos pensaban que los afrocubanos habían avanzado bastante en su asimilación total a la sociedad blanca. Es más, abolicionistas como Rafael María de Labra argumentaban que la persistencia del trabajo cautivo sólo provocaría resentimientos, causando así el mismísimo conflicto que los blancos cubanos temían.³⁰ Algunos criollos buscaron incrementar la presión sobre los Autonomistas formando el Partido Democrático, que enarboló la abolición inmediata del patronato como uno de los puntos centrales de su programa. Finalmente, los Autonomistas transaron y se unieron a la ahora amplia oposición a la persistencia del trabajo no libre. Aunque el patronato establecía un aprendizaje de ocho años que debía terminar en 1888, la respuesta a la ley por parte de los patrocinados y los miembros libres de las familias produjo una caída dramática de la población de trabajadores forzados. En 1886, el número de patrocinados había caído a 25,381. Esta caída, conjuntamente con la creciente presión de parte de los partidos metropolitanos y coloniales, obligó al gobierno español a abolir el patronato dos años antes de lo estipulado. La esclavitud finalmente había llegado a su fin en el Caribe español.³¹

Los antiguos esclavos del sector agrario respondieron a la libertad de diversas formas. Algunos permanecieron en las plantaciones de sus antiguos amos o se mudaron a otras plantaciones para trabajar como trabajadores asalariados. Sin embargo, varios lograron equilibrar el trabajo asalariado con cierta autonomía económica. Dadas las dificultades que los plantadores tuvieron para pasar de inmediato a una relación asalariada, muchas veces tuvieron que ceder ciertos derechos a los trabajadores, tales como el derecho a conucos o el alquiler de tierras. Algunos ex-esclavos decidieron huir por completo de la zona de plantaciones, mudándose a las ciudades o a regiones menos desarrolladas de la isla, en las provincias orientales.³²

Si bien muchos ex-esclavos buscaron formas de evitar la proletarización, por lo general la clase plantadora cubana tuvo éxito en mantener una extensa fuerza de trabajo, pero hay cierto desacuerdo sobre el impacto que la emancipación de los esclavos tuvo sobre la industria azucarera en Cuba. Rebecca Scott ha mostrado cómo los plantadores reconstituyeron la producción y una fuerza de trabajo a través de diversos métodos, incluyendo la división del cultivo y procesamiento de la caña, la inversión en centrales con

²⁸ Antonio Bachiler y Morales, *Los negros* (Barcelona: Gorgas y Compañía, s.f.), p. 132.

²⁹ D. Víctor Songel y Llobergat, *Resumen geográfico de las cinco partes del mundo* (La Habana: La Nueva Principal, 1882), p. 102. Encontré esta obra en el Archivo Histórico Nacional (Madrid), Sección de Ultramar, Cuba, Fomento, legajo 163, expediente 19.

³⁰ Rafael María de Labra, “El negro Santos de Santo Domingo. Conferencia dada en el Fomento de las Artes la noche del 8 de Enero de 1880”, en *Estudios biográfico-políticos* (Madrid: Imprenta de “La Guirnalda”, 1887).

³¹ Véase Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, pp. 127-97; y Casanovas, *Bread or Bullets!*, *passim*.

³² Véase Scott, *Slave Emancipation*, pp. 227-54.

una inmensa capacidad de molienda, y el reclutamiento de una fuerza laboral ahora libre mediante la inmigración a gran escala, principalmente de España, y el uso de diversos arreglos para garantizar tanto los trabajadores como el acceso a la caña. Para finales de la década de 1880, el segmento más competitivo de la industria azucarera estaba dominado por los dueños de centrales que cultivaban parte de su caña y compraban más de los colonos, granjeros que la cultivaban y la vendían directamente a las centrales. Esta última clase de agricultores variaba considerablemente en tamaño y grado de autonomía, pues incluía desde dueños de plantación hasta ex-esclavos que rentaban una parcela de tierra. De este modo, la industria llegó a depender de diversos tipos de trabajador. Las centrales podían retener una fuerza laboral nuclear y reclutar trabajadores adicionales de pueblos y granjas vecinas durante el punto alto de la molienda. Es más, los colonos que vendían la caña a las centrales eran ahora responsables por el reclutamiento de su propia fuerza de trabajo. En otras palabras, al descentralizar el proceso productivo, los dirigentes de la industria azucarera cubana llegaron a depender de una fuerza laboral que era reclutada y controlada de diversas formas.³³

Otro estudio del impacto de la emancipación coincide en general con la descripción que Scott hiciera de la producción azucarera posterior a la emancipación. Sin embargo, Laird Bergad pinta un cuadro bastante más catastrófico del proceso. Para la clase plantadora, la transición hacia una mano de obra libre no fue una época de exitosa adaptación sino de profunda crisis. Si bien coincide en que el azúcar salió triunfante del proceso emancipador, Bergad muestra que no ocurrió lo mismo con la clase plantadora de Matanzas, una de las regiones más ricas. En conjunto, la reorganización de la producción, incluyendo la introducción de centrales, colonos y un creciente vínculo monetario entre plantadores y trabajadores, fueron el “golpe de gracia para la vieja clase plantadora”.³⁴ Cada vez más, los plantadores criollos que habían construido la economía azucarera de Matanzas fueron reemplazados por los inmigrantes procedentes de España, que contaban con un mejor acceso al capital. Para esta clase, si no para la economía matancera en su conjunto, la emancipación fue un acontecimiento cataclísmico.³⁵ Ello no obstante, a pesar de haber acentuado los cambios en la composición de la clase dominante, Bergad coincide con Scott en que los plantadores y dueños de centrales [mill-owners] reorganizaron exitosamente la producción y reclutaron una fuerza de trabajo libre. A diferencia de sus contrapartes puertorriqueñas y de otras sociedades posteriores a la emancipación, los productores azucareros de Cuba superaron la tormenta económica de la liberación de los esclavos y surgieron en las décadas de 1880 y 1890 con una mayor capacidad productiva que antes.

II. LA POLÍTICA DESPUÉS DE LA EMANCIPACIÓN

Pero los efectos de la emancipación de los esclavos no fueron estrictamente económicos. Ella afectó profundamente la política antillana (y española). El Pacto de Zanjón preparó el escenario para el patronato, al mismo tiempo que también transformaba la naturaleza del estado colonial. Después de Zanjón, Cuba y Puerto Rico gozaron de un gobierno constitucional y de ciertos derechos políticos y civiles. Para Cuba, este periodo fue el primer experimento con un gobierno de tipo constitucional desde que las Cortes

³³ Véase Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, pp. 201-78.

³⁴ Bergad, *Cuban Rural Society*, p. 264.

³⁵ Bergad, *Cuban Rural Society*, pp. 263-302.

españolas expulsaron a los diputados coloniales en 1837, y sometieran las colonias a un gobierno de excepción. Para Puerto Rico, el nuevo régimen fue una aproximación a la amplia protección constitucional de la que había gozado entre 1868 y 1874, bajo la revolución española de setiembre (el gobierno hispano no extendió la constitución a Cuba durante la Guerra de los Diez Años). Tomadas en conjunto, la emancipación de los esclavos y las reformas políticas radicalizaron la sociedad colonial, una confluencia que ha recibido cada vez más atención de parte de los académicos.

En la historiografía cubana, las investigaciones recientes han enfatizado la diversidad de demandas de ciudadanía derivadas de las nuevas condiciones políticas y sociales. Mientras que antes, los historiadores veían una línea clara que llevaba de 1868 a la derrota del imperio español en 1898, de la cual surgió una nación cubana unificada y coherente, ahora ven un laberinto tortuoso conformado por múltiples proyectos nacionalistas que a veces convergían, pero muchas veces no.³⁶ Los estudios sobre la política puertorriqueña después de la emancipación de los esclavos tienden ahora a explorar el vigor de la política autonomista. Estos estudios recientes surgieron a partir de los intentos por explicar por qué motivo Cuba produjo un movimiento separatista de masas y Puerto Rico no. En lugar de ver el autonomismo como un fracaso del sentimiento nacionalista, los historiadores ahora lo ven como un vehículo exitoso para la política nacionalista y democrática.³⁷

El orden post-Zanjón dio lugar a una formación política imperial notablemente diversa y conflictiva. En las Antillas los partidos autonomistas, movimientos separatistas, trabajadores organizados y movimientos de derechos civiles, y en España los partidos republicanos, a menudo cooperando entre sí, otras veces compitiendo, lucharon con los partidos conservadores y el Estado colonial en pos de mayores derechos civiles y políticos para los miembros varones de la sociedad colonial. La cuestión de los derechos de los ex-esclavos fue de importancia suprema. Una rápida mirada a las redes de uno de los reformistas más comprometidos de la época nos dará una idea de las energías políticas liberadas cuando Cuba y Puerto Rico hicieron la transición de una sociedad esclavista a una de mercado, gobernada por un gobierno constitucional. Como veremos, la emancipación no sólo terminó con la servidumbre directa de una gran parte de la población antillana, sino que también trajo consigo un aminoramiento del intenso control social, segregación racial y represión política que hasta entonces había caracterizado a las sociedades esclavistas de Cuba y Puerto Rico.

Rafael María de Labra fue un dirigente prominente de la Sociedad Abolicionista Española y una de las cabezas de los partidos autonomistas cubano y puertorriqueño. Él representó a este último ante las Cortes españolas y asimismo fue uno de los principales políticos republicanos en la España del tardío siglo XIX y temprano XX. Aunque nacido en Cuba de una madre criolla de la clase dominante, pasó la mayor parte de su vida en España y se identificó resueltamente como español, pero con obvias conexiones con las Antillas. Durante la Revolución de Septiembre en España, Labra, como director de la Sociedad Abolicionista y decidido defensor de la no muy prolongada Primera República, fue uno de los principales estrategas a favor de la inmediata emancipación de los esclavos tanto en Cuba como en Puerto Rico. Además de la justicia inherente a este acto, Labra argumentaba que en Puerto Rico la emancipación inmediata era factible dado el tamaño relativamente pequeño de la población esclava, mientras que en Cuba ella era un imperativo político

³⁶ Para un resumen claro véase Ferrer, *Insurgent Cuba*; y de la Fuente, "Race, National Discourse". Otras obras serán citadas *infra*.

³⁷ Véase Cubano-Iguina, "Political Culture".

debido a la necesidad de derrotar a la insurgencia. La emancipación y la ciudadanía de los antiguos esclavos le ganaría a España una población leal y minaría el atractivo de una Cuba independiente. Es más, a pesar del pesimismo que los abolicionistas de Gran Bretaña y los Estados Unidos tenían en la década de 1870, y las catastróficas predicciones de los conservadores españoles y antillanos, Labra y otros abolicionistas veían la emancipación de los esclavos en las Américas como exitosa y satisfactoria para todas las partes. Él quedó especialmente impresionado por el activismo del gobierno durante la fase radical de la reconstrucción en los Estados Unidos.³⁸

La derrota de la Revolución de Septiembre y la caída de la Primera República en 1874 acabaron temporalmente con dicha estrategia. Sin embargo, Labra y otros republicanos y abolicionistas siguieron proponiendo un orden imperial reformado, basado en los derechos universales y la participación política, hasta el estallido de la guerra de independencia cubana en 1895. Este objetivo le puso en contacto con una amplia gama de actores políticos. Por ejemplo, uno de sus colegas más cercanos en este periodo fue Juan Gualberto Gómez, uno de los más importantes intelectuales afrocubanos de esa época. Juntos, Labra y Gómez presentaron un alegato exitoso ante la Corte Suprema de España para levantar la prohibición que pesaba sobre los periódicos cubanos y otras publicaciones, y que les impedía discutir el movimiento separatista.³⁹ Labra asimismo respaldó a Gómez en su trabajo como jefe del Directorio Central de las Sociedades de la Raza de Color. Fundado en 1887, al retornar Gómez a Cuba de su exilio político en España, la finalidad del Directorio era organizar las demandas afrocubanas de mayores derechos políticos y civiles inmediatamente después de la esclavitud. Entre ellos se encontraban el derecho al título honorario de “don”, el libre acceso a los establecimientos públicos y los derechos políticos plenos. Esta última causa resultó particularmente sensible para Gómez y Labra una vez que España reintrodujo el sufragio universal para los varones en 1890. Aunque se suponía que Cuba y Puerto Rico gozaban de los mismos derechos políticos y civiles que la metrópoli, la nueva medida simplemente extendió el voto en las colonias y mantuvo como requisito un nivel de ingresos que excluyó a muchos de los antiguos esclavos.⁴⁰

Tanto Labra como Gómez fueron asimismo estrechos compañeros políticos del connotado reformador criollo Nicolás Azcárate. Si bien había nacido en la clase criolla propietaria de esclavos, durante toda su vida él había criticado la esclavitud, aunque hasta la década de 1880 no fue sino un tímido abolicionista. Por ejemplo, al estallar la Guerra de los Diez Años en 1868, Azcárate predijo lo peor en una carta dirigida al prominente criollo y propietario de esclavos, Miguel de Aldama: “La guerra ¿a dónde nos llevará? Yo veo en primer término que puede llevarnos al abismo de una guerra de razas; pues más o menos pronto será preciso apelar al auxilio de los negros; y aunque yo estoy persuadido de que ellos se inclinarán en favor del país, temo que después de una guerra larga, demuestren

³⁸ Sobre Labra, véase L.M. García Mora, “Rafael María de Labra y la utopía colonial (esbozo biográfico)”, *Tzintzun*, no. 24 (1996), pp. 91-102. Para su estrategia y la visión de otras emancipaciones véase Schmidt-Nowara, *Empire and Antislavery*, pp. 100-76. Para un ejemplo de sus escritos sobre este asunto, véase su *La abolición de la esclavitud en el orden económico* (Madrid: Imprenta de J. Norguera, 1873). Para las muy distintas opiniones sobre la emancipación de los esclavos en Gran Bretaña, en la década de 1870, véase T.C. Holt, *The Problem of Freedom: Race, Labor, and Politics in Jamaica and Britain, 1832-1938* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1992).

³⁹ Ferrer, *Insurgent Cuba*, p. 113.

⁴⁰ Véase Helg, *Our Rightful Share*, pp. 23-54.

exigencias que den ocasión a una nueva guerra”.⁴¹ Como hemos visto, muchos miembros de la élite cubana compartieron el presentimiento agorero de Azcárate varios años después de la guerra, e incluso hasta la independencia. Sin embargo, él cambió de parecer significativamente durante el proceso de emancipación de los esclavos. Después de Zanjón, Azcárate ayudó a fundar el Partido Democrático como una alternativa a los principales partidos políticos, el Partido Liberal Cubano (mejor conocido como Partido Autonomista) y la Unión Constitucional, que representaban a la élite cubana y española, respectivamente. Azcárate fundó el partido con Saturnino Martínez, un trabajador tabacalero y uno de los dirigentes del ascendente movimiento obrero de La Habana. Al hacer esto, uno de sus principales objetivos fue presionar a los Autonomistas para que propusieran la temprana abolición del patronato.⁴²

De hecho, el final de la esclavitud había abierto nuevos horizontes para la acción colectiva de los trabajadores, tanto en la ciudad como en el campo. A diferencia de la mayoría de las sociedades esclavistas del Caribe, los esclavos jamás conformaron la mayoría de la población de Cuba o Puerto Rico; siempre hubo una población libre más numerosa, formada por diversos grupos raciales. Con todo, bajo el régimen esclavista todos los trabajadores estuvieron sujetos a un estricto escrutinio político y control social. Ellos vieron que su libertad de movimiento, de asociarse o entrar en huelga estaba fuertemente limitada incluso lejos de las plantaciones azucareras. En Puerto Rico, la libreta fue un ejemplo de la coerción ejercida sobre los trabajadores libres. Los empleados de las tiendas de La Habana estaban sujetos a la autoridad del dueño, quien seguía sus movimientos de cerca y les controlaba el tiempo, muchas veces prohibiéndoles dejar la tienda más de una vez a la semana. El fin de la esclavitud no sólo redujo el intenso control social, sino que la introducción del gobierno constitucional expandió los derechos de todos los trabajadores. Ahora podían formar sindicatos con mayor facilidad, unirse a un partido político como el Partido Democrático de Azcárate o los Autonomistas de Labra, o entrar en huelga en pos de mejores salarios y condiciones laborales. Para la década de 1890, los trabajadores urbanos organizados habían pasado a ser un actor importante en la política colonial.⁴³

Es más, las transformaciones en el sector azucarero de Cuba habían creado una fuerza laboral diversa. Blancos y negros trabajaban juntos en mayor número que antes, una experiencia compartida que facilitó la formación de intereses comunes de clase, que muchas veces superaron las diferencias raciales. La descentralización del complejo azucarero también había creado nuevas oportunidades para la acción política. Durante la Guerra de los Diez Años, las plantaciones azucareras de las provincias occidentales estaban tan fuertemente controladas como las fortalezas. La esclavitud permitió a los plantadores monitorear estrechamente y disciplinar a sus trabajadores. Durante la guerra, algunos plantadores siguieron expandiendo el cinturón de plantaciones impunemente. Sin embargo, con la transformación de la economía azucarera que acompañó a la emancipación, ellos obtuvieron una mayor flexibilidad en su mano de obra aunque a costa del control físico. La mayor movilidad en el campo hizo que para los plantadores y dueños de ingenios fuese casi imposible resguardar sus propiedades de las fuerzas rebeldes cuando la guerra estalló nuevamente en 1895, o restringir el movimiento de la población rural. En consecuencia, las

⁴¹ Carta firmada por N. Azcárate a M. de Aldama, FCDA: 13 de febrero de 1869, en Archivo Nacional de Cuba (La Habana), Fondo: Donativos y Remisiones, legajo 150, número 10-84.

⁴² Sobre Azcárate, véase R. Azcárate Rosell, *Nicolás Azcárate el reformista* (La Habana: Editorial Trópico, 1939).

⁴³ Véase Casanovas, *Bread or Bullets!*, *passim*.

fuerzas separatistas invadieron las provincias occidentales exitosamente por vez primera, y desataron una destrucción a gran escala. También reclutaron fuertemente entre los trabajadores occidentales. De hecho, una razón por la cual Valeriano Weyler, el más famoso comandante español de la guerra, decidió obligar a la población rural a que se agrupara en campos de concentración fue debido a la incapacidad de la élite terrateniente y del Estado colonial para controlar el campo, como lo hiciera entre 1868 y 1878.⁴⁴

Labra también estuvo profundamente involucrado con los partidos autonomistas cubano y puertorriqueño. El segundo avanzó más en la era post-Zanjón. En Cuba, los autonomistas tenían importantes rivales políticos en el ala izquierda del movimiento separatista. En Puerto Rico, los separatistas jamás tuvieron el mismo éxito político o militar, principalmente debido a que la economía puertorriqueña estaba integrada de modo más efectivo dentro del sistema imperial español. Mientras que Cuba era constantemente azotada por las fluctuaciones en el comercio del azúcar con los Estados Unidos, un mercado que para la década de 1890 absorbía más del 90 por ciento de su azúcar, el café puertorriqueño, el principal cultivo de exportación en las décadas de 1880 y 1890, encontró su principal mercado en España y Cuba.⁴⁵ Operando mayormente dentro de los confines de la formación política imperial, los autonomistas puertorriqueños construyeron un movimiento político de ancha base que aspiraba a alcanzar un orden democrático con un considerable control sobre los asuntos locales. Aunque el Estado español era por lo general intransigente, sucesivas crisis políticas dieron a los autonomistas el peso político que necesitaban para alcanzar sus objetivos. El Partido Autonomista pudo presionar a España para que hiciera concesiones importantes una vez que la guerra de independencia cubana estalló en 1895. La Carta Autonómica de 1897, que establecía el régimen autónomo, concedió el sufragio universal masculino y una extensa autonomía política y económica, amplias libertades que los EE.UU. trastocaron una vez que invadieron y anexaron Puerto Rico en 1898.⁴⁶

Como podemos ver a partir de estos diversos ejemplos, el fin de la esclavitud — considerada ésta no solo como una forma de trabajo sino también como un sistema de dominación social y segregación racial que legitimaba un régimen político represivo— dio lugar a novedosas formas de acción colectiva: un partido democrático autonomista en Puerto Rico, vigorosos movimientos de obreros y de derechos civiles en Cuba, y republicanos españoles que trabajaban estrechamente con activistas antillanos de todo tipo. Los antiguos esclavos tomaron parte en varios de estos movimientos, en tanto que la lucha contra la esclavitud por parte de personas libres y no libres había alterado la naturaleza de la acción política en el imperio del tardío siglo XIX.

Aunque se libró en varios frentes, la lucha por la ampliación de los derechos y libertades probablemente fue más dinámica dentro del movimiento separatista cubano. La lucha por la libertad y la ciudadanía comenzó en la isla con el estallido de la Guerra de los Diez Años en 1868. Como ya se dijo, Carlos Manuel de Céspedes y otros dirigentes del

⁴⁴ Véase Scott, "Race, Labor and Citizenship". Sobre la guerra, véase L.A. Pérez, Jr., *Cuba between Empires, 1878-1902* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1983); y A. Elorza y E. Hernández Sandöica, *La Guerra de Cuba, 1895-1898* (Madrid: Alianza, 1998).

⁴⁵ Véase la comparación en Cubano Iguina, *El hilo en el laberinto*, pp. 120-44.

⁴⁶ Sobre el autonomismo puertorriqueño, véase Cubano-Iguina, "Political Culture"; L- Nater Vázquez, *Los autonomismos: de la semilla al proyecto (1809-1887)* (tesis de maestría, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1991); E. Findlay, "Domination, Decency, and Desire: The Politics of Sexuality in Puerto Rico, 1870-1920" (tesis de Ph.D., Universidad de Wisconsin, 1995); y A. Cubano Iguina, "Las identidades cambiantes del 98 puertorriqueño: nación, patria y ciudadanía, 1887-1904", *Illes i Imperis*, no. 2 (1999), pp. 77-88.

movimiento separatista fueron ellos mismos dueños de esclavos. Céspedes realizó uno de los gestos más famosos de la insurgencia al liberar a los suyos. Ello no obstante, él pensaba que este acto era la prerrogativa de un propietario y no cuestionó el derecho de propiedad o la institución de la esclavitud. Sólo el amplio respaldo a la insurgencia de parte de personas de toda clase y color, la fuga de esclavos al bando rebelde y el debilitamiento de la disciplina laboral en las plantaciones en la zona de guerra, obligaron a Céspedes y a la dirigencia a volverse abiertamente abolicionistas a finales de 1870, más de dos años después de que la guerra estallase.⁴⁷

Estudios recientes han mostrado que los sesgos y la sensación de diferencia y jerarquía que signaban la primera etapa de la rebelión persistieron durante los treinta años de guerra intermitente con España (1868-78, 1879-80, 1895-98), pero siempre estuvieron acompañados por una concepción amplia de la ciudadanía y la nación. Por ejemplo, Ada Ferrer ha captado la naturaleza bifronte de la política postemancipadora al mostrar cómo los veteranos de la Guerra de los Diez Años y la Guerra Chiquita (1879-80) lucharon en torno a la interpretación y la representación de dichos conflictos con España. Muchos combatientes blancos buscaron restar importancia a la participación y los logros de los veteranos negros y mulatos. Ferrer sostiene que al hacer esto buscaban calmar el temor de los cubanos blancos de que la guerra era un conflicto racial librado por los ex-esclavos en contra de sus antiguos amos —un temor que la élite cubana tenía desde la Revolución de Haití—, convenciendo a su público que los cubanos de color tuvieron un papel poco activo en la insurgencia. El mensaje implícito era que si estallaba una nueva guerra con España, no habría peligro alguno de un violento conflicto racial. Sin embargo, los veteranos negros y mulatos no aceptaron esto pasivamente. Ellos respondieron con sus propias memorias e interpretaciones que subrayaban la naturaleza multirracial de la insurgencia y argumentaban que el fin último de una Cuba independiente debía ser la creación de una sociedad fundada sobre la igualdad racial. La movilidad ascendente de varios cubanos de color en las filas del cuerpo de oficiales insurgente, epitomizada por Antonio Maceo, el jefe militar de la guerra de independencia de 1895, representaba para ellos las posibilidades de una Cuba libre. Es más, la experiencia laboral compartida de blancos y negros después de la esclavitud brindó aún más ejemplos de solidaridad, y una base para una democracia multirracial.⁴⁸

Estos debates sobre los derechos y roles de los cubanos prosiguieron a lo largo de las guerras contra España y durante la república cubana, fundada en 1902 después del retiro de los Estados Unidos. La extensa participación en la insurgencia de cubanos de todo color había dado a muchos afrocubanos la oportunidad de ascender a través del ejército y alcanzar importantes cargos políticos después de la guerra, sobre todo a nivel local. Es más, el nuevo régimen estaba basado en el sufragio universal masculino. Muchos veteranos y políticos sostuvieron que la guerra de independencia había eliminado el racismo de la sociedad cubana de una vez para siempre. José Martí, el jefe político de la guerra, había desarrollado una ideología explícitamente anti-racista y una visión ecuménica de la nación cubana que prometía la ciudadanía a todos, sin importar su color, clase u origen. En uno de sus más famosos ensayos, Martí se preguntó: “¿Le tendremos miedo al negro, al negro

⁴⁷ Véase Scott, *Slave Emancipation*, pp. 45-62; Ferrer, *Insurgent Cuba*; y K. Robert, “Slavery and Freedom in the Ten Years’ War, Cuba, 1868-1878”, *Slavery and Abolition*, 13 (1992), pp. 181-200.

⁴⁸ Véase Ferrer, *Insurgent Cuba*, *passim*.

generoso, al hermano negro...?” Su respuesta fue rotunda: “Otros le teman: yo lo amo: a quien diga mal de él, me lo desconozca, le digo a boca llena: ‘Mienten’”.⁴⁹

Los historiadores han interpretado el nacionalismo de Martí como una manifestación de una sociedad igualitaria que había superado el racismo a través de la lucha común en contra de España. De hecho, diversos estudios de la historia social y política de Cuba han sugerido que la visión inclusiva que Martí tenía de la nación cubana se debió a su aguda comprensión de los nuevos vínculos interraciales forjados tanto en el proceso laboral postemancipador como a través de la camaradería de la insurgencia anticolonial.⁵⁰

Acompañó a esta perspectiva una mayor atención a la heterogeneidad del movimiento y el discurso nacionalista. Desde este punto de vista, pareciera que el énfasis en la unidad y la trascendencia a veces sirvió para silenciar la discusión abierta de los sesgos y los prejuicios. Para varios de los seguidores de Martí, luego de su muerte (1895), toda manifestación de diferencia y peculiaridad expresaba una traición a la nación unificada. Por lo tanto, en la práctica, el discurso nacionalista a veces tenía el efecto de oscurecer la persistencia de la discriminación racial experimentada por muchos cubanos de color en términos del ingreso, escolaridad, acceso a los espacios o cargos públicos, y en otras áreas de la vida política y social. Durante los primeros años de la república, los cubanos de color se movilizaron para exigir derechos políticos y sociales más amplios, formando finalmente el Partido Independiente de Color. Al hacerlo, también se basaron en el anti-racismo igualmente explícito del nacionalismo cubano, tal como éste surgiera de las guerras anticoloniales. Ellos representaron a Martí y a otros dirigentes nacionalistas no sólo como defensores de la unidad, sino también como opositores activos de la opresión racial.⁵¹

La respuesta de los partidos cubanos más importantes fue rápida y negativa. Al igual que durante el régimen colonial, los políticos denunciaron la formación de un partido negro como una iniciativa racista y una traición a la noción universal de la nación cubana. Para la corriente política principal no había cubanos de color, sino tan solo cubanos. En 1910, el congreso aprobó una ley escrita por el intelectual y político mulato Manuel Morúa Delgado, que prohibía la formación de partidos políticos siguiendo lineamientos raciales.⁵² El Partido Independiente de Color no se amilanó ante este desafío. En lugar de ello, en 1912 desató un levantamiento en Cuba oriental para obligar al gobierno a que aceptara sus demandas. La respuesta de éste fue inesperada y brutalmente violenta: llevó a cabo una represión dirigida en general a los hombres de color en las provincias orientales de la isla. Varias de las muertes fueron extremadamente crueles e incluyeron la decapitación y otros métodos espectaculares que aterrorizaron a la población local. Una importante interpretación de la así llamada Guerra de las Razas de 1912 la ve como una evidencia concluyente del abrumador racismo implícito en el proyecto nacionalista cubano. Una consecuencia de la represión del Partido Independiente de Color fue la marginalización de los ex-esclavos y otras personas de color de la corriente principal de la vida política, convirtiéndolos en

⁴⁹ J. Martí, “Con todos y para el bien de todos” [1891], en *Cuba, nuestra América, los Estados Unidos*, selección y prólogo de Roberto Fernández Retamar (México: Siglo Veintiuno Editores, 1973), p. 19.

⁵⁰ Sobre Martí y el nacionalismo cubano véase Ibarra, *Ideología mambisa*. Para las bases sociales de la ideología nacionalista véase Scott, “Race, Labor and Citizenship”; Casanovas, *Bread or Bullets!*; Ferrer, *Insurgent Cuba*; y G. Poyo, “*With All, and for the Good of All*”: *The Emergence of Popular Nationalism in the Cuban Communities of the United States, 1848-1898* (Durham: Duke University Press, 1989).

⁵¹ Véase de la Fuente, “Race, National Discourse”; y Ferrer, *Insurgent Cuba*, para un examen del carácter multivalente del discurso nacionalista cubano en el tardío siglo XIX y temprano siglo XX.

⁵² Véase Helg, *Our Rightful Share*, pp. 161-91.

ciudadanos de segunda clase de la república cubana. En cambio, otro investigador ve la violencia de 1912 como una manifestación de las tensiones irresueltas dentro del nacionalismo cubano, un amplio discurso político que fluctuaba entre las demandas de homogeneidad y heterogeneidad cuestionadas por grupos de todos los sectores de la sociedad cubana. Dicha interpretación también sostiene que la desaparición de un partido exclusivamente negro de la política cubana no debiera ser interpretada como una marginalización decisiva de los afrocubanos, pues las formas multirraciales de la solidaridad política, cultural y social, cuyos orígenes yacen en la lucha decimonónica contra la esclavitud y el colonialismo, han persistido a lo largo de todo el siglo XX.⁵³

III. CONCLUSIÓN

Aunque se trataba de viejas sociedades coloniales, Cuba y Puerto Rico llegaron tarde al ciclo de auge y depresión del azúcar y la esclavitud caribeña. Respondiendo a las grandes transformaciones económicas y geopolíticas del tardío siglo XVIII y temprano XIX, los plantadores cubanos, puertorriqueños y españoles construyeron robustas economías de plantación basadas en el trabajo esclavo. Cuba, en particular, se convirtió en uno de los principales ejemplos de la “segunda esclavitud” del mundo atlántico, en tanto que los plantadores puertorriqueños siempre dependieron de la esclavitud y de otras formas de mano de obra forzada. En lugar de ver a la esclavitud del siglo XIX como evidencia de unas economías arcaicas o estancadas, los historiadores actualmente tienden a pensarla como la piedra angular del dramático crecimiento y dinamismo de las Antillas.⁵⁴

Esta re-evaluación de las economías esclavistas también ha hecho que se revise la historia política y social de Cuba y Puerto Rico. Entre los muchos actos que transformaron y destruyeron un sistema laboral altamente exitoso y bien defendido tenemos múltiples formas de acción colectiva en ambos lados del Atlántico, las que finalmente llevaron a la destrucción de la esclavitud antillana: esclavos que se unieron a la rebelión en Cuba oriental; libertos que manumitían a sus seres queridos después que se aprobara la Ley Moret y el patronato; y abolicionistas españoles y puertorriqueños que buscaban la abolición inmediata de la esclavitud.

En Puerto Rico, el final de la esclavitud y la libreta produjo una profunda crisis en el sector azucarero y una caída en la producción a medida que los plantadores se apresuraban a reclutar una fuerza laboral libre entre las poblaciones, ahora móviles, de los ex-esclavos y el proletariado rural. En Cuba el azúcar triunfó, aunque ahora era cultivada y cosechada con nuevos métodos, mientras que la clase plantadora cubana se encontró cada vez más presionada por los capitalistas inmigrantes procedentes de España. Es más, si bien la descentralización de la producción a través de los colonos y el sistema de centrales resucitó la producción azucarera cubana y efectivamente re-estructuró la fuerza de trabajo después

⁵³ Véase Helg, *Our Rightful Share*, pp. 193-226; y de la Fuente, “Race, National Discourse”, pp. 54-60; del mismo autor, “Negros y electores: desigualdad y políticas raciales en Cuba, 1900-1930”, en C. Naranjo, M.A. Puig-Samper, L.M. García Mora, eds., *La nación soñada: Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98* (Madrid: Editorial Doce Calles, 1996), pp. 163-77. También sobre la transición de la colonia a la república temprana, véase Scott, “Race, Labor and Citizenship”; y M. Zeuske, “Clientelas regionales, alianzas interraciales y poder nacional en torno a la ‘Guerrita de Agosto’”, *Illes i Imperis*, no. 2 (1999), pp. 127-58.

⁵⁴ Véase D. Tomich, “The ‘Second Slavery’: Bonded labor and the Transformation of the Nineteenth-Century World Economy”, en F.O. Ramírez, ed., *Rethinking the Nineteenth Century* (Stanford: Stanford University Press, 1988), pp. 103-17.

de la emancipación, ella también minó la habilidad de tanto la clase plantadora como el Estado colonial para controlar la población agraria de modo efectivo. Mientras que durante la Guerra de los Diez Años los plantadores occidentales y las fuerzas armadas españolas por lo general habían tenido éxito en mantener a los trabajadores en sus plantaciones y a los rebeldes a raya, la fluidez del nuevo sistema hizo que este nivel de control fuera imposible. Durante la Guerra de Independencia, los rebeldes cubanos invadieron exitosamente la zona occidental, destruyeron numerosas plantaciones y centrales, y consiguieron un respaldo significativo entre la fuerza laboral agraria multirracial.⁵⁵

Investigaciones recientes han tendido a concentrarse en la intensa politización de la sociedad antillana durante y después del proceso de liberación de los esclavos. La abolición de la esclavitud y el trabajo forzado, así como el advenimiento del gobierno constitucional, constituyeron una gran transformación de la tardía sociedad colonial. Las últimas dos décadas de dominio hispano vieron niveles de actividad política sin precedentes, a medida que la movilización iniciada en la lucha por la esclavitud se extendía en la nueva era, y a medida que diversos grupos buscaban mayores derechos políticos y civiles, ya sea dentro de la estructura imperial, como fue el caso del autonomismo de Puerto Rico, o independientemente de ella, como en el caso del movimiento separatista cubano. Sin embargo, los movimientos democráticos y nacionalistas no lograron romper del todo con las décadas anteriores de la sociedad esclavista antillana. Si uno de los legados de la sociedad esclavista fue la lucha multirracial en contra de la esclavitud, otra fue la preocupación por las diferencias raciales y de clase que siguieron configurando la vida política y cultural antillana mucho después de 1898.

⁵⁵ Véase el análisis de Scott, *Slave Emancipation in Cuba*; y de la misma autora, “Reclamando la mula de Gregoria Quesada: El significado de la libertad en los valles del Arimao y del Caunao, Cienfuegos, Cuba”, *Illes i Imperis*, no. 2 (1999), pp. 89-110

LA ABOLICIÓN DE LA TRATA DE ESCLAVOS EN BRASIL EN 1850:

HISTORIOGRAFÍA, ACCIÓN ESCLAVA, Y EL ARTE DEL ESTADISTA*

Jeffrey D. Needell

Universidad de Florida

En 1850, el gobierno de Brasil tomó la decisión de implementar medidas legales que pondrían fin al tráfico de esclavos africanos. En 1970, Leslie Bethell, en un estudio sustentado en documentos diplomáticos y parlamentarios y en fuentes periódicas, sostuvo que esa decisión resultó de la combinación de las presiones británicas y la capacidad del gabinete brasileño de entonces para llevar adelante esa implementación. Recientemente, académicos de Estados Unidos y Brasil han sugerido explicaciones alternativas (aunque sin referirse directamente a los argumentos de Bethell). Para ellos, la decisión del gobierno brasileño de suprimir el tráfico africano derivó del miedo a una insurrección esclava en Brasil, en una época de aumento de la población esclava debido a la trata. Han sostenido también que el gobierno brasileño respondió a los temores de enfermedades transmitidas por los esclavos, específicamente la fiebre amarilla (que había rebrotado en Brasil en 1849 luego de una larga ausencia)¹.

* Traducción: Carlos Aguirre.

¹ Leslie Bethell, **The Abolition of the Brazilian Slave Trade: Britain, Brazil and the Slave Trade Question: 1807-1869** (Cambridge, 1972). Entre los más importantes historiadores revisionistas discutidos en este ensayo figuran Sidney Chalhoub, **Visões da liberdade: Uma história das últimas décadas de escravidão na corte** (São Paulo, 1990), pp. 186-98, “The Politics of Disease Control: Yellow Fever and Race in Nineteenth Century Rio de Janeiro”, **Journal of Latin American Studies** (en lo sucesivo, **JLAS**), vol. 25, No. 8 (Mayo 1993), pp. 441-63, y **Cidade febril: Cortiços e epidemias na corte imperial** (São Paulo, 1996), pp. 68-78; Dale T. Graden, “An Act ‘Even of Public Security’: Slave Resistance, Social Tensions, and the End of the International Slave Trade to Brazil, 1835-56”, **Hispanic American Historical Review** (en lo sucesivo, **HAHR**), vol. 76, No. 2 (Mayo 1996), pp. 249-82. Ver también Flávio dos Santos Gomes, **História de quilombolas: Mocambos e comunidades de senzalas no Rio de Janeiro – Século XIX** (Rio de Janeiro, 1995), pp. 255-90; Robert W. Slenes, “Malungu, ngamos vem!?: Africa coberta e descoberta do Brasil”, **Revista da Universidade de São Paulo**, vol. 12 (1991-92), pp. 48-67. Los puntos de vista de Bethell fueron aceptados durante muchos años. Ver, por ejemplo, Robert Conrad, **The Destruction of Brazilian Slavery: 1850-1888** (Berkeley, 1972), pp. 22-3; Luiz-Felipe de Alencastro, “La traite négrière et l’unité nationale bresilienne”, **Revue française d’histoire d’outre mer**, vol. 66 (1969), pp. 395-419, especialmente pp. 411-17; José Murilo de Carvalho, **Teatro de Sombras: A política imperial** (Rio de Janeiro, 1988), pp. 52-61; y Roderick J. Barman, **Brazil: The Forging of a Nation: 1798-1852** (Stanford, 1988), pp. 230-4, y del mismo autor, **Citizen Emperor: Pedro II and the Making of Brazil, 1825-91** (Stanford, 1999), pp. 124-5. Emilia Viotti da Costa había anticipado las conclusiones del estudio de Bethell en su libro **Da senzala à colônia**, 2a. ed. (São Paulo, 1982 [1966]), pp. 22-7, y repitió sus conclusiones en **The Brazilian Empire: Myths and Histories** (Chicago, 1985), pp. 131-2. Richard Graham también anticipó las conclusiones de Bethell en su libro **Britain and the Onset of Modernization in Brazil: 1850-1914** (Cambridge, 1972 [1968]), pp. 164-6. David Eltis amplificó los puntos más saltantes en una concisa revisión de las evidencias británicas, aunque, como se muestra más adelante, claramente subestimó la buena fé del gabinete brasileño; ver su libro **Economic Growth and the Ending of the Atlantic Slave Trade** (New York, 1987), pp. 210-17. Este tema es apenas aludido en

Este estudio arroja considerables dudas sobre los argumentos revisionistas. Y si bien confirma el análisis de Bethell, también va más allá al concentrarse en el tema de la política y el arte de gobernar brasileros. Para alcanzar estos objetivos, este estudio necesariamente acomete varios problemas: la naturaleza de la esclavitud brasilera y la trata de esclavos africanos; la naturaleza de las respuestas de los esclavos brasileros a su situación; y el contexto político brasilero en el que se tomó la decisión de abolir la trata esclavista.

I. LA ESCLAVITUD BRASILEIRA Y EL TRÁFICO DE ESCLAVOS, C. 1780-1850

Orígenes

Hacia fines del siglo dieciocho, comerciantes portugueses asentados en Brasil pasaron a controlar el tráfico portugués de seres humanos entre África y Brasil. Su negocio estaba vinculado a la creciente agricultura de exportación en Brasil, especialmente de azúcar, tanto en zonas tradicionales como en nuevas áreas. Bahía mantuvo su ventaja sobre Pernambuco casi hasta finales de siglo, cuando la capitania de Río de Janeiro, particularmente el área de Campos, desplazó a Bahía de su posición dominante. Los esclavistas del noreste tendían a comprar gente del África occidental, mientras sus homólogos del sur central preferían los del África centro-occidental. Los africanos occidentales que eran traídos tendían a ser guerreros (prisioneros de guerra). Los africanos centro-occidentales eran probablemente extraídos de entre los hijos varones de trabajadoras agrícolas de Angola, ellas mismas compradas o capturadas. La mayoría de ellos eran adolescentes y varones; las cifras sugieren generalmente una proporción de dos varones por cada mujer. En esto, las cifras se asemejan tanto a las de Saint Domingue como a las de Cuba en el siglo XIX².

Warren Dean, **Rio Claro: A Brazilian Plantation System, 1820-1920** (Stanford, 1976), pp. 50, 54, y resulta marginal en el clásico estudio de Stanley J. Stein, **Vassouras, A Brazilian Coffee County, 1850-1900** (Princeton, 1985 [1958]), pp. 62-5. Mary C. Karasch anticipó, sólo de pasada, la posición revisionista; ver su libro **Slave Life in Río de Janeiro: 1808-1850** (Princeton, 1987), p. 337. Debemos precisar que Alencastro, mencionado anteriormente, también anticipó esta posición cuando argumentó en favor de la seguridad interna y la fiebre amarilla como factores de presión que actuaron en combinación con la acción naval británica (ver "La traite", pp. 411-13).

² En relación a la trata, las cuestiones regionales, étnicas, y demográficas, ver Robert Edgar Conrad, **World of Sorrow: The African Slave Trade to Brazil** (Baton Rouge, 1986), capítulos 2-6; Joseph C. Miller, **Way of Death: Merchant Capitalism and the Angolan Slave Trade: 1730-1830** (Madison, 1988), capítulos 4-5, parte 3, y capítulo 18, passim; Manolo Guerra Florentino, **Em costas negras: Uma história da tráfico atlântico de escravos entre a África e o Río de Janeiro (Séculos XVIII e XIX)** (Río de Janeiro, 1995), capítulos 3 y 4; Eltis, **Economic**, pp. 150-7; Mary Karasch, "The Brazilian Slavers and the Illegal Slave Trade, 1836-1851" (Tesis de Master, Universidad de Wisconsin, 1967), capítulo 2; Karasch, **Slave**, capítulo 1; B. J. Barickman, **A Bahian Counterpoint: Sugar, Tobacco, Cassava, and Slavery in the Recôncavo, 1780-1860** (Stanford, 1998), pp. 135-7; Stuart B. Schwartz, **Sugar Plantations in the Formation of Brazilian Society: Bahia, 1550-1835** (Cambridge, 1985), pp. 340-53, 426-9, 437; João José Reis, **Slave Rebellion in Brazil: The Muslim Uprising of 1835 in Bahia** (Baltimore, 1993), pp. 139-53; Gomes, **Histórias**, pp. 202-219; Slenes, "Malungu", pp. 55-6. Sobre Saint Domingue, ver por ejemplo David Geggus, "Sugar and Coffee Cultivation in Saint Domingue and the Shaping of the Slave Labor Force", en I. Berlin y P. Morgan, eds. **Cultivation and Culture: Labor and the Shaping of Slave Life in the Americas** (Charlottesville, VA 1993), p. 78. Sobre Cuba, ver Robert L. Paquette, **Sugar is Made with Blood: The Conspiracy of La Escalera and the Conflict Between Empires over Slavery in Cuba** (Middletown, CT, 1988), pp. 36-8, 59. Pernambuco, si bien estaba por debajo de Río de Janeiro y

Diferencias regionales

Quizás las dos regiones de Brasil mejor estudiadas para este período son Bahía y Río de Janeiro³. Bahía utilizó la mayoría de sus esclavos como fuerza laboral en las haciendas o plantaciones de caña; los plantadores de ingenio podían emplear un núcleo de más de cincuenta esclavos, suplementado por tierras secundarias en las que pequeños productores de caña utilizaban cuadrillas de esclavos más pequeñas. Por tanto, la fuerza laboral total en cada ingenio alcanzaba en promedio unas 100 personas. El área azucarera seguía siendo la tradicional, es decir las costas de la Bahía de Todos los Santos. Las familias prominentes y extendidas mejor establecidas en la zona continuaban dominando, y poseían la mejor tierra y la más abundante mano de obra⁴.

El azúcar de Río de Janeiro era producida inicialmente en plantaciones mucho más pequeñas en los alrededores de la bahía de Guanabara; la expansión hacia Campos, en el norte, ocurrió en el siglo diecisiete, y Campos floreció sólo a fines del siglo dieciocho. Las plantaciones fluminenses eran más pequeñas, como también lo era el número de gente empleada. A fines del siglo dieciocho, con la expansión local del azúcar, particularmente después de la revolución de Haití, la producción se expandió a las tierras altas fluminenses, a un día de camino hacia el interior, en dirección a la antigua zona minera de Minas Gerais. Los primeros de estos nuevos plantadores azucareros eran generalmente comerciantes de Minas o de Río de Janeiro. Estos comerciantes estaban conectados al floreciente tráfico, entre las zonas *mineiras* y Río, de productos agrícolas y animales obtenidos con trabajo esclavo, o estaban ligados al negocio esclavista y de exportación de azúcar y afincados en el puerto de Río o sus tierras bajas productoras de azúcar. Ambos grupos se trasladaron a la producción de café conforme el mercado para este producto mejoraba hacia finales del siglo dieciocho, y particularmente a comienzos del diecinueve. (Nuevamente, la revolución haitiana alentó este proceso, pues Saint Domingue había dominado la producción de café y su caída consecuentemente abrió el camino a Brasil y Cuba)⁵.

Bahía en producción, seguía siendo un importante mercado para la compra de seres humanos. De hecho, cálculos anteriores han sido re-evaluados y presentados como muy conservadores por Marcus J. Maciel de Carvalho, **Liberdade: Rotinas e Rupturas do escravismo no Recife, 1822-1850** (Recife, 1998), capítulos 4, 5.

³ Sin embargo, São Paulo y Recife han sido examinadas con creciente atención, y otras áreas empiezan también a beneficiarse. Sobre esto, me he beneficiado de la generosidad de Mary Karasch. Ver su trabajo "Bibliography [of Studies of Brazilian Slavery]", manuscrito en posesión del autor.

⁴ Schwartz, **Sugar**, pp. 445-53; Barickman, **Bahian**, pp. 146-7.

⁵ Fluminense es un adjetivo o nombre que se refiere a la provincia (hoy Estado) de Río de Janeiro; mineiro(a), a la provincia (hoy estado) de Minas Gerais. Sobre el desarrollo de las plantaciones, ver Schwartz, **Sugar**, pp. 428, 444; Dídima de Castro Peixoto, **História fluminense**, 2a. ed. (Niterói, 1966), pp. 21-49, 70-3; Dauril Alden, **Royal Government in Colonial Brazil** (Berkeley, 1968), capítulos 2, 13, passim; Warren Dean, **With Broadax and Firebrand: the Destruction of the Brazilian Atlantic Forest** (Berkeley, 1995), capítulo 8, passim; Lina Gorenstein Ferreira da Silva, **Heréticos e impuros: A Inquisição e os cristãos novos no Rio de Janeiro: Século XVIII** (Río de Janeiro, 1995), capítulos 1, 3; João Luís Ribeiro Fragoso, **Homens de grossa aventura: Acumulação e hierárchia na praça mercantil do Rio de Janeiro (1790-1830)** (Río de Janeiro, 1992), capítulos 2-4; Florentino, **Em costas**, pp. 28-34, 147-225, passim; Riva Gorenstein, "Comércio e política", en Lenira Menezes Martinho e Riva Gorenstein, **Negociantes e caixeiros na sociedade da Independência** (Río de Janeiro, 1993). Sobre las plantaciones de café en Haití, ver Geggus, "Sugar", pp. 73, 76-7, 78, 80-4, 88-90, 93-5. Sobre el café cubano, ver Paquette, **Sugar**, pp. 52-3, quien apunta que las plantaciones de café todavía superaban en número a las de azúcar hasta 1846, aunque estaban declinando desde la década de 1820 debido a la

Eventualmente, el café floreció junto con el azúcar en las tierras bajas (excepto Campos, cuyas tierras bajas y pantanosas se mantuvieron como un reducto azucarero) y el café se convirtió en la exportación más importante del Brasil hacia la década de 1830. Su principal centro se mantuvo en las tierras altas del valle del río Paraíba do Sul. Las plantaciones eran grandes, y un cierto número de ellas estaban en manos de un jefe de familia o, más comúnmente, un grupo de jefes de familia emparentados entre sí. El número de esclavos empleados en estas plantaciones parece haber oscilado entre 60 y 120, aunque algunas cuadrillas llegaban a emplear varios centenares⁶.

Tanto en Bahía como en Río de Janeiro, el tráfico de esclavos aumentó dramáticamente durante este período debido a la expansión del cultivo de café en nuevas áreas, así como el aumento y posterior mantenimiento de la producción de azúcar en las áreas tradicionales. Dado que la mayoría de personas compradas eran varones, el

competencia brasilera, la reducción de los precios mundiales a la mitad, aranceles desfavorables en Estados Unidos, y el creciente costo de los esclavos como consecuencia de la competencia de los plantadores azucareros cubanos.

⁶ La historia general del café fluminense presentado aquí se basa en **O café no segundo centenário**, 2 vols. (Río de Janeiro, 1927) (especialmente los trabajos de Basílio de Magalhães, Lyra Castro, Oliveira Viana, Geremiasio Dantas, Hildebrando de Magalhães, Honório Silvestre, Carlos Conceição y Afonso de E. Taunay); Afonso de E. Taunay, **Pequena história do café no Brasil** (Río de Janeiro, 1943), capítulo 2; Stein, **Vassouras**, capítulos 1, 2; Dean, **With Broadax**, pp. 178-87; Alcir Lenharo, **As tropas da moderação: O abastecimento da Corte na formação política do Brasil: 1808-1842**, 2d. ed. (Río de Janeiro, 1991), pp. 49-50. Quizás el relato más temprano de un testigo directo es el de Francisco Freire Allemão, "Memória: Quaes São Paulo as Principaes Plantas que Hoje Se-Acham Aclimatada no Brazil?", **Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro** (en lo sucesivo, **RIHGB**), t. 19 (1856), pp. 561-71. Sobre el impacto en el tráfico africano fluminense, ver Florentino, **Em costas**, pp. 45-76, 85-9. Florentino observa un desplazamiento desde África occidental (1795-1811) al África oriental (1811-1830) como fuentes secundarias de esclavos fluminenses (aunque el África occidental fue históricamente insignificante como fuente, en agudo contraste con sus vínculos con el noreste brasilero). En el África centro-occidental, ocurrió durante el mismo período un cambio de los puertos de Luanda y Benguela (casi exclusivamente) a Cabinda y otros, así como las tradicionales fuentes de Angola central. Las cifras de Florentino (p. 75) muestran los promedios de Río de Janeiro por década, que crecieron desde 10,028 (1791-1800) a 10,832 (1801-1810), 19,121 (1811-1820), y 29,874 (1821-1830); y de un promedio de 42.9% de todos los esclavos importados a Brasil, a 69.2% entre la primera y la última décadas mencionadas. (Florentino compara sus cifras con las de Eltis, **Economic**). Las cifras para los esclavos en las plantaciones cafetaleras variaron fuertemente, dados la relativamente rápida declinación del número de plantas de café, el consiguiente carácter cambiante de la frontera económica, y asuntos como la variada calidad de la tierra, la riqueza individual, y el desarrollo de cada plantación a lo largo del tiempo. Las mejores cifras podrían ser las de Florentino, **Em costas**, pp. 28-35, aunque estas sólo cubren el período 1790-1830, y por tanto reflejan el primer impulso en la producción de café. Gomes, en **Histórias**, pp. 203, 207, analizó 22 inventarios en Vassouras para el período 1837-1840, y halló un promedio de 63.8 esclavos por inventario, con cinco de ellos promediando 180 y nueve promediando 127. El autor se refiere a cientos de esclavos en las plantaciones más grandes (p. 216). Pedro Carvalho de Mello, **A economia da escravidão nas fazendas de café: 1850-1888**, 2 vols. (Río de Janeiro, 1984), menciona (pp. 330-2) cifras mucho más elevadas —entre 92 y 370 en una muestra de nueve plantaciones— derivadas de las observaciones de Couty en 1888. Sin embargo, las cifras de Carvalho de Mello (p. 243) para los años 1873-75, basadas en hipotecas bancarias que usaban propiedad esclava como garantía, arrojan 324 plantaciones con 14,392 esclavos, un promedio de 44. Dean, **Río Claro**, p. 34, nos ofrece una "típica" plantación en 1861, en la primera frontera cafetalera al este de São Paulo, con 71 esclavos. Honório Hermeto Carneiro Leão empezó una plantación de café en la frontera fluminense con 26 esclavos en 1836; en 1854, tenía 150 (ver **Jornal do Commercio** [en lo sucesivo, **JC**], 25 de Julio de 1897 [1854], en **RIHGB**, vol. 236 (Julio-Setiembre 1957), pp. 279-81. Eduardo Silva, **Barões e escravidão: Tres gerações de fazendeiros e a crise da estrutura escravista** (Río de Janeiro, 1984), p. 128, nos dice que en 1848 Francisco Peixoto de Lacerda Werneck dejó dos plantaciones y cerca de 200 esclavos a su hijo, quien tenía tres plantaciones en 1862, con 196, 136, y 71 esclavos respectivamente.

ambiente era insalubre y peligroso, y el trabajo extremadamente agobiante, ni la reproducción natural ni la longevidad de la población servil fueron suficientes para satisfacer el mercado de trabajo en expansión. De ahí la creciente demanda por el tráfico africano. Las cifras sugieren ventas de esclavos en Brasil en el orden de 1 millón de personas en el período 1800-1850, de los cuales 700,000 fueron vendidos durante el período de contrabando, 1831-1850⁷.

El contrabando de esclavos

Los comerciantes de Río y Salvador ligados al tráfico de esclavos entre 1780 y 1830 eran generalmente portugueses de nacimiento, participaban en otras formas de comercio, y dominaban el mercado local en términos de capital, inversión, y acceso a favores gubernamentales. Luego de amasar sus fortunas, se casaban usualmente al interior de familias de plantadores locales y linajes políticos portugueses (especialmente en Río, hacia donde huyeron la corte portuguesa y miles de sus dependientes durante la invasión francesa a Portugal en 1807). Pocos hijos de mercaderes continuaban en la misma ocupación; el status señorial asociado con la tenencia de tierra y títulos era su principal ambición. Muchos de ellos y sus hijos estuvieron entre los nobles y hombres de estado del Primer Reinado; las familias más importantes, particularmente en el área fluminense, estuvieron entre los más destacados servidores de la corona y cortesanos⁸.

Luego que la trata de de esclavos africanos fuera ilegalizada en 1831 en virtud de los tratados con Gran Bretaña (1817, 1826), los traficantes establecidos al parecer abandonaron el negocio. Los comerciantes involucrados en el nuevo tráfico de contrabando surgieron, nuevamente, de entre los mercaderes portugueses que residían en Brasil. Sus compañías recibían con frecuencia fuertes inversiones externas y se les consideraba los comerciantes marítimos más ricos del imperio. Los diplomáticos británicos alegaban que estos traficantes se mezclaban con, y corrompían a, los ministros de cada gabinete imperial y ejercían influencia sobre el parlamento de la nueva monarquía. La conexión entre el grupo más antiguo de comerciantes o las grandes familias de plantadores y estos nuevos mercaderes de contrabando es difícil de establecer, pero la ausencia de una participación directa difícilmente puede interpretarse como segregación económica o social. Parece plausible que cualquiera con el capital para invertir podría haber apoyado a estos contrabandistas, pues los beneficios eran rápidos y espectaculares. El negocio empezó de manera más bien tambaleante hacia 1835; tomó impulso dramáticamente en los siguientes dos años, y se mantuvo a niveles altos a partir de entonces, con el apoyo fundamental de comerciantes británicos locales (que suplían productos claves de intercambio) y armadores y navegantes de Estados Unidos. Un historiador ha establecido una correlación entre los gobiernos liberales y las presiones contra el tráfico, y los gobiernos reaccionarios con la promoción del mismo. Esto se cumplió a comienzos de la década de 1830 y durante la Reacción de 1837, pero por lo

⁷ Schwartz, **Sugar**, pp. 340-9, 422-8; Barickman, **Bahian**, pp. 136-7, 153-4; Florentino, **Em costas**, pp. 30-5, 47-8, 51-9 (Florentino calcula 706,870 sólo para Río de Janeiro en el período 1790-1830); Stein, **Vassouras**, capítulos 3, 6, 7, *passim*; Sílvia Hunold Lara, **Campos de violência: Escravos e senhores na capitania do Río de Janeiro: 1750-1808** (Río de Janeiro, 1988), capítulo 6. Mis cifras provienen de Eltis, **Economic**, pp. 243-4; ver Bethell, **Abolition**, pp. 391-5.

⁸ La historia política de la monarquía se divide en tres períodos: el Primer Reinado, 1822-1831; la Regencia, 1831-1840; y el Segundo Reinado, 1840-1889. Sobre los orígenes de las familias de comerciantes y plantadores, ver Miller, **Way**, capítulos 2-4; Florentino, **Em costas**, pp. 28-34, 147-225, *passim*; Gorenstein, "Comercio e política", en Menezes Martinho e Gorenstein, **Negociantes**.

general el tráfico respondía a las necesidades del mercado, acelerándose hacia mediados de la década de 1830 y creciendo dramáticamente en la de 1840 bajo gabinetes tanto reaccionarios como liberales.⁹

Hacia 1849, a pesar de la creciente presión naval británica, el tráfico era conducido abiertamente en las más importantes ciudades/puerto, contando con centros de distribución en las costas cercanas y una red de autoridades públicas colaboradoras y corruptas. La mayoría de esclavos vendidos fueron comprados en Río (como había ocurrido en la década de 1820). El volumen de ventas alcanzó sus niveles más altos entre 1837 y 1839 (más de 40,000) y entre 1846 y 1849 (bordeando los 60,000)¹⁰.

II. LA ACCIÓN DE LOS ESCLAVOS BRASILEROS Y LA FIEBRE AMARILLA

La tendencia reciente a revisar la historia de la esclavitud con vistas a iluminar las acciones de los esclavos en la construcción de su propia historia, especialmente en términos de su resistencia, ha tenido un impacto decisivo en la historiografía brasilera. Esta aproximación aparece ya en 1944 en el clásico estudio de Eric Williams sobre el Caribe, pero se hizo mucho más influyente en la década de 1970, con el estudio de 1979 de Genovese sobre las rebeliones y revoluciones esclavas en las Américas. En la historiografía brasilera, esta influencia es evidente en numerosos trabajos¹¹.

En casi todos los estudios brasileros el énfasis está puesto, explícitamente, sobre las formas en que los esclavos respondieron a las cambiantes circunstancias a través de la resistencia, la negociación, la fuga, y la formación de comunidades de cimarrones. Muchos autores sostienen que el miedo y el pánico caracterizaban las reacciones de los propietarios esclavistas. En los trabajos más recientes se ha enfatizado el impacto de la revuelta Malê en Salvador en 1835. De forma más acentuada, Chalhoub y Graden han sostenido que el miedo entre los propietarios de esclavos generado por la revuelta de 1835 y el subsiguiente aumento en el número y la resistencia de los esclavos fueron factores centrales detrás de la decisión de 1850. Santos Gomes ha sostenido lo mismo respecto al miedo fluminense en su estudio de las comunidades fugitivas de Río de Janeiro y la revuelta de 1838 en las plantaciones de Vassouras; lo mismo ha postulado

⁹ Lawrence F. Hill, "The Abolition of the African Slave Trade to Brasil", *HAHR*, vol. 11 (1931), pp. 179-89, 92-4; Karasch, "Brazilian Slavers", pp. 4-7, 30-4, capítulo 2, passim; Conrad, *World*, capítulos 5, 6; Bethell, *Abolition*, pp. 75-9, 84-7. Sobre las listas, cf. Karasch, *ibid*, p. 21, y Florentino, *Em costas*, pp. 281-4. El vínculo político fue aducido por Conrad, *World*, pp. 81-2, 85, 91, 92-3, 97-8. Sobre los significados locales de los términos "liberal" y "reaccionario", ver la parte III de este artículo.

¹⁰ Conrad, *World*, p. 109, capítulo 5, passim; Karasch, "Brazilian", p. 9, capítulo 3. Para las cifras, ver Florentino, *Em costas*, pp. 51-9, y Eltis, *Economic*, pp. 243-4.

¹¹ Eric Williams, *Capitalism and Slavery* (Chapel Hill, 1944); Eugene Genovese, *From Rebellion to Revolution: Afro-American Slave Revolts in the Making of the Modern World* (Baton Rouge, 1979). Sobre esta tendencia en los estudios brasileros, ver el magistral recuento de Stuart B. Schwartz, *Slaves, Peasants, and Rebels: Reconsidering Brazilian Slavery* (Urbana, 1992), capítulo 1, passim, especialmente pp. 14-16. David Geggus, "Slave Resistance Studies and the Saint Domingue Slave Revolt: Some Preliminary Considerations", Florida International University, Latin American and Caribbean Center, Occasional Papers Series, No. 4 (Invierno, 1983). La anticipación de esta tendencia por Stein puede hallarse en *Vassouras*, capítulo 6, passim. Estoy en deuda con David P. Geggus por la referencia al trabajo pionero sobre resistencia de Eric Williams.

Slenes¹². No obstante, aunque la recuperación de la resistencia esclava y el rol de dicha resistencia en la historia brasileira es bienvenida y necesaria, los argumentos de estos autores en relación a la respuesta de los propietarios de esclavos en general y la represión del tráfico en 1850 en particular, no se sostienen cuando son examinados.

Bahía y Río de Janeiro

Para discutir la acción de los esclavos, cierta información preliminar sobre la esclavitud brasileira en general debe considerarse. La mayoría de estudiosos han estudiado Río de Janeiro o Bahía, los dos centros de distribución más grandes del imperio. Lamentablemente, ninguno de ellos los ha estudiado conjuntamente. Aquí, sin embargo, podemos utilizar esos trabajos para establecer diferencias significativas y plantear preguntas útiles.

La pregunta más obvia es porqué Salvador y Bahía experimentaron formas de resistencia más violentas que el puerto o la provincia de Río de Janeiro —las primeras tres décadas en la zona norteña son excepcionales en la historia brasileira debido a la violencia constante y las revueltas armadas. Schwartz menciona dieciséis revueltas en el período que culmina con la rebelión de 1835 en Salvador. Porqué ocurrió esto en Bahía y no en Río de Janeiro? No existen respuestas claras. La demografía esclava y el tipo de cultivo de plantación no lo explican. En el caso de la revuelta de 1835 en Salvador, por ejemplo, podemos notar que la ciudad de Río tenía más esclavos africanos, tanto en términos absolutos como relativos, y una mayor proporción de esclavos en relación a las personas libres, y sin embargo ellos no se rebelaron. Más aún, no se puede sostener que los propietarios bahianos oprimían a sus esclavos con mayor rigor (y, por tanto, los ponían al borde de la rebelión con más frecuencia) debido al floreciente mercado de exportación. Parece claro, después de todo, que los amos fluminenses oprimían a los suyos con similar dureza. La provincia de Río de Janeiro estuvo ligada a una rápida expansión del azúcar al mismo tiempo que Bahía, producía más hacia finales de siglo, y estuvo luego vinculada al muy duro régimen asociado con la apertura de nuevas tierras para producir café. Si la dinámica del régimen de trabajo fuera la explicación para las revueltas de Bahía, uno podría entonces esperar una mayor incidencia de violencia entre los fluminenses. Otra cuestión es porqué incluso Bahía, que era la zona que más se parecía a la Cuba contemporánea en su historia de insurrecciones esclavas y conspiraciones en el temprano siglo diecinueve, se queda detrás de Cuba en el número, años, y éxito de las revueltas de esclavos¹³.

¹² Ver Schwartz, **Slaves**, pp. 14-16, y **Sugar**, pp. 474-88; João José Reis y Eduardo Silva, **Negociação e conflito: A resistência negra no Brasil escravista** (São Paulo, 1989), capítulos 4, 5, 6; Reis, **Slave**, capítulo 3 y parte 4, *passim*; Barickman, **Bahian**, pp. 77-8, 104; Chalhoub, **Visões**, pp. 187-9, 193-8; Graden, “End”, pp. 256, 259-60, 266-7, 275; Gomes, **Histórias**, capítulos 5, 6; Slenes, “Malungu”, pp. 61, 65-7. Tanto la revuelta Malé como la de Vassouras se discuten más adelante.

¹³ Ver Reis, **Slave**, pp. 5-6, capítulo 3; Schwartz, **Sugar**, pp. 474-88; Karasch, **Slave**, pp. 8, 61, 323-6. Karasch (p. 325) enfatiza la relativa diversidad étnica de los africanos de Río de Janeiro comparada con la predominancia de los Yoruba y Hausa en Salvador. También (p. 326) nota la abrumadora realidad del poder militar en la capital de la nación. El primer punto contrasta con la especulación avanzada en este estudio y en Reis, **Slave**. El segundo parece menos creíble como contraste con Salvador, que estuvo bien pertrechado con apoyo militar para mantener el status quo en esa época (sobre esto último, ver Reis, **Slave**, capítulo 3, *passim*). Sobre el dinamismo relativo de las economías provinciales, ver, por ejemplo, los trabajos de Schwartz, Barickman, Florentino, y Lara citados en la nota 7. Sobre la violencia esclava en Cuba, ver Paquette, **Sugar**, pp. 69-72.

Lecturas comparativas sugieren dos soluciones, que se alimentan mutuamente, para estas preguntas. Primero, tanto en Cuba como en Bahía la mayoría de los africanos tomados en cautiverio eran guerreros, y provenían de grupos étnicos similares, particularmente Yoruba y Hausa. Por tanto, podrían haber tenido una mayor propensión a responder a las oportunidades y/o la opresión arbitraria con violencia organizada. En Río de Janeiro no ocurría lo mismo –la diversidad de origen era mayor y la mayoría de esclavos eran extraídos de las clases agrícolas, incluso serviles, y llevados a los puertos esclavistas del occidente central de África¹⁴. Segundo, la esclavitud brasilera fue relativamente menos opresiva y se sostuvo gracias a probadas prácticas de dominación que diferían del más reciente y menos eficiente sistema esclavista cubano. Los cubanos tenían la tradición de una mayoría blanca dedicada a la agricultura, ganadería, y extracción de madera en pequeña escala. El giro socio-económico de Cuba después de 1763, que la convirtió en una importante zona de plantación con una mayoría de población de origen africano, representa una verdadera revolución. Cuba se hizo notar por su rápidamente creciente racismo, el ausentismo de los plantadores y, podemos especular, su poca experiencia y paciencia con el tipo de economía moral negociada que los propietarios brasileros habían forjado con sus esclavos a lo largo de tres siglos.

Los esclavos brasileros habían usado tradicionalmente su propia tierra y tiempo regular para cultivarla, y habían aceptado un espacio cultural y la presencia de un amo interesado en mantener una economía moral paternalista para asegurar la paz (y la productividad) de la gente con la cual convivía. Resulta igualmente digno de notar que la posesión de esclavos fue no sólo una experiencia cultural común y tradicional entre los plantadores brasileros, sino también entre muchos, si no la mayoría, de los brasileros libres, la mayoría de los cuales eran gente de color. Los plantadores y los jefes de policía podían contar con dependientes y otras personas libres, tanto blancos como (con mayor frecuencia) afro-brasileros, que tenían personalmente un interés particular en la esclavitud o que valoraban la distancia entre ellos y los esclavos africanos. Aunque los esclavos podían hacer causa común a pesar de sus diferencias étnicas, podían también no hacerla, y la solidaridad racial entre libres y esclavos fue la excepción, no la regla. Por ejemplo, en la revuelta de 1835 en Salvador, los rebeldes fueron casi exclusivamente musulmanes libres y esclavos de los grupos Yoruba y Hausa, emparentados entre sí. Los rebeldes de Vassouras en 1838, sin embargo, fueron esclavos de variados orígenes africanos centro-occidentales. Y en ninguno de los dos casos estuvieron involucrados esclavos criollos (nacidos en Brasil) o mulatos. De hecho, afro-brasileros libres y esclavos se opusieron a los rebeldes africanos y, en ocasiones, fueron atacados por los rebeldes y ayudaron en su represión¹⁵.

¹⁴ Sobre los orígenes étnicos y ocupacionales en Bahía y Cuba, ver Reis, **Slave**, capítulo 8 y Schwartz, **Sugar**, pp. 340-1; Paquette, **Sugar**, pp. 36-8. Sobre los orígenes de los esclavos fluminenses de la ciudad y la provincia, ver Karasch, **Slave**, capítulo 1; Florentino, **Em costas**, pp. 85-9; 102-3; Miller, **Way**, capítulo 4; Gomes, **Histórias**, pp. 202-14; y Slenes, “Malungu”, pp. 55-61. Slenes y Gomes proponen la formación de una cultura esclava “pan-Bantu”, que unía a los esclavos a pesar de sus orígenes diversos en varios grupos Bantu-parlantes en el occidente central Africano, con lo cual contradicen la lógica de Karasch mencionada en la nota anterior. Sobre las tradiciones y supuestos de la esclavitud brasilera, ver la nota 16 más adelante.

¹⁵ Sobre el esclavismo y la mentalidad cubanas, ver Paquette, **Sugar**, pp. 51-6, 64-9, 77-80, 101-3, 105-6, 113-115, 118-19. Louis A. Pérez Jr., **Cuba: Between Reform and Revolution** (New York, 1988), pp. 60-1, 63-5, 85-91, 96-103; Franklin W. Knight, **Slave Society in Cuba During the Nineteenth Century** (Madison, 1970), capítulos 1-5, passim. Sobre la propiedad esclavista brasilera, ver Schwartz, **Sugar**, pp. 434-5, 438, 444, 449-53, 455-9, 462, 465-7, 473-4, 476-7; Reis and Silva, **Negociação**, pp. 29, 40-3, 44-5, 47, 48-52, 66-8, 70, 88-9, 92-3, capítulo 6, passim; Reis, **Slave**, capítulos 8, 9, passim; Maciel de Carvalho,

Estas son diferencias notables respecto a la experiencia afro-cubana. En el temprano siglo diecinueve, los afro-cubanos eran crecientemente reprimidos, y por tanto estaban mucho menos inclinados a identificarse sea con la esclavitud o con la jerarquía social dominada por los plantadores. Dudamos que pudieran haber sido tan útiles para el mantenimiento y defensa del status quo. Más aún, podríamos utilizar y adaptar observaciones y sugerencias planteadas por David Geggus en su revisión de la importancia de la cohesión de los plantadores y la presencia militar en la prevención de las revueltas armadas. Cuba, aunque era un estado militarizado, pudo no haber tenido el tipo de represión armada local organizada que los brasileros habían desarrollado en las zonas rurales. Los plantadores brasileros ocupaban su puesto en las plantaciones durante todo el año o buena parte de él. Podían ser más sensibles a los caprichos de la opresión tanto en el régimen laboral como en la disciplina social dentro de sus propiedades, y podían calibrar las respuestas más apropiadas. Los plantadores brasileros podían organizarse entre ellos, y de hecho lo hicieron, frente a cualquier rumor de revuelta. Fueron apoyados por los gobiernos nacionales y locales dirigidos por amigos y parientes que se mostraban sensibles a los obvios asuntos de seguridad. Aunque unidades militares o tropas defensivas similares a las de Jamaica o Cuba casi no existían, la policía municipal, la Guardia Nacional, y los matones al servicio de los plantadores eran reunidos con la suficiente rapidez como para responder exitosamente en todas y cada una de las ocasiones que lo requerían¹⁶.

Todos estos factores podrían explicar porqué los africanos en Brasil, en su mayoría, prefirieron la resistencia, la fuga, y la formación de comunidades de fugitivos, antes que la resistencia trágica, armada y organizada de los africanos occidentales en Cuba o en el temprano siglo diecinueve en Bahía. Ellos tenían otras opciones viables, y generalmente las escogieron, en lugar de enfrentar una represión segura y eficaz. Resultará iluminador, sin embargo, ocuparnos de las dos excepciones más notables a esta regla, la revuelta Malê de 1835 en Salvador y la rebelión de 1838 en Vassouras.

La revuelta de 1835 y su impacto

La revuelta Malê ha ganado creciente notoriedad en la historiografía, sin duda debido a su atractivo político para el lector moderno como una revuelta organizada y heroica contra las crueldades de un régimen esclavista. Sin embargo, João José Reis, quien nos ha ofrecido el mejor estudio sobre esta revuelta, presenta hallazgos documentales que pueden ser leídos en contra de su propio análisis celebratorio. Su significado contemporáneo e histórico, por ejemplo, es ambiguo. Después de todo, fue una revuelta que movilizó relativamente poca gente (entre 100 y 600, y nunca al mismo

Liberdade, capítulos 9-10; Gomes, **Histórias**, pp. 202-19. Respecto a estos temas, el rol específico de la familia esclava es estudiado en Manolo Florentino y José Roberto Góes, **A paz das senzalas: Famílias escravas e tráfico atlântico, Rio de Janeiro, c. 1790-c. 1850** (Rio de Janeiro, 1997), capítulos 1, 4, 6-8. Sobre el rol de las diferencias raciales y sociales en la citada revuelta urbana de 1838 en Bahía, la Sabinada, ver Hendrik Kraay, "As Terrifying as Unexpected?: The Bahian Sabinada, 1837-1838", **HAHR**, vol. 72, No. 4 (Noviembre 1992), pp. 516-17.

¹⁶ David Geggus, "The Enigma of Jamaica in the 1790s: New Light on the Causes of Slave Rebellion", **William and Mary Quarterly**, tercera serie, Vol. 44 (Abril 1987), pp. 274-99; para las comparaciones con Brasil, ver pp. 275, 276, 277-8, 292, 295, 296-7, 299. Sobre la supresión y represión en Brasil, ver por ejemplo Schwartz, **Sugar**, pp. 472, 476-7, 480-8 o Maciel de Carvalho, **Liberdade**, capítulos 9, 10; también la evidencia relacionada con el contexto y la supresión de la revuelta de Vassouras de 1838, presentada más adelante.

tiempo) en el curso de las tempranas horas de la mañana de un solo día. Fue reprimida rápida y exitosamente, dejando entre 40 y 70 víctimas entre los rebeldes y unas nueve en el lado de sus enemigos. Investigación adicional demuestra que aunque existió una comprensible preocupación entre los civiles y las autoridades tanto locales como en Río inmediatamente después de la revuelta, las precauciones y la represión de las autoridades aliviaron el miedo entre la población civil y tornaron imposible cualquier intento por duplicar o extender el incidente. El pánico parece haber existido sólo brevemente; la respuesta oficial fue mesurada, enfocada, y exitosa. El reporte sobre el incidente se limitó en Río a una breve noticia en los más importantes periódicos del día. No hubo discusión alguna en la Cámara de Diputados, y un sereno y completo resumen del incidente y la subsecuente represión fue incluido en el reporte anual del ministro de justicia. Durante el episodio y ocasionalmente después de él, existió una correspondencia pública y privada comprensiblemente cautelosa y orientada a contener y suprimir cualquier posible fuente de repetición y ansiedad pública. Es esta correspondencia la que algunos historiadores revisionistas han usado para sostener la idea de una atmósfera de terror general y prolongada. No hay, de hecho, ninguna razón para inferir, a partir de esta comprensible y limitada respuesta contemporánea, que los propietarios de esclavos y su gobierno ingresaron en un estado de permanente pánico o terror. Sólo dos efectos duraderos de la revuelta son evidentes. Uno fue la aprobación de legislación más severa en respuesta a la violencia esclava en general. El otro fue la implementación de actos específicos de represión y discriminación contra la gente de la región de la cual los Malês provenían. Los “minas”, como llamaban los contemporáneos en Brasil a los esclavos africanos occidentales (derivado del nombre del puerto esclavista, El Mina), se volvieron claramente impopulares fuera de Salvador luego de estos sucesos, y fueron víctimas de discriminación dentro de Salvador¹⁷.

¹⁷ Sobre la revuelta Malê, ver Reis, **Slave**, capítulos 4, 11, especialmente p. 90 y siguientes. Sobre la respuesta en Río de Janeiro, ver **JC**, 10 de Febrero de 1835, con extractos de la reproducción, en el **Diário da Bahía** del 29 de Enero de 1835, del reporte oficial de Francisco Gonçalves Martins, Juez de Derecho y Jefe de Policía (el principal agente del gobierno nacional para los asuntos locales judiciales y policiales) dirigido al presidente provincial. El **JC** también cita una carta privada. Ninguna mención adicional a la revuelta aparece durante la siguiente semana, y esto en el más importante periódico nacional de la época. El periódico del partido de gobierno, el liberal moderado **Aurora Fluminense**, incluyó un comentario el 16 de Febrero de 1835 escrito por el principal propagandista y orador moderado, Evaristo da Veiga, notando el peligro presentado por los africanos, especialmente en Bahía, y concentrándose específicamente en el origen africano de los rebeldes. Luego continúa atacando el contrabando de esclavos, pidiendo también la expulsión de los africanos libres. De nuevo, como en el caso del **JC**, no hay más noticias. El parlamento estaba en receso, como sucedía normalmente durante el verano tropical en el hemisferio sur. Una breve discusión en la cámara durante los primeros días de sesión se concentró en el contrabando de esclavos, debate en el cual participó Gonçalves Martins, elegido diputado por Bahía. De nuevo, no hay mención de la revuelta; ver **Annaes do Parlamento Brasileiro: Camara dos Deputados** [en lo sucesivo, **Annaes**], 1835, t. I, 6 de Mayo. Irónicamente, al día siguiente, 7 de Mayo, una resolución para abolir la esclavitud en Brasil es derrotada en el parlamento. Manoel Alves Branco, **Relatorio da Repartição dos Negocios da Justiça Apresentada á Assembléa Geral Legislativa na Sessão Ordinario de 1835, pelo Respectivo Ministro e Secretario de Estado Manoel Albes Branco** (Río de Janeiro, 1835), pp. 7-11. No hubo debate sobre la revuelta en la discusión del presupuesto del ministerio, donde uno podría esperar que se produjera si esta hubiera sido motivo de preocupación (ver **Annaes**, 1835, t. 2, 22 de Julio, 31 de Julio). Thomas Flory, “Race and Social Control in Independent Brazil”. **JLAS**, vol. 9, No. 2, (1977), pp. 199-224, no presenta evidencia directa para apoyar sus argumentos en torno a la vinculación entre la revuelta de 1835 y el reflujo del discurso político con connotaciones raciales. Reis, **Slave**, cita la correspondencia de 1835 de Gonçalves Martins y Alves Branco; de hecho, su discusión sobre las repercusiones de la revuelta es enteramente local y nota el miedo y los rumores en Bahía sólo hasta Mayo. Chalhoub, **Visões**, pp. 187 y siguientes, cita dos memorandums al jefe policial de Río de Janeiro, Eusébio de Queirós Coutinho Matoso da Câmara (ver más adelante) enviados por Alves Branco, y las consecuentes precauciones que Eusébio

Otro supuesto efecto de la revuelta de 1835 es aún más especulativo, pero toca importantes temas raciales y políticos de la década de 1830. Este se refiere al fenómeno del “haitianismo”, que parece haber sido una fuente latente de preocupación a comienzos del siglo diecinueve. El término, derivado de las lecciones aprendidas a raíz de los sucesos en Haití, implicaba una conspiración de origen o ascendencia africana para destruir la esclavitud y la dominación blanca. Se trató de una acusación lanzada contra afro-brasileros u otros que usaban la identidad racial como una herramienta de movilización política para la mayoría afro-brasileira y africana.

Flory ha sostenido el interesante argumento de que la razón detrás de la decreciente importancia política del haitianismo después de 1835 descansaba en una suerte de consenso entre todos aquellos participantes en política, alcanzado a raíz de la revuelta esclava de Salvador, para no usar el argumento racial en las irritantes y amargas disputas políticas de la época. Hasta entonces, como él demuestra, la fácil identificación entre afro-brasileros y brasileros había sido usada por nativistas y liberales en sus ataques contra los elementos más conservadores que dominaban el estado y la economía, elementos que eran portugueses de nacimiento o en apariencia (i.e. blancos). Flory ha sugerido (sin ninguna evidencia directa) que la revuelta esclava de Salvador mostró que la identidad racial no debía ser usada explícitamente en el discurso político por temor a generar una respuesta demasiado radical. Él demuestra que el llamado periodismo mulato de comienzos de la década de 1830 desapareció después de 1835. Sin embargo, el vínculo implícito entre la lusofobia y la *gente de cor* (gente de color) permaneció muy fuerte durante y después de este período. No obstante –y este es el argumento central- aunque el odio a los portugueses se mantuvo después de la revuelta, las referencias explícitas a una causa mulata, o a una refundición de la identidad brasileira con la identidad de la gente de origen africano, disminuyeron en la prensa. Sin embargo, una explicación alternativa para esta coincidencia resulta obvia. Uno podría sostener, de modo más convincente, que no fue la revuelta de Salvador sino más bien el giro reaccionario general después de 1834, lo que produjo esa auto-censura. Flory mismo se refiere a este giro discursivo, pero sostiene (de nuevo, sin evidencia directa) que se debió a la insurrección esclava de 1835. Tal como veremos, sin embargo, hubo numerosas razones documentadas para que aquellos sectores políticamente activos buscaran desmovilizar a las masas brasileras hacia 1835. Se observa igualmente que aunque el haitianismo y la prensa mulata desaparecen de la política pública, algunas preocupaciones latentes pueden haber quedado. Tenemos el interesante incidente de comienzos de la década de 1840, cuando un prominente (y reaccionario) afro-brasileiro relató a un colaborador que los rumores de su supuesto haitianismo estaban siendo usados en el intento de debilitar su candidatura local como diputado de Minas Gerais. El intento fracasó¹⁸.

tomó. Gomes, **Histórias**, pp. 258-60, cita las mismas y otras piezas de la correspondencia de la policía en torno al miedo y las preocupaciones que se prolongaron hasta Diciembre de 1835. No obstante, su cobertura ofrece sólo una docena de memorandums, que generalmente transmitían rumores y describían medidas de precaución. No hay miedo, no hay terror, no hay pánico; se trataba de medidas para evitar la violencia desde abajo y disipar la ansiedad de unos cuantos propietarios de esclavos nerviosos. Graden, “End” (pp. 257, 260), cita a Reis y 3 memorandums de 1835 para Bahía y 3 para Río de Janeiro (1835, 1836, 1849), y sobre estos débiles fundamentos construye su argumento sobre una ansiedad y un miedo generales y duraderos derivados de la revuelta.

¹⁸ Flory, “Race”, pp. 210, 215-17 y *passim*. Cf. Barman, **Brazil**, p. 37. El aspecto de clase y racial de la lusofobia está mejor demostrado en Jeffrey Carl Mosher, “Pernambuco and the Construction of the Brazilian Nation State, 1831-1850”, tesis de doctorado inédita, Universidad de Florida, 1996, capítulo 4, y *passim*. Mosher documenta la relación hasta la década de 1840. Ver también Maciel de Carvalho,

La revuelta de 1838 y su significado

El levantamiento de Vassouras de 1838 ha tenido relativamente poco peso historiográfico comparado con el éxito de la revuelta Malê. Esto se debe probablemente al carácter más amenazante de la revuelta Malê en tanto que se trató de un ataque explícito, radical, y armado contra la sociedad esclava en un centro urbano importante. El incidente de Vassouras fue muy diferente. Se trató de un episodio breve, que involucró a cerca de 500 esclavos, la mayoría del Africa centro-occidental, quienes planearon y llevaron adelante una revuelta armada en una plantación, con el objetivo de fugar hacia el monte y establecer una comunidad fugitiva. Se vieron envueltos en una breve escaramuza con miembros de la Guardia Nacional local y matones al servicio de los plantadores; muchos se rindieron inmediatamente, mientras otros regresaron poco a poco a su situación servil a lo largo de la siguiente semana. El miedo y terror en la respuesta de los propietarios de esclavos —elementos que están en el centro del análisis de Santos Gomes— no resulta aparente, ni aún en una desapasionada lectura de las citas que él presenta. En ellas, resulta claro que los plantadores, en el peor de los casos, estaban furiosos y preocupados por la quiebra en la disciplina en la frontera cafetalera, y que ellos atribuían la rebelión a las prácticas irresponsables de un esclavista. Resulta igualmente claro en los documentos que esta rebelión hizo surgir preocupación pero no indujo pánico ni representó un presagio de cosas peores para el futuro. El presidente provincial, Paulino José Soares de Sousa, era un estadista reaccionario que, a lo más, tendía a enfatizar la necesidad de un estado fuerte dada la violencia y el desorden existentes en el interior brasileiro. Aún así, incluso él, cuando visitó el área de la revuelta, tomó medidas luego de la escaramuza y regresó prontamente a la capital provincial, simplemente dejando instrucciones precisas en relación al análisis cuidadoso de los orígenes de la revuelta. Él entendió muy claramente que la situación estaba bajo control. El incidente, uno entre los alrededor de dieciocho catalogados por Santos Gomes para la provincia de Río de Janeiro entre 1831 y 1850 (de los cuales sólo tres avanzaron más allá del rumor o la conspiración) no tuvo, aparentemente, ningún impacto más amplio, aparte de una breve mención en el reporte provincial anual de Paulino.¹⁹

Liberdade, capítulo 9. Flory (p. 216) sostiene el excelente argumento de que el miedo al haitianismo se mantuvo fuerte hasta la década de 1840, citando el caso de una fracasada injuria usada para intentar derrotar a un candidato mulato, Justiniano José da Rocha, en 1842. Entre los fenómenos documentados que fácilmente podrían haber puesto fin a la movilización política explícitamente racial durante la década de 1830 están los episodios y continuas amenazas de violencia con sus marcados tonos raciales en Río de Janeiro (ver Barman, **Brazil**, pp. 37, 165, 170-1), Recife (ver las citas anteriores de Mosher y Maciel de Carvalho), y durante la guerra social de 1835-1841 en Pará (la revuelta de Cabanagem), en la cual la refundición política y racial del discurso y la masacre fue clara (ver Artur César Ferreira Reis, **História do Amazonas**, 2ª. Ed. [Belo Horizonte, 1984], pp. 170-81 y David Cleary, “‘Lost Altogether to the Civilized World’: Race and the Cabanagem in Northern Brazil, 1750 to 1850”, **Comparative Studies in Society and History**, vol. 40, No. 1 (Enero 1998), pp. 104-35).

¹⁹ En su investigación Gomes descubrió once conspiraciones esclavas entre 1831 y 1838; sólo una (la que estamos discutiendo aquí) devino en revuelta. De las siete entre 1844 y 1850, sólo dos resultaron en revueltas menores; ver Gomes, **Histórias**, pp. 255-80. Schwartz (**Sugar**, pp. 479-88) ofrece un resumen de alrededor de quince conspiraciones e insurrecciones en Bahía, la mayoría en plantaciones, entre 1809 y 1837. Compárese estas cifras con aquellas reportadas para Cuba por Paquette, **Sugar**, pp. 71-2. Con respecto a la investigación en la provincia de Río de Janeiro, deberíamos enfatizar que quizás la posibilidad más interesante resulta sugerida por los rumores de una revuelta organizada, a nivel provincial, que inspiró reportes y directivas oficiales en 1847 y 1848. Todo lo que hemos visto de la supuesta conspiración, sin embargo, son los reportes de los rumores y las llamadas a investigar ya citadas. Gomes no menciona ningún resultado de tales pesquisas. Quizás más significativo resulta la preocupación oficial, explícita en los memorandums citados por Gomes y Slenes, por investigar aquellos asuntos con vistas a aliviar el miedo y

Acción y represión

Parece claro que el argumento en favor de un clima duradero de pánico y miedo causado por la acción de los esclavos resulta infundado. Tanto la evidencia como la literatura secundaria más sólida dejan en claro que, en Brasil, la propiedad esclavista fue generalizada, tradicional, y económicamente efectiva. Las revueltas fueron escasas y aisladas; la acción de los esclavos se limitó típicamente a la resistencia, la fuga, y la formación de comunidades de cimarrones. A algunos de nosotros quizás esto no nos llame la atención; algunos quizás no encuentren estas respuestas a la esclavitud particularmente heroicas. Algunos podrían preferir las frecuentes rebeliones en Bahía durante el temprano siglo diecinueve y la insurrección de 1835. Sin embargo, tenemos que reflexionar en torno a la cruda realidad. Se puede sostener que las prácticas cotidianas de supervivencia en la esclavitud tienen sus propias cualidades de heroísmo. Se trata, ciertamente, de prácticas que requieren con frecuencia de inteligencia, perseverancia, y muchas otras habilidades, en un ambiente de grandes y variados peligros. Las relativamente escasas acciones de resistencia armada y organizada durante el temprano siglo diecinueve fueron respondidas con una represión violenta y exitosa, una mayor vigilancia, y controlada moderación. Se trató de fracasos por los cuales los rebeldes y otros africanos pagaron un alto precio. A aquellos esclavos africanos y afro-brasileros, quizás más cautelosos y astutos, que podían sacar ventaja de las características de la sociedad esclavista en la que vivían, parece que les fue mejor. Sus prácticas les produjeron a algunos de ellos el éxito de la supervivencia –física y cultural; evitaron las aventuras desesperadas que siempre les traían a los rebeldes castigo y muerte. Como dice Maciel de Carvalho al discutir porqué los esclavos no sacaron ventaja de la revuelta política liberal de 1848 en Recife, “los esclavos ... no ignoraban aquellas ideas francesas – cómo podrían haberlas ignorado, después de Haití? Pero ninguno era tan estúpido como para involucrarse súbitamente. Alguna esperanza real de triunfo era necesaria. Todo indica que ellos no estaban dispuestos a saltar al fuego”²⁰. Se trata, por tanto, de un heroísmo cotidiano. Con más frecuencia los esclavos resistían, y ellos y sus opresores negociaban un *modus vivendi*; cuando éste se rompía o se tornaba imposible, los esclavos optaban por la fuga.

Los propietarios de esclavos, continuadores de una cultura secular de dominación, actuaron con cauta y eficaz violencia cuando fue necesario; difícilmente se vieron aterrorizados o en pánico por la sociedad en que vivían. Cualquiera sea la retórica de miedo que algunos historiadores han recuperado recientemente de los documentos, es atípica y surge generalmente de la impresión y la sorpresa iniciales motivadas por sucesos inesperados. En Brasil, durante el temprano siglo diecinueve, las personas libres generalmente no tenían miedo de los esclavos; más bien tenían miedo a la falta de esclavos. De hecho, la más clara evidencia del éxito y satisfacción general de los propietarios es también la más obvia –y no ha sido discutida por aquellos que sostienen que los propietarios de esclavos sufrían de un creciente pánico y terror. Se trata del sorprendente hecho de que la gente libre en Brasil mantuvo e incrementó la esclavitud

prevenir el pánico. No hay razón alguna para asumir que las autoridades no tuvieron éxito. Finalmente, hay que tomar en cuenta el argumento de Alencastro de que la legislación de 1850 fue parcialmente motivada por la concentración, históricamente singular, de esclavos en Río (“La traite”, p. 412), la cual “no dejó de preocupar a la población libre de la Corte, cuya influencia en el parlamento estaba lejos de ser insignificante”, pero su evidencia se limita a un reporte periodístico fechado el 4 de Octubre de 1850, casi tres meses después de los debates que liquidaron la trata.

²⁰ Maciel de Carvalho, *Liberdade*, pp. 210-11; ver también el capítulo 10.

durante el período en cuestión; para hacerlo, de hecho, compraron más de medio millón de esclavos ilegalmente. Es también pertinente recordar que los propietarios de esclavos brasileros de esa época empleaban sus esclavos en toda clase de tareas, incluyendo las de afeitar a los amos, amamantar a los infantes, trabajar en los talleres artesanales, reprimir a otros esclavos, y realizar labores de campo. Ni el volumen de compra de esclavos ni este carácter ubicuo de la propiedad esclavista en Brasil apoyan el argumento de que la mayoría de propietarios vivían rodeados de gran miedo y ansiedad. De hecho, el primer gran aumento del contrabando de esclavos africanos tuvo lugar precisamente luego de la revuelta de Salvador de 1835 y al mismo tiempo que la revuelta esclava de Vassouras de 1838. Qué tan aterrorizados podrían haber estado los propietarios de esclavos?

La epidemia de fiebre amarilla de 1849-1850

Si hemos presentado los argumentos anteriores para descartar la idea de un miedo o pánico creciente a una insurrección esclava como la causa de las medidas que abolieron el tráfico de esclavos, qué sucede entonces con la asunto de la fiebre amarilla? Después de todo, dos de los más destacados revisionistas, Chalhoub y Graden, han sostenido que la decisión de terminar con el tráfico de esclavos se derivó también del miedo a una epidemia por la cual se culpaba generalmente a los esclavos africanos. Y no hay duda de que existió una coincidencia entre la epidemia de fiebre amarilla en 1849-50 y la decisión de terminar la trata. La fiebre amarilla, observada primero en Salvador, tomó un atajo inesperado y atacó a la población de Río en Diciembre de 1849 y los cinco meses siguientes, afectando a toda la población, aunque aparentemente tuvo mayor impacto entre los europeos que entre los africanos y la población de origen local. Volvería a aparecer en Brasil más adelante hasta que fue erradicada a comienzos del siglo veinte²¹.

Sin embargo, no hay evidencia suficiente de que esta epidemia influyera sobre la decisión de terminar el tráfico de esclavos. Las evidencias directas de los revisionistas son escasas y débiles. Incluyen cuatro discursos parlamentarios, el reporte de una autoridad provincial, los argumentos de un médico francés, y un reporte diplomático sobre el impacto de la epidemia en la prensa abolicionista. Son fundamentos más bien débiles. Los discursos de los cuatro oradores parlamentarios citados son, en sí mismos, de escaso peso. Después de todo, las decisiones fueron tomadas por miembros reaccionarios del gabinete; los discursos fueron pronunciados por sus opositores liberales a lo largo de varios meses. De hecho, fueron pronunciados después que el gabinete había hecho pública su política abolicionista. La situación política, la cronología, y la lógica, todas ellas refutan la idea de que el gabinete fue influenciado por tales discursos. En cuanto al reporte oficial provincial, se trata solamente de una evidencia circunstancial; el

²¹ Chalhoub, "Politics", pp. 446-51; *Cidade*, pp. 68-78; Graden, "End", pp. 272-3; cf. Karasch, *Slave*, p. 337. Sobre la epidemia, ver la memoria de J. M. Pereira da Silva, *Memorias do meu tempo*, 2 vols. (Río de Janeiro, 1895), vol. 1, pp. 214-16. Sobre la historia de la fiebre amarilla en Río de Janeiro, ver Chalhoub, *Cidade*, capítulo 2; Sandra Lauderdale Graham, *House and the Street: The Domestic World of Servants and Masters in Nineteenth-Century Río de Janeiro* (Cambridge, 1988), capítulo 5, especialmente pp. 111 y siguientes; Jaime Larry Benchimol, "Pereira Passos – Um Haussmann tropical: As transformações urbanas na cidade do Río de Janeiro no início do século XX", tesis inédita, Universidad Federal de Río de Janeiro, 1982, capítulo 6, y su reciente libro *Dos micróbios aos mosquitos: Febre amarela e a revolução pasteuriana no Brasil* (Río de Janeiro, 1999); Donald B. Cooper, "Brazil's long fight against epidemic disease, 1849-1914. With special emphasis on yellow fever", *Bulletin of the New York Academy of Medicine*, vol. 51, No. 5 (Mayo 1975), pp. 672-96, y del mismo autor, "Oswaldo Cruz and the impact of yellow fever on Brazilian history", *The Bulletin of the Tulane University Medical Faculty*, vol. 26, No. 1 (Febrero 1967), pp. 49-52.

historiador que lo cita, Graden, no muestra ninguna respuesta directa a ese reporte, que podría indicar que tuvo algún efecto sobre alguien. En cuanto a la influencia del médico francés, sus argumentos, escritos en revistas médicas francesas a lo largo de varias décadas, fueron tomados en cuenta —como muestra Chalhoub—por uno de los más importantes médicos brasileiros, José Pereira do Rego, involucrado en la formulación de la política abolicionista. Sin embargo, Chalhoub mismo también muestra que el brasileiro dudaba de las conclusiones del francés, sosteniendo que la epidemia constituía un peligro relativamente menor para la gran masa de brasileiros o sus esclavos africanos²².

Finalmente, Chalhoub retoma la referencia de Bethell al diplomático británico James Hudson, quien sostuvo que la epidemia fue usada con provecho en los argumentos de los periodistas abolicionistas. A diferencia de Bethell, sin embargo, el análisis contextual de Chalhoub resulta deficiente. Bethell deja en claro que el diplomático en cuestión, quien era el agente de la política británica contra el tráfico de esclavos, difícilmente era imparcial. Su reporte estaba aparentemente diseñado para impresionar a sus superiores con el éxito de sus esfuerzos para terminar con la trata. Parte de esos esfuerzos incluían el subsidio a los mismos periodistas abolicionistas que hacían las alegaciones acerca de la fiebre amarilla. Lo que el diplomático sostenía era que el vínculo entre la epidemia y las importaciones de esclavos se había convertido en un fuerte componente de los argumentos de los periódicos abolicionistas. Sin embargo, ni él ni nadie más ha demostrado que tales argumentos tuvieran eco entre los lectores. De hecho, más bien habría que ponerlo en duda. El hecho es que estos periódicos fueron efímeros —algunos dependían del subsidio británico para su supervivencia. Esto sugiere que el número de sus lectores, y más aún el número de aquellos a quienes persuadían, era pequeño. De hecho, Bethell deja en claro que el apoyo a la abolición de la trata fue débil, un movimiento incipiente²³. Cómo vamos a aceptar, entonces, que dicha opinión “pública” inclinaría los actos del gabinete que liquidó la trata de esclavos?

²² Graden, “‘End’”, pp. 272-3, se basa mayormente en Chalhoub, “Politics”, pp. 448-51. Sin embargo, la evidencia de Chalhoub está mejor desarrollada en **Cidade**. Por tanto, mi lista de evidencias directas proviene de **Cidade**, pp. 71-8, passim. La mayor parte de la evidencia de Chalhoub es circunstancial y especulativa, y está basada en fuentes posteriormente publicadas. Los discursos fueron pronunciados por Francisco de Paula Cândido en Abril y Junio de 1850 y por Ângelo Ramos, también en Junio de 1850. La autoridad provincial fue un Bahiano, João Bernardo de Almeida, publicado en Marzo de 1850. El médico francés fue M.-F. M. Audouard, y el diplomático, el inglés James Hudson. Graden también cita al senador liberal Manuel Alves Branco y el jefe de la policía local, Simões da Silva. La discusión del impacto de Audouard está en Chalhoub, **Cidade**, pp. 74-7 (cf. Graden, “‘End’”, p. 272, quien aparentemente malinterpreta el análisis de Chalhoub). Chalhoub nos dice que Pereira do Rego sostenía y publicó la opinión de que la enfermedad era más peligrosa para los europeos recién llegados que para los africanos o para personas de cualquier etnicidad nacidos o aclimatados en Brasil. La conclusión parece desmentir el argumento básico que Chalhoub (y Graden) sostienen: que los estadistas brasileiros abolieron la trata en parte debido al miedo del impacto de la recurrente epidemia. De hecho, Chalhoub reporta que, dadas sus conclusiones, Pereira do Rego estaba relativamente despreocupado respecto de la enfermedad. Nótese que Alencastro (“La traite”, p. 413) también argumenta en favor de la importancia de la fiebre amarilla, pero no cita fuentes primarias y se equivoca en su aserción de que la fiebre afectó más a los “blancos y europeos recién llegados”.

²³ Ver Chalhoub, **Cidade**, p. 73; y Bethell, **Abolition**, pp. 313-14, 334, n. 1.

III. LA POLÍTICA BRASILEIRA, 1834-1850

Hablar del gabinete y sus acciones significa retomar un hilo que nos lleva a ciertos actores olvidados por los revisionistas: los hombres de estado de la elite. Aunque Bethell incluye en su discusión a los estadistas brasileros y la historia política, todos los estudios de los revisionistas sobre la esclavitud, el tráfico de esclavos, y la abolición de la trata ignoran la perspectiva política y la historia de la elite²⁴. En efecto, ubican la acción histórica sólo entre los subalternos. Y sin embargo, es en la historia de la elite, particularmente cuando se analiza en relación a la historia de la política y la ideología, que la perspectiva de los propietarios de esclavos y la política del estado que promovía sus intereses deben ser necesariamente entendidas. Para comprender las razones detrás de la abolición del tráfico de esclavos africanos hacia Brasil —después de todo, una política del estado esclavista— debemos revisar la historia política en la cual dichas razones adoptarán un sentido lógico. Quiénes fueron los estadistas involucrados en las medidas abolicionistas de 1850, y cuál era la naturaleza del estado que ellos habían creado?

Los orígenes del partido reaccionario

Empecemos por la superficie, con la narrativa política. El primer emperador brasilero abdicó en 1831 enfrentado a una oposición liberal nativista y violenta que no pudo controlar. Su sucesor sólo tenía cinco años, y por tanto se estableció una regencia. Se trató de un régimen inicialmente dominado por la alianza de elementos liberales que se habían opuesto al emperador. La fracción más radical de dichas fuerzas fue pronto puesta de lado por los más moderados, pero éstos no podían ignorar los impulsos nativistas y radicales que habían generado tanto apoyo popular para los opositores del emperador. Entre 1831 y 1834, los moderados estaban atrapados entre el mandato más radical de la década de 1820 y la necesidad de mantener la unidad del imperio y sostener su orden social tradicional. Los intentos para re-escribir y reformar la constitución de 1824, la violencia existente en Río y en otras grandes ciudades portuarias, las guerras de guerrilla rurales con elementos subalternos y jefes políticos locales, la amenaza de pérdida de la provincia en el extremo sur a través de la secesión y de la provincia en el extremo norte a través de una revuelta desde abajo —todo ello sacudió a la nación durante la década de 1830. Hacia 1834, los líderes más conservadores del partido moderado gobernante iniciaron un proceso de reacción, conquistando para su causa una facción de su partido. A lo largo de 1835 y 1836, también atraieron a los elementos que alguna vez fueron leales al emperador, personas poderosas y ricas muy parecidas a ellos en términos

²⁴ Bethell, *Abolition*, capítulos 11, 12, especialmente pp. 292-3, 328-46. Eltis, *Economic*, pp. 210-17, también analiza las motivaciones políticas y diplomáticas, aunque él sostiene (pp. 216-7) que hubo mala fé por parte de los reaccionarios, basándose completamente en fuentes diplomáticas británicas, las cuales eran comprensiblemente parcializadas en favor de esta perspectiva. Como nuestro más adelante, esta opinión está contradicha por las fuentes brasileras, que demuestran, en la cronología y las acciones que indican, la segura intención por parte de los reaccionarios de eliminar la justificación para una intervención británica antes que los británicos aumentasen su violencia. Los brasileros no fueron tomados por asalto por la convicción moral que sus colegas británicos exhibían; sí habían sido bendecidos, sin embargo, con suficiente inteligencia y fortaleza como para lidiar exitosamente con la amenaza de una creciente intervención británica. Como se ha demostrado anteriormente, los revisionistas ofrecen interpretaciones de un grupo selectivo de citas de los miembros de la elite cuando resultan convenientes a sus argumentos de que las medidas fueron dictadas por miedo a una insurrección esclava. No ofrecen, en cambio, un análisis adecuado de la historia política o del contexto de la medida abolicionista. Su atención al papel británico es insignificante o totalmente inexistente.

de su status social, intereses económicos, educación, y su monarquismo visceral. Entre todos, consiguieron formar mayoría en la Cámara, la cual constituyó la base para el partido reaccionario que triunfaría por primera vez en 1837. Este es el origen de lo que se llamó en lo sucesivo el Partido Conservador. Sus opositores variaban en ideología y origen regional, pero fueron forzados eficazmente a formar una alianza dada la formación de una mayoría reaccionaria y su consecuente ascenso al poder. Esta alianza fue el origen de lo que se llamó en lo sucesivo el Partido Liberal²⁵.

Veamos las cosas ahora con un poco más de profundidad. Las raíces socio-económicas del liderazgo reaccionario de 1837 fueron *fluminenses* y *mineiras*. Ellas pueden rastrearse hasta la alianza entre las más viejas familias de comerciantes y plantadores de azúcar y los jefes políticos dominantes durante el Primer Reinado, y las más recientes familias comerciantes mineiras y de plantadores de café fluminenses y mineiras que estaban ya floreciendo en la década de 1830. Casi todos los líderes políticos estaban vinculados a las familias de comerciantes y plantadores de azúcar y café por intereses comunes, descendencia, y matrimonio; muchos de ellos eran también plantadores. Más aún, hacia 1837, estos líderes se habían aliado exitosamente con importantes diputados que representaban a las grandes familias azucareras de Bahía y Pernambuco²⁶.

El gabinete de Setiembre 1848

Estos reaccionarios de 1837 dominaron los brazos ejecutivo y legislativo de la monarquía entre 1837 y 1839. Entre 1839 y 1844, estos reaccionarios dominaron el parlamento pero sólo tuvieron control del gabinete intermitentemente. Entre 1844 y 1848, sus opositores, los liberales, dominaron tanto la cámara como una serie de débiles gabinetes sucesivos. La heterogeneidad misma de los liberales, y las caprichosas intervenciones del joven emperador (o los de su favorito), hicieron de ésta una era de gran inestabilidad. Esta inestabilidad, la creciente crisis con los ingleses y los argentinos, y la creciente violencia política local, obligaron al Emperador a acercarse a los

²⁵ El período 1831-1837 ha sido pobremente tratado por los académicos de la última generación. Sin embargo, contamos con el magistral análisis político de Barman, **Brazil**, capítulo 6, y el útil análisis de la política liberal en Thomas Flory, **Judge and Jury in Imperial Brazil, 1808-1871: Social Control and Political Stability in the New State** (Austin, 1981), partes 1 y 2, y capítulo 8. Un excelente análisis derivado de la historiografía tradicional puede hallarse en Sérgio Buarque de Holanda, et. al., en S. Buarque de Holanda, **História geral da civilização brasileira**, t. II, v. 2, livro 1 (São Paulo, 1967). El recuento tradicional de la monarquía por Joaquim Nabuco es frustrantemente breve para estos años; ver **Um estadista do imperio**, 3 vols. (Río de Janeiro, 1897-99), vol. 1, pp. 23-43. La desestabilización y la acción subalterna han sido recuperadas con atención creciente en varios trabajos recientes. Ver Kraay, “As Terrifying”, Marcus Joaquim Maciel de Carvalho, “Hegemony and Rebellion in Pernambuco (Brazil), 1821-1835” (Tesis doctoral inédita, Universidad de Illinois, 1989), capítulo 6; Mosher, “Pernambuco”, capítulo 1; Reis, **Slave**; Cleary, “Lost Altogether”; y Matthias Röhrig Assunção, “Elite Politics and Popular Rebellion in the Construction of Post-Colonial Order. The Case of Maranhão, Brazil (1820-4)”, **JLAS**, vol. 31, No. 1 (Febrero 1999), pp. 1-38. Nótese en todo esto el contexto de continua violencia y amenazante revuelta en que las mayores erupciones tuvieron lugar. Jeffrey D. Needell, “Party Formation and Statemaking: The Conservative Party and the Reconstruction of the Brazilian State, 1831-1840”, **HAHR**, vol. 82, No. 2, 2001, parte 2, ofrece un análisis específico de la formación de partidos políticos y su contexto socio-económico.

²⁶ Ver José Murilo de Carvalho, **A construção da ordem: A elite política imperial** (Río de Janeiro, 1980), capítulo 8, para un análisis bien informado de las bases e ideología partidarias a lo largo de la monarquía. Para mayor especificidad histórica y focus con respecto a los temas en cuestión, ver Needell, “Party”, parte 2.

reaccionarios, conocidos para entonces como el Partido del Orden. A ellos los llamó para formar un gabinete en Setiembre de 1848²⁷.

El gabinete representaba a los elementos más prestigiosos y reaccionarios del parlamento y la sociedad. Incluía a Paulino José Soares de Sousa como ministro de asuntos exteriores. Este era el mismo que fue mencionado anteriormente como presidente de Río de Janeiro durante la rebelión de Vassouras en 1838. Paulino fue uno de los dos legisladores más importantes del partido, ex-ministro, diputado longevo, nuevo senador por Río de Janeiro en 1849, y cuya esposa provenía de una antigua familia de plantadores de las tierras bajas. Su cuñado, Joaquim José Rodrigues Torres, era el ministro de finanzas. Rodrigues Torres fue probablemente el estadista más popular de Río de Janeiro desde los tiempos de la regencia; era hijo y hermano de comerciantes fluminenses, plantador, primer presidente de Río de Janeiro, y ex ministro. El gabinete también incluía a uno de los principales organizadores y oradores del partido, Eusébio Queirós Coutinho Matoso da Câmara, como ministro de justicia. Eusébio, nacido en Angola, era hijo de un magistrado portugués, quien ascendió hasta la corte suprema brasilera. Eusébio también era sobrino de un comerciante esclavista portugués convertido en plantador, primo de un plantador, y heredero y yerno de un prominente ministro y plantador portugués del Primer Reinado, José Clemente Pereira. Coronó todo esto con su rol como el primer y más célebre jefe de policía de Río, y fue también un diputado clave en la asamblea provincial y el parlamento de Río. Este era, además, un gabinete que disfrutó del apoyo del más poderoso jefe político reaccionario de ese período, Honório Hermeto Carneiro Leão, fundador del partido, antiguo líder en la cámara, senador, consejero de estado, también ex-presidente de Río de Janeiro, ex-ministro, yerno de un comerciante, y plantador. Finalmente, el gabinete tuvo como asesor a Bernardo Pereira de Vasconcelos, fundador del partido, el orador reaccionario más temible, el más conspicuo defensor público del tráfico de esclavos africanos, consejero de estado, y ex-ministro²⁸.

²⁷ Barman, **Brazil**, capítulos 7-8, passim; Mosher, “Pernambuco”, capítulo 3 y pp. 204-212; Needell, “Party”, parte 3.

²⁸ Sobre Paulino, más tarde Visconde do Uruguai, ver S. A. Sisson, **Galeria dos brasileiros ilustres (Os contemporâneos)**, 2 vols., 2a. ed. (São Paulo, 1948 [1859]), vol. 1, pp. 33-8; Macedo Soares, **Nobiliarquia fluminense** (Río de Janeiro, n.d.), p. 93 y 1ª. parte, passim; Tavares Lyra, **Instituições políticas do império** (Brasília, 1979), pp. 328-9; José Antônio Soares de Souza, **A vida do Visconde do Uruguai (1807-1866): Paulino José Soares de Souza** (São Paulo, 1944). Sobre Rodrigues Torres, más tarde Visconde de Itaboraí, ver Sisson, **Galleria**, vol. 1, pp. 49-52; Barão de Vasconcelos e o Barão Smith de Vasconcelos, **Arquivo Nibiliarquico brasileiro** (Lausanne, 1918), s.v., Itaborahy; João Lyra Filho, **Visconde da Itaboraí: A luneta do império** (Río de Janeiro, 1985); y Tavares Lyra, **Instituições**, p. 252; Thomas H. Holloway, **Policing Río de Janeiro: Repression and Resistance in a 19th-Century City** (Stanford, 1993), pp. 103-5, 123-42; Vasconcelos e Vasconcelos, **Arquivo**, s.v., São Diogo; Florentino, **Em costas**, p. 283. Sobre el suegro de Eusébio, José Clemente Pereira, ver Neill Macaulay, **Dom Pedro: The Struggle for Liberty in Brazil and Portugal: 1798-1834** (Durham, NC, 1986), pp. 107, 113, 131-2, 148-51, 220-1; Francisco D. Falcón e Ilmar Rohloff de Mattos, “O Processo de Independência no Río de Janeiro”, en Carlos Guilherme Mota, **1822: Dimensões** (São Paulo, 1972), pp. 320-8, 331-4; Sisson, **Galleria**, vol. 1, pp. 15-18; Henrique Carneiro Leão Teixeira Filho et. al., “Centenário do Falecimento do Marquês de Paraná”, **RIHGB**, vol. 236 (Julio-Setiembre 1957), pp. 251-420; Vasconcelos e Vasconcelos, **Arquivo**, s.v., Paraná; Tavares Lyra, **Instituições**, pp. 272-3; Maurilio de Gouveia, **Marquês de Paraná: Uma varão do Império** (n.l., 1962). Sobre Vasconcelos, ver Octavio Tarquinio de Sousa, **Bernardo Pereira de Vasconcelos e o seu tempo** (Río de Janeiro, 1937); Sisson, **Galleria**, vol. 1, pp. 271-8; Tavares Lyra, **Instituições**, p. 239. Los roles políticos y relaciones socio-económicas de estos hombres son detallados en Needell, “Party”, secciones 2 y 3.

El emperador siguió adelante con la lógica del gabinete que él había formado; en 1849, disolvió la cámara y llamó a nuevas elecciones. Estas fueron controladas por agentes del gabinete a nivel local y provincial para negar sus derechos a los votantes y electores de la oposición y para asegurar una mayoría reaccionaria en la cámara. En efecto, en Diciembre 1849, cuando los diputados recién electos se reunieron en Río para prepararse para su primera sesión, lo que resultó fue una mayoría reaccionaria apoyando a un gabinete reaccionario. La minoría liberal presente estaba resentida y decidida a debilitar al gabinete y al partido de los ministros, tal como las minorías habían hecho tradicionalmente—usando la crítica y la obstrucción en la cámara, y la crítica y los insultos en los periódicos partidarios²⁹.

Este era el escenario político en el que tuvo lugar el debate sobre el tráfico de esclavos en 1850.

El debate de 1850

No hay duda que los reaccionarios, identificados como estaban, personal y electoralmente, con los intereses de los comerciantes y plantadores en Río de Janeiro, Minas Gerais, Bahía, y Pernambuco, estaban en favor del tráfico atlántico de esclavos. Sin embargo, la oposición liberal también estaba manchada por el tráfico. Ellos habían presidido, más recientemente, gobiernos que se habían hecho de la vista gorda durante los dos años más activos de la trata; ellos conformaban el partido cuyos gabinetes habían sido incapaces de, o poco dispuestos a, satisfacer a los crecientemente frustrados agentes de la política británica contra el tráfico, al parecer congelando antiguas obligaciones o nuevos acuerdos que debieron haber puesto fin a la esclavitud. De hecho, a partir de 1830, los ministros de justicia liberales y conservadores habían enfatizado la razón principal de este impasse: la certidumbre existente de que sin un permanente acceso a la mano de obra africana, la agricultura y el comercio brasileros desaparecerían (para no hablar de la base fiscal del estado). En fecha tan tardía como Enero de 1850, uno de los más destacados oradores liberales de la oposición, Holanda Cavalcanti (senador, ex-candidato para regente, ex-ministro, e hijo de una de las más distinguidas familias azucareras de Pernambuco), había pedido la revocación de las obligaciones de los tratados británicos y la asunción por parte de Brasil de todas las regulaciones relacionadas con el tráfico de esclavos³⁰.

²⁹ Sobre este gabinete y la política parlamentaria conexas, ver Pereira da Silva, **Memorias**, vol. 1, capítulos 11-12; Nabuco, **Um estadista**, vol. 1, pp. 13-18; Barman, **Brazil**, pp. 132-5. El abuso electoral resumido aquí se había vuelto típico desde 1841, y fue iniciado por los opositores de los reaccionarios. Ver el relato sobre éste en **JC**, 2 de Mayo de 1842 y 14, 15 de Enero de 1843, 7 de Marzo de 1843; **O Brasil**, 27 de Marzo de 1840; 27, 30 de Mayo de 1841; 8, 11, 23, 25, 27, 30 de Mayo de 1844; 25 de Setiembre de 1844; 30 de Octubre, 23 de Noviembre de 1847; Pereira da Silva, **Memorias**, Vol. 1, capítulos 3-11, *passim*, especialmente pp. 30-7, 126-7; Barman, **Brazil**, pp. 210-11.

³⁰ Vasconcelos pidió la anulación de la abolición del tráfico de esclavos el 24 de Julio de 1835 (ver **Annaes**, 1835, t. 2, 24 de Julio) y detuvo la implementación de importantes regulaciones como ministro en 1831; ver Bethell, **Abolition**, p. 84. José Clemente Pereira, como miembro de la asamblea provincial de Río de Janeiro, también pidió la abolición de la prohibición (ver **JC**, 2 Diciembre 1837). Ver también las acusaciones mutuas sobre conexiones con los esclavistas en **Annaes**, 1850, t. 2, 6 Julio, en especial la defensa de Rodrigues Torres y la del incondicional reaccionario Silveira da Mota (*ibid*, 15 Julio); **O Brasil**, 22 Enero 1850 y 16 Julio 1850. Sobre las evasiones de los ministros, ver P. J. Soares de Sousa, **Relatorio** [1843], pp. 39-40 y Bethell, **Abolition**, pp. 85-7, 220, 235-6, 241, 275-81, 284. Sobre la propuesta de Holanda, ver **JC**, 14 Mayo 1850. Sobre Holanda, más tarde Visconde de Albuquerque, ver Nabuco, **Um**

Si, entonces, ninguno de los dos partidos estaba interesado en terminar con el tráfico de esclavos, cómo es que se produjo? Como se ha demostrado, los revisionistas no han ofrecido evidencia convincente de que la decisión derivó del miedo a la insurrección o el miedo a la fiebre amarilla. De hecho, la investigación de las evidencias políticas directamente relacionadas con la decisión del gabinete —evidencias que los revisionistas generalmente han ignorado— confirma esto. El más respetado periódico del Partido del Orden en 1850 era **O Brasil**, escrito mayormente por el principal publicista de los reaccionarios, Justiniano José da Rocha, quien conocía personalmente a los jefes del partido, había articulado la posición del partido cuando estaba fuera del poder, y ahora publicaba su periódico con subsidios gubernamentales. En su defensa de la abolición del tráfico, desde una fecha tan temprana como Enero 1850, no hizo mención alguna a la fiebre amarilla o la insurrección para defender sus argumentos. De hecho, en el momento más álgido del debate, este escritor, de quien puede decirse que hablaba a, y en favor de, los hombres de estado en cuestión, trató de persuadir a los partidarios leales de las ventajas de la abolición, en parte usando el argumento de que los esclavos africanos y sus descendientes podrían incrementar su número lo suficiente como para satisfacer las necesidades laborales, con sólo un mínimo de cuidado humanitario. Dónde se halla allí el miedo a la insurrección?³¹

Por cierto que no podemos limitarnos al principal periodista del partido. Podemos echar una mirada a los argumentos públicos de los hombres de estado mismos. Eusébio se refirió dos veces a la necesidad de la abolición en sus reportes ministeriales de 1850 a la cámara; en ninguno de ellos menciona la fiebre amarilla, y apenas alude al tema de la seguridad interna una vez. Más importante aún es el discurso clave en la historia de la política abolicionista del gabinete, el discurso en favor de la abolición pronunciado por Paulino en Julio de 1850, que duró aproximadamente una hora y media. En él, Paulino nunca menciona una conexión con la fiebre amarilla o el miedo a la insurrección. Se ha sostenido que, en 1852, en el curso de otro extenso discurso, Eusébio, defendiendo la decisión de su ministro contra las acusaciones de la oposición, menciona el tema de la seguridad pública, citando brevemente ejemplos recientes de dos o tres revueltas frustradas. Sin embargo, este discurso de 1852 obviamente no tuvo impacto alguno sobre la decisión de 1850, ni en el gabinete ni en la cámara. Se trató de una breve referencia hecha para defender una decisión ya tomada; no fue usada en los debates públicos que precedieron la decisión. Pudo, no obstante, el miedo a la insurrección haber tenido cierto peso en las deliberaciones del gabinete durante sus sesiones privadas? En una revisión de lo que queda de la correspondencia clave privada y oficial de los ministros, no hallé nada que sugiriera tal cosa. Finalmente, es pertinente mencionar que en la reunión cerrada del

estadista, vol. 1, pp. 36-42, 77; Tavares Lyra, **Instituições**, pp. 226-7; Mosher, “Pernambuco”, pp. 85-8, 97-100.

³¹ Sobre Justiniano, ver Sacramento Blake, **Diccionario bibliographico brasileiro**, 7 vols. (Río de Janeiro, 1899), vol. 5, pp. 269-73; Roderick J. Barman, “Justiniano José da Rocha e a epoca da conciliação: Como se escreveu ‘Ação, Reação, Transação’”, **RIGHB**, vol. 301 (Octubre-Diciembre 1973), pp. 3-7; Antônio Cândido, **Formação de literatura brasileira**, 2 vols. (São Paulo, 1956), vol. 2, pp. 127-35; R. Magalhães Júnior, **Três panfletários do Segundo Reinado** (São Paulo, 1956), pp. 127-59; Elmano Cardim, **Justiniano José da Rocha** (São Paulo, 1964). Sobre Justiniano, la prensa política y **O Brasil**, ver Moreira de Azevedo, “Origem e Desenvolvimento da Imprensa no Río de Janeiro”, **RIHGB**, t. 23, parte 2 (1865), pp. 209, 222-3 y Nelson Werneck Sodré, **História da imprensa no Brasil** (Río de Janeiro, 1966), pp. 202, 209-10. Los editoriales de **O Brasil** y otras piezas contrarias al tráfico aparecen en 19 de Enero, 22 de Enero, 13 de Julio-27 de Julio de 1850. El artículo sobre la reproducción natural aparece el 16 de Julio de 1850.

Consejo de Estado de Julio de 1850, presidida por el Emperador y a la cual asistió también el gabinete, convocada expresamente para discutir los temas relacionados con la abolición del tráfico africano, ni la fiebre amarilla ni la insurrección fueron mencionados³².

Nuevamente, entonces, tenemos que enfrentar la cuestión central. Si ambos partidos habían apoyado tácitamente el contrabando de esclavos, y si el gabinete reaccionario de 1850 se hallaba particularmente cerca a los intereses ligados a la trata, y, finalmente, si los alegatos de los revisionistas en relación al impacto del miedo a la insurrección y la fiebre amarilla no pueden ser aceptados, porqué, entonces, el gabinete defendió y logró aprobar la legislación abolicionista? Esencialmente, la evidencia permanece en favor del argumento de Bethell. La presión británica fue necesaria. Pero, como él sostiene, aunque brevemente, esto no fue suficiente. La inteligente respuesta de los estadistas brasileros fue crucial. Analicemos cada uno de estos dos puntos.

El antecedente inmediato del debate de 1850 fue la creciente presión británica desde la aprobación en 1845 de la llamada Ley Aberdeen, por la cual el Reino Unido se atribuía el derecho de intervenir en el comercio brasilero unilateralmente cuando sus agentes percibieran que dicho comercio era de esclavos. Esto había significado una creciente intervención directa y también crecientes dificultades diplomáticas, conforme los brasileros protestaban y los británicos persistían. Quedaba claro para los estadistas brasileros de ambos partidos que el antagonismo y la intervención británicos no iban a desaparecer. De hecho, en 1849, conforme el antagonismo contra la política británica en esta materia aumentaba en el parlamento británico, el gabinete británico decidió presionar con mayor firmeza, trasladando elementos de su flota naval que habían estado ocupados en el Río de la Plata hacia la costa brasileras. Hacia la primera semana de Enero de 1850, esos elementos habían empezado a capturar buques brasileros y, por tanto, a precipitar la crisis política final³³.

³² Los reportes de Eusébio son: Euzebio de Queiroz Coitinho Mattoso Camara, **Relatorio da Pepartição [sic] dos Negocios da Justiça apresentada á Assembléa Geral Legislativa na 1ª. Sessão da 8ª. Legislatura em 1850 pelo respectivo Ministro e Secretario de Estado Euzebio de Queiroz Coitinho Mattoso Camara** (Río de Janeiro, 1850), p. 21 y, del mismo autor, **Relatorio ... na segunda sessão da Octava Legislatura ...** (Río de Janeiro, 1850), p. 12. La mención a la seguridad interna está en el segundo relatório. El discurso de Paulino está en **Annaes**, 1850, t. 2, 15 de Julio. El discurso de Eusébio está en **Annaes**, 1852, t. 2, 16 de Julio. No se menciona la seguridad en el reporte de Eusébio de 1851 o 1852; ver Euzébio de Queiroz Coutinho Mattoso Camara, **Relatorio ... Terceira Sessão da Oitava Legislatura ...** (Río de Janeiro, 1851), pp. 6-7; **Relatório... na Quarte Sessão da Octava Legislatura...** (Río de Janeiro, 1852), pp. 9-10. Tanto en 1851 como en 1852, Eusébio pidió trasladar la población esclava de las ciudades y las zonas costeras hacia la frontera agrícola interior, pero no por razones de seguridad. Sólo anota la necesidad de liquidar el tráfico y brindar al interior la necesaria mano de obra y empezar la necesaria transición al trabajo asalariado. En relación a la correspondencia ministerial privada, he revisado las colecciones respectivas en los documentos de los ministros preservados en el Archivo Nacional, el Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, el Archivo Histórico do Museu Nacional, el Archivo do Museu Imperial, la Seção de Manuscritos de la Biblioteca Nacional, y el Archivo Histórico do Itamarati. Sobre las deliberaciones del Consejo de Estado, ver José Honório Rodrigues (ed.), **Atas do Conselho de Estado**, 13 vols. (Brasília, 1973-78), vol. 3, pp. 247-67 ("Ata de 11 de julho de 1850").

³³ Bethell, **Abolition**, pp. 216-20, 234-7, 240-52, 257-9, 275-81, 306-11. Como muestra Bethell, los tratados arancelarios que beneficiaban a Gran Bretaña eran percibidos por los brasileros como una explicación clave de la presión británica y fueron siempre traídos a colación en momentos clave de las negociaciones durante la década de 1840s. Sobre la crisis de Enero de 1850, ver **O Brasil**, 19 de Enero de 1850. La respuesta política a la crisis pudo haber sido afectada por el impacto de la epidemia de fiebre amarilla (Diciembre 1849-Mayo 1850). Aunque los **Annaes** muestran que las sesiones continuaron ocurriendo, Pereira da Silva equivocadamente menciona la suspensión de los trabajos de la cámara de

Sin embargo, como Bethell reconoce, para entonces el gabinete ya había decidido pronunciarse en contra de la trata. El memorandum interno de Eusébio sobre esta política y sus acciones contra los traficantes locales lo deja en claro. A finales de 1849, es decir, antes que los británicos aceleraran sus acciones navales, Eusébio estaba ya articulando e implementando una política que pudiera garantizar a los amos el preservar sus esclavos comprados de contrabando, y al mismo tiempo eliminar el tráfico que estaba llevando al imperio a un conflicto con el Reino Unido. El 14 de Enero, una semana después de la nueva ofensiva británica (7 de Enero), Eusébio apareció delante de la cámara y en forma dramática resumió la decisión del gabinete y su táctica política de aislar a los traficantes de los propietarios de esclavos. Notable orador, tuvo cuidado de concluir su declaración haciendo notar los arrestos y expropiaciones que había autorizado, estableciendo un vínculo explícito entre dicha represión y la legislación que el gabinete tenía en mente proponer a la cámara para su apoyo más tarde durante la sesión legislativa. El principal publicista reaccionario, Justiniano, publicó el reporte de Eusébio e inició al mismo tiempo su propia propaganda en favor de él. El momento para la medida abolicionista, sin embargo, fue adelantado dramáticamente por las acciones británicas de mediados de 1850. Es importante notar que estas fueron llevadas a cabo no obstante el cuidado que tuvo Paulino de mantener informado al enviado británico, Hudson, de la legislación pendiente. Aquellas fueron acciones harto provocadoras, incluyendo nuevos ataques a buques y la intervención tanto en aguas como en suelo brasileros. Esto llevó a los brasileros a las calles y ante la cámara, y dio a los liberales armas para sus críticas divisivas. Los liberales acusaron al gabinete de colusión con los mercaderes esclavistas, incompetencia, y falta de patriotismo. Todo esto complicó los planes del gabinete en términos de oportunidad y apariencia. El gabinete tenía que encontrar una manera de defender la soberanía brasilerá, debilitar la posición británica eliminando el tráfico, y hacer ambas cosas sin ir a la guerra o parecer derrotados³⁴.

El inteligente manejo de la relación con Hudson por parte de Paulino, su ampliamente aplaudido discurso en la cámara, y la intensa propaganda en **O Brasil** lo lograron. De un lado, hicieron una defensa principista de los derechos internacionales brasileros; de otro, presentaron cuidadosos argumentos al público en general, y a la militancia reaccionaria del partido en particular, acerca de porqué la eliminación de la

Enero al 3 de Mayo de 1850 (ver Pereira da Silva, **Memorias**, vol. 1, pp. 214-16). Se trata de un sorprendente error del memorialista, quien es ocasionalmente considerado como no muy confiable por comentaristas (liberales) debido a su militancia conservadora, no a su memoria. Podría haber ocurrido que se obtuvo el quorum necesario para su funcionamiento, pero que personajes clave no estuvieron presentes y las preocupaciones privadas de los diputados obstaculizaron el avance? Esto podría ser determinado con una revisión cuidadosa de la asistencia a los debates durante esos cuatro meses, una tarea que escapa al marco de este estudio. Uno se pregunta si esto debería tomarse en cuenta al leer los comentarios acerca de la tardanza en aprobar la abolición del tráfico tanto en Bethell (**Abolition**, p. 335) como en Eltis (**Economic**, pp. 216-7).

³⁴ Ver el primer reporte de Justicia de Eusébio, **Relatorio** ... [1850], pp. 21-2, en el que se refiere a la necesidad de “modificar la existente legislación pendiente” [una referencia a un todavía inmaduro proyecto que los liberales habían empezado] y agrega que “las obligaciones a las cuales estamos atados demandan especialmente medidas rápidas y efectivas” (pace Eltis, **Economic**, pp. 216-17, quien sostiene, enteramente sobre la base de fuentes diplomáticas británicas, que el gabinete intentaba pasar legislación ineficaz). Las medidas represivas de Eusébio en 1849 (citadas en Bethell, **Abolition**, p. 316), son mencionados en el reporte de 1850 citado anteriormente (pp. 21-2), leído ante la cámara el 14 de Enero de 1850 (ver **Annaes**, 1849 [sic], t. 1, 14 de Enero de 1850). Ver la cercana correspondencia entre las columnas de Justiniano en **O Brasil** y las políticas explícitas del gabinete durante el mes de Enero de 1850. La lucha del gabinete con la amargada (embittered) oposición liberal se puede percibir claramente en **Annaes**, 1849 [sic], t. 1, 18 de Enero e *ibid.*, 1850, t. 2, 6 y 15 de Julio.

trata favorecía los mejores intereses de Brasil. Los argumentos que Paulino presentara en la cámara el 15 de Julio de 1850 duplicaban aquellos presentados cuatro días antes en el Consejo de Estado: que el tráfico había perdurado debido a la creencia generalizada en Brasil de que era crucial para la economía, que ambos partidos habían sido incapaces de ponerle fin debido a eso, que Brasil por tanto, a regañadientes, se había colocado en una posición de aislamiento internacional y cada vez más sujeto a la presiones británicas, que dichas presiones aseguraban que el Imperio no podía aspirar a mantener el tráfico indefinidamente, que el tráfico beneficiaba a los esclavistas extranjeros mucho más que a los plantadores brasileños (quienes estaban cada vez más arruinados por deudas derivadas de la compra de esclavos) y, finalmente, que mantener el tráfico y, por tanto, desafiar a los británicos constituiría una posición vergonzosa e insostenible, que inevitablemente llevaría a un conflicto intensificado. Este último punto era claramente el más grave. En el Consejo, el prospecto de una violencia continua y la clara posibilidad de una guerra, preocupaba a los consejeros porque significaba un desastre comercial, divisionismo y recriminación públicos, aislamiento diplomático, y, luego de la inevitable derrota, desestabilización nacional y el consecuente derrumbe. En el discurso de Paulino se hizo alusión a esto de manera generalmente oblicua; aparece de modo más claro en el Consejo. Sin duda la guerra asustaría a la oposición tanto como al gabinete, pero se trataba de un prospecto que, sospechamos, era particularmente aterrador para los líderes reaccionarios. Después de todo, cada uno de estos hombres había dedicado sus carreras, desde jóvenes, a apuntalar la integridad y la fortaleza del estado nación. Bethell, en una seductora nota, relata cómo Paulino superó privadamente la crítica oposición a la política abolicionista dentro de su propio partido enfatizando el hecho de que sólo tal medida podría evitar la guerra. En efecto, los líderes reaccionarios y su partido optaron por su Estado por encima de su acceso al trabajo esclavo en el largo plazo. Esta elección parece suficientemente clara, incluso entre líneas, en los comentarios hechos por Paulino el 15 de Julio, en los momentos finales de su celebrada oración:

Yo creo sinceramente que es indispensable dejar esta situación en la que nos encontramos, que es necesario proveernos de una solución amplia, sincera, franca, a todos estos asuntos (aplausos); a estos asuntos que pueden provocar conflictos todos los días, que pueden traer otros incluso mayores... Cuando una nación poderosa, como es Gran Bretaña, persigue con infatigable tenacidad por un período de más de cuarenta años el objetivo de abolir el tráfico... seremos capaces de resistir ese torrente, que nos barre de una forma tan segura como al mundo en el que vivimos? Yo no lo creo (aplausos)³⁵.

³⁵ La cita es de **Annaes**, 1850, t. 2, 15 de Julio. Sobre el difícil trabajo de Paulino con el enviado británico, ver Bethell, **Abolition**, pp. 328-9, 335-7, 344-58 y J. A. Soares de Souza, **A Vida**, pp. 204-27, passim. Sobre su discurso, ver **Annaes**, 1850, t. 2, 15 de Julio. Sobre la propaganda sincronizada de **O Brasil**, ver 19 de Enero, 13-27 de Julio de 1850. Sobre las deliberaciones en el Consejo de Estado, ver Rodrigues, **Atas**, vol. 3, pp. 247-67. Sobre las carreras y políticas de los ministros reaccionarios, ver Needell, "Party", parte 2. Nótese que cada líder reaccionario había ingresado a la vida política temprano en sus vidas, a veces luego de un breve paso por la magistratura: Paulino desde los 28 años (1838); Rodrigues Torres, desde los 29 (1831); Eusébio, desde los 26 (1838); Honório, que no era ministro en 1850 pero jugó un rol clave en el senado y el Consejo de Estado, desde los 26 (1830). Vasconcelos, que había sido un actor clave desde los 31 años (1826), fue un destacado defensor del tráfico africano. Sin embargo, aparentemente no atacó la política del gabinete ni en el senado ni en el Consejo de Estado desde el anuncio de la política abolicionista hasta su inesperada muerte en Mayo (Enero-Mayo 1850). Murió durante la epidemia de fiebre amarilla, antes que los decretos legales fueran debatidos en público. Se ha sostenido que su muerte removió un importante obstáculo a la política del gabinete, idea derivada de las especulaciones de James Hudson, el enviado británico a Río de Janeiro, quien difícilmente representa una fuente imparcial.

Aunque esta constituye claramente una explicación suficiente de la decisión del gabinete, otra fuente de presión que no fue mencionada en los argumentos públicos de Paulino necesita ser mencionada. Bethell sugiere en varias ocasiones que la preocupación de Brasil por mantener una buena relación diplomática con Gran Bretaña derivaba en parte de los acontecimientos en Río de la Plata. Este es un punto revelador. Durante la década de 1840, conforme las relaciones entre Brasil y Argentina se deterioraban, los brasileros confiaban en conseguir el apoyo, o por lo menos la neutralidad, de los británicos. Estos últimos, que habían jugado un rol crucial en la región desde la década de 1820, habían intervenido conjuntamente con Francia contra Argentina cuando las políticas de Juan Manuel de Rosas eran antagónicas para ellos. Hacia 1849-1850, sin embargo, luego de mutuas concesiones, el bloqueo naval anglo-francés había terminado, y resultaba claro para todos los involucrados que la intervención brasilera y la posible guerra eran inevitables, dada la provocación y hostilidad de Buenos Aires. De hecho, Paulino fue llevado ante el gabinete en Octubre 1849 para poner en práctica una política más agresiva, considerada necesaria luego del provocador fracaso en conseguir una entente diplomática con los líderes porteños en Setiembre de 1849. Como ha apuntado su biógrafo, la cuestión del Plata y la crisis del tráfico de esclavos fueron los dos grandes temas que Paulino enfrentó luego de hacerse cargo de su portafolio. Tal como el ministro de relaciones exteriores dejara en claro en la privacidad del Consejo de Estado cuando la guerra con Gran Bretaña alrededor del tráfico amenazaba en Julio de 1850, tal posibilidad “agrava terriblemente las complicaciones de nuestros asuntos en el Río de la Plata”. Aunque no podemos juzgar cuánto contribuyó esto a la determinación del gabinete para resolver el tema del tráfico de esclavos con Gran Bretaña, no hay duda que algo agregó. Por cierto, vale la pena recordar que el cuidadoso plan de Paulino, iniciado simultáneamente con la creciente presión británica contra el tráfico a fines de 1849 y comienzos de 1850, condujo al éxito diplomático y militar contra Rosas en 1852³⁶.

Sobre este tema, ver Bethell, **Abolition**, p. 334, n. 1, que menciona y cita la opinión de Hudson. Bethell apunta, allí mismo, que Honório, otro encarnizado defensor del tráfico, apoyó la política abolicionista del gabinete en 1850. No hay razón alguna para pensar que Vasconcelos, un político realista y el arquitecto del partido reaccionario y su recreación del estado brasiler, habría tenido una postura diferente. La mención sobre la elección esencial entre la guerra y el tráfico de esclavos está en Bethell, **Abolition**, p. 338, n. 2, quien cita un reporte del diplomático británico, Henry Southern, de una conversación con Paulino en 1852. Casi veinte años más tarde, Pereira da Silva, un destacado reaccionario, recordó el cuidado con el que los líderes del partido discutieron y convencieron a los diputados del partido de la necesidad de su política abolicionista; ver su mención de esto en un debate público entre los conservadores en **JC**, 29 de Agosto de 1871 [24 de Agosto]. Es importante subrayar, a pesar de cierta noción de que los reaccionarios dejaron de lado el tráfico porque eso aumentaría el valor de sus esclavos o debido a la saturación del mercado entre 1845-50, que el principal promotor de la política abolicionista mostró su aprehensión. Paulino, durante una misión diplomática a Francia a mediados de la década de 1850, buscó promover la inmigración de trabajadores asalariados como alternativa a los esclavos africanos, porque temía una catástrofe producida por el fin de la trata africana. Ver Visconde do Uruguay to [José Maria da Silva] Paranhos, Paris, 2 de Enero de 1856, Arquivo Histórico do Itamarati / Arquivo do Visconde do Rio Branco, L321M2P1.

³⁶ La declaración de Paulino ante el Consejo de Estado aparece citada en Rodrigues, **Atas**, p. 248. Sobre la cuestión del Plata y la diplomacia anglo-británica en relación al tráfico de esclavos, ver Bethell, **Abolition**, pp. 240, 241, 246, 253, 292-8, 349, 363, 367. La administración liberal de Paula Sousa estaba interesada en hallar una solución similar a la crisis del tráfico de esclavos por esta y otras razones que aparecen claras en el pensamiento reaccionario (ibid., p. 292-3). El fracaso de Paula Sousa para conseguirlo resulta sugestivo para el punto más amplio que se hace más adelante: que los liberales no tenían la fuerza política para llevar adelante políticas nacionales que los reaccionarios, debido a su fortaleza, sí podían. Sobre la centralidad de la diplomacia relacionada con la cuestión del Plata en las preocupaciones del gabinete reaccionario, ver J. A. Soares de Souza, **A Vida**, pp. 194-8, 252-4, y siguientes. Para el contexto más amplio, ver John F. Cady, **Foreign Intervention in the Rio de la Plata: 1838-1850** (Philadelphia,

Dados tanto el proceso constitucional como las realidades políticas del momento, el acuerdo público del monarca, el Consejo de Estado, y el gabinete en torno a la resolución de la crisis del tráfico de esclavos era necesario como base para promover la política abolicionista. Todo esto estaba en el ambiente cuando Paulino apareció delante de la cámara en medio del inusual y profundo silencio anotado por el escriba oficial. Sin embargo, el discurso de Paulino ante la cámara (y las coordinadas columnas de Justiniano dirigidas a la opinión pública política), resulta central para entender cómo dicha política podía ser aceptada por grupos cuyos intereses estaban fundamentalmente amenazados. Difícilmente se trató de un espontáneo entusiasmo retórico lo que llevó a Paulino a concluir su discurso haciendo de la política abolicionista un asunto de confianza en el gabinete. Si la cámara no ofrecía su apoyo al gabinete, tanto la práctica parlamentaria establecida como la política efectiva habrían obligado a los ministros a renunciar. El emperador hubiera tenido que llamar a los liberales de vuelta al poder. Eso, a su vez, habría sido peor para los reaccionarios y sus bases de apoyo. Tal como los desarrollos políticos de la década de 1840 demuestran, esto habría originado división partidaria, la captura por parte de los liberales de los puestos políticos, la inversión del control de los poderes locales y, por supuesto, el prospecto claro de un desastre diplomático y militar bajo una administración liberal. Paulino entonces magistralmente orquestó el apoyo de ambas cámaras y del electorado que resultó crucial para el éxito de la política abolicionista³⁷.

1929), capítulos 5, 7-9; H. S. Ferns, **Britain and Argentina in the Nineteenth Century** (Oxford, 1960), capítulo 9; John Lynch, **Argentine Dictator: Juan Manuel de Rosas: 1829-1852** (Oxford, 1981), capítulos 7, 8.

³⁷ La constitución de 1824 estableció al monarca como un cuarto poder, el Poder Moderador. Como parte de esto, ninguna legislación podía ser aprobada sin la firma del monarca; de hecho, ningún gabinete fue nombrado o confirmado sin esta confianza pública. El Consejo de Estado debía ser consultado en todos los asuntos de estado serios, y de hecho lo fue, como se ha mencionado. Sobre la constitución y los orígenes del rol del monarca en ella, ver Macaulay, **Dom Pedro**, pp. 161-4; Barman, **Brazil**, pp. 123-6; y los grandes estudios contemporáneos: Visconde do Uruguay, **Ensaio sobre direito administrativo**, 2 vols. (Río de Janeiro, 1862); Joaquim Rodrigues de Sousa, **Analyse e commentario da Constituição Política do Império do Brazil ou theoria e pratica de governo constitucional brasileiro**, 2 vols. (São Luis, 1867); y José Antonio Pimenta Bueno, **Direito público brasileiro e análise da constuição do império**, 3a. ed. (Brasília, 1978 [1857]). Se cree generalmente que el Poder Moderador fue idea del teórico francés, nacido en Suiza, Benjamin Constant; ver su “The Nature of Royal Power in a Constitutional Monarchy”, en **Political Writings** (Cambridge, 1988), pp. 183-93. Sobre el Poder Moderador en la legislación constitucional brasilera, ver el artículo 98 de la **Constituição política do imperio do Brasil** (Río de Janeiro, 1824), y Uruguay, **Ensaio**, vol. 2, pp. 17, 36-8. Vale la pena mencionar que entre los miembros del Consejo reunidos el 11 de Julio de 1850 estaban incluidos el Visconde de Olinda, el Visconde de Abrantes, Lopes Gama, Miranda Ribeiro, Paula Sousa, Alves Branco, Limpo de Abreu, Honório, y Lima e Silva, así como el emperador y el gabinete (que incluía al Marquês de Monte Alegre, otro consejero de estado). Según mi conteo, de los 10 consejeros presentes, por lo menos seis eran reaccionarios. Más aún, la dirección del debate estuvo necesariamente en manos de Paulino, quien, siendo titular de la cartera de relaciones exteriores, había establecido la agenda por anticipado. Pedro II dejó en claro su posición, pero lo hizo de forma oblicua, como era su costumbre. En este caso, el emperador hizo saber su posición a un cortesano conocido por su lengua suelta; ver Bethell, **Abolition**, p. 340, quien cita a Heitor Lyra, quien, a su vez, cita memorandums del diplomático francés St. Georges (23 de Julio y 4 de Setiembre de 1850); ver también el libro de Lyra, **História de Dom Pedro II: 1825-91**, 3 vols. (São Paulo, 1939), vol. 1, p. 324; cf. Barman, **Citizen**, pp. 124-5. Sobre el pedido explícito de Paulino de un voto de confianza, **Annaes**, 1850, t. 2, 15 de Julio. El pedido es directo: “Si la Cámara entiende que la situación es grave, que el momento presenta dificultades, y que el gabinete tiene el coraje, la inteligencia, y la dedicación suficientes para resolverlas, así como la dignidad y el interés que el país demanda, déle su total y entera confianza [aplausos], préstenle amplia y completa colaboración [grandes aplausos]”. Sobre el pedido de Justiniano, ver los argumentos similares a lo largo del crucial mes de Julio en **O Brasil**. La práctica política

Bethell, si bien enfatiza las acciones de los británicos, hizo bien en notar el rol crucial del gabinete brasileiro en el desenlace final. El enfoque diplomático de su trabajo, sin embargo, no lo motivó a explorar el contexto político doméstico que permite hacer comprensible dicho rol. Aquí hemos demostrado que el origen y rol político de los reaccionarios, las debilidades políticas de sus opositores, y las motivaciones y el poder que resultaban del encumbramiento de un gabinete reaccionario con las características descritas anteriormente, son todos elementos claves en la explicación del éxito de la medida abolicionista de 1850. Resulta fácil imaginar a los británicos ejerciendo fuerte presión, digamos, sobre otro débil gabinete liberal, apoyado por otra débil, indisciplinada, e ideológicamente heterogénea cámara, del tipo de aquellas cámaras que solían existir durante las administraciones liberales de 1844-1848. De hecho, la frustración y el disgusto evidentes en el manejo británico del problema sin duda derivaban en parte de su experiencia con administraciones previas. Las realidades de la época sugieren que el resultado hubiera sido la presión británica, la protesta e ineficacia brasileras, una intervención armada británica, y la resistencia, caos político, y conflicto militar brasileros. Tal como se presentó, la situación fue precaria de comienzo a fin. En una sociedad y un estado-nación fundados sobre la base de la esclavitud, la decisión de los reaccionarios de eliminar la trata no debió ser fácil de aceptar. Varias posibilidades catastróficas pueden ser fácilmente imaginadas, dadas las convicciones de sus partidarios, el tamaño del imperio, la incansable hostilidad de sus opositores políticos, el crecientemente amenazador impasse con Argentina, y las amenazas e intervenciones de los británicos, con frecuencia obstinadas y políticamente torpes. Sin embargo, este gabinete en particular tenía tanto el talento como la credibilidad política para manejar las dificultades internas y externas con dignidad y elegancia; sacaron adelante esta política extremadamente divisiva sin ningún daño colateral evidente. Siguieron en sus puestos por dos años más, siendo uno de los gabinetes más longevos en la historia de la monarquía³⁸.

Estos ministros reaccionarios eran propietarios de esclavos, amigos y parientes de traficantes de esclavos, plantadores, y reaccionarios provincianos, y sin embargo presidieron un gobierno que puso fin a la trata de esclavos. Lo hicieron para mantener el estado-nación con el que habían soñado en la década de 1830: una monarquía parlamentaria que controlaba la mitad de un continente. No podemos entender estos asuntos si no volvemos al análisis de la historia política y los orígenes de la elite —el complemento necesario de un riguroso y documentado análisis de los grupos subalternos que el pasado demanda para su comprensión.

con respecto a los resultados del cambio de partido en el poder se manifiesta en la historia política de la década de 1840. Barman, **Brazil**, capítulos 7 y 8, *passim*; Mosher, “Pernambuco”, capítulos 3, 5, *passim*; y Needell, “Party”, parte 3.

³⁸ La visión de Bethell favorable al rol del gabinete aparece claramente en Bethell, **Abolition**, pp. 341-2, 363; también lo es la de Murilo de Carvalho en **Teatro**, pp. 53-61, *passim*. En relación al constante peligro político que las presiones británicas (y la frustración y disgusto que las motivaban) representaban para el éxito del gabinete, ver Bethell, *ibid*, pp. 320, 328-9, 335-7, 344-58. El rol de gabinete en el Segundo Reinado aparece con claridad en Pereira da Silva, **Memorias**, vol. 1, capítulos 11-13; Nabuco, **Um estadista**, vol. 1, pp. 13-18; Barman, **Brazil**, pp. 231-5; J. A. Soares de Souza, **A vida**, capítulos 7-15, especialmente pp. 425-42.

LA ABOLICIÓN EN EL BRASIL:

MOVIMIENTOS SOCIALES Y POLÍTICOS EN EL SUDESTE CAFETALERO

María Helena Pereira Toledo Machado

Ninguna institución social, sistema de explotación del trabajo o visión de mundo sobrevivió tan largamente en el Brasil como la esclavitud. Habiendo ya lanzado sus tentáculos en las primeras décadas de colonización, la esclavitud, en cuanto sistema de explotación del trabajo y artefacto ideológico, se enraizó en la formación social de la colonia de manera tan definitiva que la constitución esclavista del Brasil sobrevivió las crisis ocasionadas por la superación del régimen colonial, perpetuándose durante el Imperio que se inició con la independencia el año 1822.

En el proceso que culminó con la independencia, la cuestión de la conservación de la esclavitud y el gran pánico que el "haitianismo" provocaba en las capas propietarias de esclavos, que se expandían de norte a sur, habían sido las preocupaciones más importantes y, por tanto, el factor explicativo de la adopción de "la flor exótica" del régimen imperial en medio de una América Latina republicana. En efecto, estudios sobre los procesos de emancipación política en otros países resaltaron ya los lazos existentes entre éstos y los procesos de abolición. Carlos Aguirre, por ejemplo, mostró cómo la abolición en el Perú, alcanzada en 1854, había oscilado al vaivén de las manipulaciones políticas que acompañaron a la guerra civil y a la política caudillista de Ramón Castilla.¹ Rebecca Scott, al estudiar el proceso de superación de la esclavitud en Cuba, también demostró la existencia de fuertes lazos entre la Guerra de Independencia, la derrota de las fuerzas criollas y anticoloniales y la supervivencia de la esclavitud hasta la década de 1880.² En el caso del Brasil, la defensa de la estabilidad del sistema esclavista a lo largo del siglo XIX puede ser entendida como el factor decisivo de los acuerdos políticos establecidos entre las elites propietarias de plantaciones de café del sudeste, sectores de las elites esclavistas del noreste, en descenso político en ese entonces, y los herederos de la burocracia portuguesa transplantada a la colonia en 1808 y allí enraizada. Proceso de negociación política que culminó con la solución de continuidad de la familia real portuguesa en el imperio del trópico.³

En el Brasil la esclavitud alcanzó, a lo largo de sus más de tres siglos de historia, un fuerte consenso ideológico, convirtiéndose en el principal sustento de toda la producción de las *plantations*, vinculadas al comercio del Atlántico, y contaminando también la producción campesina de géneros alimenticios realizada por hombres libres pobres, en tierras ocupadas muchas veces a título precario. En el sector urbano, tanto en las ciudades coloniales del noreste azucarero, pasando por las villas mineras del XVIII, hasta

1. Carlos Aguirre, *Agentes de su Propia Libertad, Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854*, Lima: Fondo Editorial PUC, 1995.

2. Rebecca J. Scott, *Slave Emancipation in Cuba*, Princeton: Princeton University Press, 1985.

3. Maria Odila Leite da Silva Dias, "A Interiorização de Metrôpole" in: 1822. *Dimensões*, org. Carlos G. Mota, São Paulo, Perspectiva, 1986, pp. 160-186

alcanzar Rio de Janeiro, erigida en sede de la corte en el exilio de 1808, y São Paulo, la esclavitud se afirmó como la modalidad principal de trabajo, en la forma de esclavos alquilados, prestatarios de servicios asalariados y esclavos especializados.

Si bien durante el proceso de independencia el mantenimiento de la institución esclavista había sido la discusión fundamental en torno a la cual se articuló el consenso que redundó en la solución de continuidad, ya en los primeros años del I Reinado el tema de la construcción de la nación y del pueblo en un país esclavista aparecía entre las preocupaciones de los constructores del estado. A pesar de la presión ejercida por Inglaterra para honrar tratados coloniales que establecían el año de 1831 como fecha límite para la cesación final del tráfico de esclavos por el Atlántico hacia el Brasil, el Imperio brasileño toleró el tráfico hasta 1850, cuando finalmente las presiones inglesas y el descenso del precio de los esclavos, rebajado debido a la oferta exagerada de brazos cautivos en los mercados florecientes del sudeste cafetalero, obligaron a la suspensión definitiva del mismo. Fue entre los años de 1850 a 1888 que el estado brasileño procuró implementar una política gradual de superación de la esclavitud, a través de una política emancipacionista, de leyes humanitarias y de la intervención del estado en la esfera del poder colonial. Cabe resaltar que, a pesar de la intervención restrictiva del estado en el control del poder esclavista, la esclavitud floreció y se expandió en el sudeste, a partir de 1830, en respuesta a la expansión del cultivo de café en las provincias de Rio de Janeiro y São Paulo. Eludiendo el problema de la terminación del tráfico, los negociantes establecieron lucrativas rutas interprovinciales de cautivos, drenando la mano de obra subutilizada en las plantaciones nordestinas de baja productividad hacia las haciendas cafetaleras del sudeste. Más aún, a pesar de la constante tentativa de intervención del estado y de la presión del movimiento abolicionista, los precios de los esclavos se mantuvieron altos hasta los años 1883-84, cuando el movimiento de fuga de los esclavos de las haciendas señaló la falencia definitiva del sistema de explotación del trabajo esclavo en el Brasil.

Dentro de la panacea de leyes y decretos por medio de los cuales el Imperio buscaba restringir el poder esclavista, tomando la delantera en el proceso gradual de extinción de la esclavitud, deben subrayarse la llamada Ley del Vientre Libre, de 1871, y la Ley de los Sexagenarios, de 1885. La primera, más conocida por libertar el vientre esclavo, a pesar de poner a los ingenuos* bajo la tutela de los amos de sus madres hasta su mayoría de edad a los 21 años, fue más efectiva en un aspecto menos conocido pero de mayor impacto práctico para la vida de los esclavos: al legitimar el derecho del esclavo a poseer su propio peculio, esta ley permitía a los esclavos reivindicar ante la justicia la compra de su libertad en cuotas, siempre y cuando estuviesen representados por un hombre libre en la figura de un procurador. Esta ley abrió así uno de los principales focos de tensión, al mismo tiempo que legitimaba el poder del estado como mediador en las relaciones entre propietarios y sus esclavos.⁴ Las brechas jurídicas abiertas por la ley de 1871 justificaron la organización del primer movimiento abolicionista en los tribunales de São Paulo y Rio de Janeiro. En éstos, abogados abolicionistas, con la colaboración de escribanos, procuradores y simpatizantes provenientes de las más diversas ocupaciones

* Nombre que se daba desde la fecha promulgación de la Ley del vientre libre a los hijos de esclavos. N. del T.

4. En los últimos años, innumerables estudios se han volcado hacia el análisis de los procesos de libertad que tomaban como base la ley de 1871. Ver, por ejemplo, Sidney Chalhoub, *Visões da Liberdade*, São Paulo: Companhia das Letras, 1990 y Hebe Maria Mattos de Castro, *Das Cores do Silêncio, Os significados da liberdade no sudeste escravista*, Brasil, sec. XIX, Rio de Janeiro: Arquivo Nacional, 1995.

urbanas, se dedicaban a dar asilo, proteger y recaudar fondos para reivindicar legalmente la libertad de esclavos fugitivos amenazados por la furia de amos violentos y sádicos. El más famoso de los representantes de esta corriente fue el célebre procurador negro, de ascendencia esclava, Luiz Gama.

La ley de los sexagenarios, que otorgaba libertad a los esclavos mayores de sesenta años estipulando al mismo tiempo la obligación que tenían éstos de continuar prestando servicios a sus propietarios por espacio de tres años o hasta cumplir los 65, ha sido siempre considerada como producto del más oscurantista espíritu esclavista que, hasta en los estertores de la esclavitud, encontraba espacio político para procurar inútilmente contener el proceso irreversible de abolición. Esta ley fue analizada hasta hace poco tiempo como un no-evento o apenas como una excrescencia política, incapaz de producir impacto efectivo sobre la volátil realidad social de desmantelamiento de la esclavitud. Sin embargo, nuevos estudios⁵ se concentran en examinar la Ley de los Sexagenarios dentro del marco de la coyuntura política y las cruciales discusiones en relación con la constitución de un mercado de mano de obra libre en el Brasil. Estos trabajos demuestran que el análisis de la arena política en que se llevó a cabo el debate sobre esta ley puede ser muy productivo para obtener información sobre los últimos años de vigencia de la esclavitud.

Estableciendo nexos entre la Ley del Vientre Libre de 1871, considerada por la historiografía como un factor importante en la definición de la opción de la emancipación gradual como camino hacia la abolición en el Brasil, y la Ley de los Sexagenarios, el libro *Entre a mão e os anéis*, por ejemplo, muestra que desde la década de 1870, el político y el jurídico fueron los principales escenarios en los que se debatían las diferentes tendencias políticas interesadas en la definición de estrategias para la constitución de un mercado de mano de obra libre en el Brasil. Esto porque, desde la promulgación de la Ley Rio Branco*, había quedado consagrada en el Brasil la intervención del Estado, teóricamente un agente externo, para intervenir de manera impersonal en las disputas entre propietarios y sus cautivos, éstos últimos obviamente siempre asistidos por otros hombres libres, abogados o procuradores, a quienes correspondía de hecho responder por el esclavo en sus reivindicaciones jurídicas en contra de sus amos. Las pertinaces luchas políticas entre las diferentes facciones de las élites regionales brasileñas, entre liberales y conservadores, reaparecen aquí en el ámbito de las leyes emancipacionistas y de los agentes encargados de ejecutarlas y de sus simpatizantes —abogados emancipacionistas y abolicionistas— que se dedicaban a explorar todas las posibilidades de creación de estrategias para oponerse a la esclavitud en el ámbito judicial.

Es en este sentido que pueden explicarse las causas por las cuales la injerencia del Estado en el gobierno de la casa,⁶ es decir en la propiedad esclavista, fue rechazada por

5. Joceli Maria Nunes Mendonça, *Entre a mão e os anéis. A lei dos sexagenários e os caminhos da abolição no Brasil*. Campinas: Editora de Unicamp: Centro de Pesquisa em História Social da Cultura, 1999.

* La “Ley de Rio Branco” es la Ley del Vientre Libre y se la denomina así porque fue el Vizconde de Rio Branco quien la presentó al senado. N. del T..

6. Aquí me refiero a la terminología utilizada por Ilmar Rohloff de Mattos, *O Tempo de Saquarema. A Formação do Estado Imperial*, São Paulo: Hucitec, 1990, que analiza la formación liberal del estado imperial brasileño como producto de la oposición de tres mundos o esferas de poder que son: el mundo de la casa (la hacienda esclavista), el del gobierno (el de los ciudadanos votantes) y el del desorden, en el cual se localizaban los hombres libres pobres del orden esclavista, vinculados a las normas sociales por tenues lazos paternalistas, siempre vistos por las elites como fuente de anarquía social.

los amos con tan profunda hostilidad. Al establecer un espacio de disputa jurídica en torno de los derechos del esclavo y de su valor monetario, la ley retiraba de la esfera de los amos el principio directriz de las relaciones esclavistas: el poder absoluto del señor sobre la vida de sus esclavos, por el cual cualquier flexibilización de la relación entre amos y esclavos debería siempre emanar de la voluntad libre y soberana de los primeros. Siendo la esclavitud, por principio, un régimen en el cual la ley estaba ausente, y en el que el poder del señor era absoluto, la reglamentación legal de la esclavitud, con su carácter impersonal, tendía a provocar fisuras irreversibles en la base del sistema.

Habiéndose convertido en el escenario en el cual se ensañaron las luchas políticas y sociales que resultaron en la abolición de la esclavitud en mayo de 1888, el sudeste cafetalero representa para la historiografía brasileña un centro neurálgico de análisis en lo que respecta al proceso de superación de la esclavitud. Efectivamente, postergado por las tensiones resultantes de la expansión de la producción cafetalera esclavista en el contexto de la creación de una política estatal emancipacionista y gradualista, además de tener que enfrentarse a una creciente rebeldía de los esclavos, visible en el aumento de los índices de criminalidad violenta practicada por los cautivos⁷, el sudeste cafetalero experimentó, a lo largo de la década de 1880, un importante movimiento social que procuraré describir en las páginas que siguen. Combinando fuertes dosis de rebeldía esclava en la forma de insurrecciones organizadas, crímenes sangrientos y fugas en masa de las haciendas, con un ascendente movimiento abolicionista eventualmente radicalizado, el sudeste cafetalero, con sus florecientes haciendas y sus ciudades en crecimiento, asistió al primer gran movimiento de masas de la historia del Brasil. Recuperar un movimiento social que fue apropiado por las fuerzas conservadoras victoriosas que acababan de tomar posesión tanto del liderazgo del proceso social de superación de la esclavitud en el Brasil, como de la construcción *a posteriori* de una versión higienizada de las luchas políticas de abolición, es el objetivo de este artículo.

EL GOBIERNO Y EL DESGOBIERNO DE LOS ESCLAVOS

En 1883, en oficio reservado, el Jefe de la Policía alertaba al Presidente de la Provincia de São Paulo sobre el peligro inminente en que se veía sumergida dicha provincia, dado el reducido número de la fuerza policial en ella existente, y subrayaba la urgente necesidad de un nuevo aumento del número de plazas que, a pesar de haber sido ya elevado a 960 para el ejercicio de la gestión 1883/1884, continuaba por debajo de las necesidades, porque, añadía el Jefe de la Policía:

Vuestra Excelencia debe saber sobre las continuas revueltas de esclavos que ocurren en las haciendas de esta provincia, y de la actitud que los mismos han tomado desde hace algún tiempo. Las sociedades libertadoras y abolicionistas crecen de momento a momento y se tornan más exigentes y menos respetuosas del legítimo derecho de la propiedad de esclavos. Sólo en esta capital, hay más de cien esclavos con dinero depositado, y por tanto, con su libertad en litigio, y un número aún mayor si se toma en cuenta los reclamos que llegan diariamente de casas particulares desconocidas. Ya es grande el número de libertos que, como resultado de la rápida transición de la esclavitud a la libertad, quieren gozar de su libertad viviendo en la más absoluta ociosidad. Estando las cosas en ese extremo, Excmo. Sr., puede pensarse con justa razón que en

7. María Helena Pereira Toledo Machado, *Crime e Escravidão. Trabalho, Luta e Resistência Escrava nas Lavouras Paulistas, 1830-1888*, São Paulo: Brasiliense, 1987.

*cualquier momento se rebelen los muchos esclavos que habitan diversas haciendas y que unidos con los de esta Capital y con un gran grupo de amigos del desorden que por ahí anda, perturben la tranquilidad pública de modo considerable.*⁸

A pesar del tono contundente y de los términos desabridos arriba utilizados, estas mismas autoridades se preocupaban de describir la situación de la provincia en sus comunicaciones públicas con tintes mucho más suaves. Así por ejemplo, en su informe anual del mismo año, de carácter público y de rendición de cuentas a la Asamblea y la población, el mismo presidente desautorizaba los rumores que habían corrido durante el año, confirmados por el texto arriba citado, con respecto al surgimiento de una revuelta concatenada de esclavos en la región oeste de São Paulo, teniendo como epicentro Campinas. Afirmaba él:

*En las haciendas de Morro Alto, município de Araras, en las de Castelo, município de Campinas, y en las de São Pedro, município de São João de Boa Vista, ocurrieron, durante los meses de septiembre y noviembre del año pasado, casos graves de insurrecciones de esclavos. La proximidad con que estos actos se siguieron unos a otros dio lugar a serios recelos. Los insurgentes fueron reprimidos, siendo todos los criminales llevados a prisión. Felizmente, estos movimientos quedaron circunscritos a cada una de aquellas haciendas, y no hay motivo para suponer que pretendían generalizarse.*⁹

La contradicción entre las fuentes y el entrecruzamiento de diversos discursos con respecto a la situación en los distritos esclavistas de la provincia de São Paulo y de sus áreas fronterizas en la provincia de Rio de Janeiro, así como el panorama de las ciudades —Rio de Janeiro, São Paulo, Santos y otras ciudades cafetaleras— en la década de abolición, son temas recurrentes en el período y que exigen una explicación. Uno de los desafíos que este artículo busca enfrentar en las páginas que siguen es el de develar los aspectos más nebulosos que encubrió la historia de los movimientos, ideas y proyectos respecto a la esclavitud, al margen de la censura oficial o informal a partir de la cual se trató la cuestión de la tranquilidad pública en la última década de vigencia de la esclavitud. Tal tarea, más allá de aportar a la recuperación de una historia factual que fue, por motivos bastante definidos, conscientemente eliminada de los manuales de historia del Brasil, encuentra su justificación en un abordaje historiográfico más amplio.

A partir de la sistematización de la prolífica documentación policial referente a la provincia de São Paulo, complementada por fuentes diversas —bibliográficas, correspondencia e informes oficiales— en estas páginas se ha pretendido recomponer, al menos en sus aspectos más substanciales, los mecanismos de penetración del abolicionismo en las haciendas, así como la peculiar dinámica que componía el amplio espectro ideológico que se propagaba en las plantaciones en busca de sus interlocutores directos.

El surgimiento repentino de movimientos de esclavos en las haciendas, con su cortejo de violencias y desafío a la tranquilidad pública, configurando una situación en la que el desgobierno de la mano de obra andaba acompañado de la inversión del orden social, aterrorizaba a las poblaciones de las ciudades cafetaleras, alimentaba las pesadillas

⁸. Departamento de Archivo del Estado de São Paulo (doravante DAESP), Libro de Reservados, Ordem 1529, oficio de 11/09/1883.

⁹. Discurso dirigido a la Asamblea Legislativa Provincial de São Paulo en la apertura de la 2a sesión de la 24a legislatura, el 10/01/1883 por el presidente de la provincia, Consejero Francisco de Carvalho Soares Brandão, São Paulo: Tipografía do Ypiranga, 1993, p.6.

de los hacendados y finalmente se materializaba en el ir y venir de los policías, quienes, mal adiestrados y pobremente armados, terminaban actuando apenas como bomberos que hoy apagan un incendio para sofocar mañana otro más allá.

Habiéndose tornado en uno de los principales problemas que debía enfrentarse en este período, la cuestión del mantenimiento de la seguridad pública y del orden, fuertemente amenazados por la eclosión de frecuentes rebeliones de esclavos y por el descubrimiento de muchas otras actividades de sedición, organizadas con la colaboración de abolicionistas, las autoridades policiales, con la anuencia de los gobiernos provincial e imperial, procedieron al montaje de una estrategia de desinformación y censura en el tratamiento público de la cuestión de los esclavos. Incapaces de hacer frente a las tropelías de los esclavos y a la osadía de los abolicionistas, buscaban desvirtuar el carácter peligroso de los sucesos violentos, evitando el pánico de la población y la emergencia de una discusión generalizada sobre el deterioro de los mecanismos de control social y la urgencia de dar solución al problema de la esclavitud.

El temor a una revuelta general de esclavos, con la colaboración de aquellos ya liberados, de los sectores populares urbanos y de las sociedades abolicionistas, adquirió contornos bien definidos al iniciarse la década de 1880. La erosión del control esclavista sobre los trabajadores de las haciendas alimentaba los terrores más profundos en las poblaciones de las áreas de fuerte concentración esclava, transformándose así la seguridad pública en el tema más delicado de la década. Existía el temor, en efecto, de que el pánico generado por las insurrecciones de esclavos, reales o imaginarias, no sólo desafiara el orden público, si no que se transformase en señal para la explosión del creciente malestar, presente en ciertas capas de la población que, cada vez más inseguras con el devenir de los acontecimientos, se mostraban propensas a reaccionar con la fuerza. El papel de los órganos policiales se iba haciendo cada vez más estratégico —se trataba así no sólo de defender los intereses esclavistas, si no también de mantener el monopolio del poder de represión, evitando el desencadenamiento de una situación de confrontación entre las fuerzas a favor y en contra de la abolición.

La tranquilidad pública, la seguridad de la población, el mantenimiento del orden público, parecen haber sido, más allá de la defensa del orden esclavista, los objetivos de las fuerzas policiales de la provincia. Claro está que la actuación de la policía en los municipios, de manera general, coincidía con los intereses de hacendados y propietarios de esclavos, lo que se explica por los acuerdos políticos que sellaban las nominaciones de las autoridades locales. En efecto, la protección de los intereses esclavistas a lo largo de la década, incluyó prácticas bastante conocidas: desvirtuar la importancia de denuncias relacionadas con malos tratos a los esclavos, apresar a los esclavos insubordinados, reprimir a las fuerzas abolicionistas. Por otra parte, también es cierto que en los documentos policiales acerca de la represión de los movimientos de esclavos, resalta la creciente preocupación, sobre todo de parte de la jefatura de la policía, por mantener las actividades represivas dentro del estricto marco de la ley.

Ya en los primeros años de la década del 80, la exasperación de las tensiones relacionadas con los esclavos, hizo que la cuestión servil se pusiera al orden del día atrayendo la atención de la opinión pública hacia las actividades policiales para controlar los movimientos de esclavos. El público, informado por los periódicos, acompañaba la evolución de los conflictos entre amos y esclavos, sensibilizándose con las denuncias de las arbitrariedades policiales. Por lo tanto, una confrontación de los datos contenidos en los documentos policiales frente al material periodístico indica que una de las tácticas de la policía era la de mantener los asuntos más explosivos bajo censura. Muchas veces desinformadas sobre la extensión de los eventos ocurridos en torno a la cuestión servil,

las noticias contenidas en los periódicos contrastan con aquellas que se encuentran en los documentos policiales, sobre todo en aquellos bajo el título de “reservado”. Un aspecto fundamental a notar es que la cuestión de la censura condicionó, no sólo la divulgación de las informaciones en los periódicos de la época, si no también los trabajos historiográficos que se limitaron a analizar las fuentes impresas, sea periódicos o informes oficiales.

La pérdida de control sobre la mano de obra esclava, por lo menos en algunos puntos críticos de las áreas cafetaleras del sudeste, que ya se evidenciaba en 1881, exaltaba los ánimos y ofendía los principios de algunos delegados adeptos a métodos menos violentos en el tratamiento de la cuestión de la esclavitud. El informe del Delegado de Itatiba (zona cafetalera del noroeste paulista) al Jefe de Policía, acerca de la represión de una revuelta de esclavos ocurrida en una de las haciendas importantes de la región, que habiendo sido prontamente reprimida no había provocado un resultado más grave,¹⁰ ilustra esta realidad:

Ilmo. Eximo Sr.

La esclavitud, esa miseria estampada en el rostro de la sociedad brasileña, de un tiempo a esta parte me ha hecho pasar por horribles torturas. El propietario me pedía que le garantice la vida y propiedad; la humanidad, la religión y el espíritu del siglo me pedían que garantice la sangre del esclavo. Cardoso, sañudo, quiso ensangrentar la cárcel. Yo me opuse. Por todas corría el rumor de que la autoridad no consentía en que se lacerase a los esclavos. Es agente de Nabuco, comparsa de Luiz Gama, decían. Finalmente hoy al mediodía, a semejanza de Pilatos, tal vez tan cobarde como él, ordené que se azotara a los nueve infelices esclavos de Cardoso. Me dirigí a la prisión e hice representar el más triste y degradante espectáculo, mandando aplicar cincuenta azotes a cada uno. Al estallar el chicote del verdugo, los gemidos de las víctimas daban a aquella escena el aspecto de la época negra del Santo Oficio. Cuatrocientas cincuenta veces se levantó el látigo y otras tantas cayó sobre las espaldas de nueve hombres negros, esto en nombre de la ley, delante de la autoridad y la fuerza pública. ¿Qué diría Castro Alves si estuviese vivo? Al retirarme fui saludado por la multitud, mas yo estaba avergonzado. Y quedó todo en paz y sosiego.¹¹

Excepcional por el tono al mismo tiempo honesto y dramático, el informe del Delegado de Itatiba testimonia un contexto de radicalización de ciertos estratos de la población en las áreas con alta concentración de esclavos, que empezaban a reaccionar de forma crecientemente irascible a las rebeliones de esclavos. Otros documentos, del puño de diferentes autoridades municipales, aunque de forma más discreta, trazaron también un panorama en el que con los ánimos exaltados, los hacendados y sus favorecidos agitaban las ciudades, amenazando a las autoridades, exigiendo el desencadenamiento de una feroz represión contra los esclavos insubordinados, así como también contra los

¹⁰ DAESP, Policía, Ordem 2600, Caixa 165 de 1880. El primer informe del Delegado de Itatiba da una idea de la extensión de la revuelta, así como del pánico del amo frente a la rebeldía de sus esclavos: "Hoy, a una hora de la madrugada, envié una escolta fuerte de diez hombres, comandada por el sargento aquí destacado, en socorro del hacendado Francisco Cardoso, en el barrio del Jardim, de esta circunscripción. Volvieron a las once horas trayendo presos a nueve de los jefes de la insurrección de esclavos de Cardoso. Quedando todos acomodados, digo quedando el resto de los esclavos acomodados, sin que hubiese ningún incidente en la diligencia, pues como todo tirano y cobarde, Cardoso que temblaba de miedo, viendo que once sables se desenvainaban en su auxilio, tornose envalentonado y quería despedazar a los esclavos..."

¹¹. DAESP, Policía, Ordem 2600, Caixa 165 de 1880.

abogados interesados en la causa de los esclavos y los abolicionistas que osasen entrometerse en sus intereses.

A lo largo de la década, muchos otros delegados y jueces municipales expresaron igualmente su desacuerdo en relación con los métodos utilizados por los hacendados locales, sobre todo por aquellos congregados en los *Clubs de Lavoura**. Baluartes de la reacción esclavista, estas asociaciones asumieron, principalmente en el oeste paulista, área de expansión del café en la provincia de São Paulo, una creciente hostilidad con respecto tanto a las reivindicaciones esclavas como a la actuación de los abogados interesados en la causa de la liberación jurídica de los cautivos. Brotas (1881), Araraquara (1883 y 1884), Rebeirão Prieto (1883), Botucatu (1883 y 1884) São João de Boa Vista (1884),¹² fueron las localidades del noroeste paulista en que fueron relatados los más serios conflictos en relación a las actividades de grupos de hacendados y *Clubs de Lavoura* que "provocando disturbios en la ciudad, amenazan con apalea a las autoridades y al cuerpo policial".¹³ Congregados en bandos armados, siempre bajo la dirección de los más poderosos, los hacendados no se amedrentaban para amenazar con las armas a abogados, jueces y delegados que no demostrasen una clara identificación con sus intereses.

MOVIMIENTOS REBELDES

Por otra parte, la agitación de los esclavos, la eclosión cada vez más frecuente de confrontamientos entre esclavos, propietarios y sus administradores, el abandono de las haciendas y la pérdida de valiosa mano de obra, se tornaron, con el correr de la década, en algo más que la mera fantasía de la clase propietaria que, colocada desde siempre en la retaguardia, percibía los menores actos de sus cautivos como advertencias de la concretización de la tan temida revuelta general de los esclavos.

La rebeldía esclava a lo largo de los años 80 se mostró especialmente atemorizante en todas las regiones en que la concentración de cautivos ponía en evidencia a esta capa de la población. En este contexto, algunas áreas particularmente violentas atravesaron la década bajo la constante intervención de la Jefatura de Policía que, enviando gruesos contingentes a estas localidades, procuraba anular los movimientos de esclavos, si no extinguiéndolos, por lo menos manteniéndolos bajo control.

Al noroeste de la provincia de São Paulo, región que se caracterizaba por la constante expansión del cultivo de café en la década del 80, localidades como Belém do Descalvado, Pirassununga y Rio Claro, se convirtieron en áreas donde el ir y venir de las tropas enviadas desde la capital de provincia procuraba sofocar, siempre con cierto atraso, las tropelías de los esclavos que con sus insubordinaciones, violencias y fugas, mantenían a las poblaciones siempre en sobresalto. Al despertar la década, el crecimiento tardío de la población esclava, que inundaba las nuevas zonas con cautivos recién

* El nombre completo de estas organizaciones era el de "Clubs de Laboura e Comercio", en castellano, "Clubes de Agricultura y Comercio", que eran patrocinados por hacendados, propietarios de esclavos. N. del T.

¹². DAESP. Policía, Respectivamente, Ordenes 2612, 2627, 2636, 2628, 2658, 2629. Caixas 177, 192, 201, 193, 223, 194.

¹³. DAESP, Policía, Ordem 2628, Caixa 193 de 1884. Oficio del Delegado de Policía de Botuatu al Jefe de Policía.

llegados,¹⁴ incentivaba la expansión de los cafetales, pero se traducían también en un fuerte incremento de la rebeldía esclava.

La comarca de Belém do Descalvado, por ejemplo, que en los años 80 congregaba, además de la circunscripción de Descalvado, las de Pirassununga y Santa Rita do Passa Quatro, sufrió, entre los años de 1880 a 1888, trece episodios de resistencia violenta de los esclavos, que incluían desde homicidios de capataces y amos hasta insurrecciones de plantaciones enteras.¹⁵ Telegramas, oficios e informes revelan el clima de tensión en el cual ocurrían los movimientos de esclavos. Así por ejemplo, el 15 de Mayo de 1884, en telegrama al Jefe de la Policía, el Delegado de Descalvado pedía el envío urgente de fuerzas permanentes a la localidad pues:

*Los esclavos de la hacienda Santa Rita en número superior a cien, se levantaron esta noche. El administrador desapareció y los empleados fueron forzados por los esclavos a marcharse. Aún no sé si hubo muertes. Pido auxilio a V.Excía.*¹⁶

Represión violenta y castigos feroces seguían a las insubordinaciones de los esclavos buscando sofocar por la fuerza aquello que en otro tiempo la política paternalista de los amos habría sabido solucionar. Un mes después de la revelación de la insurrección de Descalvado, el Delegado volvía a la carga, esta vez para desmentir las acusaciones de aplicación de castigos excesivos a los revoltosos, afirmando que:

*Los esclavos de la hacienda Santa Rita no fueron bárbaramente castigados, como se tiene dicho. De los 39 esclavos que se figaron hacia Pirassununga, algunos fueron castigados con 50 azotes y otros con apresamiento, mas todos volvieron a trabajar y no reclamaron por los malos tratos.*¹⁷

La creciente pérdida de control de los amos sobre los esclavos de las plantaciones, la morosidad y benignidad de los jueces aliada a la necesidad de mantener bajo reserva hechos que causarían alarma a la ya atemorizada población de las ciudades, desaconsejaban la apertura de procesos criminales públicos para sucesos de este tipo. La extensión de los hechos, que serían necesariamente verificados y debatidos en las sesiones públicas de juzgamiento, obligarían a la justicia a castigar ejemplarmente —con la pena de muerte—¹⁸ a los esclavos revoltosos, a fin de mantener su reputación frente a la opinión pública, lo que resultaba extremadamente incómodo. Puesta en desuso desde

¹⁴. Robert Conrad, *The Destruction of Brazilian Slavery*, op.cit, cuadro 14, p. 295 muestra que entre 1874 y 1882 la población esclava del municipio de Descalvado pasó de 1.339 a 2.860. La de Pirassununga de 1.376 a 3.550 y la de Rio Claro de 3.935 a 4.852.

¹⁵. A lo largo de 101 cajas de documentación de la policía se encuentran dispersos relatos de estas ocurrencias en la siguiente configuración: 1880, 2 homicidios de capataz; 1881, 2 homicidios de capataz, 1 homicidio de administrador seguido de insubordinación general de los esclavos; 1884, 1 fuga en masa y 1 insurrección; 1885, 2 homicidios de capataz, uno de ellos seguido de insubordinación general; 1887, un homicidio de propietario; 1888, tres fugas en masa acompañadas de insubordinación y desorden en las ciudades. La tentativa de clasificar todos estos documentos en diferentes categorías es siempre precaria, pues los límites entre crímenes, insurrecciones, fugas y desórdenes son siempre muy tenues. Por eso, la clasificación aquí presentada sigue aquella presentada por la misma policía, debiendo ser tomada en cuenta sólo como indicación de las diferentes intensidades de los sucesos.

¹⁶. DAESP, Policía, Ordem, 2636, Caixa 201 de 1884.

¹⁷. DAESP, Policía, Ordem 2638, Caixa 203 de 1884. Informe del Delegado de Policía de Descalvado al Jefe de Policía.

¹⁸. Cf. texto da Lei Excepcional de 1835.

mediados de la década de 1870, la pena capital,¹⁹ a pesar de no haber sido derogada, era resistida y su aplicabilidad cuestionada tanto por el pensamiento abolicionista como por los sentimientos humanitarios de la población.²⁰

El hecho es que, desguarnecida para enfrentar los desafíos de la rebeldía esclava en los años 80, la actuación de la justicia adoptó contornos mucho más modestos que aquellos de la década de 1870. Al mismo tiempo, el papel fundamental de la policía en la contención de los conflictos, colaboró al estrechamiento de los lazos entre propietarios de esclavos y delegados, que buscaban mantener, bajo máxima reserva, los sucesos más explosivos, transfiriendo nuevamente a los amos el poder de castigar y reprimir privadamente a sus esclavos. Castigos particulares, aplicados dentro de los límites de las haciendas bajo la mirada complaciente de la policía, intentaban encubrir el nivel de erosión del control sobre los esclavos, manteniendo a la opinión pública distanciada de los hechos que señalaban los peligros de un enfrentamiento irreversible entre esclavos y sus dueños.

En febrero de 1885, en el municipio de Rio Claro, los esclavos de la hacienda São José, de propiedad de los herederos del fallecido Visconde de Rio Claro, acompañados de sus mujeres, se dirigieron a la delegación local para declarar que habían agredido al administrador de la hacienda y que, por lo tanto, no pretendían retornar a ella. Uno entre muchos casos de este tipo, la apertura de una pesquisa policial, no obstante, pone en evidencia la situación de desmoralización que tanto el propietario como las autoridades preferían callar. El nivel de resistencia al orden esclavista, la osadía de la acción y la inversión de la autoridad esclavista que subyacían en el acto de los agresores, reforzaban los más íntimos temores de las clases propietarias. El interrogatorio de los esclavos involucrados en la agresión revelaba una situación sorprendente, como aquella descrita en el testimonio del esclavo Mamede, natural de Bahía, quien residía en la hacienda entre 16 y 20 años y que era capataz:

...estando los esclavos comiendo en la gamela, el administrador resolvió enredarlo a él, ordenándole que castigase a los trabajadores (nótese el término utilizado en lugar de esclavo) porque el servicio era muy lento.

Revelándose contra los castigos "injustamente" aplicados los esclavos:

... cayeron sobre el administrador agarrándolo y pegándole con un chicote, diciéndole que ellos hacían aquello para que viera si era bueno lo que quería hacer con ellos.²¹

A la pregunta de cómo fueron causadas las heridas al administrador, respondió: "*latigazos que podían ser en número de 50 y que fueron propiciados en las nalgas a calzón bajado.*"²²

Actuaciones como ésta, sobre todo cuando estaban encabezadas por esclavos estables y bien enraizados en la propiedad (todos los declarantes afirmaban que vivían en la propiedad por lo menos 20 años), denotaban, más allá de la mera revuelta, la pérdida

¹⁹. Machado, *Crime e escravidão*, op.cit., cuadro 4, p.53.

²⁰. El periódico *Ça Ira*, fundado por Luiz Gama en 1882, con la colaboración de otros conocidos abolicionistas, tenía como emblema el siguiente dístico: "Ante el Derecho, es justificable el crimen de homicidio practicado por el esclavo en la persona de su señor." Enrique L. Alvez, *O fantasma da Abolição*, São Paulo: Olino-Kempf Editores, s/d.p. 25.

²¹. DAESP. Policía. Ordem 2647, Caixa 212 de 1995. Transcripción de los autos de interrogatorio de los esclavos de la hacienda São José, en este municipio y declaración y auto de Cuerpo del delito

²². DAESP, Policía, Ordem 2647, Caixa 212 de 1885. Transcripción de los autos...

de códigos de referencia fundamentales en las relaciones esclavistas, advertencia de una situación en que la pérdida de control sobre la mano de obra, unida a la venganza de los esclavos, colocaba al mundo de cabeza. En este caso, el administrador había sido sometido a una experiencia tan ultrajante que, negándose a presentarse como cuerpo del delito, respondió complacientemente a la agresión. Retirando la queja, decía el administrador que éste era un "*caso en que el señor debe corregirlos moderadamente, no correspondiendo la actuación de la justicia*".²³ Castigos moderados que, días después, ocasionaron la fuga desesperada del esclavo Cristovão y la muerte del esclavo Liberato y, más aún, derivaron en una contienda entre el delegado y el promotor de justicia con respecto a las reales circunstancias en que se había dado el castigo a los cautivos.²⁴

La emergencia de movimientos esclavos no se limitaba a ninguna región específica de la Provincia. Por el contrario la eclosión de rebeldía esclava, reflejando los perfiles poblacionales y las áreas de concentración de esta mano de obra, alimentaba, en las regiones cafetaleras, un clima de desconcierto y temor. La imagen de pérdida de control sobre los esclavos, reiterada constantemente por la recurrencia de actos de rebeldía que la policía se empeñaba en sofocar en vano, se profundizaba y acababa por crear un clima de polarización, que los siempre renovados pedidos de refuerzo policial, armamento y mejoras de la seguridad pública intentaban contener sin éxito.

Las deficiencias de armamento de la policía local también se convirtieron en asunto para el intercambio de correspondencia entre las autoridades locales y la jefatura de policía. Mal entrenadas y pésimamente armadas, las fuerzas municipales poco podían hacer frente a un movimiento de mayor envergadura. Así, en 1884, debido a la alarma que causó la amenaza de una insurrección esclava en Taubaté (Valle de Paraíba) y zonas adyacentes, que finalmente no llegó a verificarse, el Jefe de Policía remitió un oficio al Cuartel de Comando, listando los armamentos que debían ser enviados al destacamento de Taubaté, provisión que incluía, entre otros pertrechos, 200 cartuchos y espoletas, justificando que: "*Atendiendo al estado actual de la cuestión servil es de toda conveniencia que este destacamento esté preparado y en condiciones de pacificar cualquier sedición que pueda haber por parte de los esclavos.*".²⁵

A pesar de la prontitud con que el jefe de policía buscaba atender los requerimientos de las localidades desafiadas por los movimientos esclavos, se iban éstos tornando tan intensos que, en muchas ocasiones, los delegados se veían obligados a disputarse entre sí las menguadas tropas enviadas de la capital, pasando por encima de la autoridad del Jefe de la Policía.

Son ilustrativos los argumentos utilizados por el Delegado de Policía de Amparo (al noroeste de la provincia de São Paulo) para justificar un pedido irregular de refuerzos policiales, en enero de 1884:

No comuniqué el requerimiento de fuerzas que hice al Delegado de Policía de Campinas, para una diligencia en la hacienda de Antonio Pedro de Godoy Moreira, en razón de la comunicación que tuve de éste, de que sus esclavos estaban insubordinados y que ayer esperaba un levantamiento de los mismos con el fin de asesinar al capataz o al propio Antonio de Godoy.

²³. DAESP, Policía, Ordem 2647, Caixa 212 de 1885. Transcripción de los autos...

²⁴. DAESP, Policía, Ordem 2647, Caixa 212 de 1885. Transcripción de los autos de Cuerpo del delito procedido en el esclavo Cristovão, perteneciente a la Sociedad Agrícola Oliveira y Cía.

²⁵. DAESP, Policía, Ordem 2628, Caixa 193 de 1884.

*Viendo que se hacía necesario tomar las providencias que el caso requería y no había tiempo que perder...*²⁶

La precariedad de las fuerzas represivas, la ineficiencia de la justicia, y la insuficiencia de recursos policiales, testimoniaban las tentativas de transferencia de la contención de las insubordinaciones de esclavos, de los propietarios hacia el Estado. Al ocurrir en un contexto en que la pérdida de control sobre esta mano de obra y la acumulación de actos de rebelión y confrontamientos evidenciaban la obsolescencia de las políticas esclavistas paternalistas, los movimientos de esclavos, ya en los primeros años de la década de los 80, demostraban la pérdida de funcionalidad del sistema esclavista. Con sus motines y reivindicaciones, los movimientos de esclavos desafiaban las políticas gradualistas y emancipacionistas y se extendían en todas las direcciones, con particular énfasis en las áreas de gran concentración de cautivos. En éstas, la osadía de los esclavos y la creciente soberbia de los policías desafiaban el orden esclavista tradicional generando sentimientos de temor y desgobierno entre la población.

El clima de incertidumbre e inseguridad minaba la tranquilidad pública de tanta importancia para los propietarios y autoridades quienes procuraban, en los años 80, mantener el liderazgo de un proyecto pacífico de extinción de la esclavitud, en el cual los receptores, los nuevos libertos, se convirtieran en deudores de la benevolencia de los propietarios. Atropellando los sueños de las elites propietarias, sin embargo, la eclosión de levantamientos traducía la superación, no sólo del orden esclavista por parte de los esclavos, si no también su resistencia a asumir los nuevos roles que entonces se perfilaban para ellos: los de mano de obra supervisada y dependiente en las haciendas cafetaleras.

El surgimiento de movimientos autónomos de esclavos en la forma de revueltas bien organizadas, si bien reflejaba las oportunidades de la coyuntura favorable que ofrecía la quiebra del consenso en relación con la esclavitud, se mantenía circunscrito al mundo de las haciendas y villas rurales. No obstante, la ausencia en estos episodios de una dirección externa —como la de las fuerzas abolicionistas en sus diferentes matices— en los primeros años de la década, no impidió la organización de movimientos esclavos bien planificados. Algunas de las más elaboradas revueltas de esclavos, sofocadas por las autoridades que se sentían incapaces de mantener el proceso bajo control, fueron claramente encubiertas por las autoridades policiales y judiciales.

VÍNCULOS Y CONEXIONES: UN JUEGO DE PODERES

Factor principal en el equilibrio de las fuerzas sociales, el poderío de los amos se expresaba tanto en la capacidad de mantener, a nivel local, la explotación del sistema de trabajo esclavo en moldes compatibles, como en el renovado esfuerzo político demostrado por la clase, en estos años, en resguardo de sus intereses en el Parlamento. Al iniciarse la década del 80, se evidenció un nuevo florecimiento del abolicionismo que, desde 1871 se había mantenido en la retaguardia, ahuyentado por las luchas políticas que rodearon la aprobación de la Ley del Vientre Libre. De hecho, en los años de 1879 a 1880, ideas abolicionistas, con diferentes matices ideológicos —amparadas por personalidades que se popularizaron a través de la prensa, las tribunas parlamentarias y los *meetings* populares, como Joaquín Nabuco y José do Patrocínio—, parecen haber

²⁶. DAESP, Polícia, Ordem 2629, Caixa 194 de 1884.

ganado las calles, la atención de la población urbana y la preocupación de los propietarios de esclavos y de sus representantes en la Cámara.²⁷ Realmente, “Fue en la legislatura de 1879-80 que, por primera vez, se vio dentro y fuera del parlamento un grupo de hombres que hicieron de la emancipación de los esclavos, no de la limitación del cautiverio para las generaciones actuales, su bandera política, la condición fundamental de su adhesión a cualquiera de los partidos”.²⁸ No obstante, la vitalidad política de la clase propietaria no tardó en manifestarse. Simultáneamente al incremento de las manifestaciones de resistencia a la institución, que llegó a su cumbre con el proyecto de Nabuco de extinción de la esclavitud en 1890, se gestaba la reacción de la clase esclavista. Varios factores, tales como el orgullo esclavista de algunos parlamentarios—el de Martinho Campos en 1881, por ejemplo—, el fortalecimiento de los *Clubs de Lavoura*, o la reafirmación de la creencia en la extinción “natural” de la esclavitud a través de los efectos de la ley de 1871, colaboraron para la derrota electoral de los abolicionistas, el auto-exilio de Nabuco y el momentáneo retroceso del poder de lucha de los movimientos comprometidos con la oposición a la institución esclavista.²⁹ En 1882, los propietarios de esclavos se ufanaban de que la batalla había sido ganada.

En un contexto local, la aparente preponderancia del punto de vista esclavista en la conducción de la política emancipacionista, a partir de los años 70, había llevado a la expansión de las fronteras productivas de la Provincia, al oeste y al norte, con el aumento de los asentamientos de esclavos, que juntamente con los cafetaleros y las vías ferroviarias, constituían la base de sustentación de aquellos que muchos denominaran como los hacendados progresistas. Si bien entre 1874 y 1883 la población esclava de Campinas, polo irradiador de la expansión para el llamado Oeste, no había aumentado significativamente, pasando de más o menos 13.000 hasta llegar a 15.000, las regiones esclavistas circundantes sufrieron sensibles incrementos de la población esclava. Significativamente, la población esclava de Casa Branca pasó, en el mismo período, de 2.000 a casi 4.000, y la de Amparo más que se duplicó, pasando de 2.000 esclavos a 4.630. Limeira, a pesar de haber soportado el desmembramiento del municipio de Araras, sufrió no obstante un ligero aumento de su población que pasó de 3.000 a 3.600.³⁰

Si bien los avances del abolicionismo, a principios de los años 80, habían conseguido reducir el precio de los esclavos, no había pasado lo mismo con su productividad. En este sentido, mejorar el tratamiento proporcionado a la mano de obra esclava se iba convirtiendo en una preocupación creciente de la clase propietaria, concretizándose tanto en una atención mayor con relación a la alimentación, la salud y otros aspectos básicos, así como en una política que permitía a los esclavos acceso a pequeñas cantidades de dinero. El modelo de explotación del sistema de trabajo esclavo, sin embargo, se mantenía inalterado. Los conflictos acerca de los derechos de los cautivos y los ritmos de trabajo en una economía en expansión —expresados en la

²⁷. Ver, por ejemplo: Conrad, *The Destruction of Slavery*, op.cit, cap. 9; Robert B. Toplin, *The Abolition of Slavery in Brazil*, Nova York, Atheneum, 1975, cap.4.

²⁸. Joaquim Nabuco, *O Abolicionismo*, Petrópolis: Ed. Vozes, p.25.

²⁹. R. Magalhães Jr., *A vida turbulenta de José do Patrocínio*, Rio de Janeiro: Sabiá, 1969, cap. 10. Conrad, *The destruction of Slavery*, op.cit., cap. 10. Toplin, *The abolition of slavery in Brazil*, op.cit, cap. 5.

³⁰. Conrad, *The destruction of Slavery*, op.cit, p.295.

creciente criminalidad de los esclavos— minaban desde los años 70 la estabilidad de la institución como un todo, sobre todo en la región del oeste paulista.³¹

En el contexto de la expansión de las fronteras cafetaleras en la provincia de São Paulo, con la consiguiente concentración de mano de obra esclava que la acompañó, los conflictos entre amos y esclavos parecen haberse tornado más y más feroces debido especialmente a la intensificación del control del trabajo y las tentativas de eliminación de los tradicionales márgenes de acomodación, consubstanciales hasta entonces con una política paternalista. A lo largo de estos años, marcados por las discusiones en torno a la sustitución de la mano de obra esclava, se profundizaron también las disensiones. Para bien o para mal, se trataba de preparar a la mano de obra esclava para su nuevo papel en el cuadro de una absorción apenas tangencial a la clase asalariada y proletaria.

Por otra parte, la tenaz resistencia emprendida por los esclavos para preservar los márgenes de acomodación y sus derechos tradicionales revelaban una clara repulsión hacia los proyectos de proletarización. En este sentido, las políticas reformistas intentadas por los propietarios más ilustres o “modernos” resultan bastante esclarecedoras. Estas buscaban introducir pedagógicamente, precisamente en el cuadro de la esclavitud, elementos propios del trabajo asalariado. Aplaudidos por los abolicionistas, tales proyectos fueron encarados como fruto del espíritu humanista y progresista de pensadores que se adelantaban a su tiempo. Por ejemplo André Rebouças, al delinear sus ideas más importantes sobre la “democracia rural brasileña”, no escatimó elogios para la experiencia intentada en el Ingenio Pimentel de Bahía, en la década de 1860, en la cual, entre otras novedades, el capataz fiscalizaba los trabajos, no armado de un chicote, si no de lápiz y papel con el cual llevaba la cuenta de las multas para los esclavos que cometían faltas.³²

Las evidencias nos llevan a pensar que tales experiencias filantrópicas no fueron aplaudidas por los esclavos —y ciertamente no por aquellos de la región de Campinas. En 1871, uno de los crímenes más violentos ocurridos en la región tuvo como escenario una hacienda modernizada, en la cual, siguiendo estrictamente la política paternalista, se establecía una pequeña remuneración por el trabajo esclavo adicional realizado en tiempo de descanso, y al mismo tiempo se penalizaba con multas a los trabajadores. Reafirmandose como esclavo, el grupo sedicioso de esta hacienda procuraba preservar los márgenes de tiempo, organización social y trabajo autónomos, que eran avasallados por una relación esclavista interesada en adecuarse a los moldes de explotación del trabajo libre.³³

El delineamiento de la coyuntura de los años 80, en las regiones cafetaleras más avanzadas de la provincia de São Paulo, puede iluminar aspectos que constituyeron importantes estímulos para la gestación de movimiento de insurrección. La destrucción, ya en curso, de las relaciones esclavistas tradicionales más paternalistas, unida a la veloz ocupación de las tierras disponibles por los cafetaleros y a la alta concentración de mano de obra que le siguió, parecen haber dejado pocas opciones a los esclavos. Se trataba, entonces, de resignarse a una transición que les era francamente desfavorable o de invertir las reglas del juego, instaurando una nueva era. En este sentido, las revueltas de

³¹. Machado, *Crime e escravidão*, op.cit, principalmente cap. “Trabalho, compensação e crime: estratégias e contra-estratégias.

³². André Rebouças, *Agricultura nacional*, 2a.ed. facsimil, Recife: Massangana, 1988, pp: 175’190

³³. Machado, *Crime e Escravidão*, op.cit., pp. 119-123

esclavos ocurridas en los distritos cafetaleros de Campinas, Limeira y otras localidades del oeste y noroeste paulista cafetalero, al principio de la década de 1880, se articularon en torno a figuras carismáticas de libertos y hombres libres pobres poseedores de artes mágicas y adivinatorias y muestran una dinámica peculiar de revueltas de esclavos orgánicas. Tramadas y concretizadas a espaldas de cualquier movimiento abolicionista organizado, estas insurrecciones esclavas se articulaban en torno de sociedades secretas de carácter religioso, en las cuales, lemas mesiánicos vinculados al advenimiento de una nueva era de libertad se concretizaban en la organización de revueltas bien planificadas que se proponían eliminar a los propietarios de esclavos y a los blancos en general. Personajes como el del liberto Felipe Santiago, líder de una sociedad secreta de esclavos, hechicero y profeta de un tiempo nuevo, recibían entusiasta acogida por parte de los esclavos de las haciendas cafetaleras altamente productivas, estimulando revueltas sangrientas, muy distintas en sus propuestas y organización interna del movimiento abolicionista de cuño liberal.³⁴

Más, no sólo los cautivos pudieron aprovechar de los nuevos tiempos, porque en éstos se abrían también posibilidades de superación de las tradicionales barreras sociales que dividían a los esclavos, libertos y libres. Como sugieren muchos movimientos de esclavos, la repulsa a la esclavitud, al trabajo vigilado y a la proletarización que entonces tomaba forma, creaba el territorio de solidaridad necesario para que cautivos, evadidos de la senzala y hombres libres pobres se uniesen.

Los movimientos de esclavos, generados autónomamente, poseedores de una dinámica propia y de mecanismos extraños al mundo de los propietarios, mostraban claramente la superación de las posibilidades de acomodación del sistema, concretizadas tanto en una política paternalista de tratamiento de la mano de obra como en una visión gradualista de la emancipación. Finalmente, los esclavos y sus líderes exponían a los ojos de todos el divorcio entre las políticas emancipacionistas y su propio modo de alcanzar la libertad.

AGENTES DEL MOVIMIENTO ABOLICIONISTA

Contrariamente a lo que se empeñaban en afirmar sus participantes, los movimientos abolicionistas —por lo menos en sus matices más radicalizados— pueden haber penetrado en el campo e invadido las senzalas mucho antes de lo que se ha admitido usualmente. De hecho, la confrontación de las diversas fuentes disponibles para la década del 80, así como la consideración de la producción historiográfica sobre el abolicionismo, revela múltiples perspectivas. Fuentes locales, artículos periodísticos y documentación secundaria de la policía como los reportes de los Jefes de Policía y de los Presidentes de Provincia, siempre interesados en la cuestión de la tranquilidad pública se encuentran, a lo largo de este período y con especial énfasis en los primeros cinco años de la década, salpicados de sospechas y denuncias de participación de hombres libres en la organización de las numerosas revueltas de esclavos, en las áreas de alta concentración de esta mano de obra.³⁵

³⁴. Sobre la revuelta liderada por Felipe Santiago, ocurrida en 1882 en Campinas, área cafetalera al noroeste de la provincia de São Paulo, ver Machado, *O plano e o pânico*, op.cit., cap. 3, “Com dois te vejo com cinco te prendo: os escravos e suas estratégias de libertação”, pp. 91-142.

³⁵. Aquí me refiero al conjunto de documentación relativa, sobre todo, a los años 1879, 1881, 1882 y 1885.

Los historiadores dedicados al estudio de la así llamada “transición” se enfrentan a esta problemática registrando, de forma circunstancial y no raras veces en tono de duda, la posible presencia de elementos abolicionistas, ya a principios de los años 80, entre las huestes de esclavos insubordinados. Realmente, el tono frecuentemente impreciso de estas fuentes, construidas muchas veces a posteriori y bajo severas restricciones impuestas por la policía en la divulgación de sus investigaciones sigilosas, no colaboró al esclarecimiento del asunto por parte de los estudiosos. Sólo en los años más avanzados de la década, ya en vísperas de la abolición, es que los historiadores pudieron confirmar la efectiva participación de los abolicionistas en el desmantelamiento del sistema de trabajo esclavo en las haciendas, utilizando los relatos y reminiscencias de los propios militantes. Aún así, contra todas las evidencias que constan en las fuentes locales y periodísticas sobradamente conocidas, muchos continuaron afirmando que, sólo a partir de 1887, con la penetración del abolicionismo en las senzalas para organizar las fugas en masa y el abandono de las haciendas, la protesta de los esclavos, antes de carácter inmedatista y asistemática, adquirió contenido y dirección política efectivos.³⁶

Por otra parte, los materiales disponibles sobre las diversas corrientes abolicionistas se refieren generalmente al mundo urbano de las luchas partidarias, de los clubes emancipadores y de los meetings populares. Circunscritas a la efervescencia social de ciudades como Rio de Janeiro, São Paulo y Santos, en los años 80, las fuentes privilegiadas para la reconstitución de los embates abolicionistas aparentemente se atienen a aquellas producidas por una élite letrada de políticos liberales, progresistas y republicanos, periodistas, intelectuales y profesionales liberales, a través de los anales parlamentarios, los artículos de tono pasional de las páginas abolicionistas, los opúsculos y libros de mayor o menor calidad literaria, mas siempre de cuño panfletario y de reminiscencia.³⁷ Instrumento privilegiado, las deposiciones de testimonios escritos, no al calor de la lucha si no más bien en el reposo del ostracismo —destino de gran parte de renombrados abolicionistas— intentaron narrar en forma de sagas, la lucha heroica de un puñado de hombres abnegados que, enfrentando mil obstáculos y persecuciones, concretizaron el sueño de toda una generación: la extinción del comercio de carne humana y la entrada del país al concierto de las naciones civilizadas.³⁸

Las tentativas de sistematizar en una cronología una sucesión de fases y estrategias diferentes tropiezan con una imprecisión calculada: al mismo tiempo que en el desarrollo de la narrativa se construye un escenario de fondo en el cual el avance de las ideas "libertarias" —la denominación corresponde a los propios interesados— se habría dado bajo el liderazgo de la acción abolicionista, dentro de la cual cabían tanto la actuación legal como las llamadas ilegales, se evita cualquier detalle que permita al lector situar

³⁶. Este es el punto de vista, por ejemplo, de Alice Aguiar de Barros Fontes. *A prática abolicionista em São Paulo: os caifazes (1882-1888)*, São Paulo: FFLCH/USP, 1976, disertación, pp. 123-129. Ver también, Ronaldo Marcos dos Santos, *Resistência e superação de escravismo na Província de São Paulo*, São Paulo: IPE-USP, 1980, pp. 37-52.

³⁷. Por ejemplo, el clásico de Nabuco *O abolicionismo*, op.cit., y los periódicos *A Gazeta da tarde* de José de Patrocínio y *A Redenção*, de Antonio Beato.

³⁸. Entre otros, António Manuel Bueno de Andrada, “Depoimento de uma Testemunha”, *Revista do Instituto Histórico y Geográfico de São Paulo*, 36, 1939, pp. 209-227, Francisco Martins dos Santos, "Abolição e República" en *História de Santos, 1532-1936*, São Paulo: Revista dos Tribunais, 1937, cap.II; Castan (pseud.), *Scenas da Abolição e scenas varias. Horrores da escravidão no Brazil*, São Paulo: Metodista, 1924; Evaristo de Moraes, *A campanha abolicionista, 1879-1888*, Rio de Janeiro: Leite Ribeiro, 1924; Osório Duque-Estrada *A abolição. Esboço histórico, 1831-1888*, Rio de Janeiro: Leite Ribeiro e Maurillio, 1918.

objetivamente a partir de qué época, hasta qué punto y cuáles sectores abrazaron la estrategia de dialogar con los principales interesados en su propio territorio, invadiendo la senzala. Sólo en 1887, cuando el movimiento abolicionista se había tornado unánime, por lo menos entre las poblaciones urbanas del sudeste, y comulgar con él resultaba una cuestión de buen tono, es que sus participantes admitieron su efectiva intervención en acciones realizadas al margen de la ley.³⁹ No obstante, se antepone aún otro obstáculo: en la fase final, de 1887-1888, a medida que los rezagados se apresuraban a subirse al tren de la historia y todos se pronunciaban abolicionistas de primera agua, ya no se sabe de hecho cuáles fueron los elementos que sustentaron la lucha en sus momentos más nebulosos.⁴⁰

De esta manera, la confrontación de las fuentes relacionadas al mundo rural de las haciendas y a las siempre crecientes revueltas de esclavos con aquellas originadas en el mundo urbano de las asociaciones abolicionistas, en vez de apuntar hacia las conexiones necesarias para la reconstitución histórica más completa de los movimientos abolicionistas, establece zonas de incertidumbre y territorios de oscuridad, que han dado lugar a una serie de hipótesis historiográficas. Hipótesis que, ya sea situándose en el entronque de las determinaciones estructurales de la transición del trabajo esclavo hacia el libre, exageran la acción modernizadora de las capas urbanas, el liderazgo de un proceso en el cual el esclavo, conducido paternalmente hacia la libertad, marca apenas su presencia como objeto.

Por otra parte, como reacción a un reduccionismo que limitaba la cuestión de la abolición sólo a una querrela entre las élites, en la cual los esclavos aparecían como víctimas inermes, una serie de trabajos buscó valorar el peso de la rebeldía de los esclavos como factor determinante en la extinción de la esclavitud. En este caso, la tendencia predominante es la de desvirtuar el movimiento abolicionista, caracterizándolo como una injerencia planificada calculadamente por ciertos sectores de las élites para funcionar como barrera conservadora frente a los movimientos de esclavos.⁴¹

Desde esta perspectiva, las páginas que siguen pretenden relativizar la preeminencia incontestable de ambas visiones, apuntando hacia una compleja interacción de proyectos y actuaciones diversas que, al involucrar a estratos sociales peligrosamente inestables, desencadenó una actuación política mucho menos comprometida con los cánones del liberalismo, del imperialismo y del racismo científico de lo que hasta el momento de ha admitido.

De hecho, no se puede negar la índole predominantemente urbana del movimiento abolicionista, vertedero principal más no único, del descontento difuso y de la nueva

³⁹.En São Paulo, por ejemplo, fue el surgimiento del periódico *Redenção* el que marcó una nueva fase en la cual se pasaba de admitir la intervención efectiva de los caifazes con los esclavos en regiones como Amparo, Casa Branca y Campinas, conforme admite Andrada en: "Depoimento de uma testemunha", op.cit. En Rio de Janeiro, por otra parte, sólo en 1887 João Clapp asumió el desbordamiento de las actividades de su grupo más allá de los límites urbanos. Rebecca B. Bergstresser, *The Movement for the Abolition of Slavery in Rio de Janeiro, Brazil, 1880-1889*, Stanford: Stanford University, Tesis Ph.D., 1973, p. 124.

⁴⁰. Como la adhesión del Partido Republicano Paulista a la causa de abolición sólo en 1887. Bergstresser, *The movement for abolition*, op.cit.,p.164.

⁴¹. La enumeración de las obras de estas diferentes corrientes y sus particularidades sería bastante extensa; remito a la discusión de Ciro Flamarion Cardoso, "A Abolição como problema histórico e historiográfico", en *Escravidão e Abolição no Brasil, Novas perspectivas*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1988, pp. 74-110.

agitación social que acompañó, en los años 70 y 80, al crecimiento desordenado de ciertas ciudades y la expansión de las capas medias.⁴² El abolicionismo, entendido por algunos autores⁴³ como un episodio de radicalismo urbano, habría servido de catalizador del inconformismo de grandes sectores de la población, poco atendidos por el figurín político de finales del Imperio. La Revuelta del Vintém, ocurrida en la Corte de 1880, con su apariencia de motín popular, ha sido recordada como momento de quiebre de una cultura política que, circunscrita hasta entonces a los enrarecidos salones y discusiones parlamentarias, mantenía a la población urbana alejada de las discusiones políticas y de la participación activa.

Efectivamente, fue en el ambiente de una ciudad en la que el crecimiento poblacional condenaba a grandes capas de la sociedad a vivir en condiciones ínfimas de vivienda y saneamiento, y donde los esclavos jornaleros, libertos, creciente número de inmigrantes y trabajadores pobres se amontonaban en cobertizos o pensiones insalubres, que explotaron las violentas protestas contra el pago del impuesto al servicio de transporte. En el marco de la historia social urbana de la década del 80, la invasión del escenario político por parte de los sectores populares, al final del Imperio, se dio en conjunción con otros movimientos de sectores urbanos más privilegiados. Como apuntó Sandra L. Graham, si los amotinados de 1880 en Rio provenían "de las capas más ínfimas de la población", la ola de protesta que antecedió la eclosión del movimiento en sí, con su cortejo de robos, turbulencias y violencia policial, había reunido alrededor de 5.000 personas en una marcha pacífica y organizada al Campo Santo, capitaneada por Lopes Trovão. En éste, la autora reconoce la participación de gente decentemente vestida y alfabetizada, identificada como funcionarios públicos, negociantes, etc..⁴⁴ Estos fueron los sectores que unos años más tarde se integraron a los clubes abolicionistas, en los que las identidades profesionales y las críticas a las políticas económicas y sociales del Imperio servían de base a asociaciones como la Sociedade Abolicionista da Escola Politécnica, Associação Abolicionista Gutenberg, Club Abolicionista Abraham Lincoln (de los funcionarios de D. Pedro II), Club de Advogados Abolicionistas, entre otras.

En su conjunto, los profesionales urbanos, separados de los hacendados, negociantes poderosos y burócratas que eran los grandes beneficiarios de los favores del Estado, combatían la esclavitud como base de sustentación de una preeminencia económica injusta y médula de la subvaloración del trabajo libre y del trabajador nacional.⁴⁵ Los clubes y asociaciones abolicionistas contaban con la adhesión de sectores muy distintos entre sí —desde operarios, tipógrafos hasta ingenieros y abogados— lo que puede indicar el fuerte poder de convocatoria del abolicionismo en las poblaciones urbanas de la época. Sin embargo, éstos excluían a grandes sectores de desheredados, que a causa del subempleo, el analfabetismo y el desenraizamiento se veían impedidos de adherirse a movimientos organizados.

Esto no evitó, sin embargo, que el populacho turbulento y desorganizado hiciera sentir su presencia junto a los movimientos abolicionistas: los *meetings* y manifestaciones en las calles, en los que a veces participaban millares de personas, no podían haber

⁴². Emilia Viote da Costa, *Da senzala a colônia*, 2a. Ed., São Paulo: Ciências Humanas, 1982, pp.XXXV-LIV y 420-447. Bergstresser, *The movement for abolition*, op.cit., pp. 9-48.

⁴³. Bergstresser, *The movement for abolition*, op.cit., p. 9.

⁴⁴. Sandra Lauderdale Graham, "The Vintém riot and political culture: Rio de Janeiro, 1880", *Hispanic American Historical Review*, 60:3, 1980, pp.431-449.

⁴⁵. Bergstresser, *The movement for abolition*, op.cit. Cap.II, "Identity and interest".

prescindido del elemento decididamente popular.⁴⁶ No obstante, los movimientos populares no sólo se hicieron sentir en la Corte. En las décadas 70 y 80, en la ciudad de Santos, que se expandía por la creciente actividad del puerto, los tradicionales conflictos, muchas veces sangrientos, entre la gente que habitaba el área de los Quartéis, de penetración conservadora, y la de los Valongos, más popular y de tono liberal, desaparecieron junto con el aumento de nuevos estímulos políticos. Parece ser que, en los años 80, travestidos de simpatizantes de la causa abolicionista mezclada con el tono fuerte de republicanismo tan característico allí, valonguieros y quarteleiros compusieron los diferentes sectores —más o menos populares— del movimiento abolicionista santista.⁴⁷ Además, el virtual monopolio establecido por el puerto de Santos desde 1867, con la inauguración de la vía ferroviaria Santos-Jundiaí, que ocasionó un fuerte flujo poblacional, pobló Santos de viviendas precarias, donde sus habitantes, minados por la endémica fiebre amarilla, se consumían sin asistencia alguna.⁴⁸

Teniendo como fondo el escenario de una ciudad precaria y abatida, "rodeada de puentes que se extendían mar adentro por encima de una inmunda y fétida capa de lodo negro de metros de espesor"⁴⁹ que hacían las veces de muelles, por donde circulaban con creciente intensidad estibadores con sacos de café al hombro y marineros de las más diversas nacionalidades, surgieron los movimientos callejeros con su agitación desordenada. En una noche de 1885, por ejemplo, el populacho santista, disgustado con la actuación de City of Santos Improvement, invadió las calles de la ciudad, ocasionando durante los disturbios la destrucción de los recién instalados faroles.⁵⁰

El mismo populacho, estimulado por los periódicos y propaganda antiesclavistas, comparecía en masa a los meetings abolicionistas, marcando su presencia en las refriegas de las calles con intensidad creciente a lo largo de la década.⁵¹ En este sentido, la organización o reorientación para fines abolicionistas de quilombos ya existentes atrajo hacia Santos a un gran número de esclavos fugitivos que poblaron las calles de la ciudad, no sólo de mano de obra subempleada en los muelles del puerto y en pequeños trabajos, si no también de capitanes de campo, propietarios furiosos y autoridades represoras. La fundación del quilombo de Jabacuara, en 1882,⁵² por iniciativa de militantes abolicionistas

⁴⁶. Aquí los autores tienen una opinión unánime con respecto al carácter popular que asumían los meetings abolicionistas, como ilustra el paso de José Nascimento, el "dragão do Mar" por la Corte: "a las 18 horas, una multitud henchía la Rua do Núncio, a la espera de que desfilase a marche aux flambeaux...La multitud grita el nombre de Nascimento y pide su presencia, en una varanda de la antigua plaza de la Guardia Vieja —Dragão do mar! Dragão do mar!— es la aclamación general" Edmar Morel, *Vendaval da Liberdade. A luta de povo pela Abolição*, São Paulo: Global, 1967, p. 161.

⁴⁷. F. M. Santos, *História de Santos*, op.cit., pp.61-63.

⁴⁸. Sobre la construcción del puerto de Santos y la constitución del movimiento obrero local consultar: Maria Lúcia Caira Gitahy, *Ventos do Trabalhadores do porto, movimento operário e cultura urbana em Santos, 1889-1914*, São Paulo: Unesp/Prefeitura Municipal de Santos, 1992. *mar*,

⁴⁹. Castan, *Scenas da Abolição*, op.cit., pag. 42

⁵⁰. DAESP, Polícia, Ordem 2647, Caixa 212 de 1885.

⁵¹. Entre muchos autores ver, por ejemplo, F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., pp. 18, 27.

⁵². El local en que quedaba situado el quilombo de Jabacuara fue descrito así por Francisco Martins dos Santos: "Detrás de las tierras de Matías Costa, aún en estado primitivo, cubierta de matorrales y zurcada por riachuelos, había una extensa planicie,por donde iba al camino que existía a lado de la Casa Santa, subiendo la cuesta del monte, pasando por la casa de Benjamín Fontana, y siguiendo por el sitio de Geraldo Leite da Fonseca que quedaba en lo alto, bajando entonces hacia la planicie de Jabacuara". Santos *História de Santos*, op.cit., p.12. Las tierras de Jabacuara, pertenecientes a Benjamín Fontana, fueron

de la ciudad⁵³ y comandado por Quintino de Lacerda, ex-cocinero de los republicanos Antonio y Joaquim de Lacerda Franco⁵⁴ y la adhesión del quilombo de Vila Matías, más antiguo y de iniciativa independiente de los esclavos fugitivos, capitaneado por Pai Felipe,⁵⁵ se convirtieron en parte fundamental de las estrategias abolicionistas del eje São Paulo-Santos.

No obstante, la atracción de un gran número de esclavos de sierra arriba,⁵⁶ unida a la intensificación de la represión en la ciudad de Santos, exasperó el ánimo de los sectores populares y no era raro que invadieran las calles, delegaciones y estaciones de tren para libertar a esclavos aprehendidos en las muchas excursiones de las autoridades por los barrios pobres y muelles del puerto de la ciudad. En estas ocasiones, además de apoderarse de los presos, el populacho expresaba con palos, piedras, porras e insultos su odio por las autoridades. Las manifestaciones populares, tumultos y desórdenes parecen haber alcanzado su cúspide en 1886, cuando los paseos y plazas de la ciudad fueron tomados por un verdadero motín que transformó a Santos en un campo de batalla. En éste, la notable participación de “una multitud de negros armados de palos y revólveres, dispuestos a invadir las delegaciones y cuarteles”, con el fin de libertar a los esclavos apresados y vengarse de las autoridades policiales y militares,⁵⁷ animaba, con su tono popular y turbulento, al movimiento abolicionista, que muchos aún insisten en caracterizar sólo como una disputa de las élites.

En cierta ocasión, estimulados por rumores sobre un posible desmantelamiento del periódico “Diario de Santos”, simpatizante de la causa abolicionista, y por la visita del Jefe de Policía a la ciudad “acompañado de una meretriz y con el fin de capturar esclavos fugitivos”, conforme anunciaron los periódicos locales, el populacho invadió las calles esparciendo el pánico entre las autoridades, como atestigua el siguiente documento:

*Reservado. Al Jefe de la Policía de São Paulo. Estado de la ciudad en completo desorden. Un grupo de 1.000 personas, entre ellas 500 negros armados de palos y revólveres se reunieron en la tipografía del Diario de Santos donde hubo discursos y vivas a la República y a la Sociedad abolicionista. Recorrieron las calles con aclamaciones y discursos. Policía amenazada, su intención era atacar la cárcel y el cuartel...*⁵⁸

arrendadas por Quintino de Lacerda, quien residió allí junto a antiguos ocupantes del quilombo hasta 1898, cuando falleció, conforme se comprueba en el "Auto de arrecadação dos bens de Quintino de Lacerda" de 13/03/1898, documentos existentes en el Archivo Municipal de Santos, Colección Costa e Silva, Libro 14.

⁵³. Entre otros, Santos Garraão, Xavier Piñeiro, Guillermo Souto Geraldo, Antonio Augusto Bastos, contando con el estímulo de abolicionistas paulistas como Luiz Gama, F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., pp. 11-12.

⁵⁴. F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., pp. 13-16. Castan, *Scenas da Abolição*, op.cit., p. 53.

⁵⁵. Carlos S. Vitorino, *Reminiscências 1875-1898*, São Paulo: Tip. Modelo, 1904, pp. 64-67.

⁵⁶. F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., p. 42, calculó que fueron 10.000 los esclavos atraídos a los quilombos santistas. A pesar de que el número parezca exagerado, no existe ninguna otra estimación al respecto.

⁵⁷. DAESP, Telegramas, Ordem 6037 de 1886. Telegrama del Delegado de la Policía de Santos al Jefe de la Policía de São Paulo, de 24/11/1886.

* Procedimiento legal seguido por los abogados abolicionistas para libertar a los esclavos.

⁵⁸. DAESP, Telegramas, Ordem 6037 de 1886. Telegrama del Delegado de la Policía de Santos al Jefe de la Policía de São Paulo, de 25/11/1886.

Es en las ciudades portuarias, la Corte y Santos, con su turbulencia urbana y su populacho indisciplinado, a veces monarquista a veces republicano, pero siempre abolicionista, y donde el “contacto con el mar de los navíos de todas las patrias”⁵⁹ permitía el flujo de nuevas ideas políticas y conceptos temerarios, que el movimiento abolicionista tomó cuerpo y marcó época.

Empero, la adherencia popular al movimiento abolicionista no sólo se manifestó con intensidad en estas ciudades. En el São Paulo de los años 1880, donde la llamada *atuacao legal* se había hecho presente hace mucho, y por tanto notable, los conflictos callejeros y la fuerte participación popular eran frecuentes. Como extensión radicalizada de la lucha jurídica emprendida desde principios de la década del 70 por jurisconsultos en diversos tribunales, sobre todo en los de São Paulo, el movimiento abolicionista en su versión paulista tuvo su origen más destacado en el legalismo de los abogados abolicionistas. Valiéndose de las brechas abiertas tanto por la ley de 1831, que consideraba ilegal la esclavización de los africanos que llegaran al país después de esa fecha y de sus descendientes,⁶⁰ como por la ley de 1871, que institucionalizaba los peculios y el arbitraje judicial del valor del esclavo en casos de conflicto, muchos abogados y oficiales de justicia se dedicaron a la defensa gratuita de los cautivos.⁶¹

En São Paulo, ya a mediados de la década de 1870, Xavier de Silveira adoctrinaba a los jurados en diversas causas de esclavos utilizando los argumentos de la ley y una retórica arrebatada,⁶² tan valorada en la época, para conseguir la liberación de innumerables esclavos. A pesar de ser considerado como uno de los precursores del lema de afirmaba que el esclavo criminal actuaba en legítima defensa, y de ser el autor intelectual de la idea de que la misión principal de los abolicionistas debería ser la de incitar a las fugas en masa de las haciendas, Xavier de Silveira nunca alcanzó la popularidad de su discípulo, Luiz Gama.⁶³ En efecto, fue en torno a la actuación de Luiz Gama que se articularon una serie de estrategias bastante ingeniosas, que definitivamente empezaron a incomodar a los propietarios de esclavos y a las autoridades. Razonablemente bien conocidos, los argumentos jurídicos utilizados para sustentar la ilegalidad del cautiverio se amparaban en la edad de los cautivos o en la alegación de filiación ignorada, como subterfugio para esconder el origen africano del cautivo.⁶⁴ Por otra parte, la presentación ante la justicia de diminutos peculios por parte de esclavos

⁵⁹. La frase es de Mauricio Vinhas de Queiroz, *Paixão e morte de Silva Jardim*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1967, p.45, utilizada para describir el despertar de la conciencia política de Silva Jardim, después de 1885, en la ciudad de Santos.

⁶⁰. Ley de 7/11/1831. Perdigão Malheiros, *A escravidão no Brasil*, op.cit., pp. 181-182.

⁶¹. Manuela Carneiro da Cunha, “Sobre os silêncios da lei. Lei costumeira e lei positiva nas alforrias de escravos no Brasil do século XIX”, en *Antropologia do Brasil*, São Paulo, Brasiliense, 1986.

⁶². Por ejemplo, frente a la derrota de una causa en el Juzgado de São Paulo, en la cual pedía la absolución de un esclavo, Xavier de Silveira exclamó, en tono dramático: “Sé infeliz! Cumple con tu destino angustioso y funesto, paria desheredado de toda protección social! Sé infeliz! Tu defensa fue hecha. Si hubo sombras se debió a la inmensa noche de mi tiniebla intelectual. Si hubo luces, fueron debidas a las llamas de caridad en que me abraso!”. F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., p. 6.

⁶³. F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., pp. 5-6.

⁶⁴. La estrategia aparece bien definida en la Amonestación de Nabuco en *O Abolicionismo*, op.cit., p. 83, dirigida a los propietarios de esclavos, donde el autor advertía sobre la imposibilidad de éstos de comprobar la legalidad de su propiedad frente a la ley de 1831.

sometidos a malos tratos o fugitivos, conforme a los mecanismos establecidos por la Ley del Vientre Libre, abría oportunidades para la colaboración de innumerables simpatizantes, entre ellos, procuradores, tasadores, donantes de dinero y protectores de esclavos.⁶⁵

En las ciudades se construían redes de solidaridad en torno a figuras carismáticas que involucraban a logias masónicas,⁶⁶ abogados, periodistas, estudiantes y, cada vez más, a grandes sectores de las capas populares. Así como algunos nombres se hicieron famosos como luminarias del movimiento abolicionista —Nabuco, Patrocínio, Luiz Gama y Antonio Bento— las memorias literarias están pobladas por hombres del pueblo de las ciudades. Personajes anónimos como Chico Dourador, Antonio Paciência, o el portugués Santos Garraão, ex-marinero de la armada imperial, Eugenio Wansuit, el “rey de los cocheros”, Carlos García o el liberto Pio,⁶⁷ entre muchos otros que, de tan oscuros, fueron registrados apenas como multitud turbulenta en los documentos de la policía.

Cocheros, estibadores, ferroviarios, empleados de comercio, las categorías profesionales más recordadas por su participación en la lucha por la abolición, establecían los nexos entre las diferentes ciudades. Cabe notar que en la ciudad portuaria de Santos, donde la expansión de las actividades de exportación a partir de los años 70 absorbía un creciente número de empleados de comercio —jóvenes cajeros y tenedores de libros, siempre mal remunerados y peor instalados en las trastiendas o en los sótanos, sometidos a una relación extremadamente dependiente de patrones paternalistas— nació en 1879 la Sociedad Humanitaria de los Empleados de Comercio de Santos. De inspiración mutualista, sus miembros se alistaron en las muchas sociedades abolicionistas de Santos.⁶⁸

La muerte de Luiz Gama en la ciudad de São Paulo en 1882 marcó el fin de una fase y abrió una nueva etapa para el movimiento abolicionista paulista con la teatral entrada en escena de Antonio Bento. Figura destacada, alto, “de ojos oscuros grandes, de espesa barba negra, usaba un sombrero de ala ancha y salía frecuentemente envuelto en

⁶⁵. Así recuerda Andrada en “Depoimento de uma Testemunha”, op.cit., p. 221, su iniciación en la actividad abolicionista en São Paulo como colaborador de Luiz Gama en el arbitraje de esclavos: “De mi respuesta afirmativa resultó mi intervención en ésta y en otras causas como arbitrador: En la causa en que me estrené, evaluó él (Godofredo José Furtado) el precio de cada esclavo en 35\$. Yo estuve de acuerdo presumiendo haber practicado un acto de arrogante intrepidez. No obstante, no hacía más que seguir la ruta forense ya antes probada.”

⁶⁶. Como la Logia Americana dirigida por Luiz Gama en São Paulo, donde se reunían simpatizantes de la causa abolicionista. Queiroz, *Paixão e morte*, op.cit., p. 45.

⁶⁷. Chico Dourador, sobrenombre de Francisco Marques, pintor de paredes y dorador de iglesias en São Paulo. Antonio Paciência, contratista de obras públicas en São Paulo, Santos Garraão: José Theodoro dos Santos Pereira, propietario de un Comedor en Santos, donde se convirtió en una figura popular por su militancia abolicionista. Eugênio Wansuit: figura popular en Santos, ex-marinero y republicano. Carlos García: cochero en São Paulo. Pio: conductor de los esclavos en un famoso episodio que redundó en el conflicto y muerte de un militar en Santo Amaro, acarreado severa represión, en la cual el propio Pio perdió la vida (ver cap. 5 de Machado, *O Plano e o Pânico*). La información sobre los dos primeros y los dos últimos se encuentra en Andrada, “Depoimento de uma testemunha”, op.cit., respectivamente pp. 213-214, 219, 220-221 y 224. Sobre los dos otros se encuentra en F.M. Santos *História de Santos*, op. Cit., respectivamente pp. 20 y 65.

⁶⁸. Archivo de la Sociedad Humanitaria de los Empleados de Comercio de Santos. Raul Christiano Sanchez, “Um Século de Cultura e Benemerência”, *Revista comemorativa do centenário da Sociedade Humanitária dos Empregados no Comércio de Santos*.

una amplia capa negra”, Antonio Bento ha sido recordado como un sujeto excéntrico y sardónico, que siendo de formación conservadora y bien relacionado con la gente rica de São Paulo, dirigió una de las más activas y radicales asociaciones abolicionistas.⁶⁹ Centralizando sus actividades en la Cofradía de Nuestra Señora de los Remedios, la asociación tendió a dividirse en dos grupos. Uno, de los llamados intelectuales, desembocó en la organización del periódico *A Redenção*,⁷⁰ y el otro, de los hombres de acción, que comprometiéndose directamente con los esclavos de las haciendas, fueron denominados *caifazes*.⁷¹ Sin embargo, las actividades de este grupo, sus relaciones con la autodenominada ala intelectual, el perfil de sus participantes, quién los comandaba, si poseían alguna dirección centralizada y a partir de qué época empezaron a actuar, son cuestiones que quedan inciertas. Pues si bien son enaltecidos en las memorias literarias, los caifazes fueron siempre descritos con cierta discreción. Castan, por ejemplo, los halló en todas partes, mas relató sus encuentros y relaciones con estos individuos elípticamente, eximiéndose de localizarlos concretamente: su amistad con un barbero de un salón demócrata, probablemente ruso, “porque descubrimos que ambos habíamos sido caifazes en la campaña abolicionista”, o su encuentro con el sacristán de “Cafeópolis” en algún momento durante la década de 1880, que además de ser negro liberto “trabajaba también como caifaz de la institución opresora de los hombres negros, cargo que desempeñaba con la habilidad y diplomacia necesarias para no ser traicionado”, o en la crónica en que rememora las actividades de Fenco que, “establecido en São Paulo con un depósito de cereales, que algunas cosas se veían en la contingencia de adquirir para enmascarar su misión libertadora”.⁷² El propio autor de las memorias, caifaz confeso vinculado a grupos de Santos, donde residió, prefirió mantenerse esquivo, protegido detrás del seudónimo de Castan.

Entretanto, parece ser cierto que ya en 1883 los caifazes estuvieron activos en algunas regiones cafetaleras de la provincia, como sugiere un oficio reservado enviado de la Secretaría de Policía de São Paulo al Subdelegado de Cordeiros, circunscripción de Rio Claro, con el siguiente tenor:

*En conferencia con el Teniente Paulo Pinto S. Rangel, comandante del contingente que se dirigió hacia allí el 15 de los corrientes, con el fin de prevenir cualquier desorden que por ventura se diese en el día inmediato en una hacienda de ese municipio, supe que V.E., en conversación con el mismo Teniente, dio a entender que se encuentra por allí un individuo de nombre Bento, que parece tener como única ocupación persuadir a los esclavos de las haciendas a que se pongan en contra de sus amos, acción que al parecer, no es extraña al Jefe de Estación de Cordeiros. Siendo así, recomiendo a V.E. que en secreto de justicia, abra una rigurosa investigación a ese respecto, a fin de proceder en los términos de la ley.*⁷³

Sin embargo, fue en la ciudad de São Paulo donde las actividades de este grupo se hicieron más conocidas. El episodio de invasión de una quinta en Braz por la asociación abolicionista del barrio, por ejemplo, se hizo famoso, marcando época en la ciudad. En

⁶⁹. Andrada, “Depoimento de uma testemunha”, op. Cit., p. 215.

⁷⁰. Fundado en 2/01/1887 como periódico bimestral con un tiraje de 1.400 ejemplares, Alves, *O fantasma da Abolição*, op.cit. p. 59.

⁷¹. Andrada, “Depoimento de uma testemunha”, op. Cit., p. 216.

⁷². Castan, *Scenas da Abolição*, op.cit., respectivamente capítulos “Chico”, pp. 83-97, “Feliz?!” pp. 11-19 y “Corações”, pp. 29-36.

⁷³. DAESP, Livro de Reservados, Ordem 1529, Oficio no. 39 de 19/04/1883.

agosto de 1884, el ciudadano João Cristóvão Mendes Gonçalves se quejaba a la policía de que “*el día anterior, a las 9 de la noche, su casa fue asaltada por veintitantas personas que, a los gritos de ‘Vivan los abolicionistas, mueran los esclavistas’, lo obligaron a traer a sus esclavos bajo amenaza de muerte y practicaron actos de vandalismo en su casa...*”⁷⁴

Debe subrayarse que en los años más activos del movimiento abolicionista las crónicas policiales de São Paulo no estaban compuestas solamente de nombres famosos. Las primeras noticias sobre la existencia de grupos abolicionistas en la ciudad surgieron en la forma de denuncias anónimas, probablemente de individuos de la propia policía, infiltrados en el movimiento abolicionista a partir de 1884. En éstas, los denunciante alineaban al lado de nombres ya bien conocidos, algunos de ellos incluso respetables, los de esclavos, desempleados e inmigrantes. Así, en la lista de “Esclavos confiados a diversas personas por el Dr. Antonio Bento”, aparecían nombrados, entre muchos otros, “la amante del referido Antonio Bento, en la calle de los Estudiantes o en la Libertad, los portugueses Ferreira que poseen una quinta en Pari, el prisionero Vila Maria que reside en Pari, el Sr. Dr. Climaco Barbosa, un vagabundo de nombre Ezequiel Pinto, el riograndés Julio, esclavo empleado en las obras del palacio”⁷⁵ La intensa movilización de esclavos fugitivos en la ciudad antes de 1880, potenciada por la actuación de grupos sociales diversos identificados con el abolicionismo, convertía a la esclavitud en una institución impracticable en esa ciudad.⁷⁶ La actuación de los legalistas en la defensa jurídica de los esclavos llegados a São Paulo, provenientes sobre todo de distritos cafetaleros, las redes de solidaridad que se estructuraban en torno de las fugas y de los refugios, ofrecían a los recién llegados condiciones propicias para la evasión, las más de las veces definitiva, de los lazos esclavistas.

De hecho, el impacto de la acción abolicionista sobre los esclavos en las ciudades no puede ser descartado: las brechas abiertas en el sistema jurídico, a través de las Acciones de Libertad bien conducidas por los juristas simpatizantes del abolicionismo, la jurisprudencia establecida para los casos más conflictivos, la colaboración de hombres del pueblo y la presencia de quintas, fincas y fábricas de cerámica en las cuales la protección a los esclavos fugitivos se concretizaba en la coordinación y encaminamiento jurídico de su causa, hacen que la dinámica de la esclavitud en las ciudades en la década del 80 no pueda ser evaluada independientemente de la realidad del abolicionismo en las mismas ciudades.

Mas no sólo en la Corte,⁷⁷ São Paulo y Santos, donde la actuación legalista ya había echado raíces en la década del 70, el creciente número de los procesos jurídicos se convertía en una importante vía para la liberación de los esclavos. A lo largo de la década

⁷⁴. DAESP, Polícia, Ordem 2637, Caixa 202, de 1884. Reservado. Minuta al Subdelegado de Braz.

⁷⁵. DAESP, Polícia, Ordem 2633 y 2636, Caixas, 198 y 201 de 1884. Fueron encontradas tres listas del tipo antes descrito, todas anónimas y sin fecha, la primera titulada “Esclavos confiados a diversas personas por el Dr. Antonio Bento”, la segunda, “Esclavos fugitivos y protegidos por el Dr. Fernando de Alburquerque Machado (alfaiate do largo de Sé) y la tercera sin título.

⁷⁶. María Cristina C. Wissenbach, *Sombos africanos, vivências ladinas. Escravos e forros no município de São Paulo, 1850-1880*, São Paulo, Hucitec/História Social, 1998, cap. I.

⁷⁷. Sobre la actuación de militantes abolicionistas en el poder judicial de la Corte ver Moraes, *A campanha abolicionista*, op. Cit., cap. VIII, pp. 173-219, donde están descritas las principales estrategias jurídicas para la liberación de los esclavos, que en general se asemejaban a las utilizadas en São Paulo, con excepción de una campaña más organizada contra la prostitución de las esclavas. Sobre este último aspecto ver también Osvaldo Orico, *O tigre da Abolição*, Rio de Janeiro, Gráfica Olímpica, 1953, cap. “O lenocinio negro”, pp. 125-129.

siguiente, en muchas ciudades del interior, donde la presencia masiva de los esclavos en las haciendas cafetaleras y el aumento de las revueltas y fugas polarizaban las opiniones, la actuación de los abogados abolicionistas se iba haciendo, no sin riesgos, más notoria.

De la acción jurídica a la protección de los esclavos, la actuación abolicionista no se limitaba a las luchas forenses. Por ejemplo, en los últimos años de la década, la insubordinación del populacho abolicionista y la turbulencia en las calles, donde muchas veces la participación de los negros se mostraba mayoritaria, era moneda corriente en las calles de la ciudad de São Paulo. En agosto de 1887, un grupo de más o menos 2.000 marchistas, en su mayor parte negros desconocidos, con la banda de música de la Hermandad de N.S. de los Remedios al frente, recorría las calles de la ciudad entrando en conflicto con la guardia.⁷⁸ En octubre del mismo año la feroz represión de los grupos de esclavos fugitivos que se dirigían a Santos del interior de la provincia de São Paulo, como de aquellos que huyendo de Itu y Cabreúva, estaban en ese momento siendo cazados en las sierras de Cubatão y Zanzalá, azuzaba aún más los ánimos, con la eclosión de disturbios en las calles, marcadas por la creciente osadía de los participantes y la violencia policial. En este sentido, la Secretaría de la Policía de São Paulo relataba al Presidente de la provincia que:

Ayer a las 8 horas de la noche los negros volvieron a la carga contra la fuerza de policía a cargo de resguardar la ciudad, provocando gran desorden en la zona del Palacio... Los policías fueron agredidos con palos y los agitadores intentaron desarmarlos lo que no consiguieron por haber acudido la fuerza de caballería, la cual ordenó que se atacase con espadas a fin de dispersarlos, pero viendo que el tumulto crecía y que los negros se enardecían gritando Viva la libertad y mueran los esclavistas, habiendo cundido el pánico entre las familias que se hallaban en el jardín del Palacio, mandé que los portones de entrada fuesen resguardados por soldados de caballería. Los insubordinados, tomando las piedras que encontraron frente a las obras de la nueva Tesorería de hacienda, apedrearon a los soldados cuando éstos prendieron a dos negros. Acometieron con palos a la fuerza, y a pesar de que redoblaron su esfuerzo no consiguieron liberar a los presos y la policía, asistida por la caballería consiguió dispersarlos ya a las 9 de la noche.⁷⁹

Ola avasalladora que rápidamente inundó “el corazón y la mente de los habitantes de la ciudad”⁸⁰: así fue descrito el movimiento abolicionista por muchos, identificado como una conjunción de luchas parlamentarias, actividades forenses, campañas periodísticas y movimiento popular. En efecto, al funcionar el abolicionismo bajo un modelo de frente amplio, la idea de la abolición se convirtió a lo largo de la década en un paraguas bajo el cual se cobijaron diferentes tendencias y matices que sólo la evolución de los acontecimientos permitió deslindar sutilmente. Los años que siguieron, sin embargo, al trazar la victoria de algunos, la idea de abolición operó en el sentido de borrar las diferencias —y en eso la historia es maestra. La apropiación de la historia de las causas de los vencidos por los vencedores, proporcionando versiones hechas a medida, hace creer que, desde sus inicios, el camino rectilíneo de la victoria, trazado sobre la superficie de los sectores en conflicto, estaba asegurado. El popular líder abolicionista José de Patrocínio, en un artículo de 1884, reconocía claramente este peligro. Criticando

⁷⁸. DAESP, Policía, Ordem 2680, Caixa 245 de 1887. Informe del Jefe de Policía al Presidente de la Provincia el 28/09/1887.

⁷⁹. ⁷⁹. DAESP, Policía, Ordem 2678, Caixa 242 de 1887, Informe del Jefe de Policía al Presidente de la Provincia el 24/10/1887.

⁸⁰. La expresión es de Andrada, “Depoimento de uma testemunha”, op.cit., p. 216-

la mezquindad de los aportes al Fondo de Emancipación, instituido en 1871 con el objeto de estimular los procesos de liberación de esclavos, y el ardid postergatorio que significaban en el camino de la abolición, afirmaba, con cierta premonición:

*Hace cuatro años, cuando empezamos a combatir de frente la esclavitud, se reían de nosotros y hoy, los mismos que se mofaron, vienen a tomar prestados nuestros sacrificios y nuestras ideas, el prestigio que precisan. Para consolar a los **maestros-de-obra**, les damos una esperanza: una vez desbrozado el terreno les damos permiso para pasar tranquilamente por él como triunfadores.*⁸¹

No obstante, una mirada más cuidadosa al pasado permite descubrir, esparcidos aquí y allá, dentro del aparentemente monolítico movimiento abolicionista en el que sólo prevalecía la visión hegemónica de las elites paulistas, cultivadoras de café y pro-inmigración, algunos proyectos e ideas discordantes. En este sentido, en los intersticios de los retrocesos y avances parlamentarios, en la periferia de las asociaciones abolicionistas de los buenos pensadores, algunas notas disonantes, producidas por una dinámica nueva, agitaban los cánones tradicionales del quehacer político del Imperio.

BIOGRAFÍAS E IDEOLOGÍAS

En realidad, no es preciso ir muy lejos para percibir que algo iba tomando forma a partir del surgimiento de la movilización abolicionista, al interior del riguroso modelo Imperial. La trayectoria política de algunos de los más notables nombres abolicionistas revela cierta innovación: fue en el estrecho sendero de la notoriedad y la popularidad que las luminarias del movimiento abolicionista se proyectaron al escenario político. Caso ejemplar, José de Patrocínio, el popular “Zé do Pato” hijo de padre y madre esclava *quintaidera*, inicialmente carente de capital y de padrinos poderosos, se convirtió en una de las figuras públicas más amadas y odiadas de Rio de Janeiro en la década de 1880, a través de su actividad periodística militante, de tono popular y abolicionista que él mismo cultivara con lenguaje cruel y su genio tempestuoso, bohemio y malediciente.⁸²

En los festejos que irrumpieron el 13 de mayo, en medio del delirio popular, Zé do Pato, llevado en andas por la multitud, ovacionado y disputado por el pueblo —que llegó a rasgarle las ropas y arrancar los botones de su casaca como recuerdo— en interminables sesiones cívicas de quiebra costillas, oyó de un amigo una observación que ciertamente sintetizaba su carrera política. Decía entonces João Marques:

*¡Qué bello día para morir, Patrocínio! Nunca más encontrarás otro igual... Tus hijos serán adoptados por la nación. Tu entierro será un triunfo mayor... Vas a vivir, mi viejo y vas hacia la política... y aquello corrompe, mi amigo.*⁸³

⁸¹. Extractos del artículo publicado en la *Gazeta da Tarde* de 12/05/1884, citado por Magalhaes Jr., *A vida turbulenta de José do Patrocínio*, op. Cit., p. 167.

⁸². Dos biografías reconstituyeron el perfil de Patrocínio, en las cuales nos basamos. La primera, Magalhaes Jr., *A vida turbulenta*, op. cit, más detallada, permite una mejor comprensión de sus actividades. La segunda, Orico, *O tigre*, se caracteriza por un tono más romántico y por encubrir los aspectos más polémicos de su vida. Al respecto, ver también la tesis de doctorado inédita de Humberto Fernandes Machado, *Palabras e brados: a imprensa abolicionista de Rio de Janeiro, 1880-1888*, São Paulo: FFLCH/USP, 1991, tesis.

⁸³. Orico, *O tigre*, op, cit. P. 178.

Efectivamente, convertido en administrador de la Corte en la legislatura de 1886, mal acomodado en el entramado político del Imperio que moría, Patrocínio acabó políticamente aislado y olvidado, cuando el cortejo de triunfadores marchaba hacia la República, con el control del proceso político brasileño en sus manos,

Muchos otros nombres podrían ser traídos a cuenta aquí.⁸⁴ Las luchas abolicionistas, esgrimidas en el entreacto de otros movimientos, se convirtieron en escuela política de figuras que se proyectaban en los albores de la República y cuando nacía el movimiento obrero. Silva Jardim, advenedizo en los círculos políticos y literarios de la Academia de Derecho de São Paulo, hizo su principal aprendizaje político a partir de 1885 en el movimiento abolicionista santista, insistiendo siempre en la incongruencia entre el ideal republicano y la esclavitud.⁸⁵ En los festejos que siguieron a la abolición, pudo él demostrar toda la popularidad que había adquirido en tres años de actuación junto al movimiento: mezclándose con los libertos que descendían en masa de los quilombos de Pai Felipe y de Jacuabara, según Larmo do Carmo, “Silva Jardim hizo nada más y nada menos que cuarenta discursos, cada cual más sublime”.⁸⁶

De la misma manera, Silvério Fontes, Sóter de Araújo, médicos de la Santa Casa de la Misericordia, y Carlos Escobar, profesor y caifaz, todos fundadores del Centro Socialista de Santos en 1895, habían sido militantes del movimiento abolicionista en la ciudad y colaboradores en los periódicos más radicales de la prensa local.⁸⁷ Los movimientos abolicionista y republicano en Santos, articulados al surgimiento de una prensa comprometida y –por lo menos en intención— popular, se transformaron en el sustento de la política de los primeros movimientos sociales de la ciudad portuaria.⁸⁸ En 1886, por ejemplo, surgió el periódico “A Evolução”, de Silvério Fontes, “*el libre pensador que tanta popularidad adquiriría más tarde... En él, mientras Silvério Fontes publicaba sus primeras ideas socialistas, sus colaboradores bombardeaban al público con violentos artículos sobre las dos campañas que deberían vencer en 88 y 89*”.⁸⁹ Eugenio Wansuit, figura popular, abolicionista y republicano radical, participante en la prensa comprometida santista, no limitó su actividad a la época del ocaso del Imperio; por el contrario, en el año 1912 se encuentra su nombre entre los presos de la Huelga de los muelles.⁹⁰

De acuerdo a lo anotado por Gitahy en su artículo sobre el nacimiento del movimiento obrero en el puerto de Santos, tanto el abolicionismo como el republicanismo, que a partir de los años 80 habían prosperado en la ciudad, tuvieron un fuerte impacto en la conformación de las luchas políticas locales. En este sentido, la incorporación por parte de los sectores populares de la experiencia en las luchas

⁸⁴. Tales como el de Luiz Gama, Antonio Bento y el propio Nabuco que, a pesar de provenir de las capas de elite del Imperio, construyó su popularidad en el abolicionismo.

⁸⁵. Queiroz, *Paixão e morte de Silva Jardim*, op. Cit., p. 10 y F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., pp. 65-66. Sobre la campaña abolicionista entre los republicanos paulistas ver: José María dos Santos, *Os republicanos paulistas e a Abolição*, São Paulo, Martins, 1942.

⁸⁶. Vitorino, *Reminiscências*, op.cit., p. 76.

⁸⁷. F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., pp. 24-25 y Malu Gitahy, “O Porto de Santos, 1888-1908” en A.A. Prado, org., *Libertários no Brasil, Memória, lutas, cultura*, São Paulo: Brasiliense, 1986, pp. 75-76.

⁸⁸. Sobre el asunto ver F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., cap. XXIV, “Histórico da imprensa santista, 1848-1936, pp. 83-100.

⁸⁹. F.M. Santos, *História de Santos*, op.cit., p. 89.

⁹⁰. Gitahy, “O Porto de Santos”, op.cit., p. 72.

abolicionistas con su prensa comprometida, comicios populares, acciones colectivas y luchas ilegales, abrió los primeros espacios para la conformación de los movimientos sociales locales. La constitución misma de la fuerza de trabajo portuaria, predominantemente formada por españoles y portugueses, absorbió un gran contingente de "ciudadanos de color" como subproducto del abolicionismo que, a lo largo de la década del 80, había atraído un fuerte contingente de esclavos hacia los quilombos santistas.⁹¹

Claro está que, erigido como un movimiento de frente amplio, el abolicionismo abrió espacios para acoger tendencias y actuaciones muy diversas. Dinámica particular en la cual la creciente participación de la gente del pueblo y la radicalización de ciertos matices empujaban a los sectores más conservadores al abandono de las estrategias gradualistas y emancipacionistas.

Retrospectivamente, las ideas que circulaban en los medios abolicionistas en la década de 1880 configuran una gradación de colores y matices que muchas veces ha servido más para encubrir las diferencias que para resaltarlas. De hecho, los marcos ideológicos que contenían al abolicionismo podían ser tan variados e imprecisos como lo eran los diferentes sectores sociales que se adherían a ellos. Así, al pensamiento preponderante en los debates parlamentarios de la época, en el que el inmigrantismo superaba los debates con respecto al trabajador nacional libre, y la misión de la abolición era principalmente la de restringir "la fuerte contribución de sangre retrógrada en la formación de las nuevas generaciones nacionales",⁹² se anteponían otros perfiles ideológicos mucho más complejos.

Un buen ejemplo de ello es el pensamiento de Castan: su libro de memorias y crónicas sobre el movimiento abolicionista y los años marcados por las luchas republicanas que le siguieron, permite el delineamiento de una trayectoria bastante variada. Caífaz confeso, anticlerical furibundo, pacifista, moralista convencido en su campaña anti-alcoholismo y crítico radical de la corrupción del Estado brasileño y de la charlatanería imperante, Castan asume el personaje de masón y librepensador. Por otro lado, autodenominándose jacobino en las luchas nacionalistas desencadenadas en torno del gobierno de Floriano Peixoto, no escatimó elogios a la pujanza del progreso americano, que los brasileños debían copiar como modelo. Perfil ideológico complejo en el que aparecen rasgos positivistas, liberales, socialistas y muchos otros, su actuación, específicamente la relacionada con el abolicionismo, llama la atención.

Sin embargo, aunque notables, las ideas de Castan pueden no haber sido tan sui generis. En las escasas fuentes disponibles sobre el perfil ideológico abolicionista de extracción más popular se encuentran afirmaciones bastante originales que representan una interpretación del abolicionismo y de sus líderes que la historiografía desconoce. Es el caso del inflamado discurso proferido por un hombre del pueblo en São Paulo, en 1882, durante el entierro de Luiz Gama, registrado por los periódicos de la siguiente manera:

Al pasar el cortejo por el barrio de la Consolación, tuve que detenerme a escuchar la lectura de un discurso verdaderamente popular. El orador declaró ser un trabajador que se enorgullecía de honrar la memoria de Luiz Gama, el gran proletario. Añadió que, siendo extranjero, se alegraba de ver que en el Brasil las procesiones religiosas comenzaban a ceder paso

⁹¹.Gitahy, "O Porto de Santos", op.cit., pp. 72-74.

⁹².Opinión personal de F.M. Santos sobre el objetivo de la abolición, en História de Santos, op.cit., p.1.

*a las procesiones cívicas, verdaderas fiestas del progreso y de la libertad, El autor de este discurso libérrimo y cuasi socialista es un laborioso trabajador que está establecido en esta capital, e hijo del Puerto.*⁹³

Aproximaciones entre las luchas abolicionistas y los nacientes movimientos obreros, el desborde de las inquietudes políticas y sociales relativas al papel del trabajador libre en un país esclavista, la creciente ola de inmigrantes e ideas provenientes de Europa, marcaban el discurso de aquellos que veían en el movimiento abolicionista algo más que la mera sustitución del brazo cautivo por el libre en las haciendas cafetaleras.

El movimiento abolicionista funcionó como la primera plataforma para la organización de los incipientes movimientos obreros en las últimas décadas del siglo, no sólo en Santos y São Paulo, si no también en Rio de Janeiro donde la efervescencia abolicionista se enraizaba en un movimiento social más amplio, traducido en una difusa inquietud de las capas urbanas en relación con el destino político del imperio. En estas circunstancias, la militancia abolicionista podía confundirse, aquí y allí, con ideas más amplias. A fin de cuentas, el llamado laborismo carioca*, predominante en las últimas décadas del siglo, en el cual se mezclaban orientaciones vagamente socialistas, el positivismo y el jacobinismo, se basaba fundamentalmente en las categorías profesionales marcadamente activas en las luchas abolicionistas. Trabajadores del estado como ferroviarios, marítimos, trabajadores de los muelles y tipógrafos, tan activos en la década de 1880, muchos de ellos ligados a las llamadas acciones ilegales para la liberación de los esclavos, fueron los grupos que emergieron, en los primeros años de la República, con una incipiente organización política.⁹⁴

Epítetos despreciativos fueron utilizados para designar a muchos abolicionistas cuyas actuaciones fueron colocadas bajo sospecha. En realidad, el estrecho camino que separaba a las actividades denominadas legales, dentro de las sociedades, prensa y campaña jurídica y parlamentaria abolicionistas, de aquellas llamadas ilegales, volcadas hacia la penetración en las haciendas, donde el proselitismo abolicionista llegaba a los directos interesados, servía para enmascarar las diferencias. Además, los sólidos argumentos utilizados por renombrados abolicionistas para probar la ilegalidad de la propiedad de esclavos, en los cuales la cuestión de la inviolabilidad de la propiedad esclava pasaba a ser tratada si no como un simple robo al menos como ilegítima, alimentaban una contraofensiva conservadora que no se intimidaba en usar, no sin una clara dosis de distorsión, los mismas ideas abolicionistas de comunistas y socialistas. Ya en 1877, por ejemplo, utilizando el seudónimo de Prodhomme y talvez inspirado en el famoso slogan de Proudhon, —*Qu'est-ce que la Propriété? C'est le vol!*— Patrocinio acuñaba su propio lema: “La esclavitud es un robo, todo dueño de esclavos es un ladrón”.⁹⁵

No obstante, tan aleatorias podían ser las acusaciones de los esclavistas como la actuación abolicionista. En Recife, en la campaña de 1884, Joaquim Nabuco, candidato a la diputación y entonces en su faceta más radical, se refería a la cuestión de las

⁹³. Archivo histórico municipal de Santos Colección Costa e Silva, Diário de Santos de 29/93/1883.

* "Trabalhismo" en portugués. Doctrina política que preconizaba la mejor condición de vida de los trabajadores. N. del T.

⁹⁴. Bóris Fausto, *Trabalho urbano e conflito social*, São Paulo: Difel, 1976, cap. I, “Correntes organizatórias e seu campo de incidência” y José Murilo de Carvalho, *Os bestializados. O Rio de Janeiro e a República que não foi*, São Paulo: Companhia da Letras, 1987, cap. II, “República e cidadanías”.

⁹⁵. Magalhães Jr., *A vida turbulenta*, op.cit., pp. 41-42.

definiciones ideológicas para negar su simpatía por teorías subversivas. En medio de una exaltada conferencia, afirmaba, por ejemplo:

*Nos llaman comunistas, a nosotros que proclamamos el principio de la inviolabilidad de la propiedad humana (aplausos). Nos llaman nihilistas —a nosotros que queremos destruir el peor de los nihilismos—el nihilismo de nuestra personalidad, la esclavitud! (aplausos).*⁹⁶

Ciertamente, la utilización por ambos lados —abolicionistas y esclavistas—de términos y conceptos tan temerarios, en el abatido escenario de finales del Imperio, refleja la penetración dispersa y asistemática de ideas importadas que empezaban a fluir en un medio urbano que se abría hacia el exterior. En este sentido, la gran circulación de idearios que, importados de Europa, llegaban a las ciudades brasileñas a finales del Imperio e inicios de la República, selectiva o parcialmente absorbidos, se combinaban de manera poco ortodoxa en boca de las personas menos esperadas.⁹⁷

Si bien inapropiadas, las acusaciones lanzadas contra los abolicionistas traducían una realidad política nueva. La ruptura de los códigos del comportamiento político que desde siempre habían restringido las disputas y diferencias sobre los destinos del país a los estrechos círculos de las élites, se hacía peligrosamente palpable en la actuación de los sectores abolicionistas. Asumiendo una apariencia popular y participativa, la campaña política abolicionista transgredía un estilo político muy enraizado, poniendo en boca del pueblo las disensiones entre las élites económicas y bien pensantes. Por este comportamiento imperdonable, en contrapartida, los abolicionistas fueron acusados indistintamente de subversivos.

Charles Hasting Dent insistió en el mismo tema durante su paso por el Brasil.⁹⁸ En sus observaciones relativas al movimiento abolicionista de Rio de Janeiro en los años de 1880, anotadas en su libro de viaje, el autor inglés hizo severas acusaciones. Decía él, por ejemplo, después de registrar diversos casos de fugas y homicidios de propietarios cometidos por esclavos participantes de “comités socialistas de las clases abolicionistas más bajas, que proclaman la guerra contra los amos...” que:

*Estos abolicionistas, de acuerdo con todo lo que oí, son los socialistas y nihilistas del Brasil, y su influencia entre la población esclava es muy grande. Podría ocurrir un levantamiento general de esclavos y el resultado sería de los más desastrosos, pues la mayor parte de los soldados son negros o mulatos y la mayoría de los libertos, por lo menos en Rio, notoriamente componen la escoria y la ralea de la población; y, como probablemente todos participarían, ninguna casa o propiedad estaría segura.*⁹⁹

Al finalizar sus alarmantes afirmaciones, Dent citó nominalmente a João Clapp como uno de los principales líderes del movimiento abolicionista radical de la Corte.¹⁰⁰ Mucho menos conocido que su congénere paulista, el abolicionismo de Rio de Janeiro ha recibido, hasta el momento, poca atención por parte de los historiadores. Como capital del Imperio y habiendo concentrado a las figuras más notables del movimiento y las

⁹⁶ Joaquim Nabuco, *Campanha abolicionista no Recife*, Recife: Massangana, 1988. “Segunda Conferência no Teatro Santa Isabel no 1º de novembro”, p.40.

⁹⁷ Carvalho, *Os Bestializados*, op.cit., p. 43.

⁹⁸ Hastings, Charles Dent, *A year in Brasil with notes on the abolition of slavery*, Londres: Kegan Paul, Trench and Co., 1886.

⁹⁹ Dent, *A year in Brazil*, op.cit., pp.285-287. Nuestra traducción

¹⁰⁰ Dent, *A year in Brazil*, op.cit., pp.285-287.

principales articulaciones político-parlamentarias que redundaron en la abolición, la situación privilegiada de la Corte acabó por desviar la atención de los estudiosos de ciertos componentes menos visibles de los movimientos abolicionistas locales.¹⁰¹ Empero, al profundizar las investigaciones, se hacen evidentes aspectos bastante sorprendentes con respecto al alcance y penetración del abolicionismo radical con sede en la Corte y su entrelazamiento con la situación de las zonas rurales y cafetaleras no sólo de la provincia de Rio de Janeiro si no también la de São Paulo.¹⁰² La pequeña firma de inversiones “Perseverança Brasileira”, dirigida por João Clapp, a través de la cual consiguió recaudar US\$6.000 en fondos para la abolición, la Escola do Club de Libertos, con más de 100 estudiantes nocturnos, la Escola Livre da Cancela, mantenida por un republicano y abolicionista, documentan la existencia de un segmento del abolicionismo distinto a los demás.¹⁰³ Su retórica radical que pone énfasis en cuestiones de alimentación, vivienda y empleo, giraba no sólo en torno de los libertos si no también de las clases bajas en general, y su visión de la abolición como una etapa de un movimiento de reformas sociales más amplias, creaba controversias.¹⁰⁴

Es desde esta misma perspectiva que se podría entender el desacierto de los principales líderes abolicionistas con la República. Comprometidos en proyectos de reforma más amplios que el de la mera extinción de la esclavitud y del Imperio, fueron criticados por aquellos sectores que ya Patrocínio había vislumbrado en el papel de vencedores de última hora. Sectores éstos interesados en una pretendida modernización de la sociedad brasileña, identificaron en las actitudes pro-monarquistas de algunos abolicionistas apenas un anacronismo. No obstante, sería el fracaso del abolicionismo reformista el móvil principal del monarquismo fuera de lugar de muchos abolicionistas, así como el motivo de sus incomprensidos errores con la República de los triunfadores.¹⁰⁵

Trayectoria compleja y sistemáticamente encubierta por los órganos policiales, el compromiso entre sectores abolicionistas más radicales y los movimientos de esclavos permanece oscuro. Siempre preocupada por el mantenimiento de la tranquilidad pública, temerosa, y no sin cierta razón, de que el panorama descrito por Dent se concretizase, la policía ocultó y censuró los episodios más peligrosos, retirándolos de las páginas de periódicos, informes oficiales y de los propios anales del movimiento.

Los compromisos entre abolicionistas y esclavos, que implicaban un riesgo para todos los involucrados —para la policía que se vería obligada a asumir el peligro concreto de las insurrecciones de esclavos y para los abolicionistas, que en general no refrendaban actitudes como éstas—fueron borrados en las páginas de los sucesos

¹⁰¹.Conrad, *The destruction of Brazilian slavery*, op.cit., E. Toplin, *The abolition of Slavery*, op.cit., por ejemplo concentran su atención en la cuestión de las discusiones parlamentarias y articulaciones políticas, refiriéndose apenas ocasionalmente a la composición interna de las asociaciones abolicionistas y su peso político en el desarrollo de los acontecimientos.

¹⁰².El único estudio publicado sobre el abolicionismo en la provincia de Rio de Janeiro es el de Lana Lage Lima, *Rebeldia negra e abolicionismo*, Rio de Janeiro: Achiamé, 1981, concentrado específicamente en el estudio del período en Campos.

¹⁰³.Bergstresser, *The movement*, op.cit., pp.163-164.

¹⁰⁴.“La Abolición está virtualmente realizada. Nosotros precisamos terminar rápidamente esta campaña y comenzar la próxima”. Fragmento de una carta de Clapp a Nabuco el 13/12/1887, citado por Bergstresser, *The movement*, op.cit., p. 164 y traducida del inglés por nosotros.

¹⁰⁵.El mismo punto de vista aparece en el trabajo de Bergstresser, *The movement*, op.cit., p. 164.

policiales y en los libros de correspondencia reservada. Recuperarlos talvez signifique algo más que convertirlos en meros episodios de la historia del movimiento abolicionista. Se trata de recordar que, en el grito de victoria, aún se puede escuchar el coro de los descontentos.

LA DECADENCIA DEL PLANTADOR PROGRESISTA Y EL AUGE DEL AGENTE SUBALTERNO:

CAMBIOS EN LAS NARRATIVAS DE LA EMANCIPACIÓN DE LOS ESCLAVOS EN EL BRASIL

Barbara Weinstein

Departamento de Historia
SUNY en Stony Brook

Los temas centrales en la narrativa histórica de la abolición brasileña han cambiado dramáticamente en las dos últimas décadas. Para apreciar el notable cambio en énfasis sólo hay que comparar el capítulo que Emília Viotti da Costa dedicara en *The Brazilian Empire* (1985) a los “Amos y esclavos” (que retomaba, refinándolos, argumentos presentados por vez primera en *Da senzala à colônia* [1966]), con el capítulo de George Reid Andrews sobre la abolición en su libro *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil* (1991).¹ Los grupos que figuran prominentemente en el relato de Viotti da Costa —las nuevas clases sociales urbanas atraídas al abolicionismo y nuevos sectores de la élite plantadora— apenas si aparecen en la versión de Andrews. En lugar de ello éste sigue, de un lado, la obra de José Murilo de Carvalho, subrayando el papel del emperador y sus consejeros;² del otro, se apoya en las monografías de Robert Brent Topin y Warren Dean para enfatizar el papel de los esclavos, que aparecen cada vez más “liberándose a sí mismos”.³ Es más, esta tendencia es semejante a desarrollos similares ocurridos en la historiografía de la emancipación cubana, como lo ejemplifica la minuciosa crítica hecha por Rebecca Scott de la explicación materialista que Manuel Moreno Fraginals daba de la abolición en Cuba, y el énfasis que pone en el papel que le cupo a los esclavos en acelerar el proceso emancipador.⁴

Esta nueva tendencia interpretativa en el Brasil, se posiciona típicamente como una crítica en dos partes de la historiografía marxista producida en la década de 1960. Un objeto de crítica es que dicha historiografía supuestamente tendía a concentrarse en el papel de las élites propietarias de esclavos, y a conservar la noción de que un segmento “progresista” de la clase plantadora adoptó la abolición voluntariamente. El otro es la visión (implícita o

¹ Emília Viotti da Costa, *Da senzala à colônia* (São Paulo: Ciências Humanas, 1982 [1966]); “Masters and Slaves”, en *The Brazilian Empire: Myths and Histories* (Chicago: University of Chicago Press, 1985), 125-171; George Reid Andrews, *Blacks and Whites in São Paulo, Brazil, 1888-1988* (Madison: University of Wisconsin Press, 1991), 25-53. *The Brazilian Empire* es la edición revisada en inglés de *Da monarquia à república: momentos decisivos* (São Paulo: Ed. Grijalbo, 1977).

² Véase en particular José Murilo de Carvalho, “A política da abolição: o rei contras os barões”, en *Teatro de sombras; a política imperial* (São Paulo: Edições Vértice, 1988), 50-83.

³ Robert Brent Topin, *The Abolition of Slavery in Brazil* (Nueva York: Atheneum, 1971); Warren Dean, *Rio Claro: A Brazilian Plantation System, 1820-1920* (Stanford: Stanford University Press, 1976).

⁴ Rebecca Scott, *Slave Emancipation in Cuba* (Princeton: Princeton University Press, 1985). En el Brasil, Scott influyó directamente en una nueva generación de historiadores de la esclavitud cuando fue profesora invitada de la Fulbright en UNICAMP, en 1986. Para una aproximación estructuralista marxista a la emancipación cubana véase Manuel Moreno Fraginals, *El Ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar* (La Habana, 1978).

explícita) según la cual los esclavos mismos no podían desarrollar la conciencia necesaria para buscar su propia liberación. Tenemos así la muchas veces citada (y muchas veces criticada) afirmación hecha por Fernando Henrique Cardoso en *Capitalismo e escravidão*, según la cual “la naturaleza real y profunda de la esclavitud permanecería inaccesible a la conciencia del esclavo...”⁵ Los historiadores posteriores de la esclavitud y la emancipación han estado prestos a criticar a sus predecesores por estas posturas, pero rara vez reconocen que Viotti da Costa, contemporánea de Cardoso, fue la primera en detallar las masivas fugas de esclavos ocurridas durante los años finales de la esclavitud, y el papel que estas protestas tuvieron en el desmantelamiento del sistema esclavista.⁶

Lo que asimismo tiende a perderse en estas críticas de hoy es una distinción cuidadosa entre la bibliografía de la década de 1960 y otra historiografía, anterior y decididamente complaciente. Antes de los trabajos de sesgo marxista de Viotti da Costa, Cardoso, Florestan Fernandes, Octávio Ianni y otros, había dos narrativas de la abolición brasileña, académicas y populares, profundamente enraizadas. Una de ellas era una ampliación del argumento según el cual la esclavitud en el Brasil fue inusualmente benigna y humana (en comparación con el sur de los EE.UU. o el Caribe) y que por lo tanto, el proceso gradual y pacífico de la abolición era una y la misma cosa con la naturaleza de la esclavitud brasileña. El gesto humanitario de la Princesa Isabel, la signataria de la Ley Áurea, se vio anticipado por la suavidad y flexibilidad de la relación amo-esclavo.⁷ La otra narrativa —una extensión de la mitología bandeirante que sustentó la construcción de la identidad paulista durante el temprano siglo XX— celebraba el espíritu progresista y empresarial de los plantadores cafetaleros de São Paulo, pintados como esclavistas a la fuerza, ansiosos por liberarse a sí mismos y a sus esclavos de la carga de una institución tan retrógrada como esta.⁸

En cambio, la historiografía influida por el marxismo de los años sesenta cuestionaba específicamente la persistente noción de que la esclavitud brasileña fue benévola o humana, en comparación con otras realidades. Los estudios de Viotti da Costa *et al.* enfatizaron y detallaron las agotadoras rutinas laborales, abusos físicos y dolor psicológico, al tiempo que registraron varias formas de protesta esclava que desmentían las persistentes imágenes sobre la supuesta pasividad de los esclavos.⁹ Es claro que en estos trabajos la abolición no

⁵ “O sentido real e profundo da escravidão teria, contudo, de permanecer inacessível à consciência escrava...”. Fernando Henrique Cardoso, *Capitalismo e escravidão; o negro na sociedade escravocrata do Rio Grande do Sul* (São Paulo, 1962), p. 219. Véase también Octávio Ianni, *As metamorfoses do escravo: apogeu e crise da escravatura no Brasil meridional* (São Paulo, 1962), y Florestan Fernandes, *A integração do negro na sociedade de classes*, 2 vols. (São Paulo: Ed. Atica, 1978, 3ª ed.). Viotti da Costa, *Da senzala à colônia* generalmente es incluida en esta tendencia historiográfica, pero yo diría que ella presenta un cuadro más complejo de los esclavistas, los abolicionistas y los mismos esclavos, que las obras comparables de Cardoso, Fernandes e Ianni (quienes no tuvieron formación de historiador). Para un breve examen de esta “escuela” de estudios esclavistas véase Suely Robles Reis de Queiróz, “Escravidão negra em debate”, en Marcos Cezar de Freitas, ed., *Historiografia brasileira em perspectiva* (São Paulo: USF/Contexto, 1998), pp. 106-7.

⁶ Viotti da Costa, *Da senzala à colônia*, pp. 311-319.

⁷ El texto clásico de esta narrativa es, claro está, Gilberto Freyre, *The Masters and the Slaves: A Study in the Development of Brazilian Civilization* (Nueva York: Knopf, 1946), publicado por vez primera en portugués en 1933.

⁸ Para ejemplos del mito bandeirante véase Paulo Prado, *Paulística: história de São Paulo* (São Paulo, 1925), y Alfredo Ellis Jr., *Raça de gigantes* (São Paulo: Novíssima, 1926). Para una crítica véase Barbara Weinstein, “Race, Regionalism and Nationalism in Brazil: A View from São Paulo”, en prensa.

⁹ Véase en particular Viotti da Costa, *Da senzala à colônia*, 219-313. La defensa más firme de la escuela estructuralista es la de Jacob Gorender, *A escravidão reabilitada* (São Paulo: Ed. Ativa, 1990), pero su insistencia

podía ser comprendida como una extensión lógica del humanitarismo esclavista. Tal vez aún más importante para la historiografía de la abolición brasileña fue que dichos estudiosos reconceptualizaron la figura del “plantador progresista”. Si bien es cierto que Viotti da Costa y Cardoso sí identificaron a ciertos esclavistas que estaban más dispuestos que otros a llevar adelante la transición del trabajo esclavo al libre, ellos no atribuyeron esto a una disposición moral específica, o a una peculiar mentalidad ilustrada. En lugar de ello, su énfasis recayó en los factores estructurales y coyunturales.¹⁰ Los cambios de largo plazo en la tecnología, la demografía, los mercados y la estructura social hicieron que la esclavitud fuese o bien incompatible con los nuevos procesos productivos (en el caso de Cardoso, y de Moreno Fraginals para Cuba), o menos atractivas económicamente (en el caso de Viotti da Costa). El comportamiento ostensiblemente “progresista” de los plantadores paulistas reflejó, no el espíritu *bandeirante*, sino el contexto histórico y el momento en el cual ingresaron a la economía exportadora del café.

Una generación subsiguiente de historiadores criticaría estos enfoques estructuralistas por su tendencia a presentar los procesos históricos como el resultado de fuerzas impersonales, a separar la esfera económica del ámbito social, y a oscurecer el problema de la voluntad y la participación humana.¹¹ Pero ésta fue precisamente una característica de dicha interpretación que la hizo atractiva a una generación de investigadores brasileños críticos e izquierdistas. Ella les permitía explicar el proceso emancipador del Brasil, relativamente exento de conflictos, sin tener que recrear la historia de un emperador humanitario o de una clase plantadora ilustrada. Más bien, desde esta perspectiva estructuralista, los plantadores abrazaron la causa abolicionista para proponer un nuevo tipo de intereses de clase y materiales. Más que los remordimientos que la mano de obra esclava despertaba entre las élites brasileñas, lo que en primera instancia preparó el terreno para la abolición “pacífica” de la esclavitud fueron las fuerzas amorales (si es que no inmorales) del desarrollo capitalista.¹²

Como ya hemos señalado, buena parte de la reciente historiografía de la abolición brasileña ha cuestionado diversos aspectos de esta interpretación. Citaré aquí tres argumentos distintos pero entrelazados referentes a la abolición, que han caracterizado a esta última corriente de estudios de la esclavitud. En *Rio Claro*, su influyente estudio de la esclavitud en São Paulo, Warren Dean argumenta que los plantadores cafetaleros paulistas siguieron comprando esclavos dondequiera que estuvieran disponibles, virtualmente hasta el mismo momento en el cual la esclavitud fue definitivamente abolida. En otras palabras, hasta los plantadores supuestamente “progresistas” dejaron de recurrir a los trabajadores

en enfocar la esclavitud casi exclusivamente como un “modo de producción”, y su absurdo ataque a los recientes estudios sobre la comunidad y la subjetividad esclava, disminuyen notablemente el valor que su trabajo tiene para los investigadores serios.

¹⁰ Viotti da Costa, “Masters and Slaves”, pp. 159-61.

¹¹ Sin embargo, Viotti da Costa enfatizó que los seres humanos hacen la historia, aunque ello sucede “dentro de condiciones determinadas”. *Da senzala à colônia*, p. XXVII. Véase en Silvia Hunold Lara, *Campos de violência: escravos e senhores na Capitania do Rio de Janeiro, 1750-1808* (Rio de Janeiro: Paz e Terra, 1988), cap. 4, un cuidadoso examen de esta historiografía que reconoce ciertas contribuciones decisivas a los estudios esclavistas hechas por dichos investigadores, al mismo tiempo que critica la tendencia estructuralista a tratar por separado a lo económico y social.

¹² En realidad, es sólo a mediados de la década de 1880 que Viotti da Costa discierne un amplio consenso entre los plantadores paulistas, de que la esclavitud debía ser eliminada y no prolongada. Es entonces que ella advierte que “La adhesión de este grupo a la idea de la mano de obra libre hizo que fuera posible la victoria final de la abolición en el Parlamento, y explica en gran medida la naturaleza relativamente pacífica del movimiento”. “Masters and Slaves”, p. 161.

esclavos sólo cuando fueron obligados a ello, un argumento que sigue de cerca los hallazgos de Rebecca Scott sobre las plantaciones azucareras de Cuba occidental.¹³ Encontramos un segundo argumento en la obra de José Murilo de Carvalho, en particular en la colección de ensayos *Teatro de sombras*. Él sostiene que la clase plantadora (y sus voceros) permaneció resueltamente comprometida con la esclavitud hasta bien entrada la década de 1880, y que el gradual proceso abolicionista fue una consecuencia de la presión extranjera (esto es, británica) y el compromiso cada vez mayor de la monarquía con el final de la esclavitud. En opinión de Murilo de Carvalho, fue precisamente debido a que el gobierno imperial mantuvo una autonomía relativa de la clase plantadora, que éste logró implementar un proceso de abolición gradual a pesar de la oposición de los plantadores.¹⁴

Por último tenemos el argumento cada vez más popular de que los esclavos mismos fueron agentes activos e importantes en el proceso de abolición. Estudios recientes han resaltado las fugas masivas de las plantaciones cafetaleras de São Paulo durante los años finales de la esclavitud —un fenómeno que ciertamente ayudó a acelerar el proceso abolicionista—, así como las luchas de los esclavos por explotar el cambiante aparato legal y así asegurar su libertad individual e intensificar la presión sobre los amos. En *Rio Claro*, Warren Dean especulaba que el cierre definitivo de la trata negrera en 1850, y el incremento subsiguiente en la proporción de esclavos nacidos en el Brasil, hizo que éstos comenzaran a formular una noción de sí mismos como ciudadanos con ciertos derechos legales.¹⁵ Sidney Chalhoub, Hebe Mattos de Castro, Maria Helena Machado y otros, han mencionado esta nueva identidad como la base de las luchas de los esclavos para alcanzar su emancipación, tanto dentro como fuera de la estructura jurídica existente.¹⁶

¹³ Dean, *Rio Claro*; véase también Andrews, *Blacks and Whites*, 38-39. El debate entre Viotti da Costa y Dean acerca de los primeros experimentos con la mano de obra libre (en las décadas de 1840-50) no es simplemente un reflejo de distintos cálculos estadísticos. El énfasis de Viotti da Costa en las condiciones estructurales (mayores costos de transporte, precios bajos) que hacían que el trabajo asalariado no fuera factible en dicho momento, refleja su supuesto de que los plantadores habrían abrazado cualquier sistema laboral que fuese más rentable. La afirmación de Dean de que un compromiso más prolongado de parte de los plantadores eventualmente habría rendido beneficios mayores, refleja su idea de que éstos se aferraron irracionalmente al trabajo esclavo aún cuando la mano de obra libre habría sido más lucrativa. Véase Dean, *Rio Claro*, 106, y Viotti da Costa, “Sharecroppers and Plantation Owners: An Experiment with Free Labor”, *The Brazilian Empire*, 94-124.

¹⁴ Murilo de Carvalho, *Teatro de sombras*. La siguiente cita ejemplifica esta tendencia a colocar al Estado fuera de la clase plantadora: “La abolición, entendida como la combinación de políticas públicas que gradualmente llevaron a la extinción de la esclavitud, constituye un punto de observación privilegiado desde el cual examinar las relaciones entre el gobierno, esto es, el rey y sus burócratas, y la clase de terratenientes rurales... En ningún otro momento, y sobre ningún otro punto, fue tan clara la oposición entre los motivos e intereses del polo burocrático del poder [el Estado] y los intereses del polo social y económico [los plantadores]”. Citado en Andrews, *Blacks and Whites*, 274, no. 20. Para una imagen distinta de la relación entre los plantadores y el Estado véase Richard Graham, *Patronage and Politics in 19th-Century Brazil* (Stanford: Stanford University Press, 1990).

¹⁵ Según Dean, para la década de 1860 los esclavos “habían absorbido la retórica del igualitarismo y la ciudadanía”. *Rio Claro*, 127.

¹⁶ Sidney Chalhoub, *Visões da liberdade* (São Paulo: Companhia das Letras, 1990); Hebe M. Mattos de Castro, *As cores do silêncio: os significados da liberdade no sudeste escravista* (Rio de Janeiro: Arquivo Nacional, 1995); Maria Helena Machado, *O plano e o pânico: os movimentos sociais na década da abolição* (Rio/São Paulo: Editora UFRJ/Edusp, 1994); Keila Grinberg, *Liberata; a lei da ambiguidade* (Rio de Janeiro: Relume-Dumara, 1994); Maria Angélica Zubarán, “Slaves and Contratados: The Politics of Freedom in Rio Grande do Sul, Brazil, 1865-1888”, tesis de Ph.D., SUNY en Stony Brook, 1998. Para un estudio de la emancipación peruana que enfatiza la agencia esclava (hasta en el título), véase Carlos Aguirre, *Agentes de su propia libertad: los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854* (Lima: PUC/Fondo Editorial, 1993).

El atractivo de esta nueva narrativa de la emancipación esclava es tan obvio que apenas si necesita ser explicado.¹⁷ En una generación de historiadores formados en la “historia desde abajo” y con historias sociales y culturales que privilegiaban la resistencia, la transgresión y los cuestionamientos, hay una predecible preocupación por mostrar que los esclavos no fueron beneficiarios pasivos de la abolición, sino que más bien afirmaron activamente sus aspiraciones de libertad y autonomía.¹⁸ Al construir este argumento, los historiadores no sólo han resaltado las estrategias --muchas veces valerosas y sofisticadas-- seguidas por los esclavos brasileños durante las últimas décadas de la esclavitud, sino que además han reforzado su argumento en favor de la participación esclava al insistir en la continua resistencia de las élites esclavistas a las iniciativas abolicionistas. Así, lejos de darse en forma pacífica y consensual, esta abolición es ahora presentada como algo que involucró diversas formas de conflicto —tanto jurídicos como violentos— durante las décadas anteriores al final de la esclavitud.¹⁹

A decir verdad, este énfasis en la participación esclava puede resultar problemático para los historiadores a quienes aún les interesa explicar la explotación, pues nos ayuda a comprender la aceleración del proceso emancipador pero no todo el curso de la emancipación gradual en el Brasil. En este sentido, el argumento de Murilo de Carvalho acerca del papel que el emperador y los burócratas tuvieron en el proceso de abolición complementa perfectamente las narrativas que enfatizan la participación esclava. Ambas respaldan una interpretación histórica que despoja a la élite plantadora de todo reconocimiento por la abolición, y enfatiza más bien la resistencia obstinada que las clases propietarias de esclavos opusieron a la emancipación.

Los historiadores que enfatizan la participación esclava no sólo han articulado sus argumentos tácitamente con los de Murilo de Carvalho en lo que respecta al papel positivo y autónomo del gobierno imperial, sino que también han buscado disminuir, implícita o explícitamente, la importancia del liderazgo abolicionista (blanco) en el movimiento antiesclavista. En recientes estudios, los abolicionistas aparecen íntimamente ligados a la élite esclavista; se les critica por haber tenido una visión complaciente de la emancipación que tendía a esconder el papel activo de los esclavos en las luchas antiesclavistas y a exagerar su dependencia; y se les repudia por sus prejuicios racistas que no sólo hicieron que vieran a la esclavitud como una institución retrógrada, sino también a los mismos esclavos (negros) como una causa del atraso y el desorden.²⁰ Por ejemplo, Sidney Chalhoub

¹⁷ En sus conclusiones a *O plano e o pânico*, publicadas en 1994, Maria Helena Machado se lamenta de que “En general, en los últimos años la abolición ha sido tratada exclusivamente como un evento producido únicamente por las élites para las élites, sin ninguna participación de las partes interesadas, esto es, los esclavos, los libertos y los libertos pobres”. No estoy segura de que esto haya sido exacto en 1994; hoy ciertamente ningún investigador de renombre pintaría la abolición exclusivamente como un proyecto de la élite.

¹⁸ Aquí citaría la influencia de los estudios de Stuart Schwartz sobre la esclavitud. Si bien sus principales obras se ocupan del periodo colonial y no tratan, por lo tanto, a la emancipación, ellas tuvieron un gran impacto sobre las nuevas aproximaciones a los temas de la resistencia y la negociación esclava. Véase, en particular, “Resistance and Accommodation in Eighteenth-Century Brazil: The Slaves’ View of Slavery”, *Hispanic American Historical Review* 57: 1 (feb. de 1977), 69-81.

¹⁹ Véase en particular Célia Marinho de Azevedo, *Onda negra, medo branco: o negro no imaginário das elites* (Río: Paz e Terra, 1987).

²⁰ Celia M. Marinho de Azevedo, “On Hell and Paradise: Abolitionism in the United States and Brazil, A Comparative Perspective”. Tesis de Ph.D., Universidad de Columbia, 1993, y “Brother or Enemy: Views of the Slaves by American and Brazilian Abolitionists”, ponencia presentada en la 8ª Jornada de Estudos Americanos (ABEA), Río de Janeiro, 20 de junio de 1998. Esta última ponencia trazó un contraste dramático entre los abolicionistas norteamericanos, presentados como si hubieran estado involucrados en un esfuerzo

cierra un reciente artículo sobre las epidemias y la salud pública en el Río del siglo XIX con una cita de Ruy Barbosa, un prominente abolicionista y miembro del primer gobierno republicano, que demuestra sus fuertes prejuicios en contra de la población afrobrasileña y en favor de la promoción de la inmigración europea (blanca).²¹ Desde esta perspectiva, los abolicionistas quedan asociados más con el paso a unas actitudes modernizantes y racistas explícitamente “científicas” durante la Primera República (fundada apenas dieciocho meses después de promulgada la Ley Áurea), que con la gloriosa emancipación de los esclavos.

Coincido plenamente en más de un punto con esta nueva perspectiva de la abolición y su significado. Sin embargo, hay dos objeciones o reservas que deseo plantear, una brevemente y la otra *in extenso*. Veamos primero la objeción breve. Como ya sostuve en otro lugar, entre los historiadores del Brasil postcolonial ha habido una tendencia creciente (y perturbadora, diría yo) a rehabilitar, e incluso a romantizar, la condición de los grupos subalternos en el Imperio.²² Esta tendencia cuestionable ciertamente resulta estimulada por una narrativa de la emancipación esclava que atribuye el impulso abolicionista “desde arriba” al gobierno imperial, y que consistentemente identifica al movimiento republicano con los esclavócratas y racistas a ultranza. El resultado de esto es que se refuerza una imagen de la Primera República como una era en la cual las condiciones de los grupos subalternos se deterioraron en comparación con el Brasil imperial.²³

A decir verdad, la historia de la Vieja República está repleta de episodios que dan fe de su naturaleza autoritaria, racista y represiva, y no deseamos volver a una vieja narrativa de la historia brasileña que vea la transición de la monarquía a la república como un paso hacia delante, inevitable y deseable, en la ruta del progreso nacional. Sin embargo, la noción

constante por identificarse con los esclavos, y los brasileños, repudiados por no haber tenido “siquiera un sentimiento de identificación para con el esclavo...”. Entonces, ¿qué hacer con el siguiente pasaje del clásico texto de Joaquim Nabuco, *O abolicionismo?*: “El peor aspecto de la esclavitud no son sus grandes abusos y pasiones, ni sus terribles retribuciones, ni siquiera la muerte del esclavo. Es, más bien, la presión cotidiana que ella impone al esclavo: su constante temor por sí mismo y su familia; su dependencia de la buena voluntad del amo, el espionaje y la traición que le rodea, y que le obligan a vivir por siempre encerrado en la prisión de Dioniso, cuyos muros repiten cada palabra, cada secreto confiado a otro y, lo que es peor, cada pensamiento que él puede revelar inintencionalmente en la expresión de su rostro. Se dice que entre nosotros la esclavitud es moderada y los amos buenos. Sin embargo, la verdad es que toda esclavitud es siempre igual, y la bondad de los amos depende de la resignación de los esclavos”. Personalmente me parece difícil imaginar algún pasaje más identificado (y menos condescendiente) escrito por un abolicionista blanco. Esto no niega que en otras partes Nabuco haya expresado actitudes racistas hacia los esclavos, pero sí hace que uno se pregunte por qué motivo Azevedo está tan ansiosa de caracterizar a virtualmente todos los abolicionistas brasileños como tanto más racistas y menos empáticos que sus contrapartes estadounidenses.

²¹ Sidney Chalhoub, *Cidade febril: cortiços e epidemias na corte imperial* (São Paulo: Cia. das Letras, 1996), p. 57; también “The Politics of Disease Control: Yellow Fever and Race in 19th-Century Rio de Janeiro”, *Journal of Latin American Studies* 23: 3 (oct. de 1993), 441-463. Ruy lamentó el impacto de la fiebre amarilla, que devastó a las comunidades de inmigrantes europeos, pero dejó casi intactos a los brasileños de “sangre” africana, “dándonos un aire, a ojos del mundo civilizado, de un matadero de la raza blanca”.

²² Barbara Weinstein, “Not the Republic of Their Dreams: Historical Obstacles to Political and Social Democracy in Brazil” *Latin American Research Review* 29: 2 (1994), 262-73.

²³ Dain Borges ofreció una provocadora presentación de la transición de la monarquía a la república durante un panel sobre las coyunturas decisivas de la historia brasileña en la reunión de BRASA de noviembre de 1997 (Washington D.C.). En efecto, él sostuvo que con la transición del imperio a la república, la mayoría de los grupos populares (artesanos, gente de color) experimentó un empeoramiento en la calidad de vida. Pero esta afirmación implica por lo menos que salvo en los últimos dieciocho meses del imperio, la existencia de la esclavitud no tuvo mayor importancia para los grupos subalternos, excepto —tal vez— para los esclavos.

del Brasil imperial como, de algún modo, una edad de oro para las clases populares, parecería implicar o bien que la esclavitud, como institución, era un aspecto marginal de esta sociedad, o que la población brasileña de color fue devastada a tal grado por las fuerzas de la modernidad que ella de algún modo tuvo mejores condiciones de vida en una sociedad esclavista.²⁴ En lugar de desarrollar este argumento algo tortuoso, me parece que sería más interesante considerar con mayor detenimiento qué significó social, política y culturalmente, que el Brasil dejara de ser una sociedad esclavista, y qué impacto tuvo el final de la esclavitud, no sólo en los ex-esclavos sino también en las clases subalternas en general.²⁵ En todo caso, para resaltar los defectos de la Primera República no tenemos que rehabilitar al imperio, una época en la cual la esclavitud fue la institución central de la sociedad brasileña.

Pasemos ahora a la objeción más compleja, que tiene que ver con la deconstrucción que la historiografía reciente ha hecho del “mito del plantador progresista” y la transformación de este personaje de un adalid cauteloso, pero racional, de la emancipación gradual, a un firme defensor de la esclavitud. Ha desaparecido la implicación, presente en la mayor parte de la bibliografía esclavista comparativa, de que este “plantador progresista” fue bastante distinto de su contraparte en el sur de los EE.UU. antes de la Guerra de Secesión. Por ejemplo, en su análisis más reciente de este tema, David Brion Davis afirma que “hasta 1887, cuando los esclavos tomaron la iniciativa [took matters into their own hands], los *fazendeiros* paulistas fueron tan hostiles a las propuestas antiesclavistas más moderadas, como los plantadores del Mississippi”.²⁶ Es cierto que unas líneas antes había aceptado que “a diferencia de los plantadores del viejo sudoeste [de los EE.UU.], [los paulistas] no estaban ideológicamente comprometidos con la esclavitud como un sistema permanente”. Sin embargo, la conclusión subsiguiente del párrafo indica que Davis considera que se trata de un matiz trivial.

Aunque en modo alguno deseo resucitar el estereotipo del plantador paulista progresista, quiero argumentar que este matiz no es del todo trivial, y que trazar equivalencias entre los *fazendeiros* paulistas y los plantadores del Mississippi hace que la historia de la abolición en el Brasil sea ininteligible. Es más, las distinciones que me propongo trazar entre los esclavócratas y los plantadores sureños no pueden ser reducidas a las diferencias en el tiempo. Yo argumentaría, más bien, que durante buena parte del siglo XIX, los esclavistas brasileños y sus voceros adoptaron un conjunto sumamente distinto de justificaciones de la esclavitud, indicando consistentemente que ésta no debía constituir una característica permanente de la emergente nación brasileña. Aunque resulta tentador ignorar esta diferencia como algo trivial, puesto que no llevó a una rápida abolición de la esclavitud en el Brasil, me parece que sí tuvo consecuencias significativas, entre ellas la ausencia de un conflicto armado a gran escala en torno a esta cuestión, y la construcción de jerarquías raciales que fueron menos rígidas y estuvieron menos teñidas de violencia que en otras sociedades con supremacía blanca.²⁷

²⁴ El estudio clásico del impacto de la esclavitud sobre los hombres libres sin esclavos sigue siendo el de María Sílvia de Carvalho Franco, *Homens livres na ordem escravocrata* (São Paulo: Ed. Atica, 1974 [1969]).

²⁵ Un interesante intento de hacer esto para São Paulo es el capítulo sobre la “Immigration” en Andrews, *Blacks and Whites in São Paulo*, 54-89.

²⁶ David Brion Davis, *Slavery and Human Progress* (Oxford: Oxford University Press, 1984), 292.

²⁷ Si bien Anthony Marx hace una argumentación similar, me parece que su causalidad está invertida. Él sostiene que el Brasil jamás desarrolló un régimen semejante al del apartheid porque no hubo ningún gran conflicto violento dentro de la población blanca (en comparación con la Guerra Civil en los EE.UU. y la Guerra de los Boers en África del Sur). Sin embargo, yo diría que no hubo grandes conflictos precisamente

Es obvio que la misma forma en que planteo el problema es de naturaleza comparativa. Y al hacer eso estoy, en cierto sentido, cuestionando la tendencia actual en el campo de los estudios esclavistas. Los últimos años han visto una declinación en las investigaciones explícitamente comparativas de la esclavitud, a medida que los historiadores se hacían más críticos de la orientación estructuralista de la bibliografía, y de su tendencia a desarrollar estudios de casos históricos normativos y anómalos.²⁸ Y a medida que nuestras historias de la esclavitud se hacían más ricas y detalladas, era cada vez más difícil “controlar las variables” en distintas sociedades. No es que los estudios de la esclavitud se hayan vuelto más parroquiales, como lo muestra la conspicua y saludable influencia que las investigaciones de Rebecca Scott sobre Cuba han tenido entre los estudiosos brasileños.²⁹ Pero a medida que los historiadores han desplazado su interés hacia los microestudios de la participación esclava, y condensado las distintas élites esclavistas en una figura unitaria que sólo renuncia a la propiedad de esclavos bajo gran presión (plantadores del Mississippi = *fazendeiros* paulistas), uno de los principales objetivos del estudio comparado de la esclavitud —trazar contrastes entre las distintas sociedades esclavistas— ha quedado obsoleto. Entonces, sostengo que hemos homogeneizado en demasía a las élites esclavistas y sus representantes políticos, y que la mejor forma de contrarrestar esto es resucitando el método comparativo. Asimismo, propongo que podemos dejar de lado la imagen mejorada y apologética de la clase plantadora brasileña sin tener por ello que negar toda diferencia entre los voceros de los esclavistas del Brasil y los del sur de los EE.UU. antes de la Guerra de Secesión, que llevaron a su región a una insana y sangrienta guerra civil antes que renunciar a la esclavitud.

En una obra clásica de la esclavitud comparada, *The World the Slaveholders Made*, Eugene Genovese planteó al paso un problema que se relaciona directamente con el objetivo central de este ensayo. Él mencionaba, como una diferencia importante entre los plantadores sureños y los esclavistas brasileños, la ausencia entre estos últimos de lo que se ha llamado el argumento pro-esclavista del “bien positivo”. No obstante advertir que esta diferencia era importante, Genovese no se detuvo a indagar por sus causas; en lugar de ello especuló brevemente que se debió a la influencia del catolicismo en el Brasil, el cual siempre asociaba la esclavitud con el pecado, lo cual supuestamente impidió que surgiera alguna noción de la misma como un bien positivo.³⁰

Tuve oportunidad, unos cuantos años después de leer el provocativo estudio de Genovese, de revisar los debates sobre la trata de esclavos en la Cámara de Diputados del Brasil de 1826-27. Uno de los aspectos más sorprendentes de dichos debates fue el consenso casi total sobre los males de la trata negrera, así como los difundidos comentarios sobre los males de la esclavitud misma (de hecho, en el transcurso de sus discursos, varios de los que intervinieron pasaron de hablar de la trata a referirse a la esclavitud).³¹ Incluso las

debido a que las actitudes de los blancos con respecto a la raza y el orden social ya eran distintas. Anthony W. Marx, *Making Race and Nation: A Comparison of South Africa, the United States and Brazil* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998).

²⁸ Unas cuantas y recientes excepciones son Steven Hahn, “Class and State in Postemancipation Societies: Southern Planters in Comparative Perspective”, *American Historical Review*, 95, 1 (1990): 75-98; Azevedo, “On Hell and Paradise”; Marx, *Making Race and Nation*.

²⁹ Yo mencionaría a Chalhoub, *Visões de liberdade*, y a Machado, *O plano e o pânico*, entre los recientes trabajos sobre la esclavitud brasileña que revelan por lo menos cierta influencia de la obra de Scott.

³⁰ Eugene D. Genovese, *The World the Slaveholders Made* (Nueva York: Pantheon, 1969).

³¹ Para los escritos brasileños contra la esclavitud de las décadas posteriores a la independencia véase Viotti da Costa, *Da senzala à colônia*, 325-340, y Azevedo, *Onda negra, medo branco*, pp. 37-42.

vigorosas defensas de la trata o la esclavitud (que, por razones obvias, era más probable que fuese evitado en el Brasil que en los EE.UU.) fueron hechas en términos puramente pragmáticos/materialistas. En ningún momento hubo algún tipo de defensa filosófica o moral de la esclavitud y la trata de esclavos, no obstante la amenaza muy real a los intereses de los esclavistas planteada por el tratado imperial con Gran Bretaña.

En lugar de ello, Raymundo José da Cunha Matos, secretario perpetuo de la Sociedade Auxiliadora da Indústria Nacional (una asociación agraria) protestó que la inminente abolición de la trata de esclavos “causaría enorme daño al comercio nacional”, “destruiría la agricultura, el fundamento vital de la existencia de nuestro pueblo”, “sería un golpe cruel a las rentas del estado” y “prematura”.³² A decir verdad, todas estas eran serias preocupaciones de las élites brasileñas, pero no la base de un compromiso permanente con un orden social y económico basado en la esclavitud, o una visión moral persuasiva para la emergente nación brasileña.³³ Es más, Cunha Matos se sintió obligado a prologar estas objeciones con la siguiente afirmación:

En modo alguno estoy proponiendo defender la justicia y la eterna conveniencia del tráfico de esclavos en el imperio brasileño: no he de caer en el imperdonable absurdo de respaldar en el mundo actual, y en medio de los más grandes intelectuales de la nación brasileña, a una doctrina que repugna a los hombres ilustrados de este siglo, y que contradice los principios filantrópicos generalmente aceptados.³⁴

Cunha Matos se refería al tráfico de esclavos, no a la esclavitud, pero es imposible leer esta descripción de la trata sin escuchar implicaciones para la segunda. Y esto de uno de los pocos ávidos defensores de la trata de esclavos en la Cámara de Diputados.

Es claro que actitudes como ésta no implicaban que esos diputados (con unas cuantas e interesantes excepciones) estuviesen contemplando la abolición de la esclavitud en un futuro cercano; después de todo, el ministro imperial José Bonifácio recientemente había sido obligado a exiliarse por impulsar esta cuestión.³⁵ Y podría asimismo argumentarse que la década de 1820 fue un periodo inusual, que reflejó los impulsos liberalizadores de una nación recientemente independizada (algo análogo al breve periodo que siguió a la independencia de los EE.UU., cuando los esclavistas sureños expresaron opiniones relativamente críticas de la esclavitud).³⁶ Apenas una década más tarde hubo un giro marcadamente conservador en la política brasileña, en respuesta a la difundida turbulencia política y descontento social que sirvió, conjuntamente con el boom cafetalero iniciado en la década de 1840, para endurecer la defensa de la esclavitud. (Así, por ejemplo,

³² *Anais da Câmara*, 3 de julio de 1827, p. 21.

³³ Una respuesta visceral [knee-jerk] tal vez sería que no se podía hacer que la esclavitud fuese compatible con una visión moral, pero tanto los blancos esclavistas como los que no lo eran en el Sur de los EE.UU. habrían estado en desacuerdo. Para el respaldo a este orden social de parte de quienes no tenían esclavos véase Stephanie McCurry, *Masters of Small Worlds: Yeoman Households, Gender Relations, and the Political Culture of the Antebellum South Carolina Low Country* (Oxford: Oxford University Press, 1995).

³⁴ *Ibid.*, p. 12.

³⁵ Véase Viotti da Costa, “José Bonifácio de Andrada e Silva: A Brazilian Founding Father”, en *The Brazilian Empire*, 24-52.

³⁶ Para el liberalismo después de la independencia del Brasil véase Viotti da Costa, “Liberalism”, en *The Brazilian Empire*, 53-77, y Roderick Barman, *Brazil: The Forging of a Nation, 1798-1852* (Stanford: Stanford University Press, 1988).

Bernardo Pereira de Vasconcelos pasó de ser un diputado liberal tímidamente opuesto a la trata de negros, a ser un apólogo profundamente conservador y ruidoso de la esclavitud).³⁷

Pero, incluso en medio de este giro conservador, los defensores de la esclavitud recurrieron a lo que, en términos comparativos, parecen haber sido argumentos “débiles”. Pereira de Vasconcelos y sus secuaces sostuvieron que la esclavitud era crucial —al menos por el momento— para la participación cada vez mayor del Brasil en el mercado mundial y el mantenimiento del precario orden social del país. Y si bien se ha escrito mucho sobre el uso que los esclavistas hicieron de las nociones liberales de la propiedad para defender su posesión de esclavos, éste era un argumento aún más débil dada la reciente abolición de la misma en el resueltamente liberal imperio británico, y la difundida aceptación de que los derechos de propiedad no eran absolutos.³⁸ El argumento de la propiedad privada fue una base fuerte para reclamar la indemnización, pero débil para defender la esclavitud como una institución permanente o incluso de largo plazo. Por último, aunque es bien sabido que la intensa presión británica lleva la mayor parte de la responsabilidad por el fin efectivo de la trata en 1859, aún así debe señalarse que ningún diputado brasileño intentó preparar una defensa moral de la trata (o de la esclavitud misma) durante los debates que llevaron a la aprobación de la Ley Queiróz.³⁹ Desde mediados del siglo XIX, los principales argumentos expresados en respaldo de la esclavitud en el Brasil “no buscaban defender la institución como un bien positivo, sino prolongar su vida”.⁴⁰ Como sostuviera Eugene Genovese, en el Brasil “la esclavitud fue defendida como económicamente necesaria y tradicionalmente sancionada, pero nadie sostuvo con una convicción distinguible que era algo bueno en sí misma, o la condición apropiada de las clases trabajadoras”. O como lo dijera Robert Brent Toplin, “los principales argumentos expresados en el Brasil en respaldo de la esclavitud en la época de la campaña abolicionista, no buscaban defender la institución como un bien positivo, sino prolongar su existencia”.⁴¹

Es difícil exagerar el contraste entre estas justificaciones “débiles” y los argumentos “fuertes” expresados por los esclavistas del sur de los EE.UU. a partir de la década de 1820. Lejos de defender su posesión de esclavos recurriendo a las nociones liberales de los

³⁷ Alfredo Bosi, “A Escravidão entre Dois Liberalismos”, *Estudos Avançados* 2, 3 (1988), 6-8. Para el giro conservador en la política brasileña durante la década de 1840 véase Ilmar Rohloff de Mattos, *O tempo saquarema* (São Paulo: Hucitec, 1987).

³⁸ Bosi (“A escravidão entre dois liberalismos”) establece una fuerte distinción entre el “liberalismo oligárquico” (con su énfasis en los derechos de propiedad) del temprano siglo XIX, y el “liberalismo reformista” de finales de dicho siglo, pero me parece que este enfoque resta importancia a las continuidades.

³⁹ El estudio clásico de este punto es Leslie Bethell, *The Abolition of the Brazilian Slave Trade: Britain, Brazil and the Slave Trade Question, 1807-1869* (Cambridge: Cambridge University Press, 1970). Aún más que en la década de 1820, el rápido crecimiento de la economía cafetalera y la permanente incapacidad de los esclavos para reproducirse, inevitablemente hizo que la abolición de la trata de esclavos llevara al Brasil a otras fuentes de mano de obra, además del África. Una vez más, el tráfico de esclavos y la esclavitud no son cuestiones fácilmente separables en el Brasil. María Stella Bresciani observa que en los discursos sobre el estado de la provincia leídos por los presidentes de São Paulo entre 1850 y 1858, la esclavitud “pasó de ser un arreglo laboral aceptado y practicado, a otro condenado y practicado”. “Liberalismo: ideologia e controle social”, Tesis de Ph.D., Universidad de São Paulo, 1976, vol. I, p. 123.

⁴⁰ Toplin, *The Abolition of Slavery*, p. 131. Toplin tiene todo un capítulo sobre “La defensa de la esclavitud” (131-144), que se hace eco de varios de los puntos aquí planteados, pero él insiste en que la Ley de Rio Branco de 1871 fue el acontecimiento que impidió la formulación del argumento del “bien positivo” en el Brasil, en tanto que yo propongo que el clima y las condiciones políticas no favorecieron el surgimiento de tal argumento en ningún momento del siglo XIX.

⁴¹ Genovese, *The World the Slaveholders Made*, p. 131.

derechos de propiedad, o a la predicción de un colapso económico, los sureños fundaban sus pretensiones en la supuesta inmoralidad de un mercado libre capitalista y lo inhumano de un sistema laboral en el cual las relaciones entre el empleador y el empleado estaban mediadas únicamente por la búsqueda de ganancia. La esclavitud, en cambio (argumentaban los esclavócratas sureños), aseguraba la protección de un amo a los dependientes sin propiedad alguna, y creaban una relación armoniosa entre el capital y la mano de obra. Tomemos una de varias citas similares de los escritos y discursos de John C. Calhoun:

Varios en el sur alguna vez creyeron que [la esclavitud] era un mal moral y político; que los desatinos y los engaños han desaparecido; ahora la vemos bajo su luz verdadera y la consideramos como la base más segura y estable para las instituciones libres del mundo.⁴²

De igual forma James Hammond, un prominente político y plantador de Carolina del Sur, comparaba favorablemente la condición de los esclavos en el sur de los EE.UU. con el de los trabajadores libres en el norte:

La diferencia entre nosotros es que nuestros esclavos son contratados de por vida y son bien recompensados; no hay hambre ni mendicidad, no falta el empleo entre nuestro pueblo, y tampoco hay mucho empleo. Los vuestros son contratados por un día, no son cuidados y son mal recompensados, lo cual puede ser comprobado de la forma más dolorosa, a cualquier hora en cualquier calle en cualquiera de vuestros grandes poblados. Vaya, si se encuentran más mendigos en un día en cualquier calle de la ciudad de Nueva York, que los que encontraréis en toda una vida en todo el sur.⁴³

En suma, estos hombres eran propagandistas, no apólogos, de la esclavitud, y habían diseñado nociones de raza y status que crearon un lugar permanente para la esclavitud en la sociedad sureña.

No es que los esclavistas y políticos brasileños fuesen inmunes a la preocupación por las nuevas formas de pobreza o conflictos sociales que una sociedad plenamente capitalista podía traer consigo. Pero estas preocupaciones usualmente se manifestaban en los pedidos de una transición sumamente gradual y ordenada al trabajo libre, y no sosteniendo que la esclavitud era la mejor base posible para la construcción de la nación brasileña.⁴⁴ Por cierto que hubo las ocasionales excepciones parciales. En fecha tan tardía como 1870, Peixoto de Brito publicó un opúsculo que presentaba a la esclavitud como una “tutela beneficiosa” y argumentaba que un esclavo “no sabe nada de la amargura de la miseria y la mendicidad”.⁴⁵ De igual modo, durante los debates sobre la esclavitud en el parlamento brasileño, un diputado se declaró a sí mismo como “esclavócrata hasta la médula” y sugirió que ella debía “conservarse por amor a los esclavos mismos”. Con todo, este mismo diputado también sostuvo que “nadie cree que la esclavitud sea una institución buena y virtuosa”, mientras que otro prominente político que la favorecía sostuvo públicamente que ella era “un

⁴² Eric L. McKittrick, ed., *Slavery Defended: The Views of the Old South* (Englewood Cliffs, NJ): Prentice-Hall, 1963), 81.

⁴³ *Ibid.*, 123.

⁴⁴ En “Masters and Slaves”, Viotti da Costa señala que: “A diferencia de lo que sucedía en los Estados Unidos, en la segunda mitad del siglo XIX nadie se atrevía a hacer una defensa doctrinal abierta de la esclavitud [brasileña]” (p. 163).

⁴⁵ Citado en Viotti da Costa, *Da senzala à colônia*, 349-50.

cáncer” en la sociedad brasileña.⁴⁶ A diferencia del sur de los EE.UU., en el Brasil hasta los defensores más vigorosos de la esclavitud rara vez lograron expresar su respaldo sin caer en ambigüedades.

Cuando la historia social estaba de moda, muchos historiadores tendían a ignorar estos comentarios como una retórica vacía, pero en el momento actual, cuando los investigadores tienden a tomar muy en serio el lenguaje, sí tiene sentido considerar con mayor detenimiento los orígenes y las ramificaciones de estas diferencias discursivas. Algunas de las implicaciones parecen ser relativamente claras. Por ejemplo, a diferencia del sur de los EE.UU., en el Brasil jamás hubo ningún intento importante de restringir o detener el proceso de manumisión.⁴⁷ Si bien los negros libertos representaban cada vez más un desafío potencial al orden político, así como una crítica implícita de la esclavitud, la manumisión era perfectamente compatible con la defensa de aquella como un “mal necesario”. Es más, las tasas constantes de manumisión ayudaron a apuntalar las pretensiones de los propietarios de esclavos brasileños de que la suya era una forma de esclavitud moderada y humana.

La “débil” defensa de la esclavitud también dio lugar a un clima político en el cual los experimentos con la aparcería y otras formas de trabajo no esclavo podían ser alabados y no criticados por fomentar el sentir abolicionista. Los esfuerzos del senador Nicolau Vergueiro por reemplazar los esclavos con trabajadores inmigrantes en sus haciendas cafetaleras de São Paulo, a partir de la década de 1840, podrán haber sido infructuosos, pero fueron en general elogiados y ocasionalmente recibieron subsidios públicos. Estos fracasos pueden muy bien haber reforzado el argumento del “mal necesario” en la medida que los plantadores concluyeron que los trabajadores inmigrantes libres eran menos adaptables a las rutinas del trabajo en las plantaciones que los esclavos, pero no excluyeron toda discusión de las fuentes y formas alternativas de mano de obra.⁴⁸

Una vez más, las cuestiones de la manumisión y los experimentos con trabajadores libres fueron manifestaciones concretas y tangibles de las tendencias discursivas divergentes de los esclavistas en el Brasil y el Sur estadounidense. Explorar los orígenes y las ramificaciones más amplias de sus diferencias discursivas requiere bastante más especulación, e incluso de un razonamiento contrafactual. Como sostuve anteriormente, Genovese atribuyó (de pasada) la ausencia de un argumento del bien positivo en el Brasil a la influencia del catolicismo, puesto que esta doctrina asocia la esclavitud con el pecado y la liberación de los esclavos con la caridad cristiana. También podría conjeturarse que las actitudes raciales menos rígidas de la élite y las categorías raciales más fluidas que caracterizaban a la sociedad brasileña, hicieron que fuera más complejo todo intento de crear distinciones formales y permanentes entre blancos y negros, en la forma que el argumento del bien positivo implicaba.⁴⁹

⁴⁶ Toplin, *The Abolition of Slavery*, p. 132.

⁴⁷ Para la creciente restricción, e incluso eliminación, de la manumisión legal en el sur estadounidense antes de la guerra, véase Ira Berlin, *Slaves without Masters* (Nueva York: Random House, 1974).

⁴⁸ Viotti da Costa, “Sharecroppers and Plantation Owners”.

⁴⁹ Aunque debemos tener cuidado de no exagerar la fluidez de las relaciones raciales en Brasil durante el siglo XIX, el viajero francés Charles Expilly comentó (en la década de 1860) que “a diferencia de sus colegas norteamericanos” los esclavistas brasileños “no se sienten obligados a inventar un nuevo pecado original para el negro, ni tampoco a construir un sistema de distinciones absolutas entre las razas, ni a levantar una barrera insuperable entre los hijos de los descendientes de esclavos y los de los hombres libres”. Esta evaluación cuidadosamente ponderada de las actitudes raciales en el Brasil ciertamente no lo identifica como una

Sin embargo, me parece que un factor más convincente e históricamente específico fue la atracción que la modernidad tuvo para las élites brasileñas, y la fuerte asociación entre esclavitud y atraso que hubo en los círculos intelectuales brasileños desde comienzos del siglo XIX. Aunque el concepto de “subdesarrollo” no aparecería sino hasta el siguiente siglo, los políticos y ensayistas brasileños de la primera mitad del XIX ya caracterizaban a su tierra natal como “atrasada” en términos de la tecnología, la cultura, la riqueza y el poder, en comparación con aquellas sociedades en donde la mecanización y la industrialización estaban incrementando la productividad, la eficiencia y el prestigio nacional. Esta asociación estrecha y persistente entre el progreso y los trabajadores libres, reforzada por el manifiesto atraso del Brasil mismo y su repetida sujeción a la voluntad británica, hizo que para los defensores de la esclavitud fuera extremadamente difícil encontrar una posición desde la cual construir argumentos positivos en favor de la construcción de una nación fundada sobre el trabajo esclavo.⁵⁰

Sin embargo, la atracción de la modernidad podía darse en distintos sentidos. Después de todo, la vía más rápida a la inserción plena del Brasil en la economía mundial moderna y al “progreso”, era la expansión de la producción orientada a la exportación: un proceso que, en el corto plazo, parecía hacer que la esclavitud fuese un mal aún más necesario. En el discurso de los plantadores del siglo XIX podemos encontrar algunos ecos de nuestra actual confusión académica sobre si considerar la esclavitud como una formación social precapitalista, o como un sistema laboral de naturaleza moderna e industrial.⁵¹ Pero la tendencia discursiva dominante fue argumentar pragmáticamente en favor de un régimen laboral esclavista hasta que hubiesen madurado las condiciones para una transición al trabajo libre. Si bien estos argumentos no sirvieron para desvincular la esclavitud del atraso, si ayudaron a posponer la transición misma al trabajo libre.

Un examen completo de las razones por las cuales las élites brasileñas del siglo XIX tendieron a considerar “atrasada” a su sociedad, cae fuera del ámbito de este artículo. Hay varios factores posibles con los cuales explicar esta perspectiva, incluyendo, de un lado, la preponderancia de los no blancos en la población, la depresión de la agricultura de plantación en las décadas posteriores a la independencia, la falta de competitividad de ciertos sectores económicos, las nociones sobre los efectos degenerativos de los climas tropicales, y su devaluada imagen de la antigua metrópoli (Portugal), mientras que del otro lado está su rápida subordinación a la hegemonía comercial británica.⁵² En todo caso, esta sensación de atraso y la fuerte asociación de los trabajadores libres con el progreso,

democracia racial, pero sí señala algunos contrastes importantes con el sur de los EE.UU. Charles Expilly, *Le Brésil tel qu'il est* (París, 1862).

⁵⁰ Viotti da Costa, *Da senzala à colônia*, 340, enfatiza que la preocupación (de estas tempranas críticas de la esclavitud) no era tanto con el esclavo como ser humano, sino con el problema de la esclavitud desde la perspectiva de la clase dominante. Véase también Iraci Galvão Salles, *Trabalho, progresso e a sociedade civilizada* (São Paulo: Hucitec, 1986).

⁵¹ Para la tensión entre la esclavitud como un sistema premoderno/precapitalista, y como un sistema moderno/protoindustrial, véase Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1993), 220-22.

⁵² Debe señalarse que las conclusiones podrían haber sido distintas si las élites brasileñas hubiesen construido su autoimagen nacional simplemente en relación a otras naciones latinoamericanas emergentes, dada la prosperidad y estabilidad *relativas* del Brasil durante la primera mitad del siglo XIX. Sin embargo, yo argumentaría que Norteamérica y Europa occidental (excepto Iberia) ya funcionaban como categorías “normativas”. Sobre el “atraso” tecnológico brasileño véase Richard Graham, “Slavery and Economic Development: Brazil and the United States South in the the 19th Century”, *Comparative Studies in Society and History* 23, 4 (1981), 620-55.

hicieron que fuera difícil, y tal vez imposible, construir una visión del futuro de su nación en la cual la esclavitud constituyera una característica permanente (y positivamente buena) de la vida brasileña.

Una vez más, este es un argumento que sólo puede ser sustentado dentro de un marco comparativo. Por lo tanto, sostengo por implicación (como lo hiciera Genovese hace varios años) que el argumento del bien positivo fue la condición *sine qua non* del nacionalismo emergente del Sur (de los EE.UU.).⁵³ Éste fortaleció a la clase plantadora sureña con una visión del mundo anti-capitalista que la escudó de las crecientes críticas abolicionistas y las nociones liberales del progreso cada vez más hegemónicas, y la hizo sentirse más segura de su capacidad de convencer a los blancos que no tenían esclavos. Los plantadores, políticos e intelectuales sureños asimismo se dieron el lujo de construir un discurso anti-moderno (y anti-norteño) incluso mientras gozaban de los recursos tecnológicos, financieros, militares, políticos y comerciales creados por una nación que se modernizaba rápidamente. Se ha vuelto un lugar común explicar el extremo sentimiento esclavista de los sureños como una respuesta a los ataques cada vez más intensos de los abolicionistas norteños. La presencia contigua de una sociedad modernizante no esclavista supuestamente habría hecho que para la clase plantadora sureña fuera más apremiante erigir una fuerte defensa de la esclavitud. Pero podría argumentarse, de distinto modo, que la asociación del sur con el norte (de hecho, sus fronteras nacionales comunes hasta el estallido de la Guerra de Secesión) asimismo permitió la formación de una visión del mundo agresivamente pro-esclavista al esconder o minimizar ciertas características “atrasadas” de otras sociedades con plantaciones esclavistas.⁵⁴ Este inusual conjunto de circunstancias hizo posible que los blancos del sur imaginaran una comunidad nacional que tenía como una de sus características fundacionales a la propiedad de esclavos.

A finales de la década de 1860, a medida que Brasil comenzaba a considerar medidas concretas para la abolición gradual de la esclavitud, el senador José Tomaz Nabuco de Araújo hizo la siguiente pregunta a sus colegas en el parlamento brasileño: “¿Cómo puede el Brasil, aislado y el único de su especie en el globo, resistir la presión de todo el mundo?”. Y sin embargo, otro senador sostuvo que “los ojos del mundo están sobre nosotros, juzgándonos como bárbaros, salvajes...”.⁵⁵ Dos décadas más pasarían hasta que Brasil final y definitivamente aboliera la esclavitud, pero estas declaraciones iluminan vívidamente el fracaso de su élite para construir una identidad nacional alternativa que permitiera una vigorosa defensa de la servidumbre humana. A diferencia de los plantadores del sur estadounidense antes de la guerra (que para defender la esclavitud como institución normativa ciertamente no se basaban en referencias al Brasil y Cuba), las élites brasileñas no podían “resistir la presión de todo el mundo”, ya fuera discursiva o políticamente. De hecho, para esta década, en el Brasil la esclavitud estaba tan firmemente identificada con el atraso en ciertos círculos, que un senador pudo invertir la asociación usual de los esclavos con la barbarie y retóricamente etiquetar a los esclavistas de bárbaros.

Permítaseme reiterar que esta asociación de la esclavitud con el atraso se intensificó incluso a medida que los plantadores cafetaleros entusiastamente compraban más esclavos para sus altamente rentables plantaciones. Como ya señalé, varios estudios recientes han

⁵³ Véase en particular el ensayo sobre George Fitzhugh, “The Logical Outcome of the Slaveholders’ Philosophy” en Genovese, *The World the Slaveholders Made*, pp. 118-244.

⁵⁴ Para la modernidad relativa de la agricultura del sur (de los EE.UU.), véase Richard Graham, “Slavery and Economic Development”.

⁵⁵ Citado en Toplin, *The Abolition of Slavery*, p. 42.

citado este continuo entusiasmo por la compra de esclavos como una prueba incuestionable de que los plantadores paulistas estaban tan ansiosos por defender y conservar la esclavitud como su contraparte del sur estadounidense antes de la Guerra de Secesión. Pero la cuestión aquí no es si la esclavitud siguió siendo rentable en el micronivel, que ciertamente lo fue, sino más bien si las perspectivas de los plantadores paulistas pueden ser determinadas simplemente sobre la base de sus decisiones económicas individuales.⁵⁶ En otro lugar he argumentado que la identidad de una clase social no equivale a la suma de sus partes, y este argumento ciertamente vale para los plantadores paulistas, cuyo número incluía una cohorte significativa de políticos y ensayistas que cada vez eran más conscientes, y críticos, de la posición de su región dentro de la nación brasileña. Para estos hombres, el problema no era si la esclavitud era rentable, sino más bien si ella podía constituir una base firme y duradera para una sociedad próspera, progresista y cohesionada. Varios de ellos habrían respondido negativamente a esta pregunta, incluso antes de que la Ley de Rio Branco (1871) hiciera que la abolición fuese inevitable.

Pero si la asociación de los trabajadores esclavos con el atraso, y la mano de obra libre con el progreso, no impidió que el Brasil fuera la última nación del hemisferio occidental en abolir la esclavitud, ¿qué importancia puede tener este argumento? ¿Por qué no simplemente suscribir el escenario políticamente satisfactorio de los esclavos que actúan como agentes de su propia liberación, frente a la tenaz resistencia de los reaccionarios esclavócratas? Después de todo, estamos viviendo una época intelectual en la cual pocos historiadores considerarían estar participando en una investigación científica, o en descubrir algo que podamos llamar una “verdad objetiva”. Entonces, ¿para qué preocuparnos con este argumento, salvo que tenga un significativo valor interpretativo?

Hay varias perspectivas distintas desde las cuales responder esta pregunta. Una es explícitamente contrafactual. Es decir, podríamos considerar que la débil defensa ideológica de la esclavitud explica, en parte, el curso *relativamente* no violento de la emancipación en el Brasil. Aunque prácticamente todos los estudios atribuyen la abolición definitiva del comercio de esclavos africanos a las presiones británicas, vale la pena especular si Gran Bretaña hubiera declarado una guerra abierta y total contra el Brasil si las élites de este país hubiesen decidido desafiarla en este tema. Su rápida sumisión a los británicos, no obstante la difundida convicción de que el cierre de la trata llevaría inexorablemente al final de la esclavitud, ciertamente nos dice algo acerca de las actitudes que las élites brasileñas tenían con respecto a este asunto, una década antes del estallido de la Guerra de Secesión de los EE.UU. De igual modo, no hubo ningún esfuerzo concertado de parte de las élites esclavistas por organizar campañas violentas en contra de los abolicionistas, o para suprimir toda opinión abolicionista en su seno. Una estudiosa del abolicionismo brasileño ha sostenido que varios de los abolicionistas más prominentes tenían íntimos lazos con la clase plantadora, observación ésta que ella usa para subrayar el potencial limitado que una crítica social radical tenía entre ellos.⁵⁷ Pero también podríamos invertir su argumento para subrayar la tolerancia relativa que los esclavistas brasileños tuvieron para con las actividades abolicionistas (en relación, claro está, a los mucho más represivos plantadores del sur de los EE.UU.).

⁵⁶ Hay un considerable desacuerdo sobre el tema de la rentabilidad; algunos historiadores sostienen que la esclavitud era menos rentable que el trabajo libre, pero que los hábitos autocráticos animaron a los plantadores a seguir comprando esclavos, mientras que otros argumentan que dadas las circunstancias, la esclavitud sí era realmente más rentable. Véase Viotti da Costa, “Masters and Slaves”, p. 266, n. 36.

⁵⁷ Azevedo, “On Hell and Paradise”.

Sin embargo, no deseo otorgar demasiada importancia a esta conjetura contrafactual; no es mi intención añadir la pregunta de “¿por qué no hubo una guerra civil en el Brasil?” a la serie de viejas interrogantes tales como “¿por qué no hubo una revolución francesa en Inglaterra?”, o “¿por qué no hay socialismo en los EE.UU.?” Me parece que mi argumento nos da cierta percepción de lo que realmente sucedió, así como de lo que no pasó. Yo sostendría, por ejemplo, que la “debilidad” relativa de los sentimientos pro-esclavistas sentaron las bases para una rápida transición al trabajo libre en São Paulo, en lugar de recurrir a alguna forma de sistema laboral cuasi-esclavista o de tipo apartheid. Al mismo tiempo, dichos sentimientos reforzaron las nociones racistas que asociaban a los trabajadores libres y eficientes con los inmigrantes europeos y no con trabajadores africanos, afrobrasileños o chinos.⁵⁸

Esta muy matizada rehabilitación del “plantador progresista” nos ayuda también a comprender la superposición de ideas entre los republicanos paulistas, con sus raíces en las élites agrarias regionales, y los republicanos “jacobinos” de las zonas urbanas. Aunque es bien sabido que los republicanos más radicales fueron extremadamente críticos del fracaso de los paulistas en tomar una temprana y enérgica posición con respecto al problema de la abolición, esto no necesariamente indica la presencia de nociones dramáticamente distintas sobre qué debía hacerse para “modernizar” el Brasil. Desde esta perspectiva resulta mucho más difícil reducir la caída de la monarquía y la instauración de la Primera República a un impulso reaccionario de parte de los plantadores paulistas, amargamente resentidos con la incapacidad del emperador para proteger sus derechos de propiedad: un argumento extraño, pero que ha ganado cierta credibilidad en la bibliografía reciente.⁵⁹

Una vez más, la mayoría de los historiadores que han resaltado el papel de los esclavos en el proceso de abolición han argumentado, como corolario, que las anteriores posturas sobre la cooperación de la élite en el proceso abolicionista eran falsas o exageradas. Pero no creo que necesitemos construir una imagen de los plantadores brasileños como esclavócratas uniformemente alineados para admirar las creativas y valientes maniobras realizadas por los esclavos brasileños para alcanzar su libertad. Y lo que es aún más importante, a menos que tengamos en cuenta la cada vez menor credibilidad de la esclavitud como institución, incluso dentro de los segmentos más poderosos de la sociedad brasileña, nos será imposible explicar por qué motivo la “participación esclava” fue tantas veces exitosa y no suicida.⁶⁰ Y tal vez querramos también reconsiderar lo que

⁵⁸ Para el rechazo de los inmigrantes chinos como reemplazo de los esclavos véase Jeffrey Lesser, *Negotiating National Identity: Immigrants and the Struggle for Ethnicity in Brazil* (Durham; Duke University Press, 1999), pp. 13-19. Esta actitud negativa ampliamente difundida para con los trabajadores chinos contrasta con la posición más pragmática de los esclavistas cubanos, que fueron los primeros en vérselas con este problema como una élite colonial con pocas aspiraciones nacionalistas. Evelyn Hu-DeHart, “Neither Black nor White, Neither Slave nor Free: Chinese Workers in 19th-Century Cuba”, artículo inédito.

⁵⁹ Carvalho, *Teatro de sombras*, 78-9; Andrews, *Blacks and Whites*, 52. José Murilo de Carvalho rastrea los orígenes de su argumento hasta Stanley Stein, *Vassouras: A Brazilian Coffee Country, 1850-1900* (Nueva York: Atheneum, 1970 [1958]), que describe a los antiguos esclavistas corriendo a unirse al Partido Republicano una vez que la esclavitud fue abolida. Sin embargo, la relación entre la abolición y la caída del imperio fue mucho más compleja, en particular dado que varias de las principales figuras que participaron en el colapso de la monarquía respaldaron la abolición durante largo tiempo. Véase Viotti da Costa, “The Fall of the Monarchy”, en *The Brazilian Empire*, 202-233.

⁶⁰ Aquí me hago eco de la observación, muchas veces reiterada, de Viotti da Costa de que los seres humanos pueden hacer la historia, pero no en la forma en que les plazca. Véase, por ejemplo, “Experience vs. Structures: New Tendencies in the History of Labor and the Working Class In Latin America—What Do We Gain? What Do We Lose?”, *International Labor and Working-Class History* 36 (otoño de 1989), 3-24, y *Da senzala*

para algunos historiadores ha pasado a ser una simpatía “natural” que los “agradecidos” esclavos tenían por la benévola monarquía.⁶¹

Mi última y más importante observación se refiere a la historiografía de la esclavitud y la abolición en un sentido más amplio. Como señalase ya al comenzar este artículo, la explicación “estructuralista” o “materialista” de la decadencia de la esclavitud (ejemplificada en su forma más extrema por las obras de Manuel Moreno Fraginals y Fernando Henrique Cardoso) ha sido fuertemente criticada y se ha mostrado que es hasta cierto punto incompatible con las evidencias empíricas. En lugar de ello, los historiadores han intentado comprender el proceso de la abolición dentro de contextos geográficos y sociales específicos, y han revivido la idea de ella como un proceso sociopolítico. Pero es útil recordar que una de las características del enfoque estructuralista que le dio credibilidad entre los miembros de una generación anterior de historiadores fue su aparente utilidad para explicar un proceso que se venía dando en varios lugares distintos a la vez. Después de todo, la abolición no tuvo lugar sólo en uno o dos sitios; para el tardío siglo XIX, la esclavitud, que había sido un rasgo significativo de toda sociedad del nuevo mundo, pasó a ser una institución ilegítima e ilegal en cada rincón del hemisferio. Con todo, las densas narrativas políticas y sociales que encontramos en estudios como los de Rebecca Scott o Sidney Chalhoub nos brindan pocos elementos con los cuales comprender la casi simultaneidad de la decadencia de la esclavitud a lo largo y ancho del Nuevo Mundo.

A decir verdad, los investigadores han sugerido propuestas alternativas con las cuales explicar esta tendencia “global”, incluyendo la campaña internacional antiesclavista de Gran Bretaña (fomentada por las pretensiones hegemónicas de los liberales británicos) y la creciente demanda de ciudadanía y derechos democráticos inspirados por las Revoluciones Francesa y Haitiana.⁶² A estos factores yo añadiría el surgimiento del Estado-nación moderno, una entidad ampliamente imaginada en forma tal que la hacía incompatible con la institución de la esclavitud. En este sentido creo que deberíamos considerar al sur de los EE.UU. como una anomalía; los sureños de antes de la guerra fueron singularmente exitosos en crear un imaginario nacional que legitimaba la esclavitud como una institución permanente. En otras partes del hemisferio, el surgimiento de los Estados-naciones pareciera haber sido una fuerza poderosa que minó la esclavitud, y lo mismo podría decirse de la servidumbre en Europa.⁶³ Es más, si dejamos la perspectiva centrada en la élite de Benedict Anderson de cómo es que se imaginan las naciones, y tomamos también en cuenta las visiones populares, tenemos un enfoque que nos permite preguntarnos cómo fue

à colônia, XXVII. Mi argumento sobre las oportunidades abiertas para la acción esclava con limitadas represalias de parte de los plantadores también se aplica al caso cubano.

⁶¹ Andrews, *Blacks and Whites*, 43-45.

⁶² Véase David Brion Davis, *The Problem of Slavery in the Age of Revolution, 1770-1823* (Ithaca: Cornell University Press, 1975); Robin Blackburn, *The Overthrow of Colonial Slavery, 1776-1848* (Londres: Verso, 1988); Seymour Drescher, “Brazilian Abolition in Comparative Perspective”, *Hispanic American Historical Review* 68, 3 (1988), 429-60.

⁶³ Benedict Anderson, *Imagined communities* (Londres: Verso, 1983). Aquí estaría en desacuerdo con Prasenjit Duara, quien cita el nacionalismo sureño (de los EE.UU.) para subrayar su tesis de que los investigadores han asociado erróneamente a la nación con la modernidad. Creo que esto es problemático porque subestima los aspectos “modernos” de la sociedad sureña que, me parece, hicieron que fuera posible imaginar una nación con la esclavitud como una institución permanente. Duara, “Historicizing National Identity, or Who Imagines What and When”, en Geoff Eley y Ronald Grigor Suny, eds., *Becoming National* (Oxford y Nueva York: Oxford University Press, 1996), 171-172.

que la abolición de la esclavitud pudo comprender tanto el anhelo de la élite de modernidad y progreso, así como las aspiraciones subalternas de mayores derechos y dignidad.⁶⁴

⁶⁴ Véase Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood: The Demerara Slave Rebellion of 1823* (Nueva York: Oxford University Press, 1994), para un estudio de la rebelión que examina la intrincada relación entre la conciencia esclava y los discursos reformistas dentro de la comunidad blanca.